GABRIELA EXILART

EL VUELO DE LA LIBÉLULA



Un secreto familiar llevará a Clara al fin del mundo, donde cree que se halla el principio de su historia.

Una madre que vive en otro plano, una caja que guarda un secreto y un nombre impulsan a Clara a buscar su pasado. El buque *Monte Cervantes* la lleva al fin del mundo para hallar a un anarquista preso por sus ideales en el penal de Ushuaia.

Un naufragio, un crimen y el encuentro con un hombre de ascendencia yagan la pondrán a prueba. Nada será fácil, la señalarán con el dedo, la acusarán de delitos, sufrirá humillaciones y tendrá que demostrar su inocencia. Y allí, en esa geografía hermosa y gélida, Clara descubrirá su origen y quizás también el amor.

El vuelo de la libélula es una poderosa novela histórica y romántica, con fascinantes toques de realismo mágico, que narra la fortaleza de una mujer durante el hundimiento del crucero *Monte Cervantes* en las aguas heladas del canal Beagle.

Gabriela Exilart

El vuelo de la libélula

ePub r1.0

Titivillus 09-09-2023

Título original: *El vuelo de la libélula*
Gabriela Exilart, 2023

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Para Marisol Maquieyra, mi primera lectora.
Por los sueños y milagros compartidos.
Por la amistad.

INTRODUCCIÓN

Cuando Fausto pisó Ushuaia por primera vez, en 1912, no advirtió la magia que flotaba en al agua y en el aire. Quizá fue porque los grilletes que atenazaban sus tobillos lastimaban su piel y el dolor le impedía ver aquello solo perceptible para el alma.

Fue en 1914, cuando volvió a esa tierra maldita escapando de la humillación y la soledad, y en busca de refugio, que pudo apreciar lo que estaba oculto para los ojos.

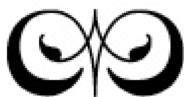
De pie frente a la bahía fue insensible al viento helado que le quemaba el rostro y sordo a los graznidos de las aves que huyeron espantadas cuando la luna se cayó al mar y el agua se levantó tanto que solo quedó visible la cumbre de un monte. Después no sabría si era un sueño o si realmente había estado allí, frente al mar vacío; no importaba.

Fue mucho después, acodado a la barra del bar cercano a los muelles, que los parroquianos le contaron la leyenda de la luna y todo cobró sentido para él.

De eso habían pasado ya varios años, Fausto había perdido la noción del tiempo, ese tiempo que se había detenido durante los largos meses de prisión en el penal de Ushuaia y que casi había borrado su vida anterior en Buenos Aires, vida que prefería se devorara el olvido. Pero al olvido le gustaba jugar con él y a veces se iba de viaje en alas del cóndor que rondaba siempre su casa y lo dejaba con los recuerdos amargos de un amor que había nacido torcido y que ni la desgracia había podido enderezar. Cuando eso ocurría, Fausto abandonaba las cuatro maderas que encerraban lo que cualquier familia llamaría hogar y que para él era nada más que un cubo de aire donde reposaban sus huesos, y caminaba durante horas, sin rumbo fijo, detrás del cóndor que le había robado el olvido. A veces llegaba hasta el pie de la montaña sin haberse

sacudido de la piel y del alma la imagen de Gianna abrazada a su cuerpo en una cama cualquiera de hotel. Apretaba mandíbulas y puños y elevaba los ojos al cielo implorando a ese dios en el que ya no creía que le trajera un poco de paz.

Hasta que una mañana de inicios de verano, mientras se preparaba el desayuno, encontró al olvido sentado sobre los leños que descansaban frente al hogar. Por su expresión supo que iba a quedarse y que a partir de ese momento solo habría recuerdos vacíos de dolor o sentimiento. Al fin era un hombre libre.



CAPÍTULO 1

Ushuaia, 30 de enero de 1930

La luna iluminaba la bahía y esparcía su pálida luz sobre el agua. En el puerto unos botes se zamarreaban llamando al sueño y por la calle Maipú, paralela a la costa, caminaban las ánimas.

Ya eran más de las once de la noche y los bares habían cerrado hacía rato, excepto uno que todavía tenía encendido el farolito en la puerta. Seguramente los concurrentes seguían comentando todo lo ocurrido la semana anterior con la invasión de náufragos que había sufrido la aldea.

Algunos se quejaban de acoger gente extraña en su hogar mientras que otros celebraban el intercambio experimentado. De un día para el otro el pueblo se había visto tomado por una cantidad de personas que duplicaba en exceso a la población estable de Ushuaia, que fue repartida entre casas de familia, la iglesia, edificios públicos e incluso en el presidio.

Entre trago y trago los vecinos fueron perdiendo el hilo de las conversaciones casi tanto como el equilibrio, y cuando el dueño del bar los invitó a retirarse porque tenía sueño y ya no quedaba más bebida que ofrecerles, se colocaron sus abrigos y se fueron cantando bajito cada uno para su casa.

Ninguno escuchó nada más que las propias voces que tenían en sus nubladas cabezas ni vio nada que no fueran sus pies, uno delante del otro y haciendo eses, hasta llegar al calor de la cama.

Solo la luna fue testigo de las dos figuras que forcejearon, apenas, sobre la calle Maipú en la intersección con otra cuyo nombre nadie retuvo, dado que el crimen fue recordado siempre como el "asesinato del gringo", aunque el muerto no era gringo sino un rubio desteñido.

Fueron los presos del penal quienes hallaron el cuerpo al día siguiente, porque les quedaba de camino mientras iban a buscar leña al Monte Susana. Desobedeciendo las órdenes de mantener silencio uno de los penados dio el grito y antes de que fuera castigado por el vigilante extendió su brazo y señaló el cuerpo.

Desde lejos parecía un borracho que no había llegado a destino, un hombre tendido sobre la acera sin signos de violencia aparente, al menos no se veía sangre.

Cuando el tren se detuvo a la orden de uno de los vigilantes, dos guardianes se acercaron al cuerpo. Con solo mirarlo de cerca advirtieron la rigidez de la muerte y se persignaron.

—¿Quién es? —preguntó el que se había agachado para comprobar sus signos vitales.

—Es el marido de la mujer del barco, la que se quedó. —Al recibir la mirada intrigada de su compañero agregó—: La que fue a la cárcel e insistió para ver al 47.

—Hay que avisar. —Se puso de pie y ordenó al tren seguir su marcha mientras él se ocupaba de comunicar el hallazgo a las autoridades.

Recorrió las pocas cuadras que separaban el lugar del hecho de la comisaría y fue despertando al pueblo.

Las autoridades que estaban levantadas a esa hora —el tren de los presos salía muy temprano— realizaron el camino inverso al que había realizado el guardia mientras iban desparramando la modorra sobre la calle Maipú. No había prisa, el muerto estaba muerto y la viuda todavía estaría durmiendo.

El rumor empezó a correr por las catorce cuadras que tenía el pueblo y se fue metiendo por debajo de las puertas y las hendijas de las ventanas y sacó de la cama a más de un curioso.

Alrededor del cuerpo inerte se congregó una pequeña multitud y el murmullo fue creciendo en voces que tejieron mil historias en torno a la causa de la muerte.

—Fue el Watauineiwa —dijo el tonto del pueblo, que no era tan tonto porque siempre andaba aquí y allá obteniendo beneficios por los chismes que repartía de casa en casa.

—Calla, Dadá —ordenó el comisario—. Vete a buscar al doctor.

El muchacho movió sus dedos con ansiedad, echó un último vistazo al muerto y corrió en dirección a la loma que llevaba a la

morada del médico.

—Habría que avisar a la mujer —sugirió alguien.

—¿Te parece? —respondió otra voz—. Si ella lo hacía en el barco…

A nadie había sorprendido que cuando el *Monte Sarmiento* zarpó llevándose a los náufragos ella se hubiera quedado en la isla, sin el marido.

Todos los habían visto discutir, no una sino varias veces. Ya durante el viaje las peleas habían entrado en los camarotes e interrumpido a la orquesta convirtiendo la miel de la luna en hiel.

Después se coló el rumor de un romance que a ella se le atribuía con alguien de la tripulación, pero cuando la mujer se puso firme con eso de visitar a los presos, lo cual a las mujeres del crucero les estaba prohibido, creció con más fuerza la idea romántica de un antiguo amorío con un presidiario.

Todo el pueblo había presenciado alguna que otra riña entre el matrimonio, incluso la discreta familia Escobar que había recibido a los náufragos en su casa había deslizado algún que otro comentario.

El comisario, acompañado de Roger, su segundo, dispuso el traslado del cuerpo, y una comitiva se organizó para llevarlo a la comisaría. Esperarían la llegada del médico para que indicara la causa de la muerte y extendiera el certificado.

El pueblo había reaccionado y frente a la estación de policía una multitud clamaba respuestas sin conocer siquiera las preguntas.

Los pocos uniformados dispersaron al gentío e ingresaron con el cadáver, al que habían transportado sobre una tabla entre varios.

Después de entrar cerraron las puertas frente a las narices y ojos curiosos y aguardaron sin saber bien qué hacer.

Cuando llegó el doctor le permitieron el ingreso y lo llevaron junto al difunto que ya parecía estatua de cera. Al verlo, Fausto Rivera experimentó una extraña sensación en la piel y un *déjà vu* lo hizo viajar casi veinte años atrás. Tuvo que espantar el recuerdo en un abrir y cerrar de ojos y dedicarse a la tarea que le habían encomendado: certificar una muerte.

Sacó sus elementos médicos, los pocos que tenía, y constató que el cuerpo era cadáver y que el hombre había exhalado su último suspiro hacía más de doce horas.

—¿Causa de la muerte, doctor? —preguntó el juez de paz, que

también había sido convocado.

Fausto volvió a observar el cuerpo, no había signos visibles de violencia y cualquiera podría pensar que había sufrido un paro cardíaco, aunque era un hombre joven, no pasaría los treinta años. Pero él sabía que no había sido un paro cardíaco y que la muerte no había sido natural. El color cianótico del rostro y las petequias gritaban otra causa.

Era consciente de que lo más simple hubiera sido pasar por alto ese detalle y dejar al muerto ir en paz, pero había un asesino en el pueblo y era su deber alertar a la comunidad.

Desde la llegada del crucero todo había cambiado y él se sentía parte de ese cambio. De alguna manera había intervenido para que los engranajes se pusieran en marcha y como un reloj que marcara las horas hacia atrás el pasado se le había vuelto encima.

Ajeno a las miradas intrigadas del jefe de policía, el juez de paz y otros ciudadanos importantes en esa pequeña comunidad que no llegaba a los mil habitantes, Fausto desabrochó el abrigo del sujeto que yacía sobre dos escritorios que se habían acercado para sostenerlo. No hacía falta abrir también la camisa porque las marcas estaban por encima del cuello blanco, impoluto. Así y todo, el doctor Rivera desprendió uno a uno los pequeños botones y puso a la luz las huellas del crimen.

Alrededor del cuello y por debajo de la nuez de Adán todos pudieron ver los signos de la fuerza ejercida por dedos y uñas.

Fausto se inclinó y observó al detalle los estigmas ungueales, su trayectoria y presión. Movió un poco la cabeza del cadáver, lo cual originó algunos murmullos entre los asistentes, y pudo advertir que había mayor presencia en la zona posterior y laterales, lo cual indicaba que el ataque había sido de frente.

El doctor abotonó nuevamente la camisa y el saco. Largó un suspiro antes de hablar:

—Estrangulamiento.



CAPÍTULO 2

La noticia llegó a la pensión donde se alojaba la viuda antes que el oficial de policía.

Clara Torres de Encinas acababa de levantarse cuando su casera la obligó a sentarse y le dio las buenas nuevas antes que los buenos días.

La joven, que no llegaba a los veinticinco años, abrió con desmesura los ojos color miel y las pecas de su rostro parecieron multiplicarse cuando la boca dibujó una “O” muda.

Cuando pudo salir de la impresión que la noticia le había causado balbuceó:

—No puede ser… tiene que haber un error. —Se puso de pie y buscó un abrigo para cubrirse, porque incluso en enero en Ushuaia hacía frío—. Mi esposo se fue en el barco, tiene que ser un error —repetía de forma automática camino a la puerta.

—¿Quiere que la acompañe? —ofreció la casera, pero Clara no contestó y salió.

Avanzó por la calle San Martín y en el camino se topó con Roger, el ayudante del comisario, que iba a buscarla, y le ahorró tener que darle la noticia.

En la vereda de la comisaría solo quedaban dos o tres curiosos, entre ellos Dadá, quien tuvo la mala idea de preguntarle si ella había matado a su marido.

—¡Insolente! —le gritó ella, reafirmando el mal carácter que todos le habían conocido durante los días que llevaba en Ushuaia.

El oficial la hizo ingresar y allí se encontró con las caras ya conocidas del jefe de policía, el juez de paz, el doctor y otras autoridades locales.

—Señora —empezó Pedro Rodríguez, el juez—, como usted sabe encontramos un cuerpo y…

—Dicen que es mi esposo —interrumpió Clara—. Eso es imposible, mi marido zarpó en el *Monte Sarmiento* hace dos días. ¿Qué clase de broma es esta?

—Clara —intervino Fausto, y todos lo miraron con reprobación atento a su trato cercano—, sabemos que no es un buen plan identificar un cuerpo, pero es necesario que sea usted quien lo haga.

Ella apretó los labios y lo miró entre furiosa y preocupada.

—Por favor —insistió el doctor Rivera.

—Está bien.

La muchacha siguió a esa hilera de hombres circunspectos e ingresó en el despacho donde habían dispuesto al difunto.

A medida que se acercaba Clara sintió que se quedaba sin aire y tuvo que detener su marcha para buscar apoyo, que encontró en el brazo de Roger, que estaba a su lado.

Avanzó los últimos metros con la certeza de que ese cuerpo que había desalojado carpetas, expedientes y lapiceros era su marido.

Se llevó las manos a la boca y ahogó el gemido. Se quedó de pie, tiesa y muda mientras las lágrimas caían por sus mejillas. No lo amaba, pero tampoco se alegraba de su muerte.

Giró para salir, no deseaba seguir viendo ese rostro que la atormentaría días y noches.

—Señora —dijo el comisario—, necesitamos que diga si…

—Es él, es mi marido, Hernando Encinas.

—Tendrá que quedarse un rato, hay papeles que deberá firmar.

—¿Es necesario? —preguntó, entre compungida y enojada—. ¿No le parece que tengo derecho a un momento a solas?

—Tiene razón, disculpe, señora. —El jefe de policía hizo señas a Roger—. Acompañe a la señora a su domicilio.

—¿De qué murió? —preguntó de repente—. Mi marido era un hombre sano… y joven. —Como si una luz iluminara su mente la asaltaron las preguntas. Indagó con sus ojos a todos los presentes—. ¿Qué fue lo que pasó?

—Será mejor que pasemos a otra oficina —dijo el comisario.

La comitiva abandonó esa sala e ingresó en otra más pequeña pero menos viciada de muerte. Ofrecieron a Clara una silla y de los hombres solo se sentaron el juez de paz y el jefe de policía.

—Señora, ¿cuándo fue la última vez que vio a su marido?

Ella se envaró en la silla.

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Soy sospechosa acaso? —Llevó su cuerpo hacia adelante y añadió—: Quiero saber de qué murió.

—Clara, su marido fue estrangulado —dijo al fin Fausto.

—¿Estrangulado? —Bajó la cabeza pensando que era una muerte horrible, por eso el color de su rostro—. Pero ¿Alguien vio algo? ¡No puede ser! —De nuevo las lágrimas bañaron sus mejillas.

—No sabemos nada, señora, por eso necesitamos saber cuándo fue la última vez que lo vio.

Clara continuaba llorando y los hombres respetaron su silencio. Nadie vio la figura espectral de Hernando sonriendo desde un rincón, al fin su esposa demostraba algún tipo de sentimiento hacia él, y para eso había tenido que morirse. Ya podía irse en paz.

Cuando se recompuso la joven levantó la cabeza y suspiró hondo.

—Lo vi el día de la partida del barco —dijo—. Estábamos en casa de la familia Escobar, la familia que nos alojó —explicó—, discutimos, yo quería quedarme.

—Y él quería regresar —afirmó el policía.

—Sí. Le reiteré el propósito del viaje para mí y él puso las excusas de siempre —Clara se miró las manos donde aún lucía el anillo de bodas—. Me dijo que me esperaba en el muelle, que, si no estaba ahí a la hora de zarpar, se iría solo.

—Y usted se quedó. —Ella asintió—. Y creyó que él se había ido.

—Así es.

—¿No volvió a verlo en estos dos días?

—¡No! Ya les dije que creí que se había ido en el barco. —Elevó los hombros y se sonó la nariz—. Sé que hice mal, que ponía en juego mi matrimonio, pero lo que vine a buscar era más importante para mí.

—No estamos aquí para juzgar eso, señora —terció el juez de paz.

—¿Qué pasará ahora? Hay que enterrarlo —dijo—, no quiero que quede ahí, como en una exposición. —El llanto la acometió de nuevo.

—Por supuesto, señora, mañana mismo podrá disponer del cuerpo para su enterramiento —la tranquilizó el juez de paz.

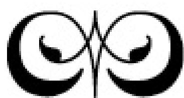
—Quiero que encuentren a quien hizo esto —dijo con

resolución.

—Claro, señora —dijo el jefe de policía—. Mientras dure la investigación no podrá abandonar la ciudad.

Clara se puso de pie como si la hubiera picado una avispa.

—¡Por supuesto que no me iré! —Se acercó al comisario y le largó en la cara—: Esperaré hasta que usted encuentre al culpable del asesinato de mi marido.



CAPÍTULO 3

Puerto de Buenos Aires, 15 de enero de 1930

Como si danzara en un caldo turbio el buque alemán *Monte Cervantes* se balanceaba en la rada. De un lado, la vastedad del agua, del otro, el puerto deslucido y abigarrado de chimeneas, cadenas y poleas.

Los pasajeros ya estaban a bordo de esa nuez gigante adornada con banderines de colores y la sirena estridente llamaba a la aventura. Las voces de adioses y buenos deseos se mezclaban con los acordes de la marcha que la banda tocaba sobre una de las cubiertas, en señal de bienvenida.

Codo con codo los excursionistas se amontonaban sobre las cubiertas para despedir a los familiares que quedaban en tierra. Solo una mujer permaneció indiferente al entusiasmo; era joven y su cabello castaño y enrulado se alborotaba con la brisa. Con delicadeza, los recogió con una de sus manos y los ató en un nudo. El sol de esa mañana era fuerte y lamentó haber empacado el sombrero.

—¡Clara! —Ante el llamado ella volvió la vista hacia el hombre que le hacía señas desde la proa del barco—. ¡Ven a ver!

Como si le pesaran las piernas acudió a su encuentro y se obligó a una sonrisa. Él la tomó del brazo y la acomodó delante de su cuerpo para que pudiera apreciar la costa de Buenos Aires que dejaban atrás.

Los adioses de algunos se seguían escuchando, pero ya no había respuesta, el ruido del agua contra la hélice acallaba todo.

Como un coloso el *Monte Cervantes* serpenteó la costa con sus chimeneas, sus barcazas, los humos negros de algún arenero que se acercaba y se internó en el mar.

A bordo llevaba mil doscientas almas en busca de aventuras, mil doscientas almas que se habían embarcado en ese viaje hacia el misterio blanco que los aguardaba en la lejanía austral.

Una vez ubicados en los camarotes todos salieron a recorrer las instalaciones. Había un gran salón de fiestas y salones más pequeños y confortables para la lectura o el juego, biblioteca, sala comedor y confort por donde se buscase. Era uno de los primeros viajes turísticos al sur fueguino y se había vendido como el sueño de todos.

Y como en sueños, mientras su flamante esposo hacía sociales con los otros viajeros, Clara observaba el horizonte con ojos nublados por la desdicha. Su madre siempre le había dicho que tenía ojos de bruja, porque podía acomodar la mirada y el brillo a su antojo según la ocasión, y ella ya no sabía si eso era cierto o si estaba dotada de grandes dosis de teatralidad. Pero sí era una verdad indiscutible que muy pocas personas podían llegar a su alma y encontrar su verdadero sentir, y Hernando, su esposo, no estaba entre ellos.

Se habían casado la semana anterior y ese era el viaje de bodas, viaje que ella le había sacado a cuentagotas con un fino trabajo de convencimiento durante el corto noviazgo. Había visto la publicidad en uno de los grandes diarios y no había parado hasta conseguir el sí.

Hernando era conocido de la familia, o al menos la familia que ella había creído tal, porque los lazos sanguíneos se le habían perdido a Clara en una nebulosa confusa y lejana luego de la discusión y ahora andaba falta de raíces.

Hernando y quien ella había creído desde siempre que era su padre se habían relacionado por negocios y habían congeniado pese a la gran diferencia de edad. En las visitas de su marido a la casa antes de que pasara todo, él había puesto sus ojos en ella, y también pensó en poner las manos si no hubiera sido por la aspereza de Clara hacia él. Pero era mucha la atracción que Hernando sentía por ella y el muchacho no estaba dispuesto a desistir. Buscaba excusas para ir a lo de los Torres por más que ya no hubiera negocios de por medio, hasta que tuvo que sincerarse con el dueño de casa cuando los inventos se le acabaron.

—Haberlo dicho antes, hombre —le había dicho Felipe Torres

palmeando su espalda—. Te esperamos esta noche a cenar.

Y así fue como Hernando pasó a tener un lugar en la mesa mucho más seguido de lo aconsejable mientras los negocios se licuaban, porque Felipe Torres no tenía muchas luces para ellos y Hernando prefirió seguir solo. Todos estaban contentos con el pretendiente, incluso la madre de Clara, Catalina, creía que era un buen candidato para esa hija a la que se le había pasado la edad de encontrar novio e iba para solterona. Hasta su hermano Javier, un año menor que ella, estaba encantado con su futuro cuñado, a quien intentaba convencer para que lo acompañara al hipódromo algún fin de semana y de paso le prestara unos pesos.

La única que no quería saber nada con él era la cortejada, sus pensamientos estaban en otras cabezas, cabezas que soñaba peinar y adornar para fiestas y eventos.

Clara había empezado un curso de peluquería y ese era su objetivo, quería ser una experta en peinados y poder algún día abrir su propio salón de belleza. Su madre la había apoyado.

—Es bueno que una mujer tenga sus propios recursos —le había dicho Catalina, y los ojos se le habían extraviado en ese pasado remoto e inexpugnable del cual Clara no pudo rescatarla nunca.

Catalina a veces parecía flotar, y Clara, a quien siempre le había hecho creer que tenía poderes mágicos, estaba convencida de que era su madre la que estaba dotada de algo sobrenatural. Catalina tenía la capacidad de desaparecer, aunque su cuerpo estuviera allí y su voz los acompañara, aunque hiciera la comida y lavara la ropa o cumpliera sus funciones como mujer y ama de casa. Pero Clara se daba cuenta de que su madre era una cáscara vacía, su alma no estaba allí, y por mucho que la hija se desvelara para encontrarla dentro de ese saco de piel y huesos, nunca podía llegar a su verdadero ser.

A Clara le hubiera gustado compartir con su madre algún secreto, pero Catalina era inexpugnable. Lo único que parecía interesarle era su refugio de velas y santos en un rincón de la cocina. Al resto de la familia no le importaba y la única que sufría era ella.

Hasta el día de la discusión. Esa tarde, ya en el zaguán Clara sintió que algo andaba mal. Al entrar escuchó los gritos. Provenían del dormitorio matrimonial. Se asustó, sus padres jamás peleaban y

menos con ese nivel de violencia que emanaba de la voz de su padre. ¿Sería él? Quizás había entrado un ladrón.

Clara tomó las tijeras recientemente compradas para el curso y con ellas en mano caminó hacia el cuarto, sigilosa, no quería develar su presencia. Echó un vistazo, Javier no estaba, tendría que defender a su madre sola en caso de haber un intruso. Temblando se asomó a la puerta, estaba entreabierta, y en parte se tranquilizó y bajó el arma al ver que era su padre quien gritaba. Espió y vio a su madre sentada en el lecho, esa vez sí estaba ahí, de cuerpo y de alma. Lloraba. A su lado, una caja de cartón destripada mostraba sus vísceras de sobres y pétalos añejos. Su padre estaba frente a ella y sostenía una carta, una carta que era palabra y arma a la vez.

—¡Dime la verdad! —dijo su padre, y le tiró el sobre que dio unas volteretas y cayó sobre las rodillas de Catalina—. ¡Dime si es ella!

Clara no entendió la conversación iniciada y lamentó haber llegado tarde. Se apretó contra la pared y trató de aflojar el nudo de la garganta.

—Lo averiguaré. —La voz amenazante de su padre la hizo estremecer—. ¡Esto no va a quedar así!

Los pasos de Felipe parecían los de una manada de toros salvajes, Clara no hizo a tiempo para escurrirse en su habitación y rogó ser invisible para que él no se sintiera expuesto ante semejante discusión. Pero su padre salió del cuarto y era tal la furia que llevaba que no la vio, o quizá la hechicería que su madre le atribuía había surtido efecto.

—¡Clara! —La voz de Hernando la trajo de vuelta—. ¿Qué haces aquí todavía? Ve a cambiarte para la cena. Ponte linda, que tocará la orquesta y quiero lucirte en el baile. —Se acercó a ella y la atrajo hacia su cuerpo. Ella cerró los ojos y se dejó abrazar.



CAPÍTULO 4

Clara miraba el menú de esa primera noche a bordo del *Monte Cervantes*:

Spaghetti a la italiana
Pollo asado, Papas al horno
Ensalada de lechuga
Espárragos al Cabo San Antonio
Helados de Vainilla, Obleas
Café

No se decidía. Hernando había elegido el pollo con papas, ella dudaba entre los espárragos y los *spaghetti*. Finalmente optó por las verduras, dispuesta a probar algo nuevo.

Hernando pidió un vino blanco que fue servido en copas labradas.

—Por nuestra primera noche a bordo —dijo y levantó su copa. Clara se sumó al brindis y forzó una sonrisa—. Estás hermosa, mi amor.

—Y tú muy elegante.

Comieron mientras escuchaban los suaves acordes que la banda ejecutaba sobre el escenario.

—Aquellos que están allí son los Antueno —dijo Hernando señalando a una familia que estaba en una mesa cercana—. Estuve conversando con él hoy a la tarde mientras su mujer y sus hijas jugaban a la canasta en el salón. Podrías reunirte con ellas.

—Sabes que no me gustan los juegos, Hernando. —Clavó en él sus ojos insondables—. Con mi hermano y Felipe ya he tenido suficiente.

—No entiendo por qué llamas a tu padre por su nombre ahora.

—Hernando dejó los cubiertos a un lado y apoyó los codos sobre la mesa—. ¿Vas a contarme alguna vez qué fue lo que pasó?

—¿Quieres arruinar nuestro viaje de bodas? —Clara cruzó los cubiertos sobre el plato.

—¿No vas a comer? —Ella no contestó y desvió los ojos hacia el salón comedor. Todos estaban felices y se preguntó si esa felicidad sería verdadera o todos serían tan buenos actores como ella.

La orquesta seguía sonando, ahora con ritmos más alegres, la cena finalizaba y el animador invitaba a los pasajeros a bailar.

Hernando comió su postre, que había traído el mozo hacía unos momentos, y después el de su esposa.

Las parejas se deslizaron hacia la pista, alegres y glamorosas las mujeres, un poco más rígidos los hombres, pero con ganas de disfrutar.

—Bailemos, Clara —pidió Hernando y le tendió la mano. Ella resopló, se acomodó la falda antes de levantarse y accedió.

Mientras su marido le tomaba las manos y la invitaba a la danza ella pensó en su madre y en su capacidad de ausentarse mientras su cuerpo se quedaba allí, cumpliendo con sus obligaciones. Quizá si se esforzaba ella también podía alcanzar ese estado, desdoblarse y vivir en esa otra realidad paralela que había absorbido a Catalina.

Se dejó llevar al ritmo de los compases y se fue perdiendo en la música sin saber siquiera qué estaba bailando, mismo podía ser un vals, un tango o un bolero, daba igual.

Su mente logró viajar a través de las aguas y llegó hasta su antigua casa, a su vida familiar, segura, aun con algunos problemas, como los que podía tener cualquier familia normal. Su madre dirigiendo todo, su padre saltando de proyecto en proyecto y su hermano Javier siguiéndole los pasos; eran tal para cual, ambos soñadores, pero sin cabeza para los negocios. Todos los emprendimientos terminaban en pérdidas y Felipe Torres volvía a endeudarse. Así había sido desde el inicio de los tiempos. Catalina debió emplearse en una mercería, pese a la vergüenza de Felipe que tuvo que darle el permiso porque había que llevar comida a la mesa. Al principio su madre iba con desgano, porque sabía que se duplicaban sus obligaciones; la casa seguía estando sobre sus hombros a pesar de que Clara la ayudaba en lo que podía. Después le tomó el gusto al trabajo y se sintió importante al tener dinero que

ella misma ganaba y que podía manejar a su antojo, porque Felipe nunca metió mano a sus ingresos y la dejó hacer; el marido sabía que ella era mucho mejor que él para administrar los billetes.

En los primeros tiempos Catalina trabajaba solo por las mañanas, pero luego de unos meses empezó a ir también por la tarde y algún que otro sábado. A nadie asombró que Catalina agregara un toque de labial o alguna sombra a sus ojos, tampoco cuando le pidió a Clara que practicara con ella alguno de esos peinados que le enseñaban en la academia.

La transformación de Catalina fue sutil pero constante, y un día cuando volvió de la mercería su marido no la reconoció debajo de aquel vestido entallado y ese sombrero que le hacía juego con las botitas y la cartera.

Felipe se quedó mirándola con la boca abierta y se preguntó en qué momento había perdido a su mujer. Ante sus preguntas Catalina lo tranquilizó diciendo que la dueña de la mercería le había pedido que la acompañara a un desfile donde se lucirían algunos de los accesorios que vendían y entre palabra y palabra Felipe se perdió en sus explicaciones mientras ella le servía un exquisito café recién comprado y lo invitaba con unas deliciosas tortitas vienesas.

Todos se acostumbraron a la nueva imagen de Catalina, como ya estaban acostumbrados a la ausencia de su espíritu. La única que siempre quería saber un poco más era Clara, pero su madre era insondable.

—Vamos a tomar un trago al bar —dijo Hernando y la devolvió a la realidad.

Como si no recordara dónde estaba, Clara barrió el lugar con la mirada. A su alrededor, los pasajeros seguían disfrutando de una velada musical y frente a ella estaba Hernando, algo desaliñado y sudoroso. Miró el reloj que colgaba de una de las paredes, había pasado casi una hora; nunca había bailado tanto.

Se dejó llevar y se sentaron en los taburetes que estaban delante de la barra. Hernando pidió las bebidas y Clara advirtió que a su lado estaba el capitán Dreyer con uno de sus tripulantes.

—Buenas noches —dijo el capitán—, veo que están disfrutando de la velada.

—Así es —respondió Hernando—, mi esposa y yo estamos de

luna de miel y nuestra elección no podría haber sido mejor.

—Me alegro.

Durante ese breve diálogo Clara miró con descaro a ambos hombres. El tripulante que acompañaba al capitán tenía el sello alemán: alto, de piel blanca y cabellos rubios; sus ojos celestes la barrieron de arriba abajo.

—Les presento al oficial de puente, Friedrich Schwarz. —El aludido tendió su mano y Clara notó sus dedos firmes y fríos, tanto como su mirada. Sintió un estremecimiento a lo largo de su cuerpo y no supo a qué atribuirlo.

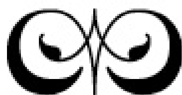
—Encantado —dijo el alemán en un español atravesado.

—Mi tripulación y yo estamos a su disposición para lo que haga falta —ofreció el capitán antes de retirarse y dejarlos solos.

Una vez en el camarote Hernando intentó ponerse fogoso con su joven esposa, pero ella aprovechó la excusa de que él había bebido demasiado para escaparse de sus obligaciones conyugales, y el marido tuvo que conformarse con un beso que no llegó a siquiera a entibiar su cuerpo.

Clara se quedó mirando la nada en la oscuridad del cuarto, pensando y pensando; incluso creyó ver a su madre sentada encima de una de sus valijas, todavía sin abrir, que la miraba con ojos de reproche y meneaba la cabeza.

“Necesito saber, necesito conocerlo”, pensó Clara. Y como si la voz de Catalina se hubiera metido en su mente la oyó decir: “Te estás equivocando”.



CAPÍTULO 5

Ushuaia, 31 de enero de 1930

*F*austo salió de su casa apenas despuntó el día. El cóndor guiaba su camino hacia el penal, también su perro. Era un pastor peludo con aspecto de salvaje que se había aparecido un día frente a su choza, flaco, lastimado y muerto de hambre. Fausto lo alimentó y curó sus heridas con la esperanza de que se fuera una vez recuperado, nunca había tenido una mascota y ese animal estaba lejos de serlo atento su aspecto fiero. Pero el perro decidió quedarse y por más que Fausto intentó alejarlo con gritos y ademanes, no obtuvo resultados, hasta que se acostumbró a su presencia en la puerta de su casa cada vez que llegaba.

Al principio el perro se quedaba custodiando el hogar cuando él se iba, con el correr de los días empezó a seguirlo hasta su lugar de trabajo y como si supiera sus horarios lo iba a buscar a la salida.

Cansado de decirle "perro" le puso un nombre y supo que a partir de ese momento no habría vuelta atrás.

Con Poncho guiando sus pasos Fausto llegó hasta el penal. Le había costado aceptar ese empleo, no era fácil volver allí después de haber estado preso. Si bien habían pasado muchos años, más de diez, el recuerdo de sus días de encierro y castigo todavía le erizaba la piel.

A sus cuarenta y dos años había vivido tantas cosas que a menudo se sentía un anciano. Además de su cojera la cárcel le había tallado una tristeza inmensa en el alma que solo un buen observador podía leer en su oscura mirada.

Después de ese amor frustrado con Gianna le había llevado mucho tiempo intentar algo con una mujer. Tampoco en la ciudad había demasiadas y la mayoría estaban casadas. Cuando la

naturaleza lo apremiaba iba al bar que estaba al fondo de la calle San Martín, donde las dos o tres camareras hacían un poco de todo y si algún cliente pagaba un trago y algo más se ofrecían a calentarle un rato los huesos.

Después había conocido a Natapai, de la cada día menos tupida comunidad yámana, que vivía junto a su abuela y su hijo en una choza en el extremo sur del pueblo, sobre quien giraba una historia inverosímil para un hombre como Fausto.

Y ahora otra vez en la encrucijada, había tenido tan mal suerte que temía dar el paso.

Cuando el director del penal se enteró de que había regresado a Ushuaia luego de su sobreseimiento, esperó unos días para contactarlo. En ese entonces Fausto vivía en la única pensión que había en la aldea y se dedicaba a ofrecer sus servicios de médico a quien lo necesitara a cambio de unas monedas o un plato de comida. El rumor llegó hasta el penal y el director fue a buscarlo.

Al principio Fausto se negó a escucharlo, estaba resentido por todo lo que había pasado allí, los castigos corporales y el maltrato, pero cuando el director le propuso un trabajo creyó oportuno aceptar; estando dentro quizá pudiera aliviar los padecimientos de los prisioneros e impedir los abusos. En sus tiempos de prisión no había nadie que atendiera sus heridas ni las de nadie y así había soldado mal la quebradura de los dedos del pie y había quedado cojo. Eso no era nada comparado con los tormentos que habían sufrido otros.

De solo recordar los abusos de los celadores y los juegos de muerte a los que sometían a los presos se le ponía la piel de gallina. Cualquier cosa que él pudiera hacer allí dentro sería bienvenida para esos hombres sin futuro.

Y así fue como aceptó la propuesta del director del penal de trabajar como médico, aunque no había hospital ni estuviera previsto abrir uno. El ingreso le vendría bien, no tenía demasiadas aspiraciones y al menos podría comer y quizá mudarse en algún momento de esa pensión donde a la dueña lo único que le interesaba era que la mirara con ojos de hombre.

La situación sanitaria era delicada para todos los habitantes de Ushuaia, los casos graves necesitaban un traslado al continente y solo podía realizarse por medio de los buques de la Armada

Argentina, que con suerte llegaban a puerto cada dos meses. Los enfermos estaban tan mal al momento de embarcarse que morían en el camino.

Acordados los puntos de su trabajo, Fausto fue destinado a la enfermería de la prisión, que funcionaba en el piso superior del martillo del pabellón 3. Era un espacio reducido donde convivían el lugar para la consulta con la pequeña oficina y su escaso instrumental. Allí atendía a guardiacárceles y presos por igual. Hacía las veces de médico y de dentista, y cuando una caries terminaba con algún diente debía extraerlo; la boca desdentada de la mayoría de los condenados era algo habitual.

Con el correr de los meses logró irse de la pensión y ocupó una choza abandonada cerca del pie de la montaña. Estaba rodeada de lengas y colihues y sobrevolada por un cóndor. Trasladó allí sus escasas pertenencias y fue acomodando el refugio para hacerlo habitable. Al calor de los leños en invierno leía las cartas que su amiga, la doctora Julieta Lanteri, le enviaba desde Buenos Aires con las últimas novedades de su lucha feminista y los artículos sobre medicina publicados en las revistas que le mandaba para que estuviera actualizado.

Al principio le costó el trato con los guardianes y celadores, no podía olvidar que ellos habían sido sus verdugos. Tampoco los celadores lo veían con agrado, hasta hacía poco Fausto Rivera había sido un preso y ahora estaban del mismo lado, quizás un escalón más arriba por su título de doctor. El director del penal tuvo que intervenir varias veces para evitar que se fueran a las manos; pese a ser un hombre manso, Fausto ahora era libre y no se iba a dejar avasallar otra vez por esos brutos.

Los presidiarios también lo miraban con recelo, lo trataban de vendido, sin darse cuenta de que estaba allí para ayudarlos cuando caían en desgracia.

Su antiguo compañero de la celda contigua a la suya había sido puesto en libertad y se había ido de la isla, pero sí reencontró a otros. El 83 seguía en la lavandería y Simón Radowitzky, el 155, continuaba padeciendo vejámenes y torturas. Cuando en 1918 fue violado por el subdirector del penal y tres guardiacárceles Fausto solo pudo asistirlo en la enfermería, pero nada más pudo hacer por él. Después el 155 había logrado escapar vestido de guardiacárcel,

gracias a la ayuda de otros anarquistas chilenos y argentinos, con tal mala suerte que fue aprehendido en territorio chileno y vuelto a la prisión, donde sufrió como castigo dos años de confinamiento solitario en su celda y media ración diaria de alimento.

Fausto admiraba la fortaleza de Radowitzky, porque pese a todo seguía vivo y firme en sus ideas. Se había convertido en el héroe de los presos y valor simbólico dentro del anarquismo. Ni la tuberculosis ni el aislamiento lo habían amedrentado y continuaba siendo el defensor de los condenados, que lo estimaban y respetaban.

En esos días se esperaba el prometido indulto por parte del presidente Yrigoyen. Fausto deseaba que al fin pusieran en libertad a ese mártir.

Cuando llegó al penal Poncho lo miró y se sentó a su lado. Habían establecido esa costumbre, recién cuando Fausto acariciaba su hocico el perro se levantaba y emprendía el regreso hacia la casa.

Cumplido el ritual el animal se fue y Fausto avanzó los últimos metros hacia la entrada. Allí, una figura que hasta entonces había permanecido oculta detrás de una columna hizo su aparición.

—¿Qué hace aquí?

—Necesito verlo, necesito hablar con él —pidió Clara.

Fausto se alejó del ingreso y caminaron unos metros.

—Sabe que no puede, ya me metió en problemas una vez.

—Le pagaré. —Levantó la manga de su abrigo e hizo ademán de sacarse la esclava de oro. Fausto se lo impidió.

—¡No me ofenda, señora!

—Todos tienen un precio, doctor.

—Váyase. —Fausto giró y caminó hacia el penal, pero ella lo siguió y en un último intento lo tomó del brazo.

—¡Por favor! —dijo—. Necesito hablar con él.

Hastiado, Fausto se soltó y la enfrentó. Era bella y tenía todos los bríos de la juventud. Se preguntó por qué una mujer que acababa de enviudar insistía en ver a un hombre que estaba preso. ¡Debería estar llorando a su marido! Aunque, a juzgar por todo lo que había pasado, era difícil creer que ella sintiera algún tipo de pena.

—Si quiere ver a un condenado deberá hablar con el director del penal, yo soy un simple empleado.

—¡Usted puede interceder por mí!

—Ya lo hice una vez, señora. Le recuerdo que no se admiten visitas femeninas en la cárcel.

Sin darle oportunidad de replicar avanzó a grandes pasos hacia la entrada y la dejó detrás de la alambrada.

—¡Maldito! —dijo ella entre dientes—. Por algo te marcó Dios. —Se refería a su cojera.



CAPÍTULO 6

Alta mar, 17 de enero de 1930

*L*a luna de miel tenía poca miel y muchas lunas. Clara estaba distante y Hernando no sabía cómo hacer para regresarla a su lado. Su esposa no perdía ocasión de desaparecer entre los pasajeros del crucero y el marido tenía que andar buscándola por los salones y las cubiertas, disimulando el malestar que sentía para no poner en evidencia ese matrimonio mal avenido.

A menudo la hallaba acodada sobre alguna de las barandas mirando el oleaje. Incluso algunas noches Hernando tuvo que salir a buscarla al girar en la cama y sentirla vacía. Al principio pensó que ella había conocido a alguien en el barco y se escapaba para encontrarse con él, hasta que terminó de convencerse de que su esposa estaba fascinada por las fosforescencias del oleaje y las sombras nocturnas.

Cuando la divisaba, se acercaba sigiloso y se acodaba a su lado. Nunca pudo saber si ella se percataba o no porque Clara permanecía tiesa mirando la inmensidad de ese paisaje de luces y sombras y ni siquiera le dirigía una mirada.

Los pasajeros que estaban en los camarotes continuos o que los veían durante las cenas cuchicheaban sobre ellos, todos advertían que el matrimonio no funcionaba y que mientras el marido intentaba por todos los medios agradar a la joven novia esta lo sometía a desplante tras desplante.

—¿Se habrá casado por dinero? —preguntaba una.

—Ella tiene un amante —decía la otra.

Y así se fueron tejiendo cientos de historias que engrosaron la madeja de confusiones y ocasionaron que Hernando fuera catalogado por todos como un hombre débil, cornudo y sometido, y

Clara como una harpía.

Mientras los pasajeros vivían la algarabía del viaje Hernando se arrepentía de haberse casado con esa mujer fría y hermética. Los días pasaban, habían pasado frente a Mar del Plata, ciudad que habían visto desde lejos. Entre la niebla habían divisado sus edificios y sus flotillas de pesca mar adentro.

Sobre las costas de Puerto Madryn habían avistado el paso de Antoine de Saint Exupéry piloteando su monoplano Laté 25, quien sobrevolaba la zona en un vuelo de Aeroposta Argentina, primera línea aérea destinada al transporte de correspondencia.

—Dicen que unos campesinos de la meseta patagónica se asustaron al ver un pájaro de acero y madera que tocaba tierra y vomitaba un monstruo vestido de negro que les pronunciaba palabras incomprensibles —contó María Micaela Yeregue a Clara, mientras compartían el té en uno de los salones—. El pájaro era un avión de correo y el monstruo era quien lo piloteaba.

Las mujeres que estaban a su alrededor rieron, no así Clara, a quien la anécdota no le hizo gracia.

—Los campesinos dijeron luego que parecía una motocicleta con alas —añadió María Zelmira, hermana de María Micaela.

—No veo la hora de llegar a Punta Arenas —dijo otra de las mujeres que se reunían en la mesa—. Necesito caminar en tierra firme.

Clara asentía de vez en cuando y formulaba alguna frase. Hernando la había prácticamente obligado a hacer sociales mientras él hacía lo propio con la mente puesta en algún futuro negocio; ella solo ansiaba llegar.

Cuando logró liberarse de ese compromiso de la hora del té Clara se escapó a la cubierta y miró el horizonte. Supo que tendría que cambiar un poco su actitud hacia Hernando, después de todo él no tenía la culpa de nada. Incluso había accedido a ese viaje, quizá demasiado costoso, y ella ni siquiera le prodigaba lo que cualquier hombre esperaba para una luna de miel. Decidió que esa noche sería un poco más cariñosa.

Embelesada con el paisaje marino, que era igual y distinto todos los días, no sintió los pasos que se acercaban hasta que el hombre estuvo a su lado.

—Buenas tardes, señora de Encinas —dijo Friedrich Schwarz—.

Es mi deseo que esté disfrutando de este crucero.

Clara volvió la vista hacia él, esta vez tenía la mirada más cálida y no le pareció tan serio.

—Así es, aquí no hay tiempo para aburrirse —respondió, mientras regresaba la mirada al agua.

—Sin embargo, no la he visto divertirse mucho, y disculpe el atrevimiento. —Él también miraba el mar—. ¿Acaso no le gusta la música que toca la banda? Puede pedir lo que quiera que se lo concederé.

—No es necesario, oficial, la música es hermosa, solo que no me gusta bailar.

—Tampoco le gusta jugar a las cartas, ni las noches de poesía.

—¿Me ha estado controlando, oficial?

—Una mujer como usted no pasa inadvertida entre el pasaje, señora. —Calzó su gorra y le dirigió una última mirada sugestiva—. Me gustaría verla reír más seguido, y mucho más si fuera yo quien logra arrancarle una sonrisa. —Se inclinó con reverencia y se fue.

Clara sosegó el corazón que había empezado a latirle con más fuerza. Volvió a concentrarse en el propósito de ese viaje. ¿Cómo sería él? Solo tenía un nombre y una historia inconclusa y quizá distorsionada.

Después de la discusión en su casa esa tarde todo había cambiado. El aire era pesado y enrarecido, Catalina ya no se arreglaba para ir a trabajar y su padre, quien pasaba cada vez más horas fuera de la casa, dejó de dirigirle la palabra. Javier, siguiendo los pasos de Felipe, saltaba de empleo en empleo y su mente inventaba negocios que no funcionaban y que se llevaban los pocos ingresos que lograba en algunos de sus trabajos esporádicos.

Sus padres no se hablaban y Clara vio que la familia se desintegraba un poquito cada día.

Una tarde que la casa estaba vacía Clara ingresó al cuarto matrimonial y buscó la caja destripada del día de la pelea. Se sentía una intrusa al hurgar en la intimidad de sus padres, pero allí estaba la clave para desentrañar qué era eso que los había alejado tanto.

Con el oído alerta abrió todos los cajones y rebuscó en todos los estantes, pero la caja no estaba. Tampoco había cartas ni nada parecido a lo que ella había visto desde el umbral. Solo algunos álbumes de fotos amarillentas, ropita de cuando ella y Javier eran

bebés y las joyas de su abuela. Nada.

Hernando continuaba visitándolos e intentaba acercarse a ella, mientras ella lo evadía con excusas. En esas visitas sus padres simulaban una armonía que no existía, pero no bien Hernando se iba retornaban a ignorarse mutuamente, pese a que seguían compartiendo la cama.

—¿Tú sabes qué les pasa? —le preguntó Javier una vez.

—No, me apena verlos así.

—¿Crees que se separen?

—No lo sé, me preocupa mamá —dijo Clara—, no la veo bien, adelgazó mucho y está demacrada.

Pero ni Javier ni Felipe notaron el decaimiento de Catalina hasta que un día ella no se levantó de la cama.

—Madre, ¿qué tienes? —le preguntó Clara y se sentó al borde del lecho.

—Me voy a morir —le dijo sin más—. Y tú tienes que buscar tu felicidad.

—¡Madre! No digas eso. —Clara se levantó—. Llamaré al médico.

—Lo que tengo no lo curan los doctores, Clara, lo que tengo es mal de amor.

Con su madre nunca habían hablado del amor, no era tema que las madres hablaran con sus hijas.

—¿De amor? ¿Y papá? —Clara volvió a sentarse y le tomó las manos que Catalina había tendido—. ¿Por qué están así?

—Tu padre es mi amor, Clara, pero él está enojado y me niega el suyo.

—¿Qué pasó, mamá? ¡Dime!

—A veces, hija mía, los matrimonios sufren altibajos y se puede volver. Pero otras, ocurre una fractura tan grande que no hay retorno. Y así estamos tu padre y yo. —Catalina le apretó las manos—. Búscate un buen hombre para casarte y sé feliz, Clara. Hernando es una buena opción, ese muchacho se desvive por ti.

Después de ese día Catalina no volvió a hablar ni a levantarse. Sus hijos se turnaban para alimentarla y asearla, pero ella dejó de luchar. Los médicos que la visitaron no lograron diagnosticarle nada, ni siquiera la doctora Julieta Lanteri, con quien al parecer Catalina había compartido mitines y reuniones en su juventud,

pudo entender qué enfermedad la aquejaba.

—No tiene nada físico —dijo la doctora Lanteri—, me atrevo a decir que tiene un mal del alma.

En esos días Hernando prácticamente se instaló en la casa, solo le faltaba quedarse a dormir, y Clara agradeció su presencia porque le permitía escapar, aunque fuera unas horas para ir a sus clases de peluquería. Fue también en esos días, quizás aturdida por la enfermedad de su madre, cuando aceptó el noviazgo.

El único que no se acercaba al lecho de moribunda de Catalina era Felipe, que seguía enojado con ella y dormía en el sillón del comedor. A nadie le dio explicaciones de la pelea que habían tenido y ansiaba quedarse solo cuanto antes.

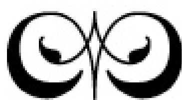
Felipe andaba nervioso y parecía buscar algo que no encontraba, quizás era la caja destripada, la misma que buscaba Clara.

Una tarde Clara decidió encarar a su madre, por más que ella no había vuelto a hablar quizá pudiera entender qué había pasado.

—Madre… —Se sentó al borde de la cama, los ojos de Catalina la miraron con ternura—. Madre, necesito saber qué es lo que pasa. —Suspiró y le contó de la discusión que había presenciado—. ¿Qué tenía esa caja? ¿Qué decía esa carta?

Catalina cerró los ojos y se negó incluso a intercambiar miradas con su hija. Por mucho que Clara insistió solo logró lágrimas amargas caer por las mejillas ajadas de su madre.

Supo que allí estaba el secreto.



CAPÍTULO 7

Alta Mar, 20 de enero de 1930

—*N*o veo la hora de bajar —dijo María Zelmira, y se tomó del brazo de su hermana.

A su lado, acodada a la cubierta, Clara también miraba la costa a la que se acercaban. Hernando, pegado a ella, la sostenía por la cintura.

Habían disfrutado de largos días, con atardeceres hasta las diez de la noche y amaneceres en horas nocturnas para los habitantes de Buenos Aires. Muchos habían madrugado para ver el sol naciente besar los blancos glaciares y romper su luminosidad en miles de haces de colores brillantes.

Mar, cielo, montañas, era un espectáculo maravilloso.

También divisaron colonias de focas jugando entre las olas, gaviotas, albatros, patos marinos y loberías brillando su oro de piel y sol.

Clara finalmente se disfrazó de esposa recién casada y le prodigó a Hernando algunas noches de pasión, compensando en parte el sinsabor experimentado por ella en la noche de bodas, que el marido atribuyó a la tristeza por todo lo que su mujer había vivido en ese tiempo, desde la pérdida de su madre hasta el cariño del padre.

Hernando la quería tanto que suponía que con el correr de los días y la magia del viaje el cuerpo se le encendería y vibrarían juntos con el arrullo del agua. Lo que no sabía era que Clara fingía, como tantas mujeres, sin lograr excitarse ante su contacto.

Clara había caído en sus brazos más por conveniencia que por gusto; ella sabía que nunca podría amarlo, mientras que él soñaba con enamorarla satisfaciendo sus caprichos. Porque ese viaje a

Ushuaia había sido un capricho de ella, capricho que el joven esposo no entendía, porque a Clara le gustaba más el calor que el frío, y el sur no era precisamente un dechado de calidez. Sin embargo, para darle el gusto, y como dinero tenía gracias a uno de los últimos negocios que había encarado, se embarcaron en ese crucero.

Nadie había ido a despedirlos. La boda había sido multitudinaria por parte de él, pero del lado de la novia parecía un desierto, apenas el hermano y dos compañeras del curso de peluquería.

Hernando nunca supo por qué su padre la echó de la casa cuando murió la madre. Felipe le negó explicaciones respecto del tema y el joven novio prefirió dejar la charla con su suegro para cuando regresaran a Buenos Aires, sin saber que para él no habría vuelta y que sus huesos quedarían enterrados en ese sur helado de donde luego lo arrancarían sin echar ni una flor.

En esos días Clara anduvo de aquí para allá, buscando refugio en casa de conocidos que la recibían por pocas noches; luego tenía que irse porque los dueños empezaban a incomodarse. Hasta que alguien le fue con el chisme, Hernando no supo tampoco que su novia durmió en bancos de iglesias y hospitales, porque ella era demasiado orgullosa para pedirle ayuda. Cuando el novio se enteró de que Clara era casi una indigente, porque un amigo la vio pidiendo en la puerta de un restaurante, adelantó la boda y la llevó a vivir a casa de su madre pese a las protestas de la novia que era terca como una mula.

Durante la luna de miel Hernando sentía que había alguien más entre ellos; no se equivocaba: el alma de Catalina, su suegra, se había colado en el barco como polizón y seguía a su hija por donde ella fuera. Había algo que tenía que decirle, algo que se había arrepentido de no contarle y que ahora no lograba comunicar al mundo de los vivos. Catalina se esforzaba para que su voz le llegara o sus manos la tocaran, pero Clara permanecía indiferente y lejana mirando el horizonte.

—Ya estamos cerca. —La voz de María Zelmira la trajo de vuelta a la realidad—. ¡Miren! ¡Allí se ve el poblado! —Señaló la silueta de la ciudad a la que se acercaban: Punta Arenas, en Chile.

De nuevo la sirena y la algarabía de los pasajeros que estaban ansiosos por descender y recorrer el lugar.

Mientras que los turistas ponían pie en tierra para pasear, la tripulación, con su disciplina germana, revisaba motores, arreglaba cabos, examinaba los botes salvavidas y se ocupaba de los tanques de agua potable, alcohol y demás provisiones.

Del brazo de su esposo, Clara recorrió las calles de Punta Arenas que recibió a los turistas con hospitalidad, disfrutaron de la naturaleza y del paisaje. Era un lugar bellísimo. Algunos compraron recuerdos y aprovecharon para degustar las comidas locales.

—¿Es este el viaje que soñabas, Clara? —le preguntó Hernando mientras almorzaban en una fonda frente al mar.

La joven dejó los cubiertos y observó a su marido. Era un hombre apuesto y se desvivía por ella, aunque ella jamás pudiera amarlo se merecía al menos su cariño.

—Sí, gracias, Hernando, has sido muy generoso conmigo.

—Sabes que te amo, Clara, y te daría todo lo que tú quisieras. —Fue ella quien extendió la mano por encima de la mesa y acarició la de él.

Terminaron de comer y se reunieron con otros pasajeros para continuar paseando durante lo que restaba de su estadía allí.

De nuevo en el barco, rumbo a Ushuaia, Clara se dispuso a dominar su ansiedad y a hacer feliz a su marido. No volvió a pasear sola por cubierta y se integró a las mujeres que escuchaban los recitales de música y poesía. Incluso aprendió a jugar a la canasta y por la tarde se reunía con ellas mientras Hernando continuaba haciendo sociales para sus futuros negocios una vez que estuvieran en Buenos Aires.

Por la noche degustaban del exquisito menú que ofrecía el crucero y escuchaban la suave música de la orquesta.

—*Mmm*, este asado está muy sabroso —dijo Hernando—. ¿Quieres probar? Le han puesto una salsa exquisita. —Se refería a la salsa española.

—Prefiero no mezclar —respondió Clara. Ella había optado por las legumbres mixtas con *fleurons*, porque por la tarde se había pasado con los pasteles.

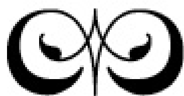
A la hora del baile se unieron a los demás y se dejaron llevar por los acordes del tango, aunque ninguno de los dos fuera un buen bailarín.

—El tango me deprime —dijo Clara—, las letras son demasiado

trágicas.

—Tienes razón, mi vida, mejor vamos al bar, tomemos una copa.

Clara bebió un poco de más, se acercaba el día que tanto había esperado y necesitaba aturdirse para que pasara más rápido. La ciudad de Ushuaia solo la atraía por su presidio y el hombre que pasaba sus días allí.



CAPÍTULO 8

Ushuaia, 21 de enero de 1930

El crucero al fin se dirigía a uno de los paraísos que les habían vendido en la agencia de viajes y que para Clara era lo único importante de esa luna de miel: Ushuaia.

La mayoría de los pasajeros quería recorrer el pueblo de pescadores donde la cárcel era uno de los atractivos, junto con la historia del Estrecho y la cultura yámana que casi estaba extinguida.

A Clara solo le interesaba el presidio y el prisionero que sus paredes retenían. ¿Sabría él que ella iría a verlo? ¿La habría soñado como tantas veces ella lo había imaginado?

La estadía sería breve, apenas unas quince horas, e incluía una navegación durante la tarde por los canales fueguinos.

El día era perfecto, el cielo azul y despejado, incluso el aire tenía una leve calidez que hizo que algunos aflojaran el cuello de sus abrigos.

Los pequeños botes los llevaron hacia el muelle y fueron descendiendo con la ilusión de un niño.

Las voces y exclamaciones aumentaban la sensación de algarabía que todos sentían. El paisaje era sobrecogedor; por un lado, las aguas azules del canal y, por el otro, las montañas abrazando al caserío.

En los alrededores del puerto se habían reunido los curiosos de siempre, en ese lugar tan austral, aislado del mundo, no era frecuente ver tanta gente. El crucero tenía alrededor de mil doscientos pasajeros, más una tripulación de trescientos cincuenta hombres; el pueblo apenas contaba con ochocientos. Incluso Dadá había sufrido pesadillas la noche anterior cuando su abuela le contó

de la llegada del crucero, porque temía que la isla se hundiera con el peso de los visitantes y él no sabía nadar.

—A mí la cárcel no me interesa —dijo una de las hermanas Yeregui—, ¿quién quiere ver malhechores y miserias?

—A mí sí —dijo la otra—, me encantaría conocer ese otro mundo. ¿Crees que nos dejarán entrar?

—¡Claro que sí! —intervino Clara, que estaba a su lado en el muelle, esperando que los condujeran a la primera visita—. Pagamos para eso.

—Coincido contigo —añadió una joven a quien Clara no había visto antes—. Soy Fina Warschaver, y también quiero conocer el presidio.

Clara sonrió, no era la única que tenía ese deseo y se sintió acompañada. No vio a Catalina, sentada en uno de los botes, que negaba con la cabeza y continuaba en sus callados intentos de darle un mensaje.

Al fin se pusieron en movimiento y se dirigieron hacia la primera excursión: la escuela. Tenían planificadas las visitas a los tres mojones del lugar: la escuela, la capilla y el presidio.

Del brazo de su esposo Clara intentaba dominar su zozobra y no retuvo nada de lo que les dijeron durante el paseo ni se dejó alcanzar por la alegría de los pocos niños que eran parte de la población escolar.

Después fueron a la capilla donde el cura bendijo sus almas y los bañó de agua bendita para que la mano de Dios los acompañara durante todo el resto del viaje.

La procesión de turistas avanzaba por las dos calles de Ushuaia, la del canal y la de la montaña, a la que se iban sumando los curiosos. Vista desde arriba parecía un enorme ciempiés de variados colores que devoraba metros en dirección al norte el pueblo.

Dadá no perdía oportunidad de preguntar y preguntar, tal era su especialidad, y varios terminaron echándolo de su lado porque lo único que querían los turistas era ver, y en su caso preguntar ellos mismos. Muchos no advertían su problema porque sus rasgos eran los habituales, y si de algo se había preocupado su madre era que hablara bien. Para los lugareños, nunca dejaría de ser el tonto del pueblo, aunque no era tonto, sino que había sufrido un accidente de pequeño que lo había dejado plantado en la edad del infortunio.

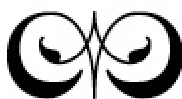
Hernando también fue presa fácil de Dadá y solo pudo sacárselo de encima dándole unos billetes con el encargo de que le comprara a su esposa algo bonito.

Detrás de ellos iba la familia Antueno y Clara escuchó a Beatriz esbozar sus primeras poesías, inspirada por el paisaje sublime que los rodeaba.

A medida que transcurrían las horas se enteraban de la historia del lugar: desde las piraguas de los onas y yaganes hasta las primeras factorías inglesas.

Por la tarde navegaron por los canales y Clara no pudo evitar sentirse convocada por ese paisaje increíble. Los paredones blancos y los juegos de luces multicolores con el reflejo del sol en el agua, los lobos marinos que se les acercaban, intrépidos, y los miraban con ojos mansos, los pingüinos que desde las rocas custodiaban sus nidos, todo era maravilloso.

Hernando notó su conmoción y aprovechó para besarla; atribuyó la frialdad de sus labios a lo helado del aire, seguramente esa noche, en la calidez del camarote, Clara sucumbiría a su pasión. La amaba tanto que cada día era un desafío el intentar acercarla un poco más a su corazón.



CAPÍTULO 9

Al fin llegó el momento tan ansiado para Clara: la visita al presidio. Tenía solo un nombre, pero ese nombre implicaba para ella mucho más que una reunión de letras, era el nombre de sus raíces.

Se acercaron en grupos previamente determinados, no podían entrar en tropel e inundar los pasillos de la cárcel, pero grande fue la desilusión de Clara cuando les informaron que solo los señores podrían ingresar. La decepción dio entrada al enojo y de ahí a los gritos solo hubo un paso.

—¡Nosotras también tenemos derecho! —le dijo al guardiacárcel que daba paso a los grupos.

—Lo siento, señora, no está permitido el ingreso a las damas.

—¡Hice este viaje solo para venir a la cárcel! ¡Quiero hablar con quien esté a cargo de esto!

Hernando, que estaba en el grupo de los hombres, al sentir el alboroto volvió sobre sus pasos e intentó tranquilizar a su esposa.

—¡Cálmate, Clara! No puedes chillar como una loca.

—¿Me estás llamando loca? —Los ojos parecían melazas encendidas—. ¡Tú más que nadie sabe que lo único que me interesa en este viaje es entrar a la cárcel! ¿Y me dices loca?

Hernando la tomó del brazo y la apartó de la multitud que la miraba con reproche. El resto de las mujeres, con Fina Warschaver a la cabeza, continuaba brindando argumentos al guardia para llegar a convencerlo de que ellas tenían el mismo derecho que los hombres para visitar el presidio.

Después de tanto escándalo solo consiguieron que las dejaran ingresar al patio, mientras que los hombres, entre quienes había legisladores y periodistas, pudieron hacerlo más allá; alguno incluso pudo entablar conversación con los detenidos.

Desde el patio, las mujeres apenas podían ver algunos rostros, grises y vencidos, y hacerse a la idea de lo que había detrás de esos muros de piedra.

Cuando uno de los guardias se acercó a ellas Clara aprovechó, ya más calmada, para preguntarle:

—Oficial, si yo tuviera aquí a un familiar detenido, ¿tampoco podría visitarlo?

El hombre la miró e imaginó la treta.

—No, no podría. Para eso tendría que obtener el permiso del director del penal, y eso lleva tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —insistió Clara.

—Días. —Y sin darle más oportunidad de importunarlo se alejó de ella.

Clara apretó los puños y frunció la boca. No se iría de allí sin encontrar lo que había ido a buscar, y si era necesario naufragar para volver, que así fuera.

Había estado a punto de pedirle a Hernando que averiguara allí dentro sobre el hombre que había ido a buscar, pero no le pareció apropiado, ni siquiera le había contado la historia. Además, ¿qué podría hacer su marido? Ella necesitaba verlo con sus propios ojos, escuchar su voz y conocer sus razones.

—Cálmate, no tiene sentido que arruines así tu luna de miel —le dijo una de las hermanas Yeregui—. Después de todo, tienes un marido que te adora y se desvive por ti.

Clara le sonrió con falsía; a ella no la conmovía la adoración de Hernando, por mucho que había intentado quererlo y brindarle placer, sabía que no lo lograría nunca. Ni siquiera se erizaba ante su contacto, sus besos no la emocionaban y estar en la cama con él era un suplicio que no quería seguir padeciendo. Había tomado la decisión de separarse cuando volvieran a Buenos Aires, no tenía sentido seguir alimentando en él un fuego que no lograba encenderla a ella. Hernando merecía ser libre para poder encontrar una mujer que lo amara de verdad, con toda el alma, y no como ella que había sido egoísta. Tenía que pedirle perdón y aclarar las cosas con él, aunque le hiciera daño.

Ofuscada con la situación y con ella misma, Clara esperó a que volvieran a los muelles, hasta el hambre se le había ido. No podía entender por qué a las mujeres les estaba prohibido entrar al

presidio. ¿Cuál era el motivo para tal negativa?

Cuando los hombres salieron contando a voz en cuello sus distintas experiencias, Clara sintió un sentimiento de envidia y bronca a la vez; quería irse de allí cuanto antes. Pese a ello no pudo evitar escuchar sobre las vidas de algunos presos famosos allí detenidos, como Simón Radowitzky y el Petiso Orejudo, asesino y torturador de niños.

Al oír sobre él, el resto de las mujeres se unió a los hombres, lo macabro de la historia las convocaba.

—Dicen que le cortaron las orejas para ver si de esa manera se acababa su instinto asesino —dijo el padre de Beatriz Antueno.

—¿Y qué tienen que ver las orejas con eso?

—Según la teoría de Lombroso los criminales tienen ciertos rasgos característicos, como la frente huidiza, poca capacidad craneana, pelo crespo y grandes orejas, entre otros —explicó don Antueno—. En el caso de Cayetano Santos Godino, alias el Petiso Orejudo, los médicos pensaron que su crueldad estaba en las orejas.

—¡Oh! —exclamaron varias a coro.

—¿Pudieron verlo? ¿Hablaron con él? —quiso saber Clara, un poco más calma.

—No, solo pudimos conversar con los menos peligrosos.

Clara se preguntó si él estaría entre ellos. ¿Lo habría visto Hernando?

Cuando llegó la hora de partir de la ciudad de Ushuaia Clara sintió una enorme impotencia, ese viaje había sido en vano. Frente a ella, su madre sonreía, feliz de que volviera a su casa, porque su condición de fantasma no le permitía leer los pensamientos de su hija y no sabía todavía que había decidido separarse.

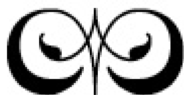
Dadá corrió por el muelle y le entregó a Clara un enorme caracol que había estado buscando durante toda la tarde entre las rocas y que para él era mucho más bello que cualquier chuchería que pudieran venderle en una tienda. El dinero que le había dado Hernando para que le comprara algo a Clara se lo donó al cura para que lo sumara a lo poco que recaudaba en las misas de los domingos.

—Gracias —le dijo la joven, y le regaló una sonrisa.

Una vez en los botes vieron en la orilla una pequeña multitud que se había reunido para despedirlos. Preguntaban si pensaban

volver en algún otro crucero, y como si fuera un presagio alguien gritó: “¿Se van del todo? No vaya a ser que un naufragio los traiga de vuelta”.

Clara pensó que tenía que volver, aun si para ello el barco tenía que hundirse.



CAPÍTULO 10

De nuevo en el barco Clara seguía enfadada, y Hernando, harto de aguantar sus caprichos y sus gritos, que se metieron por debajo de las puertas y llegaron a oídos de los demás pasajeros, la dejó en el camarote y se fue al bar a beber una copa hasta la hora de la comida. Esa luna de miel era un desastre, y por mucho amor que sintiera por su esposa presentía que no iban a ser felices, lo podía leer en sus ojos que lo miraban sin verlo, en sus sonrisas falsas y sus placeres fingidos, en las conversaciones vacías que no lograban llenar los espacios cada vez más gigantes entre ellos y en ese empecinamiento de Clara en algo que había en el pueblo que acababan de abandonar.

Hernando se acodó en la barra y pidió un trago cualquiera con tal que tuviera alcohol, estaba dispuesto a tomar coraje para sacarle a su esposa una confesión; fuese lo que fuese que ella ocultara tenía que saberlo. Ya no le importaba que su matrimonio se fuera por la borda, él mismo estaba dispuesto a arrojarlo a las aguas heladas del sur argentino, no quería esa vida para él.

Mientras Hernando pensaba y se preguntaba una y otra vez qué era aquello que escondía su esposa, esta salió del camarote y fue a la cubierta superior. Necesitaba aire para despejar su mente de la impotencia que la embargaba, respirar aire puro porque sentía que se ahogaba. El viento helado alborotó sus cabellos y el sol del mediodía no logró entibiar su rostro. Cerró los ojos y viajó hacia atrás, anhelaba entender aquello que le había revelado Felipe esa tarde aciaga. Nunca lo había visto así, ella era la niña de sus ojos, pero todo había cambiado el día de la caja destripada. Desde esa tarde Felipe no volvió a mirarla con amor, ni siquiera le dirigía la palabra, y por mucho que ella hiciera, algo se había quebrado entre ellos sin que Clara supiera el motivo. Por el contrario, Felipe

empezó a acercarse a Javier, con quien tenía diferencias en cuanto a los negocios que encaraban juntos y que siempre terminaban en fracasos por los delirios del padre y el despilfarro del hijo.

Clara había buscado respuestas en su madre, pero solo había encontrado en ella mutismo y ausencia, Catalina estaba cada día más lejos, incluso parecía que su cuerpo se volvía más transparente con el paso del tiempo, hasta que cayó en cama y ya nunca volvió a salir de ella sino con los pies para adelante.

—La veo triste. —No tuvo que girar para saber quién era el dueño de esa voz—. No quiero ser indiscreto, pero me contó un pingüino que una bella dama protagonizó un pequeño escándalo en el presidio.

Sus palabras la hicieron sonreír, le pareció ingenioso que le endilgara el chisme a un pingüino.

—Creí que eran los pajaritos los que llevaban las noticias —respondió sin mirarlo.

—Aquí en el sur son los pingüinos. —Friedrich se acodó junto a ella—. ¿Puedo hacer algo para devolverle la sonrisa?

—Ya lo hizo.

—Clara —lo dijo acercándose un poco más a ella y en tono de confidencia—, me gustaría sacarle algo más que una sonrisa.

Ella giró para toparse con sus ojos claros e inexpugnables.

—¿Qué está insinuando? —La mirada de Clara era tan fría como los hielos eternos que cubrían las cimas de las montañas que habían dejado atrás.

—Perdón, señora de Encinas —dijo Friedrich—, creo que interpreté mal sus señales.

—Claro que lo hizo, oficial, soy una mujer casada.

El marino inspiró profundo, se acomodó la gorra y tras una leve inclinación se alejó, incómodo ante la situación.

Clara miró a su alrededor, sentía que otros ojos la observaban y juzgaban; no se equivocaba: dos muchachas del pasaje cuchicheaban y reían bajo sin dejar de mirarla.

Con pasos largos y firmes se dirigió hacia ellas.

—¿Qué les causa tanta gracia? —Las jóvenes dejaron de reír y balbucearon una excusa—. ¡Fuera! —les gritó.

Al quedar sola en la barandilla Clara volvió a su pasado, a los últimos días de su madre. Catalina se había ido sin despedirse de

ella, dejándola llena de preguntas, vacía de raíces, pero fue lo que le dijo su padre no bien volvieron del entierro lo que le había arrancado el pasado.

Con la cara desfigurada por el llanto Clara lo escuchó echarla de la casa. Al principio no comprendió bien, creyó que Felipe estaba tan aturdido como ellos ante la muerte de Catalina, pero cuando él repitió su sentencia supo que era verdad.

—He dicho que te vayas de esta casa. Recoge tus cosas y vete.

—Papá, ¿qué dices? —intervino Javier, e hizo el intento de ponerse de pie y acercarse a él, pero Felipe levantó su mano y lo apuntó:

—Tú te callas.

—Yo… No entiendo —alcanzó a balbucear Clara.

—No tienes nada que hacer en esta casa, tú no eres mi hija.

—Padre…

—¡No vuelvas a decir esa palabra! Yo no soy tu padre. —Había odio en los ojos de Felipe—. Tú eres una bastarda, y para peor, eres la hija de un delincuente. —Le señaló la puerta—. No te quiero aquí cuando regrese.

Felipe Torres se fue y Clara quedó desarmada, parecía una marioneta a la que le cortaron los hilos. Javier se levantó y se acercó a ella.

—¿Qué es todo esto, Clara? ¿Por qué papá dice esas cosas?

Pero Clara no podía hablar.

—¡Clara! —Su hermano la sacudió y ella volvió de ese más allá inexpugnable.

—No lo sé, no entiendo.

La tarde avanzaba mientras los hermanos intentaban poner en orden las fichas desparramadas sobre la mesa de ese enorme rompecabezas. Clara le contó de la caja destripada y la discusión de sus padres, Javier le contó de conversaciones escuchadas detrás de las puertas, hasta que llegaron a la conclusión de que Catalina había tenido un amante en los primeros tiempos del matrimonio. No sabían quién era él, pero tenían la certeza de la existencia de alguien en el pasado de la madre. Incluso sospecharon que él había vuelto, quizás en la misma época en que Catalina había empezado a trabajar en la mercería, porque su ánimo había cambiado y la vieron arreglarse como pocas veces lo había hecho antes.

Pero todas esas suposiciones no les alcanzaban a los hermanos para deducir que Clara fuera hija del amante. ¿Por qué pensaba Felipe que Clara no era su hija? De algún lado tenía que haber sacado tal conclusión, y Clara lo atribuyó a la caja.

Pero la caja no estaba, había desaparecido, así como la carta que su padre le había reprochado a su madre aquella tarde.

Cayó la noche y los hermanos continuaban sentados a la mesa de la cocina en penumbras, revolviendo el pasado como quien revuelve en los cajones buscando una prenda olvidada.

Al escuchar la puerta de calle ambos se envararon en la silla y se quedaron tensos y en silencio. La figura de Felipe apareció en el umbral y al ver a Clara su rostro trasmutó de tal forma que hasta el Cristo que estaba colgado en la pared se encogió y se apagaron para siempre las velas eternas de Catalina.

El padre estuvo a su lado en dos pasos y la levantó por los hombros sin contemplación. La zamarreó con furia y Clara se sacudió como si fuera una muñeca de trapo. Tuvo que intervenir Javier, pero sus gritos no alcanzaron para liberar a la chica y debió usar sus puños.

Cuando Felipe tomó conciencia de lo que había estado a punto de hacer la soltó, y Clara cayó al suelo, desarticulada.

—¡Te dije que te fueras! —le gritó Felipe—. ¡Ahora!

Javier la ayudó a incorporarse y la llevó hasta su cuarto. Fue él quien le armó un bolso con algunas de sus pertenencias.

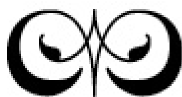
—Vete, Clara, yo te llevaré el resto de tus cosas mañana.

—No tengo a donde ir —gimió ella.

—¿Alguna de las chicas del curso? —sugirió—. Es peligroso que te quedes. Ya hablaré con él cuando esté más calmado.

Clara empezó a llorar y Javier la abrazó.

El graznido de un ave la trajo de vuelta al presente. Todavía navegaban por el Canal Beagle y se acercaban al faro Les Éclaireurs. Se dio cuenta de que estaba llorando al sentir la cara húmeda y fría. Se secó el rostro con un pañuelo y miró la inmensidad cuando un estruendo similar a un trueno quebró la paz del día y el barco se inclinó de repente clavándose entre las rocas.



CAPÍTULO 11

Canal Beagle, 22 de enero de 1930

Gritos, corridas, llantos, preguntas sin respuestas y pánico general. Con el impacto Clara se había caído al suelo y había sufrido una leve torcedura en la muñeca al intentar detener su llegada al piso.

Se levantó con dificultad porque el barco estaba inclinado y se dirigió hacia donde todos corrían a ver qué había ocurrido.

—¡Se partió el casco! —decían unos.

—¡Nos hundimos! —alertaban otros.

Entre el lío generalizado nadie sabía a ciencia cierta qué había ocurrido, lo único real era que estaban detenidos y que el crucero se inclinaba levemente hacia la popa.

Desde los amplificadores les llegaron las palabras seguras y firmes del capitán para que mantuvieran la calma.

—Dicen que nos van a sacar en los botes —dijo el padre de Beatriz Antueno—, mantengan la calma, por el amor de Dios, señoras.

Un grupo de mujeres se había reunido en círculo a orar y sus voces murmuradas se mezclaban con el llanto de otras.

—¿Vamos a morir? ¿Como en el *Titanic*? —preguntó otra.

El desconcierto era general, sirenas, voces, gritos, llantos, y el barco que se inclinaba cada vez más.

Clara hizo acopio de su entereza y quiso ser práctica. Si tenían que abandonar el barco ella no dejaría sus cosas. Como pudo, a los codazos y maldiciones se abrió camino entre la multitud desesperada que no sabía hacia dónde ni para qué corría y fue a su camarote. Ni siquiera pensó en buscar a Hernando. Cuando logró llegar reunió en un bolsito sus cosas preferidas y esenciales, entre ellas una foto de su madre y su broche con forma de libélula; sabía

que había sido un objeto muy preciado para Catalina y no iba a permitir que se hundiera con el barco. Era consciente de que no podría descender con todo su bagaje, pero no estaba dispuesta a perder su único lazo real de familia. Buscó en el equipaje de Hernando las cosas de valor, mas no halló nada. Revolvió el camarote en busca del dinero que habían llevado para el viaje y que seguramente su esposo había escondido, sin éxito. El tiempo apremiaba, los gritos y las corridas se agudizaban y desistió.

Por un instante pasó por su mente su deseo de permanecer en Ushuaia y recordó los dichos de su madre en cuanto a sus ojos de bruja. No quiso creer que su anhelo había obrado un milagro, más bien una desgracia, y se preocupó por reunirse con el resto, no fuera a ser que el barco terminara hundiéndose como el *Titanic* y ella pereciera con él sin siquiera cumplir con el objetivo de ese viaje.

—¡Clara! —le dijo Hernando, a quien se cruzó en uno de los pasillos. Su marido corría, como todos, y en sus ojos leyó la preocupación. Sintió pena por él, no era un mal hombre, aunque ella no lo amaría nunca. No pudo impedir el abrazo y aflojó la cabeza en el hueco de su hombro y su cuello—. Te quiero, Clara, temí perderte. —La apretó contra él.

—Has estado bebiendo —fue su respuesta.

Molesto ante su actitud él la separó para verla de frente.

—Eres un témpano, ¿sabes? Y sí, estuve bebiendo para tomar coraje y dejarte, Clara, pero no he podido. —La soltó y se pasó una mano por los cabellos—. Y ahora, ante la inminencia de la muerte en estas aguas heladas, quiero al menos escucharte decirme que me tienes respeto.

—¡Hernando! —se apenó por él—. No te rebajes a eso. —Elevó una mano y le acarició la mejilla, único gesto que pudo realizar por él; no le alcanzaba el cariño para decir las palabras que él quería escuchar—. No vamos a morirnos —tranquilizó. Tenía la certeza de que su vida no acabaría allí, en medio del agua helada, y por eso estaba serena. No podía explicar el porqué de esa seguridad, pero sabía que no era su hora.

—Ya sé que no me amas. —Ella no pudo sostenerle la mirada—. Dime, Clara, ¿por qué te casaste conmigo?

—¿Crees que es un buen momento para esta conversación? —A su alrededor todo era caos, gritos, órdenes y ruidos.

—Dime, Clara, necesito saber por qué te casaste conmigo —insistió.

—No lo sé —dijo al fin.

—¡A los botes! ¡Vamos a los botes! —gritó alguien.

Hernando la tomó de la mano y la llevó en la dirección que iban todos. La marea de casi mil doscientas almas los empujaba, Clara ceñía su bolso y Hernando le apretaba la mano mientras la arrastraba detrás de la muchedumbre. El barco se inclinaba hacia la popa y se hizo difícil avanzar de pie. De a uno los pasajeros empezaron a hacerlo de rodillas para poder mantener el equilibrio.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntaban unos.

—¿Qué pasará con nuestras cosas?

—¿A dónde vamos?

Todas preguntas sin respuestas.

—¡Está entrando agua! ¡Vamos a morir! —gritó una mujer.

El barco, herido de muerte por unas rocas sumergidas no cartografiadas, se deslizaba hacia las profundidades.

—¡Hay botes salvavidas para todos! —dijo uno de los marinos que intentaba poner orden a semejante lío de voces, corridas y llantos.

—De momento el barco está varado entre los arrecifes, lo cual permitirá a los pasajeros descender —explicó el oficial de Puente por los altavoces. Clara pudo reconocer la voz de Friedrich y aunque no le gustaba lo que el hombre le había insinuado, sabía que tanto él como el capitán Dreyer harían todo lo que fuera necesario para que los pasajeros e incluso la tripulación pudieran abandonar el barco sin inconvenientes.

Pese a las palabras tranquilizadoras, el pasaje tenía miedo, veía que el agua ingresaba en algunas zonas y temían por sus vidas.

Los hicieron formar filas, mujeres, niños y ancianos subirían primero a los botes. Había damas que no querían separarse de sus maridos y se resistían a subirse al bote sin su compañero, otras iban de buen grado y se despedían de sus parejas como si no fueran a verse nunca más, haciendo la situación mucho más dramática, si eso era posible.

Visto desde lejos, al lado del buque las barcas parecían cascaritas de nueces que se bamboleaban en el aire sostenidas por delgados hilos desde los puentes. Clara se asomó y supo que no lo

pasaría bien durante el descenso. Por más cables de acero que sujetaran a los botes estos se bamboleaban con el oleaje y el viento, arrancando gritos de angustia y algún que otro vómito a los atemorizados pasajeros, que semejaban muñequitos.

Eran muchos los pasajeros a desembarcar, casi mil doscientos, después tendría que bajar la tripulación.

Cuando le tocó el turno a Clara, su marido la besó como si fuera la última vez y ella tuvo que resistir ese beso no deseado. Subió al bote junto a Fina y las hermanas Yeregui, era uno de los últimos botes de mujeres, Hernando iría en el próximo. Había estado observando a los anteriores y se había mentalizado para no descomponerse con el vaivén que se producía en el descenso hasta que la barca tocaba el agua.

Algo mareada tomó asiento junto a las demás, sin dejar de aferrarse a su bolso como si toda su vida estuviera encerrada en ese trozo de cuero, con tan mala suerte que la hélice del *Monte Cervantes*, en un último intento por sobrevivir al naufragio, dio sus últimas vueltas destrozando fragmentos de roca que volaron por el aire y amenazaron con despedazar el bote. Las gargantas de las mujeres se unieron en un grito de pavor que logró que, así como había arrancado, como por arte de magia, la hélice se detuviera.

Una vez en el agua el bote fue remolcado por una lancha, que llevaba a su vez tres botes más. Empapados de oleaje y en el silencio de las oraciones se acercaban a la costa, donde la marea les impedía entrar.

Clara no era creyente, se había hartado de las velas y santos de su madre, pero en ese momento sintió miedo por primera vez y se sumó a los rezos de sus compañeras. Unidas de las manos, heladas y mojadas, le imploraron a Dios y a la Virgen para que se apiadaran de ellas y les permitieran tocar tierra.

Perdieron la noción del tiempo y ya no importaba ni el hambre ni el frío, solo querían arribar a tierra firme.

Cuando al fin lo hicieron, en la orilla la población entera los recibió con mantas y bebidas calientes. Sobre la playa fueron amontonándose los náufragos, buscándose las parejas, los amigos, los abuelos.

La rápida presencia del buque de la Armada facilitó la tarea de recolección de náufragos que terminó avanzada la noche, cuando

llegó la cañonera *Independencia*, remitida por el capitán Campos Urquiza, para hacerse cargo de la custodia del buque.

Después, el *Vicente López* regresó a la zona de varadura para poner a salvo la mayor cantidad de víveres, colchones y equipajes, porque el crucero corría riesgo de hundirse.

No faltaron las bromas de Dadá, que estaba feliz al ver de nuevo la ciudad colmada de gente, y empezó a recorrer los grupos preguntando aquí y allá sobre la experiencia del naufragio.

Clara aceptó el abrigo seco que le ofrecieron y se sentó cerca de una improvisada fogata, su cuerpo no paraba de temblar. Los botes seguían llegando, pero ella no miró en dirección a la costa en ningún momento, estaba concentrada en las llamas. Acercó las manos, tenía los dedos entumecidos, y el calor la reconfortó. A su lado había personas que no conocía, eran tantos los pasajeros y a ella no le había interesado confraternizar con la gente.

—Buenas tardes —dijo una voz que precedió al sujeto que se acercó a la fogata—. Soy médico, ¿alguien necesita atención?

Clara elevó la mirada por curiosidad y se encontró con un hombre de alrededor de cuarenta años, delgado y de mirada cansada. Esa fue la primera vez que Clara vio al doctor Fausto Rivera. El dolor de su muñeca era leve y no quiso ocupar su tiempo, había otras personas que precisaban de sus auxilios.

—Me duele el pecho, doctor —dijo una mujer mayor que se había quitado los zapatos y acercado sus pies al fuego.

—Permítame revisarla.

El médico se agachó y se dedicó a ella. Le tomó el pulso y le realizó pruebas simples; al finalizar le dijo que estaba bien, que eran normales sus síntomas luego de la fea experiencia.

Después de revisar al marido de la mujer y a otra de las damas de la hoguera, el doctor siguió recorriendo los distintos grupos que se habían desperdigado por la playa a la espera del resto de los botes.

—Es el médico de la cárcel —dijo Dadá, que se paseaba entre los náufragos ofreciendo bebida caliente que alguien había preparado—. Él estuvo en la operación de las orejas —repetía a quien quisiera oírlo.

Clara prestó atención a esa información, recordó lo que habían dicho de un preso asesino de niños y pensó que sería buena idea

acercarse el doctor, no porque le interesara el preso ni sus orejas, sino porque trabajaba en la cárcel.

A medida que las horas pasaban la espera se convertía en desesperación, porque todavía faltaba gente, y entre ella, Hernando.



CAPÍTULO 12

El responsable local del operativo de rescate era el secretario a cargo de la Gobernación, Hugo Rodríguez, puesto que el gobernador estaba en uno de sus viajes de gestión en Buenos Aires con el ministro del Interior. En escaso tiempo el hombre había puesto en marcha el plan que incluía el auxilio de buques de la Armada para el traslado de los náufragos y la cañonera *Independencia* para custodiar el crucero. Al día siguiente arribaría el resto de la División Naval de Instrucción para completar la labor de los buques y se enviarían al poblado siete mil raciones para dar de comer a los turistas.

El bote de Hernando no había sido remolcado por lancha alguna, por el contrario, había sido conducido por los brazos expertos de los tripulantes alemanes, que a cada remada perdían fuerza.

Se habían alejado de la costa de Ushuaia, hacia donde habían ido los botes anteriores, la marea había cambiado y el oleaje los empujaba hacia otras orillas. Valientes y esforzados buscaban un lugar con algo de playa, porque las rocas a pique y las irregularidades les impedían desembarcar.

Así estuvieron durante horas, luchando contra la naturaleza, mientras que los pasajeros que llevaban, en el mejor de los casos mantenían silencio y se ofrecían para remar y en el peor importunaban con preguntas, quejas y hasta algún que otro llanto.

Hernando fue de los que se ofreció a remar y aunque no tenía buen estado físico suplantó a uno de los marinos que se descompuso y empezó a vomitar. Todos creyeron que era debido al oleaje, pero el hombre era un experimentado lobo de mar y lo que estaba vomitando era el exceso de alcohol que había mezclado con unas centollas a la crema ese mismo mediodía.

Al fin, después de varias horas heroicas, dieron con una playa donde desembarcar y pudieron tocar tierra.

Descendieron agotados y muchos se arrojaron sobre la superficie rocosa.

—¿Dónde estamos?

Entre la niebla y la escasa luz de lo que quedaba del día se habían desorientado. Uno de los tripulantes les indicó dónde estaban y les informó que tendrían que caminar bastante.

—Será mejor hacer noche aquí, estamos cansados —dijo otro.

Encendieron fogatas para calentarse y también para hacer señales, sabían que los estarían buscando. Se habían emitido los SOS y se aguardaba al transporte *Vicente López*, que estaba amarrado en el puerto de Ushuaia y hacía horas que buscaba a los náufragos desde las costas.

También estaban al rescate buques de la Armada Argentina que hacían ejercicios en el Canal Beagle y rastreaban a los náufragos que vagaban por los senderos montañosos.

No tenían provisiones ni abrigo, estaban mojados, y algunos hombres dejaron salir sus debilidades y miedos; otros, con mayores herramientas de supervivencia, buscaron en la orilla algo con qué alimentar las fogatas que amenazaban con extinguirse.

La noche cayó con su rotundidad y quedaron apenas iluminados por la luz de la luna en el agua y el resplandor de las llamas. Sentados alrededor de ellas pasajeros y tripulantes compartieron anécdotas y el amanecer los encontró dormidos, uno muy junto del otro, porque en esas latitudes por más que era verano el frío no daba tregua y habían dejado de lado vergüenzas y pudores para dormir si no abrazados, bien pegados.

Las fogatas se habían apagado y en la oscuridad brillaron cientos de ojos de los antiguos habitantes de esas tierras.

El nuevo día mostró un paisaje agreste y desolado, y por más que veían cerca el barco que rescataba sobrevivientes sabían que era imposible que se aproximara al punto en que estaban, dada la escasa profundidad y las rocas.

Providencialmente, aparecieron unos leñadores que trabajaban en el aserradero frente al que habían pasado el día de la visita y los hombres les sirvieron de guías.

Se formó una larga caravana de náufragos cansados, en la cual

iban niños, ancianos y un inválido que fue llevado en hombros por uno de los camareros del comedor, alternando con un pasajero. La larga fila serpenteaba entre las dunas y avanzó por senderos impracticables, cuestas empinadas y pantanos para llegar a buen puerto luego de casi cinco horas de caminata.

Esa noche, las damas, ancianos y niños que aguardaban en la orilla habían sido conducidos a distintos sitios para que no durmieran al sereno. El estado general de los pasajeros era bueno, pero todos temían por la vida de aquel que faltaba y que al caer la noche no había sido hallado.

A Clara la enviaron a la casa de la familia Escobar, junto con los Antueno. Les dieron de cenar y les cedieron sus camas, que los náufragos tuvieron que aceptar ante la insistencia de los anfitriones.

En la orilla habían quedado el capitán Dreyer y sus hombres, que pasarían la noche envueltos en gruesas mantas, custodiando el barco, al que habían colocado sobre un arrecife para evitar que se hundiera; el capitán temía que alguna lancha pirata lo saqueara.

Con los ojos abiertos de par en par, oyendo las respiraciones pesadas de sus compañeras de cuarto y el sollozo de algún alma triste que venía desde afuera y que se colaba por las hendijas, Clara no logró dormir y las primeras luces del día inundaron el cuarto. Dolorida a causa de la rigidez de su cuerpo ante la imposibilidad de conciliar el sueño, apareció en el comedor donde ya todos se preparaban para desayunar y preguntó si había novedades.

—Los rescataron a todos —le dijo el dueño de casa—, enseguida iremos para allá.

Clara suspiró y sintió que todo su cuerpo se aflojaba. Ella quería separarse de su marido, pero no que fuera la muerte quien pusiera fin al matrimonio. En ese momento no sabía que la parca ya había elegido su presa y que Hernando no saldría vivo del fin del mundo.

—¿Se siente bien? —preguntó la anfitriona—. Está usted pálida.

—Es que no pude dormir.

—Siéntese, coma algo antes de partir, le hará bien.

Clara obedeció, necesitaba recuperar fuerzas. Luego, todos caminaron como en procesión hacia la costa, donde estaban reunidos los náufragos. Algunos habían pasado la noche en los buques de la Armada, otros en casas de familia, y unos pocos en el presidio. Todo el pueblo había aportado provisiones y abrigos,

incluso los presos y celadores habían dado sus capotes para que no pasaran frío.

Los abrazos y las exclamaciones fueron los protagonistas a medida que las parejas y familias separadas se reencontraban.

Clara buscó a su marido y lo divisó enseguida, él también la buscaba, lo advirtió en la desesperación de su mirada, en el girar constante de su cabeza, en puntas de pie para ver por encima de los demás. Sintió pena, no había vuelta atrás en ese matrimonio mal avenido.

Quiso acortarle la angustia y caminó hacia él.

—Hernando —le dijo. Él giró y sonrió al verla, la abrazó y ella pudo sentir su alivio en el cuerpo que se le iba aflojando en el abrazo, en su respiración que menguaba su ritmo y en sus palabras.

—Temí por ti, Clara, ¡gracias a Dios que estás bien!

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Ahora que estás conmigo, bien.

Se sentaron algo alejados del grupo y él le contó sus peripecias en el bote, le habló de su hazaña de remar hasta la orilla resaltando que de no haber sido por él quizá no hubieran llegado. Clara sabía que no era así, pero dejó pasar la exageración, era evidente que Hernando buscaba su admiración de cualquier manera.

Las autoridades convocaron a los náufragos, había que organizarse hasta que pudieran volver a embarcar para emprender el regreso. Si bien la mayoría de los pasajeros festejaban haberse salvado, otros estaban ofuscados ante la pérdida de objetos de valor que aún continuaban en el barco.

Parte del equipaje se había rescatado y fue llevado a un lugar seguro para ser trasladado a un carguero que lo llevaría a su destino final.

—Alguien tendrá que pagar por esto —dijo una mujer—, ¡he perdido las joyas de mi madre!

—Calma, que todavía están sacando cosas del barco —tranquilizó su marido.

El capitán Dreyer había vuelto al crucero en compañía de algunos de sus hombres, para sacar documentación importante y el resto de las pertenencias de los viajeros que todavía no estaba bajo el agua.

A la tarde, la mayoría de los hombres regresaron a tierra, pero el

capitán se quedó en el barco, ocupando su puesto, junto a dos de sus oficiales.

Dreyer conocía todos los secretos de los mares, tenía una destacada foja de servicios, por eso nadie halló explicación coherente para aquel choque con las rocas sumergidas, ni siquiera el práctico Hepe.

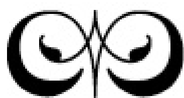
El día anterior el barco había ingresado por ese mismo sitio del paso Les Éclaireurs, solo que con la marea alta. Según el testimonio posterior del práctico Hepe, el capitán quiso navegar, tal vez, libre de cachiyuyos y por eso fijó la marcación en la carta: Monte La Cloche 21°, faro Les Éclaireurs 140°, y llegados a ese sitio ordenó poner la proa 180° Sur. Luego descubrió que también había cachiyuyos y había ordenado una maniobra para alejarse de aquellos, pero el error ya estaba materializado y el *Monte Cervantes* había tocado fondo violentamente con parte de la proa, produciéndose el estrepitoso ruido contra las rocas que ocultaban las algas.

La desgracia ya había ocurrido y el capitán se negaba a dejar el barco que estaba sostenido por el arrecife. De repente y sin aviso la nave se deslizó hacia las profundidades. Algunos lo atribuyeron a un cambio en las mareas, otros dijeron haber visto una gran sombra gris en el agua y cargaron la fatalidad en el lomo del lobo marino enamorado, y fueron los menos los que aceptaron que ese era el destino del *Monte Cervantes* que terminó hundido en el Canal Beagle.

Los dos oficiales saltaron por la borda, pero el capitán Dreyer no quiso abandonar su puesto.

—Vamos, capitán, venga con nosotros —le dijo uno de sus oficiales antes de lanzarse al agua, pero este se negó, ligando su destino al de la nave.

Fue la única víctima fatal del naufragio. La duda sobre si su muerte había sido un suicidio recién sería revelada muchos años después.



CAPÍTULO 13

Ushuaia, 31 de enero de 1930

Luego de maldecir al doctor Rivera y a su estirpe, sin saber que ese hombre no tenía familia ni descendencia, Clara volvió a la pensión. Tomó el camino costero, quizá ver el agua la calmara un poco. No comprendía qué había pasado, Hernando muerto y ella allí, en el fin del mundo, atrapada entre el mar y las montañas, y para peor sospechosa de su muerte.

A su lado caminaba Catalina, llorando y gimiendo con la esperanza de que su hija la escuchara. Lloraba por esa muerte tan absurda del yerno que no había podido estrenar. Si pudiera hablar, pero era apenas una entidad sin nombre, no le gustaba llamarse fantasma a sí misma, quizás alma errante le caía mejor.

Clara detuvo su andar y se sentó sobre una piedra. Miró el agua, mansa en la lejanía y algo alborotada en la orilla. No quería creer que sus ganas de volver a tierra hubieran tenido la fuerza para hundir el crucero en que viajaban y que se había llevado baúles, maletas, joyas y esperanzas, además de la vida del capitán. ¿Se habría llevado también la de Hernando? ¿Tenía ella algo que ver en esa cadena de sucesos que había terminado con su marido estrangulado?

Los graznidos de las aves la obligaron a mirar el cielo, una bandada abandonaba la costa y volaba hacia la lejanía. En ese momento quiso tener alas para poder mirar por encima, quizá desde la altura todo se vería diferente y pudiera encontrar las respuestas que había ido a buscar.

Desde su llegada a Ushuaia nada había logrado, ni siquiera le habían permitido ver al preso cuyo nombre sabía de memoria, luego de haberlo rescatado tras varios intentos en Buenos Aires.

Había sido una amiga de juventud de su madre quien finalmente había soltado el dato: Mateo Alcántara. Sonaba bien, le gustaba ese apellido, hasta podría decirse que se había encariñado, quizás a fuerza de repetirlo día y noche desde que lo había escuchado.

Un silbido la hizo girar la cabeza, era Dadá. Ese muchacho la ponía nerviosa. Le habían dicho que pese a tener cuerpo y edad de hombre su mente se había detenido el día en que había recibido el golpe, más a menos a los ocho años. Ya nadie recordaba cómo había sido, si se había caído de un árbol o de la colina de una montaña, y a nadie le importaba tampoco. Su madre, la última persona que se había ocupado de él, había muerto hacía ya un lustro y su abuela era demasiado vieja para controlar a ese nieto grandote y torpe que vivía con ella. En un punto se parecían, porque a ella se le habían apagado algunas luces con el paso de los años, incluso a veces lo confundía con quien había sido su marido y lo llamaba Juan. Para Dadá era lo mismo que le dijeran Juan, Pedro o Raúl, él obedecía igual. Se había convertido en el mandadero del pueblo, siempre a cambio de alguna moneda que él solía donar a la iglesia, no porque fuera devoto sino porque el cura le caía bien y a veces le convidaba un vasito de vino, cosa que no podía lograr del cantinero.

—Usted mató a su marido —le dijo Dadá y se sentó a su lado.

—¡No seas insolente! —le respondió Clara de mal modo, y se puso de pie dispuesta a irse.

—Era una broma. —Y largó una carcajada fingida, dejando ver sus dientes torcidos—. Yo sé quién lo mató.

Clara ya había hecho unos pasos y al escucharlo giró para verlo al rostro.

—¿Qué dices?

El muchacho empezó a dar vueltas a su alrededor con pequeños saltitos, acercando su cara demasiado a la de Clara.

—¡Basta! —le gritó ella, y trató de alejarse, pero él la tomó del brazo y se generó un forcejeo.

—Deja en paz a la señora, Dadá. —La voz era baja pero cargada de autoridad; el muchacho se detuvo en seco y soltó a Clara.

Quien había hablado era un hombre joven, pero tenía la mirada de quien ha vivido muchas vidas, una mirada verdeazulada que desentonaba en su piel morena.

—¡El lobo! ¡El lobo! —Dadá ya estaba de nuevo saltando a su

alrededor como si fuera un perrito—. ¡Yo sé quién fue! —repetía—. ¡Yo sé!

Antes de alejarse le dijo al oído:

—Fui yo. —Volvió a reír de manera estrepitosa y como si fuera gracioso largó un gas sonoro y hediondo.

—¡Eres un cerdo! —le gritó Clara, y él echó a correr.

Cuando volteó para agradecer al hombre que había intervenido, este había desaparecido.

De camino a la pensión la interceptó uno de los policías que había estado el día anterior en el reconocimiento del cadáver, ¿cuál era su nombre? No pudo recordarlo, pero sí tenía presente que aún no le habían entregado el cuerpo para poder enterrarlo. Tenía que resolver ese tema, casi no le quedaba dinero y no sabía qué hacer.

—Señora —le dijo Roger—, la estaba esperando. Tendrá que acompañarme a la comisaría.

—¿Han detenido a alguien?

—No, señora. —Y no dijo más mientras caminaban las cuadras que los separaban de la estación de policía, aunque no se privó de mirarla de reojo.

Allí estaba el juez de paz, el comisario, otro uniformado y el señor Escobar, quien la había acogido en su casa el día del naufragio.

Después de los saludos la condujeron a la oficina principal y la hicieron sentar en una silla que quedó en el centro de la habitación.

—¿Qué significa esto? —preguntó airada cuando vio que los demás se sentaban a su alrededor—. ¿Estoy en exhibición?

—Señora —comenzó el juez de paz—, necesitamos hacerle unas preguntas.

Y así dio comienzo a un interrogatorio que si bien no era formal a Clara le disgustó. Que cuándo había visto por última vez a su marido, que por qué ella no se había vuelto en el *Monte Sarmiento*, que por qué él se había quedado y que cómo podía ser que ella no lo supiera, y si don Hernando Encinas tenía enemigos.

A todo ella respondió con solvencia y seguridad. Que lo había visto en el puerto el día que el barco se había ido.

—¿Lo vio subir?

—Claro que lo vi.

Que ella se había quedado porque tenía que averiguar ciertas

cosas que no quiso develar en ese momento, que Hernando había partido porque tenía negocios que atender en Buenos Aires; no, no sabía bien qué tipo de negocios dijo a las repreguntas, y que no podía imaginar que su marido se iba a quedar en tierra, y que no sabía que Hernando tuviera enemigos.

—Señora —dijo el comisario—, ¿tenían ustedes problemas matrimoniales?

—¡Y eso a usted qué le importa! —respondió molesta—. ¿Tiene usted problemas conyugales?

—Cálmese —pidió el juez de paz—, señora, por favor, solo queremos ayudar.

—¿Ayudar? —Se puso de pie—. Si quieren ayudar encuentren a quien asesinó a mi marido. Y apúrense con lo que sea que tengan que hacer, así su cuerpo puede recibir una digna sepultura.

Con la frente en alto y temblando de furia avanzó hacia la salida.

Esa misma tarde el cuerpo de Hernando fue enterrado en el cementerio local, cementerio que entre los años 1931 y 1932 recibiría con frecuencia un ataúd proveniente del penal. Sería una época de gran terror para el presidio, del cual una o dos veces por semana saldría un carrito con su carga fúnebre; presos apaleados hasta morir luego de cometer faltas tan graves como hablar en fila con un compañero o contestarle a un celador.

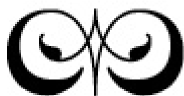
Clara hubiera querido trasladar el cuerpo a Buenos Aires, o al menos esperar que llegaran los padres de Hernando, a quienes habían avisado por teléfono, pero el cadáver empezaría a descomponerse y ella no quería lidiar con eso, por lo cual optó por una cristiana sepultura. Si bien ella no creía en Dios permitió que las autoridades locales se ocuparan de todos los trámites y hasta hubo un responso que brindó el párroco.

A la ceremonia asistieron las pocas personas que lo habían conocido en su breve estadía en Ushuaia, entre ellas la familia Escobar en pleno, algunos curiosos y Dadá, que no se perdía ninguno de los acontecimientos de la villa y que fue el único que lloró la pérdida.

Clara se mantuvo estoica y tiesa, no podía llorar, no le gustaba hacerlo en público y menos aún en presencia de desconocidos. Sentía sus ojos acusadores clavados en ella y tuvo ganas de

mandarlos al diablo.

Cuando todo acabó y giró para volver a la pensión se encontró con los ojos oscuros del doctor Rivera.



CAPÍTULO 14

—¿Puedo acompañarla? —preguntó Fausto. Ella se encogió de hombros y empezó a caminar, él se emparejó a su lado—. ¿No va a dirigirme la palabra?

—Acabo de enterrar a mi marido —fue su ácida respuesta.

—Lo sé, estuve ahí. Pensé que le interesaría escuchar que le conseguí el permiso.

Ella se detuvo en seco y por un breve instante la expresión de sus ojos cambió, después se tornó insondable, como de costumbre.

—No me gusta que me maldigan —agregó Fausto, esperando una disculpa que no llegó—. Hablé con el director, está dispuesto a permitirle una visita.

—¿Y qué pretende a cambio? Casi no tengo dinero.

—¿Por qué piensa que quiero algo a cambio? —A Fausto empezaba a disgustarle esa mujer.

—Nadie da puntada sin hilo.

—Escuche, Clara, no sé por qué usted siempre está a la defensiva. Solo le hice un favor, quizá porque usted me causa pena. —Ella abrió los ojos entre asombrada y ofendida, iba a decir algo, pero él se anticipó y no la dejó hablar. Fausto levantó las manos—: No, no quiero oír sus excusas o lo que tenga que decir, ya me tiene harto. Mañana a las nueve la espero en el presidio. —Se fue y dejó a Clara con la respuesta en la garganta.

La joven caminó por la calle principal del pueblo y compró en la panadería algo para comer. Una vez en su cuarto de pensión se puso a escribir una carta para su hermano, en la que le contaba los verdaderos motivos de ese viaje; esperaba poder enviarla en el próximo buque.

Estaba sola en esa ciudad de fin de mundo buscando sus raíces, sentimientos confusos la habitaban. No se alegraba por la muerte de

su marido y a la vez era una liberación.

Se acostó y cerró los ojos, le dolía la cabeza y tuvo la dicha de dejarse llevar por el sueño. Mientras ella dormía, empezó a correr por el pueblo una voz, primero susurrada, hasta que fue alcanzando volumen para meterse en las casas y en los negocios. Esa voz decía que la noche del asesinato del gringo habían visto al muerto discutir con una mujer. La distancia y las sombras distorsionaban las cosas, pero el testigo aseguraba que la mujer era la viuda, y todos empezaron a repetir esa historia. A nadie se le había escapado la mala relación que tenía el joven matrimonio, ya en su primera visita los pasajeros del *Monte Cervantes* habían corrido el chisme de los desplantes de ella durante el viaje y las discusiones.

También habían dejado entrever que ella se dejaba cortejar por uno de los oficiales del barco, y como una madeja el ovillo de elucubraciones había crecido hasta transformarse en un denso tejido de amoríos y traiciones.

Cuando Clara se levantó y salió del cuarto se encontró con los ojos acusadores de la casera quien brazos en jarra le dijo que tendría que buscarse otro alojamiento. A las preguntas de la viuda adujo que tenía una reserva hecha para la próxima semana por parte de una familia chilena que venía todos los años, cosa que Clara no creyó.

—Tiene que irse hoy mismo —le dijo, y por más que Clara insistió la respuesta fue negativa.

—¿Alguna otra pensión que me pueda recomendar?

—No hay otra —dijo la mujer, y cerró el diálogo.

Enojada y en parte ofendida Clara salió a la calle que recorrió de arriba abajo, buscando aquí y preguntando allá dónde podía alojarse. Notó las miradas de reproche y los comentarios susurrados, pero como era la única que no estaba al tanto del rumor que había circulado no imaginó que era un personaje indeseable.

Solo una mujer le indicó dónde quedaban los hoteles, el Universal y el Miramar eran los más bonitos, le dijo, luego estaban El Tropezón y El Comercio.

Clara los recorrió uno por uno, pero el escaso dinero que tenía encima no le alcanzaba ni siquiera para pagar una noche. Sus pasos cansados la llevaron a la iglesia.

El padre Eustaquio la recibió de inmediato y la condujo a la

sacristía. Si él había escuchado el chisme no lo manifestó.

—Aquí no hay espacio decente para dormir —le dijo, incapaz de ofrecerle su propia cama—. A no ser que quiera hacerlo en el campanario.

—¿En el campanario?

—Es una broma, hija. Aunque hace tiempo uno de los presos que se fugó del presidio se alojó allí. —Y le contó la historia del fugitivo Nievas, quien se había escapado del penal vestido de marinero con un traje prestado y se escondía en el campanario de la iglesia, para bajar durante la noche a beberse el agua bendita que había en una botella en la entrada—. Al cura de esa época le llamaba la atención la misteriosa desaparición del agua y una noche dejó la botella vacía, para despistar al ladrón. A Nievas no le quedó más opción que alejarse para buscar una canilla y así fue aprehendido y devuelto al penal.

—No puedo creer que en todo el pueblo no haya un sitio donde alojarse —protestó Clara, haciendo caso omiso a la historia que le acababan de contar.

—¿Probó en lo de Storm? —Y ante los ojos desorientados de la muchacha le dijo que era un almacén de ramos generales que estaba en el extremo norte de la ciudad, a donde iban a dormir jornaleros y gente que estaba de paso—. Venden un poco de todo, desde bebidas, zapatos y hasta artículos importados que vienen de Punta Arenas.

—Gracias, padre.

—También debo decirle que allí pernoctan los expresidiarios que cuando son liberados se quedan en la ciudad a trabajar; algunos lo hacen para la gobernación y otros para el aserradero.

—Entiendo, padre, pero no tengo a donde más ir.

—Que Dios la bendiga —le dijo el párroco al despedirse, y Clara pensó que las bendiciones en los últimos tiempos pasaban de ella. Desde la muerte de su madre todo había ido de mal en peor.

Con paso firme regresó a la pensión para recoger sus escasas pertenencias, lo poco que ella misma había salvado del barco. Recordó la fila de pasajeros esperando para labrar sus reclamos contra la compañía Delfino en el libro de actas del juez de paz, don Pedro Rodríguez. Los abogados del pasaje habían asesorado a los pasajeros que habían perdido todo e hicieron oír sus reclamos y

denuncias, siendo indemnizados mucho tiempo después. Largas filas habían dado vueltas y vueltas a las manzanas del pueblo, encontrándose la gente tan enredada que perdieron el orden y ya no supieron si habían sido atendidos por el juez o todavía estaban a la espera. Dadá ofrecía tomar el lugar en la hilera a cambio de unas monedas y se hizo de una pequeña fortuna que donó a la iglesia.

Pensó que ella también tenía que hacer el reclamo, porque sus baúles se habían hundido con el barco; lo haría luego de hallar alojamiento.

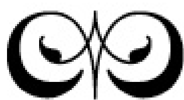
Los ojos acusadores de la casera la siguieron hasta la habitación, pero Clara le cerró la puerta en la cara, no porque tuviera nada que ocultar sino porque no la soportaba. Tomó lo poco que tenía y salió sin siquiera dirigirle la palabra.

—¡Me debe todavía dos noches! —reclamó la mujer en el umbral.

—¡Pues que se las pague Dios!

Como si se la llevara el diablo caminó hacia la calle paralela al canal, si tenía que caminar prefería hacerlo viendo el azul. Algunos la miraron abiertamente al pasar, otros fingieron indiferencia para levantar sus cabezas cuando ella ya les daba la espalda, lo cierto fue que todo el pueblo era testigo de su exilio, porque el almacén de ramos generales al que se dirigía estaba lejos, casi en las afueras, y habitado por gente de dudosa reputación.

Dadá le salió al cruce, ese muchacho parecía estar en todos lados, y le ofreció trasladar sus pocas cosas a cambio de unas monedas. Clara ni siquiera se dignó a responderle y esa fue la primera vez que escuchó que la llamaban “asesina”.



CAPÍTULO 15

A Fausto también le llegó el chisme, pero él no lo creyó. Sabía que cuanto más inverosímil es un rumor más circula y más creíble se vuelve. A él le parecía imposible que una mujer como Clara, pequeña y frágil en su físico pudiera haber asesinado a su esposo, un hombre alto y corpulento. Por mucho odio que ella sintiera hacia su marido, le faltaba fuerza en los brazos, ni siquiera sus dedos delgados hubieran podido encerrar el cuello de Hernando Encinas. Él había observado el cadáver y no había marcas de uñas en las zonas del estrangulamiento, al menos no de las que Clara tenía, largas y cuadradas, sin ser exageradas. Había prestado atención a esos detalles y tenía la certeza de que ella no había sido, incluso cuando tuviera un motivo, incluso también si ella había estado ahí esa noche fatídica, discutiendo con él.

A veces estar en el lugar y momento indicados a la hora del infortunio tiene esos reveses, él mismo había transitado ese camino tiempo atrás y había pagado el error con la cárcel, en esa misma cárcel donde ahora trabajaba como médico.

Terminó de firmar unos certificados que le había pedido el director del presidio y se echó hacia atrás en la silla. Cerró los ojos. Por momentos tenía ganas de levantar lo poco que tenía allí y volver a Buenos Aires. La herida dejada por Gianna ya había cerrado hacía años y era apenas una leve cicatriz, una más entre sus tantas marcas. Solo lo retenía Warhu. Warhu y su leyenda, que él no creía. Pero ¿qué otra cosa podría haber hecho Natapai? Los ojos claros del muchacho gritaban su origen, pero ella nunca dijo quién era el padre. Prefirió acudir a la leyenda del lobo marino. Y como todo lo increíble llega más lejos que la verdad misma, esa versión creció tanto como su vientre y cuando el niño nació nadie puso en dudas la paternidad del lobo enamorado. Su madre, influenciada tal

vez por la misma leyenda, lo primero que hizo cuando lo tuvo en sus brazos fue mirar si tenía piernas, y exhaló un largo suspiro cuando descubrió que su hijo tenía dos pies con sus cinco dedos cada uno. Incluso su abuela buscó durante los primeros años en la piel del bisnieto el nacimiento del pelo gris, sin hallarlo, porque el niño tenía la piel lisa y morena como todos los de su tribu.

Cuando Fausto los conoció a causa de unos cólicos que doblaban a la criatura en dos, Warhu ya tenía ocho años y él todavía no había escuchado la leyenda. En esos tiempos aún estaba adaptándose a su trabajo en el presidio y espantaba fantasmas durante las noches frías. Fue la propia Natapai quien le relató la historia. Le dijo que una tarde caminaba por la playa y se metió al agua a jugar con las olas. Sin darse cuenta la marea había subido y la corriente la fue alejando de la costa; de nada sirvieron sus dotes de nadadora. Un enorme lobo marino gris salió en su auxilio y la llevó hasta su cueva, lejos de la orilla. Él le traía pescados para que se alimentara y recobrara sus fuerzas y así pasaron las lunas y ella se negaba a partir: se habían enamorado. Natapai le contó que se había quedado un tiempo junto al lobo marino, hasta que empezó a extrañar a su familia y la vida en tierra, y como él la quería tanto, la dejó ir, sin saber ambos que en su vientre anidaba un hijo. Natapai regresó con su abuela, pero nunca dejó de mirar hacia el canal, buscando la silueta grande y gris de su enamorado. Cuando su vientre empezó a crecer y supo que esperaba un hijo, quiso regresar a la caverna con él, pero ya era tarde: su amado apareció muerto en la costa y ella se sintió culpable a causa de su abandono.

A Fausto todo eso le pareció increíble, pero con el paso de los años descubrió que nada era tan real como semejaba y que el fin del mundo estaba lleno de fantasmas y leyendas, y se dejó llevar.

Comenzó a frecuentar la choza de Natapai, quizás embrujado por los relatos de su abuela, una anciana sin edad que anidaba en sus ojos toda la sabiduría del mundo y compartía con él sus secretos medicinales; quizás atrapado por la dulzura de Natapai, de cuyos labios fluían cánticos tan nostálgicos como seductores; o tal vez, enternecido por el cariño que le profesaba Warhu desde aquella vez que lo había aliviado de sus dolores estomacales con unas gotitas a las que el niño atribuyó poderes mágicos.

Al principio se acercaba hasta el extremo sur de la ciudad una

vez a la semana con la excusa de saber cómo evolucionaba el pequeño, incluso cuando ya habían pasado meses desde aquella descompostura que los vinculara. Se quedaba un rato compartiendo alguna bebida caliente que la anciana siempre tenía junto al fogón y conversaba con ella sobre plantas e infusiones curativas. Natapai se quedaba callada mientras preparaba los juncos con los que tejería luego los canastos. Más de una vez Fausto la observó cocinar las varas en una gran olla ubicada en un extremo de la choza. La curiosidad lo llevó a preguntar si eso también lo comían, recibiendo como respuesta la risa cantarina de la muchacha, quien le explicó que era para preparar las fibras.

—Si no lo cocinamos, el junco se torna quebradizo y no sirve para el tejido.

Fausto la contempló armar pequeños grupos de fibras cocidas y luego retorcerlos con las manos para aplanar las plantas. Era un trabajo artesanal que requería de paciencia y dedicación.

A medida que la confianza aumentaba Fausto prolongaba sus estadas en la choza. La amistad dio paso a algo más que ninguno se preocupó por nombrar pero que todos sabían que existía y aceptaban. Warhu sonreía dichoso cada vez que Fausto llegaba a la casa y le traía algún dulce o chocolate para que disfrutara. Solían salir de paseo los tres cuando el clima lo permitía, mientras la abuela se quedaba en la choza tejiendo o preparando brebajes.

La comunidad yagán había disminuido pero los miembros que quedaban aceptaron de buen grado la presencia de Fausto en sus actividades o celebraciones, y el joven médico se tornó una figura asidua a cuanto evento hubiera, y si bien la gran mayoría hablaba el español, él también fue aprendiendo palabras y frases en la lengua yagán.

Así descubrió cosas que jamás pensó que podría hacer. Los hombres le enseñaron a construir canoas con las cortezas que arrancaban de los árboles. Primero la modelaban recortando ciertas partes que después volvían a coser para darle la forma de góndola. Al principio Fausto quería hacer todo rápido, pero pronto advirtió que la paciencia era un bien preciado entre los aborígenes y se adaptó a su ritmo, disfrutando del arte de trabajar la corteza sobre los maderos hasta que adquiría la forma deseada.

Mientras los hombres construían las canoas, las mujeres,

sentadas al frente de las chozas, preparaban los cestos con que cocinaban o guardaban las cosas cuando debían trasladarse. Ellas eran las encargadas también de recoger agua y preparar los alimentos.

Los niños a menudo se reían de Fausto y le hablaban en alguno de sus dialectos para que él no comprendiera, y era Warhu quien salía en su auxilio, aunque al doctor no le importara que se burlaran de él.

—Déjalos —solía decirle a Warhu—, solo se divierten.

Si bien la comunidad tenía su chamán más de una vez recurrieron a la asistencia de Fausto, quien con sus conocimientos de medicina curaba los males mucho más rápido y de manera más eficiente. En una oportunidad en que uno de los jóvenes se lesionó un tobillo al quedar enganchado entre las piedras mientras pescaba, fue Fausto quien logró bajarle la inflamación y enderezar su pie, que tuvo que entablillar y controlar durante un tiempo.

Como agradecimiento, el padre del joven le regaló una canoa, la misma en la cual Fausto había estado trabajando junto a ellos durante algunos días, cubriendo el fondo de punta a punta con palos transversales que luego recubrieron a su vez con corteza.

Fausto estaba maravillado con el resultado obtenido, una gran canoa de más de diez pies de largo por dos de ancho en la cual se podían sentar con comodidad siete u ocho hombres.

Agradecido, quiso hacer su primer viaje y para ello pidió que alguien experimentado lo acompañara. Verlos a ellos navegar era una cosa, pero hacerlo él solo requería de una pericia que sabía no tenía. Y así fue como varios muchachitos a los que quiso sumarse Warhu, sin obtener el permiso de su madre, lo iniciaron en la navegación y la pesca.

Junto a ellos y la ilusión de lo que estaba iniciando con Natapai olvidaba su reciente pasado y mientras ella tejía juncos Fausto aprendía también a pescar y a cazar.

Para pescar las mujeres utilizaban unas líneas con anzuelos de piedra tallada en los que colgaban mejillones; lo hacían desde las canoas. Eran los niños los que pasaban horas tallando y limando piedra contra piedra y a su vez templando el carácter. Warhu era quien más se dedicaba en la confección de los aperos de pesca.

Los hombres pescaban desde la playa, con arpones de punta de

hueso que ellos mismos hacían. Fausto resultó ser un fiasco para ello, los peces le parecían demasiado escurridizos.

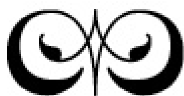
—¡Rivera! —Una voz lo despertó—. Terminó tu turno.

Era un celador. ¿En qué momento se había dormido? Estaba recostado sobre el escritorio, la boca seca, pero con una sensación de felicidad que hacía tiempo no sentía. El recuerdo de Natapai era demasiado bello.

Se levantó, estiró el cuerpo y recogió sus cosas. Mañana volvería temprano, era el día en que Clara Torres de Encinas visitaría el penal.

Casi en la salida lo detuvo uno de los celadores:

—Recuerda que estás invitado a cenar en casa.



CAPÍTULO 16

Ushuaia, semana de estadía de los náufragos en la ciudad, enero de 1930

Para acoger a los náufragos la ciudad puso a disposición todo lo que tenía. Se improvisaron colchones de viruta y paja y se ocuparon incluso edificios públicos; algunos durmieron en el Banco Nación, otros en la iglesia y los menos, en el presidio, donde los presos, voluntariamente o no, cedieron la mitad de su ración.

La alegría inicial de Dadá fue reemplazada por el temor y se lo pasaba patrullando las calles al grito de "Nos vamos a hundir".

La semana que Clara y su esposo, junto con otros náufragos, estuvieron alojados en la casa de la familia Escobar fue variada. Los primeros días los anfitriones se mostraron amables y predispuestos, incluso ordenaron carnear un cordero que tenían en el campo y lo cocinaron a las llamas para ofrecer a sus invitados. El vino y la comida corrían como el aire fresco que levantaba las puntas de los manteles y los vuelos de las faldas. Se habían puesto tablones en el patio y allí se había organizado la comilona, a la que había asistido el mismo secretario del gobernador.

En esa comida Hernando conoció a un empresario local de apellido Middletown —luego se enteraría de que era apodado "el loco Midd"— quien le contó, entusiasmado, su proyecto de extraer hielo del glaciar Martial para enviar al continente, e incluso exportar.

A su lado Clara escuchaba todo y le parecía una locura. ¿Cómo llevarían el hielo sin que se derritiera? Pensó en Felipe y en todos los negocios que había emprendido a lo largo de los años, siempre en busca de fortuna, y se sintió triste.

Las mujeres sentadas a su lado le hablaban, pero ella no estaba

interesada, solo planeaba la manera de poder visitar al hombre del presidio. Sabía que en pocos días los irían a buscar y ella no estaba dispuesta a abandonar la isla sin haber hablado con Mateo Alcántara.

Cuando escuchó que Hernando hacía demasiadas preguntas al señor Middletown prestó atención y así supo que su esposo estaba interesado en participar de ese loco emprendimiento de sacar hielo de un glaciar.

Continuó el hilo de la conversación y se enteró de que el señor Middletown quería reflotar un viejo proyecto del año 1903 que consistía en bajar el hielo a través de un sistema de rieles que descendería del ventisquero hasta el muelle, para trasladar y embarcar el producto en buques frigoríficos.

—¡Es una idea maravillosa! —dijo Hernando, y ella apretó su brazo en señal de alerta, pero él no le prestó atención.

Middletown continuó entusiasmándolo y le habló de la experiencia escandinava.

—En 1904 el Poder Ejecutivo aprobó la explotación del hielo —dijo Middletown—. Podemos reabrir ese expediente, que hoy está archivado.

—Imagino que será costoso —opinó Hernando, y el otro le dijo la cifra obteniendo un silbido de admiración por parte de Encinas—. Eso es mucho dinero.

—Podemos ser socios.

Esa noche, en la escasa intimidad de un cuarto ajeno dividido en dos para acoger a otro matrimonio, Clara discutió con Hernando, quien estaba empecinado en intervenir en ese proyecto que a ella le parecía una locura, incluso si eso los demoraba en Ushuaia el tiempo suficiente para que ella pudiera ver a Mateo Alcántara.

Las voces de ambos fueron en aumento y terminaron despertando a la pareja vecina, un matrimonio mayor que ya había limado todas sus asperezas con el correr de los años, que les pidió que por favor dejaran sus problemas para resolver a la luz del día o que los resolvieran entre las sábanas.

Ofendidos entre sí y con sus compañeros de cuarto, Clara y Hernando durmieron espalda con espalda.

Al día siguiente, después del desayuno, Hernando recibió la visita de Middletown y volvieron a la carga con el proyecto del

hielo. Clara nada pudo hacer cuando su esposo se comprometió a aportar una suma interesante que le enviaría desde Buenos Aires, previo firmar los papeles que el notario local arreglaría antes de que se embarcaran en el crucero que los devolvería a su hogar.

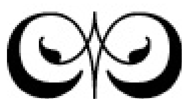
El resto de los días se lo pasaron discutiendo, no solo por el tema del proyecto del hielo sino porque ella no lograba acceder al presidio. Hernando apenas le prestaba atención, todo el tiempo estaba con “el loco Midd”, trazando planos y cuentas. Al parecer necesitarían un cable carril con un recorrido de cinco mil metros entre el glaciar Martial y el pueblo, por donde no había caminos ni población asentada.

—Habrá que adaptar el muelle —decía Middletown—, y construir un lugar apropiado para el almacenamiento hasta tanto los buques recojan el producto.

—Hará falta mano de obra —decía Hernando.

—Y una estación intermedia, y torres metálicas para soportar el cableado.

Harta, Clara lo dejaba solo mientras planeaba la forma de lograr su cometido, sabía que le sería imposible convencer a su esposo de abandonar ese loco proyecto del hielo.



CAPÍTULO 17

Ushuaia, febrero de 1930

*F*austo se había comprometido con Ramiro Vidal, uno de los celadores del presidio con quien había trabado una especie de amistad. Ramiro era un hombre instruido en comparación con el resto de los celadores, que tomaban el trabajo más por el salario y la autoridad que dentro del penal les confería que por vocación de servicio. Vidal había ingresado al sistema siendo muy joven y había pasado por todos los sectores, habiendo logrado el cargo de celador hacía unos cinco años, lo cual había incrementado sus ingresos.

Sabía que la invitación a cenar no solo era por la amistad que compartían, estaba de por medio su hija Isabel, una joven tildada de solterona porque había cumplido los treinta sin novio y sin boda. Más de una vez Ramiro le había hablado de su hija, de sus bondades y saberes, y como él no tomaba el anzuelo terminó diciéndole directamente si no le gustaba para novia.

Al principio Fausto se molestó, no por él, sino por ella, que era ofrecida por su padre como mercancía a punto de vencer, y él, que venía influenciado por la liberación femenina impulsada por su amiga Julieta Lanteri no podía soportar ese tipo de trato para una dama.

A causa de eso había discutido con Ramiro y habían estado sin dirigirse la palabra durante varios días, hasta que las asperezas se habían limado en el roce y todo había vuelto a la normalidad.

Una mañana se topó con la muchacha —a quien se había negado a conocer— en la fila del muelle para comprar pescado, y fue ella quien lo abordó:

—Ya veo por qué nunca quiso venir a mi casa —le dijo para su sorpresa—. Me alegro que así haya sido, no me gustan los hombres

que se avergüenzan de su estado —agregó mirando su pierna y haciendo alusión a su cojera.

—Buen día, primero —le respondió él—. ¿Con quién tengo el gusto?

Ella se envaró, había pensado que él la había rechazado por su aspecto, aunque ella se consideraba bonita, y dudó antes de responder.

—Veo que usted me conoce, pero yo no tengo el gusto —insistió Fausto. Esa muchacha le gustaba, tenía carácter.

—Isabel Vidal.

Fausto quedó sorprendido, jamás hubiera imaginado que la hija de su compañero fuera tan osada, la había pensado falta de carácter, fea y sosa, pero la joven que tenía enfrente era todo lo contrario.

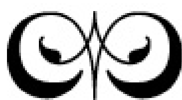
—Un gusto, señorita Vidal. —Y sin saber qué hacer, le cedió el puesto en la fila. Ella compró y ni siquiera lo saludó cuando se fue.

Fausto no le contó nada a Ramiro, pero se quedó pensando en que le gustaría volver a verla, aunque le daba vergüenza forzar una invitación luego de que la había rechazado tantas veces. Hasta que, como por arte de magia, el celador repitió la oferta, quizás a pedido de su hija, quizá de tanto pensarlo él, y esa era la noche del evento.

Estaba cansado, habían sido días duros entre los enfermos del penal, los turistas del naufragio y el asesinato del gringo, pero no podía desaprovechar la oportunidad.

Se vistió lo más elegante que pudo con su escaso vestuario, no era de los hombres que le prestaba atención a su aspecto, al menos no en esa vida, y buscó algo con qué perfumarse. Se miró al espejo, tenía algunas canas y arruguitas alrededor de los ojos, mejor dejar todo eso de lado, no debería haber aceptado. “Será la primera y última vez”, se dijo.

Cuando estuvo listo, tomó un abrigo y salió. El cóndor giraba en círculos en el cielo que cambiaba de colores. Poncho se levantó y fue tras sus pasos.



CAPÍTULO 18

El almacén de ramos generales del tal Storm había resultado mucho más que eso. Era una construcción alargada a la que se la habían ido sumando cuartos y sectores que anidaban la casa familiar, el negocio de venta de un poco de todo, varios cuartos pequeños y pegados uno al lado del otro y un bar, que funcionaba en una construcción aparte de todo lo demás. Ello se debía a que en el bar por lo general no se reunía la escasa flor y nata de esa sociedad sureña, sino que los clientes habituales solían ser expresidiarios, marineros de paso y borrachines que rebotaban en el bar del centro. Y también las prostitutas.

La sociedad vivía del presidio, incluso los presos que tenían buena conducta podían ser autorizados por el director para hacer trabajos por su cuenta en el tiempo libre y vender lo producido para realizar compras particulares.

Los reclusos aportaban tanto a las necesidades locales como a las demandas del Estado. Trabajaban en los talleres, formaban parte del grupo de leñadores del monte, otros trabajaban en las obras públicas. Los rebeldes eran enviados a las canteras o como peones para tareas rurales.

Muchos de los que alcanzaban la libertad debían quedarse en el pueblo, porque los buques tardaban en llegar y cuando lo hacían preferían transportar pasajeros comunes y no expresidiarios, de modo que quedaban pululando por allí, muchas veces sin dinero ni empleo, debiendo dormir en la comisaría más de una vez al no tener alojamiento.

Con el correr de los años, los bares se habían convertido en ámbitos de sociabilidad; los hombres concurrían al final de cada jornada para beber y jugar a las cartas o al billar. El frío que se mantenía riguroso durante casi todo el año, la prolongada noche

invernal y las grandes nevadas invitaban a reunirse alrededor de una mesa provista de alcohol, en especial a los hombres solteros, a los marineros de los transportes de los buques de la Armada y a los tripulantes de vapores comerciales que hacían el derrotero por los mares australes.

Como muchos no lograban empleo una vez libres, comenzaban los actos delictivos y desórdenes en la vía pública, por lo cual se emitió un edicto judicial que prohibía la venta de bebidas alcohólicas a los expenados. La prohibición alcanzaba a todos los rubros y se castigaba con multas y arresto en caso de reincidencia. Los comerciantes del pueblo acataron dicho edicto, no así la familia Storm, y su almacén de ramos generales pasó a convertirse en el refugio de cuanto expresidiario y borrachín anduviera suelto de cuerpo por el pueblo.

Y a pesar de que la prostitución había sido motivo de desvelo de las autoridades locales, que hacía ya varios años intentaba regularla y controlarla, esta florecía con más fuerza cada vez que se multaba a los propietarios de los bares, se los arrestaba o incluso se los deportaba para poner a disposición de algún juez.

Allí fue a parar Clara, quien sin otro sitio donde dormir aceptó la cama que la señora Storm le ofreció en un cuartucho oscuro y angosto, casi al final de la construcción.

La mujer regordeta y de pocas palabras le indicó las normas de la casa, horarios, dónde asearse y le pidió que le pagara una semana por adelantado.

Clara le explicó que no tenía esa suma, que la mayoría de sus pertenencias se habían hundido en el barco y que era su marido quien tenía el dinero, vaya a saber dónde, porque sus cosas no habían aparecido y su cadáver había sido enterrado sin su billetera.

—Si quiere caridad, vaya a la iglesia —fue la respuesta de la mujer.

Clara le ofreció su anillo de bodas, era lo único de valor que tenía, además del broche de libélula, sobre el cual la señora Storm posó sus codiciosos ojos.

—Prefiero el broche —dijo la mujer.

—Es el anillo o nada.

La dueña del lugar lo examinó con ojos de avaricia y lo guardó en el bolsillo de su delantal.

—Con eso tiene pago un mes —le dijo, y se fue sin esperar respuesta.

Esa primera noche Clara durmió a los saltos, no solo por las risas y la música proveniente del bar que le impedían conciliar el sueño, sino por los rostros que se le aparecían en la oscuridad y que desaparecían cuando encendía la lámpara. Primero lo atribuyó al cansancio y pensó que eran pesadillas de duermevela, pero cuando eso le ocurrió tres o cuatro veces y ella tenía los ojos como el dos de oro, supo que era real.

Se sentó en la cama con la luz encendida y trató de tranquilizarse. No vio que a los pies de su lecho estaba Catalina espantando a los fantasmas de turno. Después, cuando todo parecía caer en el silencio y solo se escuchaba el rugido del agua, que estaba a escasos metros de la propiedad de los Storm, empezaron a oírse puertas abrirse y cerrarse, gemidos e improperios.

Ni siquiera tapándose la cabeza con la almohada pudo silenciar todo aquel despliegue de placeres ajenos. Por momentos se dormía, pero volvía a despertarse con la sensación de que alguien había ingresado a su cuarto, que la miraba fijo y movía el aire que la rodeaba, como si quisiera tocarla. No se equivocaba, era Catalina en uno de sus vanos intentos de llegar a ella, de decirle la verdad y evitarle todo ese periplo que había emprendido.

A las ocho de la mañana estaba desayunando en el pequeño comedor que la señora Storm destinaba a sus huéspedes. Comió todo lo que la muchacha que cumplía las funciones de camarera y tenía las mismas ojeras que ella, como si tampoco hubiera dormido, le puso en el plato.

Después volvió al cuarto con la ilusión de arreglar su aspecto para la visita que tenía programada, pero la falta de un espejo y un cepillo para acomodar su cabello arruinó su plan. Se peinó como pudo, sus elementos de belleza se habían hundido con el crucero.

Se miró en el vidrio sucio de la pequeña ventana del cuarto y no pudo hallar su reflejo; quería tener una buena imagen, quería estar presentable para ver a Mateo Alcántara, su padre.

Salió de nuevo al frío de esa mañana de verano. Comparó el clima con Buenos Aires y extrañó un poco el aire caliente de los días de enero. Miró hacia el canal, lucía azul y en calma, unos pájaros sobrevolaban la orilla. Dirigió sus ojos hacia el otro lado y

se extasió con el fondo de las montañas con sus picos eternamente nevados y una base de árboles largos y flacos. Sonrió, era un bello lugar. Caminó hacia su destino y al subirse a una lomada pudo ver de lejos el presidio. Se quedó pensando en su forma tan extraña, como si varios martillos salieran de una nave central.

Se ajustó el cuello y apuró los pasos, no quería llegar tarde. Meditó que debería mostrarse más amable con el doctor Rivera, a quien no había tratado con sus mejores modales; después de todo había sido él quien le había conseguido esa cita que parecía imposible.

Llegó al presidio y Fausto la estaba esperando en la puerta.

—¿Salió a dar un paseo temprano? —Ella inclinó el rostro, sin comprender—. Veo que viene del otro lado del pueblo.

—Ah, es que ahora me hospedo con los Storm.

El gesto que hizo Fausto no fue de su agrado, ¿quién era él para juzgar dónde vivía o las decisiones que tomaba?

—Vamos, el director nos está esperando.

Clara se dejó conducir por el doctor Rivera e ingresó en el presidio. Después de pasar por el *hall* de admisión y dejar sus datos ingresaron en lo que se conocía como la Rotonda. A la muchacha no le alcanzaban los ojos para mirar todo. ¿Dónde estarían los presos? Solo había vigilantes, guardiacárceles, pero de los presidiarios ni el murmullo. Clara no sabía que ellos salían temprano a cortar madera en los bosques y que los que quedaban estaban destinados a los distintos sectores de trabajo.

Un celador con acento español le dio los buenos días y ella respondió al saludo.

—Por aquí —le dijo Fausto, y la condujo hacia la oficina del director, quien la recibió con distancia y le dedicó pocos minutos, cosa que Clara agradeció, dado que prefería evitar el protocolo e ir directo al motivo de su visita.

Cuando por fin salieron del despacho del director y Fausto la llevó hacia una salita aledaña, Clara sintió que el pecho comenzaba a aletear como si tuviera un pájaro encerrado dentro de él.

—Tranquila —le dijo Fausto como si lo hubiera escuchado. Ella le sonrió, por primera vez, con sinceridad y él descubrió en sus ojos, además de esa humanidad que había buscado en ella sin hallarla, un resto de temor—. ¿Quiere seguir adelante con esto?

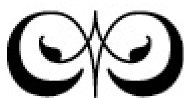
Ella asintió sin palabras, de repente un nudo le apretaba la garganta y le impedía hablar. Desde su llegada a Ushuaia había intentado ver al hombre que creía que era su padre, sin haberlo logrado. Cuando conoció al doctor Rivera el día del naufragio y supo que trabajaba en la cárcel Clara había buscado por todos los medios tener una conversación con él. Lo había logrado, ya cerca de medianoche, mientras él seguía revisando gente que tenía un soplo en el pecho, o frío, o temblores causados por el miedo que se les había metido en el cuerpo.

Sin revelarle demasiado le había contado que tenía un familiar en la cárcel con quien tenía que hablar, que era cuestión de vida o muerte, aunque ello fuera mentira, y que la única manera de poder ver a esa persona antes de volver a Buenos Aires en otro barco era si él intercedía por ella. Después de escucharla Fausto se había negado, bien sabía, y de sobra, que las visitas en el penal eran cosa extraña, solo los presos que tenían excelente conducta accedían a ellas y siempre que fuera un familiar. Pero Clara había hecho uso de todos sus artilugios femeninos, excepto llorar, porque no era de las que demostraban sentimientos en público, y Fausto, quizá conmovido, quizás harto, había hablado con el director del penal, consiguiendo una negativa y una reprimenda por haberle dado esperanzas a esa mujer.

Con el correr de los sucesos de los últimos días, y al ver que Clara se había quedado en la ciudad solo para ver a un presidiario, arriesgando su reciente matrimonio y su reputación, Fausto creyó que realmente era de vida y muerte que ella viera a ese hombre. Su convicción aumentó cuando apareció el cadáver de Hernando y todo el misterio alrededor de su homicidio. Clara Torres de Encinas se había transformado para él en una incógnita, no entendía cómo una mujer tan bella y joven como ella, con un marido que según dichos de las demás pasajeras del barco era “un santo varón, paciente y amoroso”, había echado todo por la borda solo para ver a un recluso. Fausto quería conocer el trasfondo de esa historia y saber quién era el hombre al que ella tenía tanta necesidad de visitar. Cuando ella murmuró su nombre buscando una reacción en su rostro, su intriga creció aún más. Y acuciado por esa curiosidad había insistido frente al director del presidio, aun a riesgo de ser sancionado, argumentando que era crucial para ella ver a Mateo

Alcántara. Y el director, que ya terminaba su mandato y se iba dejando su puesto en manos de un militar retirado, como Mateo Alcántara era un preso de buena conducta pese a su cercanía con Simón Radowitzky, que durante sus años de encierro no había dado mayores problemas y había cumplido los trabajos asignados como si hubiera nacido para ellos, le había dado finalmente el permiso.

—Siéntese —le dijo a Clara—, enseguida lo traerán.



CAPÍTULO 19

Tenía la garganta seca y los ojos fijos en la puerta cuando esta se abrió y entró el prisionero envuelto en una nube de libélulas iridiscentes que solo Catalina, tiesa en un rincón, pudo ver. Clara se quedó erguida en la silla, incapaz de parpadear o respirar, temía que si lo hacía todo se esfumara, que fuera un sueño del cual no quería despertar.

El hombre vestía un traje a rayas negras y amarillas y llevaba grilletes en los pies; una barra de hierro con remaches impedía que diera pasos largos.

El guardia lo hizo sentar en la silla que había frente a ella, miró a Fausto y este le indicó que podía retirarse. Al quedar los tres solos, el doctor Rivera habló:

—Mateo, la señora Clara Torres de Encinas insistió mucho en hablar con usted.

—Buenos días, señora. —Si el apellido le sonó familiar no lo manifestó.

Clara apenas sacudió la cabeza, le costaba salir del aturdimiento. Había esperado tanto ese momento que no sabía cómo comenzar, lo que sí sabía era que quería estar a solas con su padre.

—Doctor —dijo con voz apenas audible—, me gustaría hablar a solas con él.

Fausto le concedió el deseo, sabía que Mateo Alcántara no era un hombre peligroso, además, estaba imposibilitado porque a sus manos también las sujetaba una cadena.

—Recuerde, Clara, que dispondrá de unos pocos minutos.

Recién al quedar solos el hombre la miró a los ojos y ella se fijó en los suyos: eran verdes, de un verde aguado, límpido, y la joven se preguntó qué mal habría hecho para estar encerrado allí, a donde iban los reincidentes y asesinos, según les habían contado en la

visita turística. Poco sabía de Mateo Alcántara, la amiga de su madre, a quien casi había tenido que rogar para que le contara algo, solo le había dicho que estaba encerrado en el sur por cuestiones políticas.

Se miraron, buscando ella sus orígenes en ese rostro atractivo de mirada mansa y nariz recta; podía entender por qué su madre había tenido amoríos con él, era un hombre interesante incluso a esa edad cercana a los cincuenta. Lo comparó con Felipe Torres y este le pareció un hombre común y deslucido a su lado. ¿Endiosaba a ese desconocido porque todo indicaba que era su padre? Sin embargo, por mucho que buscaba, nada en él le parecía familiar. Ella tenía los ojos color miel, los cabellos castaños y la nariz respingona. Ese hombre en nada se le parecía, era rubio, de tez mate y ojos líquidos. Él también la estudiaba y su expresión se había suavizado.

Un soplo de aire caliente los envolvió a ambos y agitó los cabellos y el ruedo de la falda de Clara. Dos pares de ojos siguieron el sentido de ese remolino insólito en esa habitación de ventanucos cerrados.

Desde un rincón, Catalina lagrimeaba, sus intentos de abrazarlos y contarle la historia a su hija no daban resultado. Resignada, se sentó en el suelo, dispuesta a escuchar lo que se dirían esos dos.

—¿A qué has venido, Clara? —Su voz y la familiaridad con que le habló la hicieron estremecer, tenía cierta cadencia y el tono que había usado, íntimo, la invitaba a hablar.

—Soy la hija de Catalina Basso —dijo, en la creencia de que esa revelación lo haría reaccionar, pero su respuesta la sorprendió.

—Eso ya lo sé. Eres igual a ella cuando tenía tu edad. —Se echó hacia atrás en la silla—. Dime, a qué has venido.

—Yo… tengo motivos suficientes para creer que usted es mi padre. —Ya estaba dicho.

Él sonrió, pero fue una sonrisa que tenía más de pena que de alegría. Por un instante sus ojos brillaron, pero enseguida volvieron a su mutismo. Detrás de él, Catalina se aferraba a su espalda inútilmente.

—¿No va a decirme nada?

—¿Quién te dijo eso? ¿Fue tu madre?

—No, no, ella… —Clara bajó la cabeza—. Fue Rosaura, una amiga de juventud.

La puerta se abrió e ingresó Fausto.

—Terminó la visita, Clara.

—Por favor, un rato más. ¡Si ni siquiera pudimos hablar!

—No me comprometa, Clara. —Un guardia se acercó y Mateo Alcántara se puso de pie.

El preso avanzó hacia la salida, pero en el umbral se volvió hacia la muchacha y le preguntó:

—Dime, Clara, ¿cómo está tu madre? —En el rincón, Catalina se puso de pie, rodeó la mesa y se puso frente a él, necesitaba ver su rostro cuando ella le diera la noticia.

Clara también se había levantado, quería hablar un rato más con ese hombre, ni siquiera había podido preguntarle nada. ¿Tendría ella otros hermanos? Ahora debía enfrentarlo con la triste noticia.

—Mi madre…, mi madre murió hace unos meses.

Mateo Alcántara era un hombre fuerte, había librado muchas batallas, pero no estaba preparado para esa verdad. El guardia lo empujó para sacarlo de allí, debía volver a su sitio de trabajo, pero él se aferró al suelo y no se movió del umbral. El rostro se le había transfigurado y sus ojos nadaban en pena.

—¿Murió? Pero…

—Vamos —dijo el celador—, se acabó la visita.

—¡Por favor! —Clara alzó la voz—. ¿No ve que es un momento importante para ambos?

Fausto intervino antes de que la cosa pasara a mayores.

—Vamos, Clara, tiene que irse. —Hizo un gesto para que el guardia se llevara al prisionero, que se dejó conducir, los hombros hundidos y la cabeza gacha. Detrás, iba el fantasma de Catalina—. No puede hablarle así a un celador, Clara, está usted aquí de favor, no me haga quedar mal.

Ella recapacitó y lo siguió. Una vez fuera del penal dijo:

—Lo siento, doctor, no quiero ser ingrata. —Elevó la mirada, brillaba como el sol esa mañana—. Pero necesito volver a verlo. Ese hombre… ese hombre es mi padre.

Fausto suspiró y miró el cielo. Meneó la cabeza y resopló.

—Haré lo posible, pero no puedo prometerle nada.

—¡Gracias! —Comenzó a alejarse cuando sintió las palabras de Rivera:

—No se olvide que hoy tiene que presentarse en la comisaría,

por la investigación.

Las emociones que hasta ese momento sentía por haber conocido a su padre se desvanecieron en un instante para dar paso a otras menos felices.

Caminó hacia el pueblo, debía despachar la carta que había escrito para su hermano, aunque no sabía cuándo saldría esta, por lo que había escuchado, dependía de los buques de la Armada el funcionamiento del correo.

Pensó que su estadía se prolongaría un tiempo, necesitaba saber todo sobre Mateo Alcántara y la relación con su madre, necesitaba conocer sus orígenes. Además, estaba el tema de la investigación por la muerte de Hernando, a quien todavía no había podido llorar. ¿Lo lloraría? Ya le habían advertido que hasta que eso no se dilucidara ella no podría irse. ¿De qué viviría mientras tanto? Le quedaban apenas unos billetes y le había dado la alianza a la señora Storm; de no haberlo hecho de seguro la hubiera echado a la calle. Tenía que buscar una solución.



CAPÍTULO 20

Cuando Clara se fue Fausto volvió a la enfermería, donde tenía armado su espacio. Un pequeño escritorio, una silla y un archivero con las carpetas.

Le parecía extraña la historia de la viuda de Encinas, si bien él no había intercambiado demasiadas palabras con Mateo Alcántara, nunca le había conocido familia. El hombre era reservado y tranquilo, no se metía en problemas y con quien más confraternizaba era con el 155, el líder de los anarquistas.

Un pensamiento llevó al otro y no supo cómo terminó pensando en la cena de la noche anterior en lo de Vidal.

Al contrario de lo que había supuesto, no se sintió un pedazo de carne a punto de caer en las fauces de un animal. Isabel apenas le había prestado atención y se había retirado de la mesa antes de los postres aduciendo un dolor de cabeza. "Deja que te vea el doctor", había sugerido la madre, pero ella se había negado diciendo que era a causa del vino.

Durante la comida, la muchacha se había mostrado servicial y no hizo referencia al encuentro que habían tenido la semana anterior en el muelle, pero luego del primer plato le preguntó abiertamente a qué se debía su cojera.

—¿Accidente o de nacimiento?

—Isabel, no hagas sentir incómodo a nuestro invitado —le había dicho la madre.

—Solo para tener en cuenta el dicho, madre.

—¿Qué dicho? —quiso saber Fausto.

—El que dice que hay que tener cuidado con los que marca Dios —agregó la muchacha.

—Es la segunda vez que una mujer me dice eso en esta semana —dijo él, sin pensar que ella podía interpretar que quería darle

celos, cosa que fue lo que ocurrió y ocasionó la mentira del dolor de cabeza.

—¿Entonces? —insistió ella, sin hacer caso a las miradas puntiagudas de su madre.

Y Fausto le contó todo, sin omitir detalle. Le dijo que había estado preso en el presidio hacía más de diez años por haber matado a una mujer. Prestó especial atención al rostro de la joven al decir aquella frase que podía catapultarlo al olvido, pero ella no se inmutó, quizá conocía la historia de labios de su padre.

—Luego se encontró al verdadero asesino, pero las palizas ya me las habían dado.

—Qué triste historia, doctor —dijo la mujer de Vidal—, no estaba al tanto. ¿Y cómo fue que decidió volver al presidio?

Y Fausto relató otra vez.

El postre no tuvo el mismo sabor en ausencia de la muchacha y la sobremesa se le hizo extensa, quizá debido a que estaba cansado o quizá porque el desplante de la joven al irse a dormir le molestaba más de lo que quería reconocer.

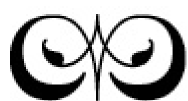
Al dejar la casa de Vidal era noche oscura e hizo el camino de regreso con Poncho a su lado sin dejar de pensar en la hija del celador.

Ahora, sentado en su silla en la enfermería, se preguntaba qué impresión le habría causado a ella y cómo hacer para volver a verla. Quizá, después de tantos infortunios a lo largo de su vida, la tercera era la vencida y podía tener una buena compañera a su lado.

Intentó indagar a Vidal sobre los comentarios de la víspera, pero su amigo estaba preocupado por la visita de un periodista que había llegado a la ciudad por el tema del naufragio, que quería aprovechar el viaje para conocer sobre las denuncias de violencia y malos tratos que pesaban sobre el presidio y no le prestó atención.

Tendría que procurar verla por sus propios medios e hizo memoria sobre lo que le había contado Ramiro, y solo rescató de sus recuerdos que a la chica le gustaba bailar y que no se perdía las quermeses del club, donde ayudaba en el bufet como voluntaria. Fuera de eso, ningún dato.

Terminó su jornada con la incertidumbre sobrevolando su cabeza, al igual que el cóndor que lo seguía dando vueltas en círculos.



CAPÍTULO 21

Tierra del Fuego, 1920

Warhu ya estaba en edad de participar del Chiejaus, aunque hacía casi treinta años que dicha ceremonia no se realizaba. Fue a instancias del sacerdote y antropólogo alemán Martin Gusinde, cuya misión era interiorizarse en la vida y costumbres de los yámanas, de quienes se había ganado la confianza a través de sus viajes por la zona, que la comunidad accedió a practicar nuevamente el ritual.

Natapai se enteró que el mismo se realizaría en Puerto Remolino, a donde Martin Gusinde había viajado para reunirse con el exmisionero John Lawrence, cuya casa estaba muy cerca de un campamento yámana de alrededor de sesenta miembros. Gusinde y la señora Lawrence —mujer yagán casada con el sacerdote anglicano— habían convencido a los miembros de la comunidad para realizar la ceremonia de los jóvenes y Natapai quiso que su hijo formara parte de ella.

Dispuesta a participar, reunió algunas pertenencias para varios días y las metió en la canoa que los llevaría hasta Puerto Remolino. Se despidió de su abuela y le explicó al muchacho, que rondaba los quince años, que al fin había llegado ese día del cual ella le había hablado tanto. Echó la canoa al agua y empezó a remar.

Cuando Fausto llegó a visitarla, como todas las tardes desde que habían descubierto el amor, se enteró del precipitado viaje. Y como él, sin serlo, se sentía un poco padre del muchacho, a quien le había enseñado a leer y escribir para que pudiera insertarse en la sociedad blanca, sin pensarlo demasiado también echó su canoa al agua y fue tras los pasos de quien sentía mujer e hijo. Sabía que el Chiejaus era importante, era el rito de iniciación a la pubertad del pueblo yagán, y aunque Warhu estaba un poco pasado en edad esperaba que lo

dejaran participar igual. Tenía como propósito reforzar las enseñanzas de los padres, en el caso de Warhu, la de su madre y ese padre postizo que ambos habían aceptado.

Era un entrenamiento físico, psicológico y también moral, además de escuchar por parte de los ancianos las leyendas más antiguas.

Mientras remaba con todas sus fuerzas deseaba ser recibido, bien sabía él que el Chiejaus era una ceremonia secreta, ni siquiera sabía cómo se había enterado Natapai, pero ella parecía tener ojos en todos lados porque nada escapaba a sus sentidos.

Sin embargo, no tuvo la suerte esperada, porque a Fausto no se le permitió la entrada al campamento donde se realizaría la ceremonia; su condición de blanco era más que suficiente para mantenerlo alejado.

Anduvo rondando el sitio como mosca zumbona hasta que fue descubierto por Martin Gusinde, quien luego de interrogarlo con sagacidad se convenció de que ese hombre tenía inmenso amor tanto por la madre como por el muchacho y decidió interceder por él ante el *ulaštekuwa* o jefe de la ceremonia.

Fausto se sentía como un adolescente pidiendo permiso para visitar a su primera novia, sentado frente al canal sobre unas rocas, esperando el veredicto.

Gusinde apareció casi al anochecer y se sentó a su lado. Le contó los detalles de la ceremonia y le dijo que cada *ušwaala*, tal era el nombre que se les daba a los jóvenes examinados, debía tener un padrino.

—El padrino no puede faltar, los yámanas siempre han tenido padrinos para civilizarse.

—Yo quiero ser el padrino de Warhu —expresó Fausto.

—Y lo será, me he tomado la libertad de proponerlo. —El sacerdote se puso de pie—. Vamos, ¿qué espera?

Para Fausto, ingresar al campamento fue como traspasar un mundo. Si bien había tenido trato con la comunidad que vivía cerca de Natapai eso era algo muy distinto.

Los hombres habían construido una enorme choza llamada Casa Grande, una especie de templo de más de doce metros de largo por tres de ancho, cuya altura superaba los dos metros. Era un enorme armazón de palos y ramas cubierto con cueros de foca, guanaco o

cualquier otro animal. Alrededor del templo había chozas más pequeñas, algunas a medio construir, para alojar a las familias que llegaban desde lejos.

Gusinde se compadeció de él, era evidente que no se esperaba algo así.

—¿Se van a quedar mucho tiempo aquí?

—Lo que dure la ceremonia, quizás una semana, quizás un mes.

Fausto pensó en su trabajo, no podía ausentarse tanto tiempo, tampoco podía irse. Gusinde lo dejó solo y entró en una choza. Buscó la figura de Natapai entre las siluetas que iban de aquí para allá trasladando cosas. Sus ojos recorrieron cuerpos y rostros hasta que descubrió a Warhu en compañía de otros jóvenes. Lo miró desde lejos y lo observó con orgullo. Era un muchacho largo y fibroso, y aunque aún el cuerpo no se le había moldeado del todo presentía que sería un hombre fuerte. Se distinguía de los demás, no sabía si era por la forma de enderezar los hombros o la manera altiva de llevar la cabeza, lo cierto era que, entre todos los muchachos, Warhu destacaba. Tenía el cabello negro a la altura de los hombros, la nariz recta y delgada y la boca angulosa. Ni un rasgo de su madre, que era toda armonía y dulzura, seguramente el muchacho había heredado las facciones de su padre, al igual que sus ojos claros.

Como la mayoría de los muchachos, Warhu iba con el torso descubierto, desde donde estaba no podía ver su cicatriz. Recordar ese episodio lo hizo admirarlo aún más.

El accidente había sido el año anterior. Un leño que se cayó de la fogata, una chispa que saltó lejos, nadie pudo determinar cuál fue la causa del incendio que estuvo a punto de llevarse la vida de Natapai y de su abuela de no ser por Warhu. Dormían los tres en la choza cuando el fuego prendió en los juncos primero y en las pieles después. Cuando abrieron los ojos las lenguas ardientes les arañaban los pies. Al querer salir un palo desprendido del techo atravesaba la entrada. Solo había una manera de escapar y era quitándolo. Ayudándose con enseres que todavía no habían tomado suficiente calor Warhu removió el obstáculo, en su mente solo había un objetivo y era el de salvar a su madre y a la abuela. Cuando logró sacarlas de la choza, desmayadas a causa del humo, él volvió a rescatar algunas cosas cuando otro palo cayó atrapando al

muchacho en el interior. Todo se desmoronaba y el olor a pelo y materiales quemados inundaba el aire.

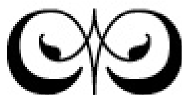
Natapai y la abuela habían vuelto en sí y la joven mujer se quemó las manos removiendo leños y restos mientras que desde adentro el muchacho se arrastraba entre las brasas hasta que logró salir.

Fue la abuela la que recorrió los kilómetros que separaban la choza de la casucha de Fausto, quien luego de pedirle disculpas por dejarla atrás hizo el camino inverso corriendo, incluso cuando su pie herido antaño comenzó a dolerle.

Cuando llegó, Natapai aplicaba paños fríos en el vientre de su hijo, que estaba en carne viva. Pasaron toda la noche intentando aliviar el dolor al muchacho, sus alaridos se escucharon en todo el pueblo. La abuela llegó al amanecer y puso también manos a la obra. Nadie supo cómo se hizo de sus plantas curativas y preparó el ungüento que esparció con delicadeza y entre cánticos que calmaron al muchacho.

Extenuada, al saber que su hijo ya no corría peligro, Natapai se dejó llevar por el sueño, con el cielo azul como techo.

Al enterarse la comunidad yámana del infortunio al día siguiente, todos acudieron con palos, ramas y pieles para levantar la nueva choza. Fausto se sumó a ellos bajo los ojos sabios de la abuela y la mirada enamorada de Natapai, mientras Warhu se recuperaba de sus quemaduras que dejarían su vientre marcado para siempre.



CAPÍTULO 22

Los ritos de la ceremonia del Chiejaus duraban días y era necesario que hubiera alimento suficiente. A veces aprovechaban la carne de alguna ballena que había quedado varada en la playa y hacían señales de humo para avisar al resto de la comunidad. En esa oportunidad la comida fue provista por el propio Martín Gusinde, quien, a su vez, pasaría la ceremonia como un *ušwaala* más.

Fausto observaba todos los rituales con ojos admirados. Además del jefe también había una especie de inspector que debía verificar que todo ocurriera en forma adecuada. Mientras estaba sentado en proximidades del gran templo fue sorprendido por un hombre que tenía el rostro pintado de rojo y blanco y se asemejaba a una de las aves de mar que atacaba a picotazos a quien se le acercara; era el vigía, encargado de controlar que no entraran niños que aún no ingresaban a la adolescencia o personas externas a la casa Chiejaus.

El hombre-ave empezó a gritar a Fausto en un dialecto que este no conocía, y tuvo que intervenir Natapai. Con su voz cadenciosa y suave le explicó que Fausto había sido aceptado por el gran jefe para participar de esa ceremonia secreta que se llevaría a cabo en la gran casa.

Luego, juntos observaron a los jóvenes que cumplirían los rituales durante esos días. Habían recibido los elementos necesarios: un bastón decorado con puntos y rayas y una corona de plumas blancas.

—¿Para qué es todo eso? —quiso saber Fausto.

—El kiwa —explicó, refiriéndose al bastón— es usado para juegos, cantos y bailes; su función es ahuyentar a los espíritus malignos y permitir que los *ušwaala* cambien de posición.

—¿Y la corona?

—Un adorno. —Ambos vieron a los jóvenes formar fila para pintarse, porque todo el tiempo debían ir con el cuerpo cubierto de pintura y el diseño debía irse renovándose.

Fausto pensó que no le gustaría que desparramaran por su cuerpo y su cara el barro secado al sol o las pinturas mezcladas con aceite o agua.

—¿Todos los jóvenes participan?

—Solo los elegidos.

—Veo también muchachas, creí que solo era para los hombres.

Natapai sonrió y le explicó que las niñas que ya habían sangrado podían ser elegidas también.

—Mañana finalizaremos la construcción del templo —dijo la mujer— y dará comienzo la ceremonia.

Ya era noche cerrada, las familias buscaban cobijo en las chozas y Fausto lo hizo en los brazos de Natapai. De la mano, se alejaron del campamento y se dejaron arrastrar por el deseo para terminar durmiendo mecidos por el amor.

Al día siguiente todo estuvo listo. Había gran expectativa en los jóvenes, también en sus mayores.

Los adultos ingresaron a la gran casa cargando sus pertenencias y se ubicaron en los sitios preestablecidos desde tiempos inmemoriales: en torno al fuego central. Dejaron un pasillo de extremo a extremo que iba desde la entrada a la salida. Los hombres llevaban el bastón simbólico que los acompañaría durante toda la celebración.

El director dio inicio formal y un anciano en medio de un gran recogimiento empezó a tararear una melodía a la que se acoplaban los presentes y los que iban llegando acompañados por los colaboradores del vigilante. Fausto estaba maravillado con todo ese mundo que hasta ese tiempo no había conocido. ¿Cuántas cosas más se esconderían detrás de ese pueblo? Como en trance, observaba y escuchaba sin poder sumarse a los cánticos que no conocía.

De repente, la melodía se apagó y el director dio orden a las encargadas de la cocina, que había sido construida a pocos metros de la casa grande, para que trajeran los alimentos.

Fue un rato después que el jefe ordenó al vigilante para que sus colaboradores atraparan a los *uŝwaala* y los llevaran hasta el templo. Para ello usaban una lonja de cuero de unos cuatro metros

de largo llamada ukesa.

A Fausto le disgustó eso y cuando vio ingresar al primer muchacho, en cuyos ojos negros había más temor que orgullo, quiso levantarse para impedir que golpearan a ese chico tan similar al que consideraba un hijo, pero Natapai, que tenía el poder de leer su mente y anticiparse a sus actos, se lo impidió con un gesto a la distancia.

Algunos jóvenes fingían temor y resistencia, como si fuera parte de la ceremonia, pero otros lo sentían de verdad. Finalmente, unos y otros eran reducidos y llevados al templo.

Cuando ingresó Warhu, Fausto sintió un orgullo inexplicable. Observó a Natapai, que estaba algo alejada y en otro sector, y notó el brillo especial de su mirada. Como si ella lo presintiera, sus ojos se cruzaron; no hacían falta las palabras.

No bien el muchacho traspuso la puerta principal, otro joven disfrazado de Yetaita, que era algo así como el espíritu del mal, lo tomó por la espalda e intentó tumbarlo, como antes había hecho con los anteriores *ušwaala*; con Warhu no lo logró. Por mucho que lo zarandeó y asustó, no logró su objetivo, y el falso dios del mal terminó agotado.

Fausto sonrió y estuvo a punto de aplaudir, aunque se contuvo; no estaba en un ring de boxeo ni mucho menos.

Warhu recibió las enseñanzas de los maestros, quienes le dijeron que siempre debía seguir las indicaciones de los adultos si quería ser un buen yámana útil a la comunidad.

Las recomendaciones brindadas a los jóvenes a través del juego y el temor fueron impartidas en medio de un gran silencio por parte de la comunidad. Cuando todos los muchachos pasaron la prueba dieron por concluida esa primera jornada. Sin embargo, los *ušwaala* debían permanecer sentados y en completo ayuno hasta el día siguiente.

El gran templo se fue vaciando y cada familia se refugió en su choza. Esta vez, Fausto y Natapai hicieron el amor bajo techo y se durmieron felices y orgullosos del hombrecito que estaba naciendo a pocos metros.

Fausto no pudo quedarse el resto de los días que duraba el Chiejaus, debía volver al presidio, de manera que se perdió los demás rituales.

Luego de despedirse del muchacho y de Natapai subió a su canoa y regresó al poblado. Junto a él viajaba una mezcla de angustia y felicidad por esa familia que sentía propia. Durante el trayecto pensó que no quería seguir viviendo solo, y que si Natapai lo aceptaba, estaba dispuesto a mudarse con ellos, porque veía difícil que ella quisiera cambiar sus tradiciones y vivir en el pueblo. Ella estaba acostumbrada a su choza, a la cercanía de los suyos, a sus hábitos.

En el campamento, Warhu se sometía a pruebas de dominio y supervivencia. En una de ellas tuvo que permanecer durante varias horas en la misma postura, restringiéndose incluso la ingesta de alimentos. El muchacho estaba listo para ellas y cuando otros se quejaban él permanecía estoico.

Luego de las pruebas los jóvenes podían salir y realizaban distintos trabajos. Por las noches contaban leyendas o participaban en juegos y bailes en los cuales imitaban a los animales destacando de cada uno de ellos sus características únicas. También recibían enseñanzas dictadas siglos atrás por el Watauineiwa, el equivalente a Dios para los cristianos, que constantemente observaba las acciones de los hombres.

—Si no cumplen con las prescripciones que les hemos dado —les dijo el jefe de ceremonia a los examinados—, no adoptaremos medidas, pues son grandes e independientes. Ustedes mismos deben decidir si cumplirán con nuestras indicaciones e instrucciones cuando estén a solas. —Todos escuchaban con atención—. Pero no crean que quedarán sin castigo, pues el de arriba los observa y de todos modos los castigará con una muerte prematura. Y si no los castiga a ustedes, hará que mueran sus hijos y estarán solos.

Como toda religión, se los quería dominar a partir del miedo, y muchos acataban las instrucciones al pie de la letra.

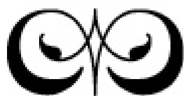
Al Watauineiwa pertenecían todos los animales y todas las cosas, y si alguien moría era porque así él lo había decidido.

Otro de los preceptos del Chiejaus era saber escuchar a los mayores.

—Si personas de edad hablan con ustedes, escúchenlas con atención, también cuando se aburran. Pues ustedes mismos algún día serán viejos, entonces tampoco les gustará si gente joven huye de su compañía.

Y así estuvieron, más de diez días, transitando el paso de esos muchachos entusiastas que dejaban atrás la adolescencia para iniciarse en el camino de la hombría. A partir de allí ya podían buscar esposa y casarse.

Cuando todo finalizó, montaron en la canoa que los llevaría de regreso a su choza.



CAPÍTULO 23

Nada fue como Fausto pensaba. Al regreso de Natapai y Warhu la fatalidad se interpuso de nuevo en su vida. Cuando creía haber dejado atrás las maldiciones que lo habían acompañado desde su infancia, una nueva estocada lo volteaba. De nada había servido alejarse de Buenos Aires, la desgracia era tenaz y había recorrido miles de kilómetros, quizás había viajado con él en el mismo barco que lo había llevado hasta allí sin que él la descubriera.

Ni una noche de amor pudo disfrutar junto a su amada porque no bien la canoa en que viajaba con su hijo tocó tierra comenzaron los infortunios. Primero fue algo que la muchacha pisó y a lo que no prestó atención, tal vez una espina gruesa o algún hueso de animal, también pudo haber sido una piedra con bordes que todavía no se habían alisado en el ir y venir entre las suaves olas de la orilla.

Fue al mediodía cuando empezó el dolor, primero suave, luego un poco más intenso, pero no logró impedir que ella siguiera con sus rutinas habituales de recolectar mariscos y crustáceos para luego elaborar los alimentos. Miró la planta de su pie, la vio un poco más roja que lo habitual y buscó alivio en el agua fría del mar, que la calmó durante un rato.

A la tarde, mientras tejía juncos sentada en la puerta de la choza vio que su tobillo estaba hinchado, y sintió como si otro corazón le latiera en el pie. Sin alertar a su abuela buscó sus plantas medicinales y preparó los ungüentos que tantas veces le había visto elaborar.

Warhu había salido con su lanza, dispuesto a traer peces para varias jornadas, el muchacho había vuelto con nuevos bríos después de esos días de ceremonia.

Cuando Fausto apareció en la choza casi al atardecer ella le sonrió con toda la cara y él no advirtió nada anormal, tanta era la

ansiedad que tenía de verla. Se sentó a su lado, ella tenía las piernas cubiertas con una manta, ya hacía un poco de frío. La besó y bebió su sonrisa.

—¿Cómo supiste que habíamos llegado? —le preguntó ella, y él se encogió de hombros, era imposible explicar lo que había sentido, pero tuvo la certeza de que ella ya estaba allí. Esa mañana se había levantado con la sensación de que algo grande iba a pasar, el cóndor lo había rondado desde temprano y había una extraña calma en el aire.

—Cuéntame del Chiejaus. —Y ella le contó todo. Al hablar, sus ojos oscuros brillaban e iban encendiendo luces allí donde las sombras de la noche amenazaban con dejar todo a oscuras.

Warhu regresó con su pesca abundante y se sentó junto al fuego. Cenaron como si fueran una familia y Fausto se sintió feliz como hacía tiempo no lo era.

Fue después, al querer ella ponerse de pie para ir a su choza cuando la inflamación le impidió apoyar la planta y trastabilló. Fausto la tomó por la cintura y ambos se deslizaron de nuevo al suelo. La sentó sobre la manta y a la luz de las llamas la examinó.

El pie de Natapai estaba rojo e hinchado, tanto que se le había borrado el tobillo. Cuando le preguntó con qué se había lastimado ella no supo darle respuesta y se encogió de hombros como horas antes había hecho él. Con tan solo acercar su mano a la zona afectada Fausto supo que estaba hirviendo. Le tocó la frente y el calor no era producto del fuego que los alumbraba, venía de adentro.

La abuela, que parecía sorda y ciega, al escuchar sus murmullos se acercó a ver qué pasaba, y como toda sanadora milenaria fue por sus plantas medicinales y ungüentos que aplicó sin demasiada fe; ella ya había visto inflamaciones como esa y rara vez desaparecían gracias al poder de la naturaleza.

—Será mejor que entremos a la choza —sugirió.

Sin esperar respuesta Fausto la tomó en brazos e ingresaron. La depositó sobre su lecho de pieles mientras Warhu avivaba el fuego del interior.

Con paños fríos Fausto intentó bajarle la fiebre, se quedó a su lado, le tomó la mano y la acompañó hasta que se durmió.

Después examinó la herida que Natapai tenía en la planta del

pie, era apenas un punto más rojo que el resto de su piel a cuyo alrededor se había sumado una línea un poco más oscura. Podría haber sido la púa de un erizo de mar, algún borde filoso de un mejillón, almeja o cualquier otro elemento cortante, a esa altura daba igual, el daño ya estaba hecho.

La observó dormir, a los saltos y sumergida en las tinieblas de la fiebre mientras él permanecía sentado a su lado sobre las pieles y Warhu se retiraba a un extremo de la choza desde donde los observaba a ambos, acostado en su lecho de mantas tejidas, incapaz de conciliar el sueño.

Paño tras paño Fausto logró controlar su temperatura y ella pudo dormir de corrido un rato. Pasada la medianoche se levantó un viento que parecía provenir de una manada de lobos, porque rugía en el aire con un silbido lastimero y agudo que no propiciaba nada bueno.

Natapai se removió en su lecho, abrió los ojos y buscó con la mirada a sus seres queridos. Al verlos allí, a su lado, volvió a dormirse.

Fausto no pudo pegar ojo durante toda la noche. La preocupación lo llevó por senderos que no deseaba volver a recorrer. Evocó su infancia triste y de pobreza y los innumerables esfuerzos que había hecho durante su juventud para poder estudiar y recibirse de médico, trabajando en el bar por unos pocos pesos mientras que su entonces mejor amigo vivía sus épocas de estudiante como la mayoría de sus compañeros, conociendo muchachas y celebrando el Centenario de la Patria de juerga en juerga. Después Gianna se había cruzado en su vida y él se había enamorado como un tonto; una jovencita casada por conveniencia que terminó enamorada de su marido y lo dejó a él a la buena de Dios. Y en medio de todo eso, el asesinato de Fiorella, la esposa de su compañero de vivienda, amigo y colega en el consultorio que a él lo había llevado a pasar años preso en el penal de Ushuaia donde ahora trabajaba como médico. Un homicidio que se le atribuyó por estar en el momento y lugar equivocados. Y allí, olvidado en ese fin del mundo entre paredes húmedas y frías había recibido castigos y penas ajenas, hasta que, gracias a la perseverancia y tozudez de su amiga, la doctora Julieta Lanteri, se pudo hallar al verdadero asesino, alguien impensado para él. Si su infancia había sido dura,

su juventud había estado signada por el peor de los espantos: la pérdida de la libertad.

Todo eso evocó Fausto en esa noche que se le hizo eterna, mientras escuchaba a Natapai castañetear los dientes y a Warhu luchar contra el sueño que amenazaba con voltearlo sobre las pieles.

—Duérmete —le dijo una vez—, yo la cuido. —Pero el muchacho no pudo con su genio y se quedó despierto velando el sueño intranquilo de su madre.

El amanecer los encontró a los dos, codo a codo, mirándola. Estaba bella incluso cuando su frente ardía de nuevo. Con los ojos agotados y dolor de cabeza, Fausto renovó el agua que había usado para mojar los paños que colocaba sobre su cabeza. Vio a la abuela, que había descansado al sereno, porque sabía que ninguno de los varones dormiría y se necesitaría alguien lúcido al día siguiente, y le agradeció la bebida caliente que le ofreció.

Cuando volvió a la choza destapó el cuerpo de la joven y observó su pie, que ya no tenía forma y era una enorme masa de piel estirada y roja.

Fausto no tenía medicinas y repasó mentalmente lo poco que había en el penal y que podría aliviarla. Como alma que lleva el viento corrió hacia el presidio, había olvidado incluso que tenía que trabajar.

Cuando llegó, sin dar demasiadas explicaciones, pasó por la enfermería y se hizo de trapos limpios, alcohol y una solución fenólica para usar como antiséptico. Confiaba que con esos elementos podría controlar la infección de Natapai.

Explicó en la Dirección que volvería más tarde y al verle tal cara de espanto y noche sin dormir nadie osó detenerlo o demorarlo.

Regresó al lado de su amada, que en sus delirios febriles clamaba por el lobo enamorado, y limpió la zona afectada, que parecía un globo.

Warhu seguía sin dormir y sus ojos claros estaban brillantes y fijos en el cuerpo de su madre. Confiando en sus conocimientos sobre ciencia el muchacho preguntó si ella se salvaría, y él, esperanzado en que alguna vez tenía que tener buena estrella, le dijo que sí.

Pera Natapai no mejoró, por el contrario, la fiebre fue en

aumento y una línea roja empezó a trepar por su pierna. Por muchos esfuerzos que hizo Fausto en los días que duró su agonía, una infección generalizada se apoderó de su sangre y se la llevó de a poquito.

La muchacha nunca más volvió a despertar lúcida, las pocas veces que abría los ojos su mirada estaba perdida y las breves palabras que pronunció no tenían coherencia. Su abuela había sumado sus propias medicinas a las que Fausto le administraba, pero ni siquiera la sangría que le habían hecho para sacar la infección de su cuerpo había dado los resultados esperados.

Los demás miembros de la comunidad, enterados de que Natapai estaba próxima a dejar el mundo de los vivos, comenzaron a llegar y se ubicaron alrededor de la choza, en silencio.

Como Natapai no tenía más familiares que su abuela y su hijo, no hizo falta encender las tres fogatas para avisar a los parientes que debían acercarse al duelo y llorar al difunto.

Fausto se resistía a dejarla partir, no comprendía cómo una herida tan tonta y tan común a su vez entre los yaganes, que estaban acostumbrados a pisar descalzos las orillas, había ocasionado tanta infección. Pero por mucho que él se aferrara a la vida, la parca era más fuerte y puso todo su empeño para llevarse a Natapai.

Los yaganes tenían la costumbre de mostrar abiertamente el dolor ante la muerte y nadie se privó de llorar. Incluso Warhu dejó caer lágrimas de sus ojos fijos en el cuerpo inerte de su madre. Fausto fue el único que no lloró, él no estaba acostumbrado a hacerlo en público, aunque nadie puso en duda que estaba tan afligido como ellos.

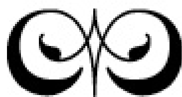
Respetuoso de sus rituales, incluso ayudó a envolver el cuerpo en trozos de cuero y arpillera que amarraron con tientos. Junto a los demás miembros de la comunidad, cavó la fosa donde Natapai fue enterrada y puso piedra sobre piedra para cubrir su cuerpo.

Cuando todos se fueron y se quedó solo, lloró como lo haría un niño frente a esa tumba sin flores y se prometió no volver a entregar el corazón a una mujer.

Esa noche Fausto se quedó junto a Warhu y la abuela, no tanto por ellos, que aceptaban la muerte decidida por su Dios, sino por él, que no quería estar solo. Otra vez la vida le arrebataba el amor.

Al día siguiente, antes de partir hacia su morada, caminó vencido hacia el lugar donde habían sepultado a Natapai, pero no encontró su tumba. En su sitio había un gran jardín de flores azules que nunca antes había visto. Creyó que había errado el camino, quizá perdido en el aturdimiento que causa la tristeza había observado mal las colinas, las siluetas de las rocas en la playa cercana o aquella piedra con forma de hongo bajo cuya sombra se habían sentado a jugar los más pequeñitos el día anterior.

Volvió sobre sus pasos, estaba seguro de que era ahí, donde las flores azules saludaban al sol. Con pena por pisarlas se adentró en el jardín y avanzó, buscando, desesperado, el sepulcro de su amada, y allí, en medio de aquellos pétalos brillantes donde las abejas libaban encontró la última morada de quien había sido su mujer. Sonrió. Natapai nunca estaría sola, esas flores que habían nacido de la nada de la noche a la mañana serían su eterna compañía.



CAPÍTULO 24

De nuevo en la comisaría Clara repitió la misma versión de la vez anterior.

—¿Es que acaso no tienen preguntas nuevas para hacerme? —dijo ofuscada. Se puso de pie dispuesta a irse de allí, tenía hambre, no había comido nada desde el desayuno.

—Señora, estamos tratando de reconstruir los últimos pasos de su marido.

—Y yo ya les dije que ni siquiera sabía que estaba en la ciudad. —Apretó entre sus dedos el bolsito de mano—. ¿Descubrieron algo?

—Aún no, señora —le dijo el comisario—. Usted reportó como desaparecida su billetera, quizás el móvil haya sido el robo.

—Hernando nunca dejaba su billetera en ningún sitio —aseveró—, siempre la llevaba con él.

—No quiero ser indiscreto, pero ¿usted sabe si su esposo tenía alguna importante cantidad de dinero encima?

—Lo dudo… la mayor parte de nuestro dinero debe haberse hundido con el barco. Él no regresó al camarote cuando empezamos a hundirnos.

—¿Y usted sí?

—Yo sí, soy una mujer práctica.

—Entonces… usted pudo rescatar su capital —insinuó el comisario.

—Se equivoca. Las mujeres no estamos al corriente de los escondites de los hombres.

—¿Qué quiere decir?

—Que Hernando debió guardar muy bien los ahorros que trajimos para el viaje, porque cuando fui al camarote no los encontré.

—¿Y se fue así, sin intentar?

—¡Estábamos a punto de hundirnos! —Enfiló hacia la salida—. Espero que la próxima vez que tenga que venir sea para saber quién mató a mi marido.

—Estamos trabajando en ello, señora. Una pregunta más, ¿qué hay del negocio que su esposo planeaba montar con el señor Middletown?

—Eso tendrá que preguntárselo el señor Middletown, los hombres no suelen compartir esos temas con sus esposas. Las mujeres nunca estamos al tanto de los negocios de nuestros maridos.

—Sin embargo, los escucharon discutir por eso en casa de la familia Escobar.

—¡Si ya está al tanto de todo, déjeme en paz! —Desde la puerta y apuntando con el dedo, agregó—: ¡Encuentren al asesino!

Salió de allí enojada y tanto era el ímpetu que llevaba que se chocó de frente con alguien. Balbuceó una disculpa dispuesta a seguir, pero el sujeto la interrumpió:

—Es usted Clara Torrres de Encina, ¿verdad?

Ella lo miró, no lo había visto antes. Asintió y quiso continuar su marcha.

—Soy Iván Palmer, del periódico *El Fueguino*. Quisiera hacerle unas preguntas.

—Si me va a preguntar si yo maté a mi marido, ahórrese el trabajo. —Avanzó y él la siguió.

—Soy un poco más inteligente que eso, señora, y observador —dijo a la par—. Con esas manos tan pequeñas no creo que haya podido hacerlo. Quiero ayudarla.

Clara se detuvo y lo observó como si lo viera por primera vez. Estudió su rostro, atractivo, por cierto, y leyó sagacidad en su mirada de ojos azules.

—¿Y cómo piensa hacerlo?

—Investigando. Para eso necesito reconstruir los últimos momentos de su marido. —Creyó ver cierta tristeza en los ojos femeninos—: Lo siento, no quisiera hacerla revivir eso, pero es necesario.

—No puedo decirle nada, yo lo creía en el crucero, de vuelta a Buenos Aires. —Caminaron hacia la costa.

—¿Está segura, Clara? —La entonación en su voz la hizo

volverse—. Hay quien dice que discutió con una mujer esa noche, y que esa mujer era usted.

—¡Pues habrá sido alguna otra! Porque yo estaba durmiendo en mi cama de pensión. —Y se alejó de él.

Furiosa y a la vez preocupada caminó en dirección a la oficina del juez de paz, quería hacer el reclamo contra la compañía Delfino por las cosas que había perdido en el naufragio. Ahora que la ciudad se había vaciado de náufragos podía hacer el trámite tranquila.

El juez no estaba y un secretario fue quien tomó el reclamo. Luego caminó rumbo a su nuevo alojamiento. Era un día hermoso, sin nubes y con un sol generoso que irradiaba algo de calor. Los veranos en Ushuaia no son como los de Buenos Aires, pegajosos y húmedos, son más bien frescos, y Clara, amante del calor, pensó que de no haber sido por el descubrimiento de que tenía otro padre, estaría pasando su luna de miel en las playas de Mar del Plata. ¿Se habría casado de no haber pasado todo aquello? No, estaba segura de que no. Probablemente estaría trabajando en una linda peluquería, haciendo peinados y cortes para las damas de la sociedad, ahorrando peso sobre peso para poder emprender el viaje soñado. Pero estaba allí, en el fin del mundo, sola. El fantasma de su madre la seguía todo el tiempo, mas ella no podía percibirlo. No le gustaba confiar sus secretos a extraños, pero lo había hecho para lograr su cometido, y así le había contado al doctor Rivera que el preso era su padre. Al menos había visto su rostro, pero él no había dado muestras de alegría al saber que era su hija, tampoco sorpresa. ¿Es que ese hombre era de hielo? Recordó lo que le había contado Rosaura, la amiga de su madre, y le costó creer todo aquello. No se imaginaba a Catalina engañando a su padre, ni antes ni en sus últimos años.

El hambre la llevó a una fonda frente a los muelles. No bien abrió la puerta supo que se había equivocado al entrar allí, era un sitio puramente masculino, lleno de hombres y humo. El local era alargado hacia el fondo, donde la luz proveniente de las ventanas no llegaba y las siluetas se perdían entre el humo y los vapores. Entró y al cerrar la puerta el carillón que colgaba de la misma hizo que todos los parroquianos se voltearan para verla. Percibió todo tipo de miradas: curiosidad, burla, deseo, reproche. Estuvo a punto

de retroceder y huir, pero los olores que venían de la cocina, olores a guisos de mar, frituras y pescados le sacudieron el apetito y la impulsaron a quedarse. Tenía hambre. Miró de frente a esos hombres y vio que eran trabajadores, marineros quizá, pescadores o hacheros. Erguida y con la mirada decidida avanzó unos pasos y se sentó a una de las mesas que estaba vacía, contra la ventana que daba a la calle. El silencio que se había hecho a su ingreso fue superado por los murmullos y las voces, interrumpidas por alguna que otra carcajada.

Clara abrió su bolsito y miró el dinero que tenía, no era mucho, pero para un buen plato tendría que alcanzar.

El camarero, que también hacía de cocinero y lavaplatos, un hombre regordete y bajo con barba de unos días, se acercó a ella y con acento español le dijo cuál era el menú de la casa, que siempre era el mismo.

Con vergüenza preguntó los precios y eligió el más barato.

—Le sugiero la cazuela, señora —dijo el hombre, y al ver que ella dudaba añadió en voz baja—: Se la dejo al mismo precio.

—Gracias, la cazuela entonces.

Clara miró hacia afuera y vio los barcos amarrados en el muelle y la gran cantidad de lo que ella creyó que eran gaviotas, que sobrevolaban los alrededores y se lanzaban al agua con gran velocidad cuando descubrían una presa.

En dos días llegaría el buque de la Armada y su carta, que ya había dejado en la posta de correo, viajaría a Buenos Aires. ¿Vendría alguien en su ayuda? Le había pedido a Javier que le enviara dinero, suponía que su estadía allí se prolongaría un tiempo, el necesario para poder entablar una relación con su padre y desentrañar el pasado, así como el asesinato de Hernando.

El gallego, así oyó que llamaban al hombre que la había atendido, regresó y plantó ante ella una suculenta cazuela. Su aroma entró por su nariz y le subió al cerebro generándole placer, incluso sin probarla.

—El vino va por cuenta de la casa —dijo el hombre, y puso frente a ella un vaso lleno de tinto y una jarra de agua.

—Es usted muy amable, gracias.

Comió como si hiciera días que no lo hacía, la cazuela estaba sabrosa y no dejó ni una gota de caldo en el fondo, porque en

contra de todo protocolo Clara pasó pedacitos de pan por el plato de lata. ¿Quién podía verla allí? Dudaba de los modales de esos marineros y hombres de trabajo.

Bebió un sorbo de vino y lo saboreó en la boca, estaba tibio y espeso y fue un buen broche para una comida sustanciosa. Vio que desde el fondo del salón en penumbras un hombre se dirigía a la salida. Era el mismo que había intervenido cuando Dadá la estaba molestando y a quien no había podido agradecer. Y como necesitaba aliados en ese pueblo extraño, porque de momento el único que se había comportado con ella pese a sus desaires era el doctor Rivera, decidió hacer contacto con él.

Cuando él pasó al lado de su mesa sin siquiera mirarla, aunque supiera que estaba allí, Clara lo llamó. Le dijo *señor*, aunque no tenía aspecto de señor, sino más bien de salvaje domesticado, pero no encontró otra manera de dirigirse a él sin sonar despectiva. Él no reaccionó a esa llamada, nunca nadie le había dicho *señor*, y siguió de largo. Ella se enfureció y sin pensar en el papelón que podía hacer, se puso de pie y lo tomó del brazo.

Él clavó en ella su mirada de mar en día de tormenta y ella de inmediato lo soltó.

—¿No oyó que lo llamé? —quiso justificar.

—No estoy acostumbrado a que me llamen *señor*. —Su voz era ronca y ella se estremeció, pero no fue por la voz sino por el tono, bajo, seguro, indiferente.

—Lo siento, no sé su nombre.

—¿Qué quiere? —Ella se envaró, asombrada por ese tipo de respuesta, un hombre educado se hubiera presentado y le habría tendido la mano. Él seguía allí, esperando que ella hablase, tranquilo, ajeno a sus elucubraciones—. ¿Necesita algo?

—¡Oh, olvídelo! —Y volvió a sentarse, ofendida.

Él salió y el carillón de la puerta volvió a sonar.



CAPÍTULO 25

Llegó a lo de los Storm y todo parecía en calma, quizá porque era temprano. Buscó a la dueña de casa y la encontró en la cocina.

—Disculpe, señora Storm —intentó sonar amable, aunque no le caía en gracia esa mujer—, ¿puedo hacerle una pregunta?

La dama levantó la vista de la masa que golpeaba sobre la mesa de madera y Clara lo interpretó como una afirmación.

—Me preguntaba dónde puedo conseguir un empleo.

—¿Empleo? ¿Es que acaso piensa quedarse en este pueblo?

—Necesito dinero, señora Storm.

La mujer se encogió de hombros y siguió amasando. Al cabo de unos segundos añadió:

—En el bar podría conseguir hacerse de unos billetes —sugirió.

—¿En el bar? —Clara no sabía si estaba entendiendo bien su insinuación.

—Mire, señora, aquí no hay trabajo para las mujeres, a no ser que sea de puta.

Clara apretó los labios y contuvo las palabras. Giró y se fue directo a su cuarto. Se sentó con furia sobre la cama. ¿Por qué tenía que pasarle todo aquello? No tenía a quién recurrir. La gente del lugar desconfiaba de ella, el rumor de que había asesinado a su marido se había esparcido como el agua, imparable, y poco podía hacer para defenderse. Si se hubiera vuelto a Buenos Aires en el *Monte Sarmiento* nada de eso hubiera ocurrido y estaría viviendo su vida de recién casada con Hernando, intentando, quizá, recuperar el vínculo con quien creía que era su padre. No entendía por qué Felipe Torres la odiaba. ¿Tan importante era el lazo de la sangre? Era evidente que sí porque ella estaba ahí rastreándolo, pero no podía dejar de amar a quien había creído su papá durante

tantos años. ¿Se habría arrepentido Felipe de haberla echado así? ¿De no haber concurrido a su boda? Pensó en su hermano, medio hermano, lo amaba igual, con sus defectos, su volatilidad y fracasos económicos. Pensó en su sueño de tener un salón de belleza y una idea iluminó su mente.

Se puso de pie y salió a las apuradas, ni siquiera tomó su bolsito de mano que la acompañaba a todas partes. Atravesó el camino costero que la llevaba al pueblo sin mirar hacia el canal que le hablaba de su presencia metiéndose en su oído con un canto de sirenas.

Llegó al centro y buscó la barbería. Abrió con ímpetu, como todo lo que hacía últimamente y de nuevo un carrillón resonó en su cabeza. Todos los ojos la miraron y Clara se vio en medio de un mundo masculino de tijeras y navajas. ¿Es que las mujeres no tenían vida social? A cada sitio donde iba solo había hombres.

—¿Señora…? —dijo el barbero, hizo un gesto a su cliente, limpió la navaja y se acercó a ella.

—Yo…

—No atendemos mujeres aquí.

—Sí, lo sé. —Se enderezó y trató de sonar segura—. Por eso estoy aquí. Soy peluquera y quiero trabajar.

La carcajada fue general, todos estaban expectantes de esa insólita conversación.

—¿De qué se ríen? ¿Acaso las mujeres no se peinan y cortan el cabello?

—Vaya, señora, este no es sitio para usted —aconsejó el barbero empujándola hacia la salida—. Sería mejor que se vuelva a su casa. —Y le cerró la puerta en la cara.

En la vereda, Clara dio rienda suelta a los insultos y malas palabras que había retenido dentro. Pasó por la capilla y farfulló una queja, ese Dios que tanto veneraba su madre no existía. Caminó en dirección opuesta al almacén de los Storm, siempre siguiendo la línea de la costa. Era un lugar bellísimo y eso apaciguó su ánimo. Miró las montañas de picos nevados que abrazaban al pueblo y caían en el canal.

Era media tarde, pero ya sabía que allí los días duraban mucho más que en Buenos Aires, al menos en verano, y siguió avanzando. Caminó al costado de las vías por donde transitaba el tren de los

presos, ella no lo había visto aún, sabía que salían muy temprano por la mañana y regresaban alrededor de las cinco, quizá lo cruzara.

Las construcciones se espaciaron cada vez más y aumentó el número de animales: ovejas, guanacos, caballos y aves desconocidas para ella, hasta que solo fue llanura.

Iba a volver cuando una construcción cercana a la costa un poco más adelante le dio curiosidad. Parecía estar sobre el mar, aunque seguramente era un efecto visual. Caminó hacia allí y vio que en esa parte del camino había un recodo que de lejos situaba a la choza sobre el agua.

Un perro-lobo apareció de pronto ante ella y la miró fijo. Clara se detuvo, tenía aspecto de salvaje. Los ojos claros del animal, casi transparentes, la asustaron. Retrocedió unos pasos sin quitarle la mirada y el perro empezó a aullar. El sudor recorría su espalda y sintió miedo, había escuchado algo sobre una sustancia que se produce cuando hay temor que los animales captan a la hora de atacar.

—Tranquilo —le dijo, y mostró sus manos—. Ya me voy.

Ella retrocedía y el perro-lobo avanzaba. Su corazón latía tan fuerte que no escuchó el galope hasta que el caballo estuvo casi encima de ella.

—¿Qué hace aquí? —dijo el hombre montado en un alazán. Le dio al perro una orden en un lenguaje extraño que hizo que el animal diera media vuelta y volviera para la choza.

Clara lo miró, era el mismo hombre del bar, el extraño de ojos verdeazulados y piel morena.

—Paseaba.

—Debería volver, no es seguro que ande sola por acá —aconsejó.

—¿El perro es suyo?

—Se llama Kira y es hembra.

—No nos presentaron, soy Clara…

—Ya sé quién es, todo el pueblo sabe.

—¿Y usted es…?

—Warhu. —Azuzó a su caballo y se fue en dirección a la choza; la perra-loba lo esperaba en la puerta.

Molesta con ese hombre tan maleducado, Clara decidió volver, quizás él tenía razón, se había alejado demasiado.

Cuando llegó a lo de Storm ya las luces del bar se habían encendido, farolitos de colores adornaban la entrada y llamaban a los hombres a satisfacer sus placeres.

Se asomó a la cocina donde la señora Storm cocinaba en medio de vapores de ollas.

—Señora Storm —le dijo, y la mujer levantó la vista, sin responder, como era su costumbre—, quiero cenar esta noche.

—Deberá pagar su comida.

—Le di un anillo que cubre de sobra mi alojamiento y mi alimentación —replicó.

—Ese anillo solo alcanza para un mes de cama, señora, la comida es aparte.

—Que sean menos días de alojamiento, entonces —propuso Clara—, en breve recibiré una encomienda con dinero y podré pagarle con billetes. —No sabía si eso era cierto, pero fue lo único que se le ocurrió para no pasar hambre, no quería volver a transitar ese camino.

Esa información pareció interesar a la señora Storm, porque dejó de cortar verduras, movió su nariz y finalmente dijo:

—Serán quince días entonces, cama y comida.

—Quince días.



CAPÍTULO 26

Sentada sola a una mesa del bar Clara comió con apetito. La señora Storm podía tener mal genio, pero cocinaba como lo suelen hacer las abuelas, con dedicación y recetas milenarias. No dejó nada en el plato y hasta le pasó el pan por el fondo.

El resto de los comensales eran hombres, algunos se alojaban también allí, a otros no los conocía, pero por su aspecto dedujo que eran pescadores en su gran mayoría.

Cuando terminó se estiró hacia atrás en la silla y se dedicó a observar. De las mesas los comensales pasaron a la barra y las luces del estrecho salón fueron menguando a medida que la señora Storm apagaba algunas de las lámparas y sumía el sitio en penumbras. Y así como se apagó la luz se encendió la música, suave al principio y más alegre a medida que ingresaban algunas mujeres que Clara enseguida pudo catalogar como prostitutas.

En su mayoría eran mujeres maduras, entradas en carnes que se salían por el escote de sus blusas, con el rostro pintarrajeado y la sonrisa falsa. Solo una era joven, demasiado quizá, y en sus ojos se leía la resignación.

Los hombres se les acercaron como bicho al foco y Clara supo que era el momento de irse. Se puso de pie y atrajo la atención de uno de los sujetos que todavía estaba acodado a la barra y bebía directamente de una botella. Tenía la mirada torva fija en ella.

Caminó hacia la puerta, pero antes de que llegara el desconocido le cortó el paso y la tomó del brazo con fuerza.

—¡Déjeme!

—Me gusta la carne fresca. —El aliento a alcohol le dio en el rostro. Clara hizo una mueca de asco—. ¿No te gusta? No sabes lo que podría hacer mi lengua.

—¡Basta! —Se sacudió y salió del bar. Incluso desde el pasillo

que la llevaba a su habitación pudo escuchar la risa estentórea del sujeto.

Se encerró en el cuarto y puso la tranca en la puerta, nunca estaba de más prevenir. No pudo ver la sonrisa de complacencia de Catalina que se había quedado durmiendo sobre su cama; no estaba habituada a su vida de fantasma y desperdiciaba demasiada energía cuando de perseguir a su hija se trataba.

Clara se despojó de la ropa y se colocó el camisón. Se metió debajo de las mantas y cerró los ojos. "Panza llena, corazón contento", pensó, aunque lejos de ella estuviera la alegría.

Durmió pese a la música del bar y los gemidos de las habitaciones contiguas, la certeza de que al menos por dos semanas no le faltaría la comida la había relajado. Se despertó en plena noche debido al frío, el camisón era de tela fina, para los veranos de Buenos Aires, no como los de Ushuaia que siempre son frescos. Tenía ganas de ir al baño. Resignada salió de la cama y se puso el deshabillé, que poco abrigaba porque hacía juego con el camisón, regalo de bodas.

Abrió la puerta y espió por el pasillo, todo era silencio y las luces se habían apagado. El baño estaba afuera, entre la construcción del bar y los dormitorios, y Clara maldijo entre dientes. "¿A quién se le habrá ocurrido?".

Se envolvió con sus brazos y avanzó por el largo corredor hasta llegar al exterior. La luna y las estrellas brillaban por su ausencia, todo era oscuridad. Corrió hacia el retrete, parecía un fantasma atravesando la noche. Alguien la vio.

Cuando salió del baño un par de brazos la sujetaron y una mano le tapó la boca. Clara pataleó, pero no pudo librarse de su captor. Lo reconoció por el olor a alcohol y el aliento, que se habían intensificado.

Sin piedad, el hombre la arrastró hasta la playa, en el camino Clara perdió sus zapatos y sintió el frío y la humedad. La arrojó sobre la arena y se montó sobre ella, sin anticipar que ella se defendería con furia. Y a esa fiereza, él respondió con brutalidad. La golpeó. Primero en el estómago, luego en el rostro. Una, dos, tres veces.

Catalina, que se había despertado por el frío que se coló por debajo de la puerta —era un fantasma friolento—, los había

seguido, pero por más que se esforzaba en detener al borracho que lastimaba a su hija no lograba corporizar sus miembros.

Al borde del desmayo Clara sintió que una mano apretaba sus pechos y que la otra hurgaba en su intimidad. Estiró las suyas a los costados en busca de algo que la salvara y tocó una piedra. La tomó como pudo y con ella asestó un golpe en la cabeza de su atacante. Uno, dos, tres, hasta que él lanzó un grito y un insulto y aflojó la presión sobre su cuerpo.

Clara sentía sangre por todos lados, sin distinguir si era propia o ajena, y en esa carnicería se sintió animal. Se arrojó sobre él y continuó golpeándolo, sin soltar la piedra, mientras que el sujeto le seguía dando puñetazos a ella, hasta que se desvaneció.

Soñaba. Voces. El sonido del agua. Ruidos. Un caballo. El agua de nuevo. Frío. Calor. No podía abrir los ojos. Dolor, mucho dolor. En la cara, en el cuerpo. Frío. Calor. No sabía si estaba viva, si dormía, si soñaba o si estaba en el mismísimo infierno. Voces desconocidas. Manos sobre su cuerpo. Y el susurro de su madre. "Estoy muerta", pensó. Solo estando muerta podría sentir la voz de Catalina, porque era ella quien le cantaba esa nana que solo ellas dos conocían. "La inventé pensando en ti, en tus cabellos rebeldes y en tu lengua contestona", solía decirle de niña.

La voz de su madre se tornó grave, seca y el canto desapareció. Quiso abrir los ojos, pero no pudo.

—¿Quién está ahí? —balbuceó sin saber si alguien la escuchaba; dudaba incluso en qué mundo se hallaba.

—¿Cómo se siente? —La manta que la cubría fue retirada y sintió escalofríos. Dedos en su cuerpo palparon aquí y allá, una sustancia cálida resbaló por su piel.

—¿Dónde estoy? —Apenas podía hablar, le dolía la boca.

—Está a salvo —dijo el hombre, y continuó curándola.

—No tengo fuerzas… —No podía mover nada de su cuerpo.

—Relájese, necesita sanar las heridas. —La manta volvió a cubrirla—. No se asuste, le voy a dar algo para que tome. —Una mano sobre su nuca la ayudó a levantar la cabeza, otra vertió un líquido por medio de una cucharita—. Un poco más, la ayudará a dormir.

—¿Dónde estoy? —repitió antes de caer otra vez en el sopor.

Cada vez que volvía en sí Clara sentía que estaba un poco mejor.

Lo que sus ojos veían no le indicaban dónde estaba y el hombre que le había hablado la vez anterior había sido reemplazado por una anciana que se limitaba a cuidarla sin dirigirle la palabra.

Escuchaba el ruido del agua y supo que estaba cerca de la costa. El lugar era oscuro, una fogata iluminaba la choza hecha con troncos. ¿Dónde estaría? No había visto construcción así en el pueblo, en su gran mayoría eran de madera y chapa.

Las manos de la anciana estaban calientes y arrugadas, pudo verlas cuando la mujer le bajó la manta y revisó sus heridas. Al menos ahora podía sentir su cuerpo y eso la tranquilizaba.

El aullido de un lobo se coló por las hendijas de la choza y se asustó. La mano de la anciana la tranquilizó y volvió a taparla.

—¿Cuándo podré levantarme? —El silencio fue la respuesta; la mujer la dejó sola.

No sabía si era día o noche, tampoco cuánto tiempo había pasado desde el ataque. Necesitaba saber.

Las pieles que hacían de puerta se corrieron y una figura alta proyectó su sombra a los pies del lecho donde yacía Clara. No podía girar la cabeza para ver de quién se trataba, pero no hizo falta esperar mucho. Frente a ella apareció el hombre de los ojos verde azules.



CAPÍTULO 27

Buenos Aires, 1904

Catalina vivía sus días de recién casada sumida en la soledad del hogar. Su marido había partido de viaje, en esa época el negocio que lo haría millonario era la venta de sombreros. Había invertido casi todos los ahorros en la compra de boinas, chambergos, gorros, birretes y chisteras de todo tipo en la gran tienda de Gath & Chaves y había partido en viaje con su cargamento de ilusiones.

—Ya verás, seremos ricos —le dijo al partir, y la besó con la pasión que se tiene a los veinte.

No le dio a tiempo a decirle que ella no quería ser rica, que ella solo quería ser feliz. Sentirse abrazada por las noches antes de dormir y despertar junto a él para mirarlo y sonreírle. Compartir la vida y proyectar los hijos. Con eso ella sería millonaria.

Pero Felipe era de los que creían que una mujer necesita lujos y para eso hace falta dinero, y como desde su adolescencia había saltado de trabajo en trabajo sin afianzarse en ninguno, descartada cualquier habilidad manual para los oficios, lo único que le quedaba eran los negocios.

—Volveré pronto —le había prometido, pero pasaron varios días y ella seguía sola.

Lejos de su madre y de sus hermanas, que vivían en el Interior, buscó amigas, y sin estar demasiado entusiasmada y más bien con indiferencia, un día se encontró tomando el té con damas que hablaban de los derechos de las mujeres. ¿Feminismo? Nunca había escuchado esa palabra, pero en boca de ellas sonaba interesante y tenían tanta convicción que Catalina se dispuso a ayudarlas en lo que ellas le pedían.

Así conoció a Julieta Lanteri, una estudiante de medicina que

dejaría huella en la historia de las mujeres y que Catalina admiraba, no por lo que predicaba sino por cómo lo hacía; lo mismo podría haber pregonado la palabra de Mahoma que hablar de astronomía, era su pasión la que lograba que Catalina no se perdiera ninguna de sus frases, reuniones o paseos.

Y fue en una de las reuniones en las que se cruzaron mujeres con hombres que Catalina conoció a Mateo Alcántara. Con tan solo verlo Catalina supo que su vida estaba arruinada para siempre, incluso sin intercambiar palabra ni mirada. Lo que sintió cuando él entró en ese salón lleno de gente, que de inmediato desapareció para ella, solo Dios y la almohada lo supieron. Fue como si la arrancaran del suelo y la sacudieran por entero para dejar desparramados a su alrededor los despojos de su voluntad. Algo en él la había movilizado para no volver a ser nunca la misma. El sudor helado le corrió desde el cuello hasta la cintura, la boca se le secó y perdió el habla. Las piernas le temblaron y tuvo que sentarse.

Julieta y sus amigas advirtieron que algo le pasaba y le alcanzaron agua que su garganta cerrada se negó a recibir.

El hombre siguió su camino en busca de sus compañeros, pero había sido tal la fascinación que cuando se repuso Catalina lo buscó. No tuvo que esforzarse mucho, un sendero de luces lo llevó hasta él. Fue como si el mundo se abriera para darle paso y se sintió volar hasta que estuvo a su lado.

Ajeno a todo él hablaba con dos sujetos, ni siquiera la miró cuando ella se quedó allí, a un costado, escuchando sin entender. Cada uno de ellos pensó que acompañaba a alguno de los otros, y aunque no fue presentada, la integraron en la conversación, a la que ella respondía con monosílabos.

Las siglas FOA y UGT no tenían significado para Catalina, bien podrían ser marcas de zapatos, sociedades o algún código secreto. Ella no había estudiado como la mayoría de las mujeres que rodeaban a Julieta y en parte se sabía ignorante. Pero fascinada por estar cerca de ese hombre que la atraía como un imán, formó parte sin formar. Que si los anarquistas se habían quedado con la FOA mientras que los socialistas habían fundado la UGT, que cada una de ellas se repartían los distintos sindicatos y gremios. Que la huelga en el pasado había traído como consecuencia el estado de sitio y una violenta represión policial sobre barriadas obreras.

Alguien trajo bebidas y ella se sumó a la ronda, embriagada en ese halo de magia que lo rodeaba a él.

Cuando la reunión decayó y los hombres del grupo se fueron, la saludaron dando por sentado que estaba con él. Y recién en ese momento él le prestó atención que se tradujo en una mirada tranquila de sus ojos verdes aguados, líquidos, que pese a su juventud —no tendría más de treinta años— anidaban muchas vidas.

Aturdida ante esa observación, que no tenía nada de seductora sino más bien de intriga, porque el salón estaba casi vacío, Catalina miró a su alrededor y se dio cuenta de que sus amigas no estaban. Él debió advertir su confusión porque sin decir palabra le hizo un gesto y caminaron hacia la salida, precedidos por un sinfín de libélulas iridiscentes que ella vio verdes, como los ojos de él, y que él ni siquiera percibió.

Sin preguntarle nada y en el más absoluto silencio él la acompañó hasta su casa y ella no quiso imaginar cómo era que sabía dónde vivía. Recién en la puerta y cuando ella pensaba que se iría, mudo como había llegado, él le dijo que pasaría a buscarla al día siguiente a las cinco. Sin esperar respuesta se fue, acompañado por las libélulas.

Esa noche Catalina no durmió. Sabía que estaba haciendo mal en fijarse en un hombre que no era su marido, quien andaba de pueblo en pueblo ofreciendo sombreros para traer fortuna a la casa, o al menos eso era lo que Felipe había soñado. La mujer pasó la noche en vela inventando mil excusas para esgrimir al otro día cuando él fuera a buscarla, sin reparar en que bastaba solo con no abrir la puerta.

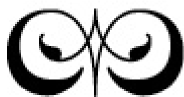
Al mediodía un dolor de estómago la internó en el cuarto de baño durante casi una hora y recién cuando se vació de nervios y culpas pudo almorzar, porque tampoco era cuestión de ir a una cita con ruidos de panza y calambres.

A las cinco estaba lista. Vestida con su mejor conjunto de blusa y falda, apenas un labial y el cabello suelto sobre los hombros, como le había dicho una vez Felipe que le gustaba. Se sintió mal por eso, querer llamar la atención de otro con los trucos que usaba con su marido, y estuvo a punto de recogérselo cuando sonó el timbre.

Se miró una vez más en el espejo, que ya había perdido las

facultades de reflejarla pero que ella no advirtió y salió.

En la vereda, envuelto en libélulas estaba él, con un ramo de margaritas en la mano.



CAPÍTULO 28

Ushuaia, 1930

Parecía que con la llegada del crucero todo se había convulsionado en la isla. A Fausto le hubiera gustado poder hablar con la abuela de Natapai, de seguro ella tendría una explicación, que, aunque fuera más allá de lo racional, sería la correcta.

Primero habían sido los turistas y la insistencia de Clara Torres de Encinas de entrar al presidio, luego el naufragio y después el asesinato del gringo. Nada estaba en su sitio.

Y ahora, cuando él se proponía a intentar hacer algo bueno para su vida, debía correr en auxilio de la joven viuda. Las noticias todavía no habían atravesado los campos ni se habían deslizado por debajo de las puertas despertando a todo el mundo, pero él sabía. De alguna manera Warhu le había hecho llegar el pedido.

Hizo a un lado los pensamientos sobre la hija del celador, que últimamente ocupaban su cabeza más de lo deseable, y preparó sus escasos elementos. Pensó en su amiga Julieta, ¿qué diría ella ante tanta violencia desplegada sobre una mujer? Porque sabía que lo que iba a encontrar era grave, lo podía sentir en la sensibilidad de la piel, en la boca seca y el corazón agitado.

—Fausto —interrumpió Ramiro sus pensamientos—, mi mujer quiere saber cuándo volverás a casa a cenar. Te cocinará unas centollas a la crema que te van a dejar sin aliento.

—Mañana —dijo, aunque si por él fuera iba esa misma noche—. Llevaré un buen blanco.

Terminó de firmar unos papeles y se preparó para salir. Le anunció al celador que tenía que ausentarse por un rato, no quería esperar a terminar el turno, intuía que Warhu lo necesitaba con urgencia.

En el camino se enteró de lo que había ocurrido en la costa y supo que no tendría descanso en los días por venir. ¿Qué extraño conjuro se había lanzado contra el pueblo?

Nunca antes, en su vida anterior, había pensado en las señales, pero después de conocer a Natapai, y en especial a su abuela, estaba muy pendiente de ellas, por eso prestaba atención al vuelo del cóndor, a las marcas alrededor de la luna y al cambio de las mareas, como ella le había enseñado.

—Si aprendes a mirar a la naturaleza podrás comprender al mundo —le había dicho más de una vez, sentados ambos alrededor de una fogata.

Ella le había enseñado algunos de sus trucos para sanar, y él se había negado a los otros, a los que podían hacer daño.

—Soy un hombre de ciencia —le había dicho.

Luego se había arrepentido, quizá si le hubiera hecho caso podría haber logrado algo con Santos Godino y en vez de achicarle las orejas, sin resultado, le habrían podido sacar la maldad de otra manera.

Ya era tarde, ahora lo único que le quedaba era ese pequeño maletín de cuero de guanaco que le había hecho Warhu cuando era adolescente y del cual él no quería desprenderse más por afecto que por utilidad, porque carecía de compartimentos y se le mezclaban todas las cosas.

Sin darse cuenta había llegado a la choza de Warhu, donde Kira lo recibió moviendo la cola. Esperaba que su intuición estuviera equivocada, no deseaba ver a la joven viuda malherida.

Warhu lo recibió con cara de preocupación, podía leer en sus ojos verde-azules, y no hizo falta que le explicara nada para saber que era grave.

Ingresó a la casa y al correr la puerta de pieles se encontró con el panorama: Clara Torres de Encinas era una masa sanguinolenta, casi irreconocible.



CAPÍTULO 29

—¿Cómo se siente? —preguntó el hombre, y Clara no recordó cómo se llamaba. ¿Habría perdido la memoria? Repasó sus últimos días, estaba en Ushuaia, su marido había muerto. No, no había muerto, había sido asesinado. La culpa la arrastró hacia sus peores pensamientos, de no haber sido por ella—. Señora. —La voz la trajo de vuelta.

—No sé, no puedo moverme —dijo luego de intentar levantar el cuerpo. También le costaba hablar, apenas podía mover los labios sin dolor.

—No debe moverse. Está herida.

—¿Por qué estoy aquí? Me repite su nombre, por favor.

—Warhu. La encontré casi muerta, en la playa. —El hombre fue hasta la hoguera donde se calentaba una olla. Revolvió en ella y el olor a comida le renovó el apetito. ¿Cuánto hacía que no comía?

—Debió llevarme a que me viera un médico. El doctor Rivera podría.

—El doctor Rivera ya estuvo por aquí. —Warhu se acercó y la ayudó a sentarse. Clara dejó escapar un gemido y su rostro se contrajo—. Respire —dijo él al ver que ella contenía el aire—, le hará bien. —Una vez sentada apoyó detrás de su espalda unos almohadones de un material que Clara no supo precisar. Se miró. Estaba vestida con una camisola de tela rústica y se preguntó quién se la habría puesto. Repitió la respiración honda y percibió que algo apretaba su torso. Espió por el escote y vio una venda que la envolvía desde los senos y hacia abajo—. Intentaremos que coma —dijo Warhu. La miró por primera vez al rostro y le tomó la barbilla con suavidad—. Veamos cómo está su mandíbula. —Y se la fue palpando para aliviar la tensión que tenía en la boca y pudiera abrirla. Clara apenas pudo lograr una mínima apertura—. Suficiente

para que pase la cuchara y los trozos de carne.

—¿Qué me pasó en la boca?

—¿No se acuerda? —Warhu servía en una vasija lo que humeaba en la olla. Volvió hacia ella y se sentó en el lecho—. Ese hombre, la golpeó. —Por primera vez Clara leyó en él algún tipo de sentimiento, lo vio tensar la mandíbula y oscurecer los ojos.

Con paciencia la ayudó a comer, cucharada tras cucharada. De a ratos le hacía tomar agua, porque luego de tantos días de ayuno temía que se atragantara.

—Gracias —murmuró ella cuando finalizó.

—La dejaré sentada un rato hasta que baje la comida. —Luego se sirvió él y se sentó en el suelo, cerca del fuego.

Lo miró comer. Él lo hacía como si ella no estuviera, ajeno a su escrutinio. ¿Quién era ese hombre? Ella lo había catalogado como un salvaje maleducado, sin embargo, se había portado como un caballero con ella. Tanta era su distancia que hasta se molestó de serle indiferente; su ego pretendía al menos una mirada de hombre. De haberse visto no habría tenido ese pensamiento. Su rostro estaba hinchado a tal punto que sus facciones estaban desfiguradas. Tenía un ojo negro y el otro con derrames.

Cuando él terminó recogió las vasijas sucias y salió del recinto. Clara aprovechó para mirar. Era un cuarto grande, pero con pocos muebles. La cama donde ella dormía, unos estantes con ropa, libros y pieles, leños acomodados en un rincón, algunos elementos que no supo identificar y la hoguera en el centro. En las paredes de madera vio pedazos de pieles, colas de animales y máscaras pintadas de rojo y blanco. También había lanzas o algún otro tipo de armas que no supo definir.

Warhu volvió a entrar y fue directo hacia ella.

—La ayudaré a que se acueste, debe dormir. —Clara sintió sus manos en su espalda y se fue deslizando hacia abajo; el dolor dificultaba sus movimientos—. Si tiene frío avise. —Subió las pieles y la tapó hasta el cuello. Él tenía una camisola de tela liviana y Clara se preguntó cómo hacía para no tener frío. Era verano, pero en Ushuaia eso no tenía importancia, siempre estaba fresco, y más por las noches.

—¿Cuándo podré levantarme?

—Lo dirá Fausto. —Ella se asombró del trato familiar, mas no

dijo nada.

Warhu echó unos leños más al fuego para asegurarse de que las brasas duraran hasta el amanecer. Se disponía a salir cuando ella preguntó:

—La anciana ¿cuándo volverá?

—Cuando ella lo crea necesario —dijo.

—Yo necesito ir al baño. —Ya estaba dicho.

El hombre la miró y por primera vez ella lo vio dudar.

—¿Tiene que ser ahora?

—Cuanto antes. —Clara cerró los ojos, la vergüenza le impedía mirarlo a la cara.

—Señora, yo no sé hacer esto. —Tomó unas pieles del estante y se acercó a la cama. La destapó y la miró. Parecía una tabla sobre un lecho de mantas, tiesa y asustada. Se colgó al hombro las pieles que había recogido y con toda la delicadeza de la que era capaz un hombre acostumbrado a la rudeza, la tomó en brazos.

—¡Ah! —Clara gritó de dolor—. Me duele. —Fue incapaz de sentir su olor a mar y su sudor, solo era consciente del sufrimiento que sentía en medio del cuerpo, como si la hubieran partido en dos.

Con ella en brazos Warhu salió del cuarto y atravesó otro más grande todavía, donde entre quejidos Clara pudo ver una mesa, una silla y otra hoguera.

Warhu abrió la puerta que separaba del exterior y un viento helado le espantó el dolor. La perra-loba, que estaba sentada delante de la casa, levantó las orejas y siguió a su amo.

—¿Dónde está el baño? —preguntó en un quejido lastimero. Pero él no respondió y continuó caminando, alejándose de la choza.

La noche era oscura y una luna llena brillaba a lo lejos. El rumor del agua se aproximaba y Clara tuvo un feo presentimiento cuando sintió que los pies del hombre se hundían en la arena.

—¿Qué hace?

Warhu avanzó y se internó en el agua hasta que la misma le llegó a la cintura. Allí se detuvo y la bajó.

—¡No! ¡No! —gritó ella—. ¡Va a matarme de una neumonía! —Sus pies ya estaban pisando la arena, no sentía las piernas y un dolor agudo la atravesaba por entero. Él la sostenía como podía porque era tal su debilidad que no tenía fuerzas para ponerse de pie.

—Haga lo que tenga que hacer, señora, se lo pido por favor —dijo. Y Clara lo hizo, pese al frío y al dolor, pese a la vergüenza y la furia que sentía hacia ese hombre. Dejó escapar primero un chorrito que alivió un poco el frío de sus muslos hasta que pudo liberarse del todo.

Las olas barrieron sus desechos y su vergüenza, no sentía las piernas.

—Lléveme adentro —dijo castañeteando los dientes.

Warhu la sacó del agua y la envolvió con las pieles que había llevado, todo eso en un movimiento que Clara se preguntó cómo lo había logrado. Era un hombre fuerte, podía sentir la tensión de todos sus músculos en el brazo que rodeaba su espalda y el que encerraba sus piernas.

La perra-loba lo esperaba en la orilla y lo siguió hasta la choza. Una vez en el interior la recostó sobre la cama. Se quitó los pantalones y la blusa mojada y quedó semidesnudo frente a ella, cubierto apenas por una especie de lienzo alrededor de la cintura. Clara se estremeció al observar su cuerpo, era imponente, y no pudo evitar compararlo con Hernando, el único hombre que había conocido desnudo. La piel de su vientre estaba marcada, una gran cicatriz que parecía de quemaduras nacía en la zona oculta por el taparrabos y moría en su pecho.

Lo vio buscar algo en el estante y acercarse a ella con un cuchillo.

—¿Qué va a hacer?

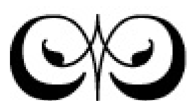
Como de costumbre, él no respondió. De pie al costado de la cama no miró su rostro y no pudo ver la mirada de odio que ella le dirigía.

—No tema —dijo. Y con el cuchillo rasgó de punta a punta la túnica que la envolvía—. No puede dormir con todo esto mojado. —Deslizó la tela hasta que salió de debajo de su cuerpo.

Clara pensó que nada peor podría ya pasarle. Ese desconocido la estaba viendo desnuda, porque era consciente de que más allá del vendaje que rodeaba su pecho no tenía nada puesto. Cerró los ojos. Eso no podía ser más vergonzoso que haberle orinado las piernas.

Warhu se ocupó de secarla, al menos en la superficie, y la cubrió luego con una doble capa de pieles.

—Ahora duérmase —le dijo antes de salir.



CAPÍTULO 30

Buenos Aires, 1904

Catalina se acostumbró a las libélulas que anunciaban la presencia de Mateo Alcántara, también a las cosquillas en la panza y la alegría en el alma cada vez que se veían.

Después de esa primera salida en la cual solo caminaron sin dirigirse la palabra, siguieron otras, en las cuales Mateo le fue contando de sus ideales, de los derechos de los obreros, y ella, cuyo único ideal era ser feliz, se dejó llevar por esa energía y pasión que él sentía por todas las cosas. En un punto lo comparó con Julieta, otra soñadora que luchaba por los derechos de las mujeres. Pero por más que quiso ser como ellos no logró comprometerse con batalla alguna, y aunque acompañaba a uno y a otras en sus mítines y proyectos, no estaba involucrada desde el alma.

Felipe seguía en un viaje que parecía interminable, le mandaba cartas desde cada ciudad en la que estaba y le contaba cuántos sombreros o boinas había vendido, de nuevos pedidos que seguramente llegarían a la casa y que ella tendría que recibir para cuando él regresara. "Seremos millonarios", continuaba diciéndole, y ella le respondía con frases tibias que cuando le llegaban a él eran heladas, pero que Felipe no percibía, entusiasmado como estaba en su empresa de sombrerero camino a la fortuna.

Mateo pasaba a buscarla casi todas las tardes, nunca entraba en la casa. Sabía que era casada, aunque jamás mencionó el tema, pero la alianza y el cintillo en su mano hablaban por sí solos. Él era libre como las libélulas iridiscentes que lo acompañaban siempre, y en esa libertad que él sentía por todas las cosas una tarde le declaró su amor. Jamás sus bocas se habían juntado, pero Mateo creyó que era el momento indicado.

Sentados en un banco de plaza de barrio le tomó el rostro y la besó. Y Catalina se dejó besar, su carne muerta al fin despertaba. Comparó esos labios con Felipe y le supieron a poco, ella amaba a su marido, no tenía dudas de eso, pero ese hombre estaba allí, de cuerpo presente donde el otro había dejado un vacío.

En alas de las libélulas llegaron a la casa de él, que no era más que un cuarto de pensión donde la dueña, acostumbrada a los hombres solos, se hacía la tonta cada vez que alguno ingresaba con una mujer; por unos pesos extras ella era ciega, sorda y muda.

Sobre la cama estrecha Mateo la amó con una pasión que le venía de las entrañas y que ella recibió con un volcán de abandono marital. Se sintió bella y deseada, y escuchó de su boca tiernas palabras que él nunca le había dicho a otra.

—Vente conmigo —le pidió—. Después de la huelga podemos ir a donde tú quieras.

—Estoy donde quiero estar —le dijo ella.

Mateo interpretó mal sus palabras y siguió haciendo planes.

Los días previos a la huelga no se vieron mucho, él se lo pasaba en reuniones y ella, aburrida, volvió al círculo de Julieta Lanteri, más que nada para no estar sola. Allí conoció a Rosaura, una recién casada, como ella, con la diferencia de que su marido sí estaba de cuerpo presente, porque trabajaba en el ferrocarril.

En Rosaura encontró la comunión que había perdido con sus hermanas y se convirtió en su sombra. Allí donde Rosaura iba, Catalina iba detrás. Se hicieron tan compinches que un día le confesó que se había acostado con Mateo.

—¡Eso no es novedad! Si se le ve en los ojos que vive por ti —le dijo.

—¿Crees que hago mal?

—No soy quien para juzgarte, Cata —dijo Rosaura—, sabes que aquí las mujeres luchamos por nuestros derechos. Si ellos pueden tirarse una canita al aire, ¿por qué nosotras no?

—Y tú, ¿tú lo harías? —Catalina empezaba a dudar si había hecho bien.

—Si me preguntas hoy, no, no lo haría. Estoy bien con mi marido, no necesito nada más.

Catalina sintió culpa. Tenía que terminar su relación con Mateo. Y así lo hizo. Cada una de las veces que él iba a buscarla se negaba

a salir, incluso espantó a las libélulas que se le metieron por la ventana para convencerla. Hasta que él dejó de ir.

El primero de mayo, día de la huelga, Catalina se quedó en la casa. Sabía que el movimiento obrero se había dividido en dos grupos y que Mateo se había quedado con los anarquistas. Los rumores anticipaban tragedia y ella tuvo miedo. El presidente Julio Argentino Roca había prohibido cualquier concentración obrera y amenazado con reprimir los actos reivindicatorios de los sindicatos.

Por eso cuando las libélulas entraron en bandada por la ventana de la cocina no dudó en correr hacia la puerta. Contuvo el grito y se llevó las manos a la boca. Frente a ella, desfalleciente en el umbral, estaba Mateo, bañado en sangre.

No hizo falta que él le pidiera ayuda. Lo metió en la casa y le quitó la camisa siguiendo el rastro de su sangre. Era una herida profunda en el hombro, un agujero negro que se apresuró a desinfectar y tapar con lo poco que tenía en el botiquín. Él no quiso que lo llevara a un hospital, en el fondo, tenía miedo.

Después Catalina se enteraría de los pormenores de la revuelta. La marcha de la FOA, compuesta por sociedades de albañiles, sombrereros, zapateros, marineros y foguistas, que había partido desde Plaza Lorea con dirección a Plaza Mazzini, no había salido como se esperaba. Con sus estandartes negros y rojos y llevando cada uno un crespón negro, en homenaje a los Mártires de Chicago, reclamaban jornada laboral de ocho horas y pedían abolición de la ley de residencia, por la cual el Poder Ejecutivo podía impedir o expulsar a los extranjeros cuya conducta comprometiera la seguridad nacional o perturbara el orden público.

Mientras en Plaza Mazzini los manifestantes dispuestos a escuchar al orador entonaban el himno anarquista "*Hijo del pueblo*", en la esquina de Viamonte y Paseo de Julio se produjo un incidente que como efecto dominó desató los demás episodios. Con la excusa de una discusión entre huelguistas y pasajeros de un tranvía detenidos por la gran columna de casi ochenta mil trabajadores, se había desatado una brutal represión policial. Luego Catalina se enteraría también de que el tranvía había sido puesto por la propia policía. Los uniformados intentaban hacer retroceder a la columna que marchaba por las calles, y los trabajadores no retrocedieron. Sonó un disparo, y esa fue la señal de la arremetida

salvaje de la policía, dando inicio a una feroz balacera contra los manifestantes, que respondieron con sus armas.

La represión fue implacable, a palo limpio y disparos de Remington, mientras que del otro lado se defendían con piedras, estiletes y también balas.

Uno de los trabajadores cayó muerto, tenía un disparo en la cabeza. Era Juan Ocampo, un joven de dieciocho años, marinero, oriundo del Chaco. Mateo se arrodilló a su lado y le cerró los ojos. Entre varios lo alzaron y formando una caravana fúnebre lo llevaron al local del diario anarquista, *La Protesta*, para ser velado.

La policía intentó varias veces interrumpir la manifestación y apropiarse del cuerpo del marinero, pero la resistencia de los huelguistas impidió el ultraje repeliendo cada agresión policial con sus armas. Los uniformados comprendieron que se encontraban con trabajadores decididos a todo por defender el cadáver del joven marinero.

En el traslado del cuerpo al local de la FOA Mateo fue herido, un disparo lo alcanzó en el hombro y la sangre empezó a brotar. Con dolor tuvo que salir de la caravana, sus fuerzas lo abandonaban y no pudo seguir sosteniendo el cadáver.

Como pudo se abrió camino entre la multitud, ocultándose de las fuerzas policiales y logró salir de la zona de riesgo. No sabía a dónde ir, necesitaba que alguien lo curara, y qué mejor que los brazos de la mujer que amaba, aunque esta le había cerrado la puerta.

Lo que pasó después se lo contaron más tarde sus compañeros. Una vez en el local y en pleno velorio, esa misma noche un escuadrón de policías armados ingresó a los tiros y secuestró el cuerpo de Ocampo, para enterrarlo luego en un lugar secreto, convirtiéndose así, en el primer mártir obrero y desaparecido.

Cuando terminó de higienizar la herida Catalina llevó a Mateo a su propia cama, esa cama que para ella era símbolo sagrado de su matrimonio. Lo tapó y lo hizo beber un té de hierbas, y se quedó a su lado, sosteniendo su mano hasta que él se durmió.

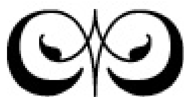
Luego, sola en la cocina, se dijo que tenía que acabar con eso. ¿Qué ocurriría si a Felipe se le ocurría llegar sin aviso? No amaba a Mateo, él era una ilusión, era ternura y pasión, no era amor.

Pasó la noche en vela y cuando por la mañana él la llamó desde

el cuarto donde habían pernoctado las libélulas, estaba decidida. Sin embargo, de solo verlo en su lecho, con esa mirada aguada y ansiosa, como un niño expectante ante un regalo de cumpleaños, pensó que no era momento de darle la estocada final. Mejor que se recuperara.

Lo atendió como hubiera atendido a un rey y después, juntos en la cocina, leyeron las noticias en el diario.

—Tengo que irme —dijo él—. Gracias por todo, Cata. —La besó en los labios y se fue.



CAPÍTULO 31

Ushuaia, febrero de 1930

Clara durmió mal esa noche. Sentía frío, calor, humedad. No sabía si estaba despierta o si soñaba. Entre sueños sintió otra vez las manos de la anciana, ahora le limpiaba el rostro y le aplicaba algo viscoso en la piel. Unos cánticos acompañaban el ritual.

—Por favor —le dijo Clara—, venga más seguido. Hay cosas que necesito hacer con usted. —Pero la anciana no respondió.

Volvió a dormirse. Cuando al fin abrió los ojos supo que era de día. La habitación tenía un pequeño hueco que hacía de ventana por donde se filtraba la luz del sol. Estaba sola.

—¡Señora! —llamó, pero nadie dio respuesta.

Sintió ruidos en el exterior y aguzó el oído. Caballos, el aullido de la perra-loba, voces. Pasos amortiguados por el piso de tierra y la cortina de piel que se abrió.

—Buen día, Clara, ¿cómo se siente? —Era el doctor Rivera. Se alegró de ver una cara conocida. Detrás estaba Warhu con una vasija en la mano.

—¡Doctor! —dijo—. ¡Gracias por venir! —Intentó sentarse, pero el dolor en su cuerpo era todavía intenso.

Warhu tomó la delantera y la ayudó. Se sentía incómoda ante esos dos hombres, pero más con el dueño de casa, su inexpresividad la ponía nerviosa.

—Fausto, dígame por qué estoy aquí. —Miró a Warhu y añadió —: Mi anfitrión no es de muchas palabras.

Fausto sonrió con pesar y miró al hombre más joven.

—No le has dicho, ¿verdad? —Warhu negó y se acercó al fuego. Puso la vasija a calentar.

—Clara, sufrió un ataque. ¿Eso lo recuerda?

—Sí… me levanté para ir al baño y un hombre apareció y…

—La golpeó. La golpeó mucho. Tiene dos costillas fisuradas, por eso tanto dolor. —Ella no esperaba esa noticia y lo evidenció en el rostro—. No se preocupe, estará bien. Tuvo suerte de que no le quebrara también la mandíbula. —Sin poder evitarlo, a Clara se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Le prometo que estará bien, he venido cada día y Warhu se ha ocupado de usted.

—¿La anciana? —Ante su pregunta los hombres se miraron, cómplices—. Necesito la ayuda de una mujer. ¿Cuándo volverá la anciana?

—Clara, no hay ninguna anciana —dijo Fausto.

—Yo la vi, y él… —miró a Warhu—, él dijo que vendría cuando lo creyera necesario.

Fausto se volvió hacia él y habló:

—Hijo, tendrás que explicarle a la dama.

¿Hijo? ¿Ese bruto era el hijo del doctor? Por un instante Clara recordó el motivo de su viaje, los secretos familiares podían ser un enigma. Ella también tenía un padre que acababa de conocer.

Warhu volvió a asentir en silencio y se acercó a ella con la vasija humeante. Se la ofreció y Clara la tomó. No quiso preguntar qué era aquello, pero el aroma era intenso y abrió su apetito. Con cuidado se llevó la cuchara de madera a la boca, que apenas podía abrir. Bebió despacio.

—Cuando termine le apretaré un poco más el vendaje —dijo Fausto.

—¿Es necesario?

—Sus huesos tienen que soldar.

Los hombres salieron y le dieron espacio para que desayunara sola. Los escuchó hablar, pero no pudo entender qué decían, sus voces eran murmullos que se mezclaban con el sonido cercano del agua.

Al rato volvieron y Warhu le quitó la vasija de las manos para salir con ella, dejándole espacio de intimidad mientras Fausto la revisaba.

Con delicadeza el doctor Rivera le quitó las pieles y miró sus heridas.

—Esto está mucho mejor —le dijo—, al menos ya no tiene

infección.

—¿Cómo llegué aquí?

—Warhu la encontró en la playa, malherida. Creyó que estaba muerta.

—¿Es su hijo? —Fausto elevó la comisura de los labios y negó con la cabeza a la vez que empezaba a aflojar las vendas que envolvían su torso—. Pero usted lo llamó hijo.

—Es una forma de decir. Lo conozco desde que era un niño. —Callado, Fausto quitó las fajas y palpó. Ella dejó escapar un quejido—. Lo siento, todavía falta para que sane. —Y volvió a apretar sobre su cuerpo esas largas tiras de tela que por momentos le impedían respirar—. Va a estar bien, Clara.

—La anciana —insistió—, yo la vi, ella estuvo aquí, curándome.

—Clara, no hay ninguna anciana, créame.

—Pero él dijo que…

—Sé lo que dijo.

—Necesito la ayuda de una mujer, Fausto, ese hombre —hizo un gesto hacia afuera— no tiene ni siquiera un baño. —Y ante la pregunta de sus ojos de intriga ella le contó cómo la había metido en el canal para que hiciera sus necesidades.

Fausto largó una carcajada que ella no recibió de buen grado y enseguida calló.

—Perdone, Clara, imagino que no habrá sido un buen momento.

—No, no lo fue. Además de que casi me congelo fue un momento vergonzoso para mí. —Empezaba a mostrar sus ínfulas, señal de que estaba mucho mejor.

—Warhu tiene baño… obvio que no es como el que usted conoce, seguramente no supo qué hacer con usted si no se podía mantenerse de pie y le habrá parecido menos humillante meterla al agua que tenerla sentada sobre un hoyo.

Clara hizo un gesto de asco al pensar en un agujero en la tierra, pero enseguida recompuso el rostro.

—Como sea… necesito una mano femenina aquí, y si usted dice que la anciana no va a venir…

—Haré lo que pueda, Clara. —¿Cómo explicarle la situación?—. De momento le traje sus cosas, las que tenía en el cuarto de los Storm. —Omitió decirle que la señora Storm las había sacado al camino y que él las había encontrado luego de mucho buscarlas.

—¿Y mi padre? ¿Sabe él lo que me ha pasado? ¿Preguntó por mí? ¡Ni siquiera sé cuántos días pasaron desde que…!

—Cálmese, Clara. Ha pasado una semana, y sí, su padre sabe. Pero él no puede hacer nada por usted desde allí adentro.

—Imagino que habrán detenido a ese hombre. —Sus ojos color miel se iluminaron a causa del enojo al recordar el ataque.

—Clara… ese hombre está muerto.

—¿Muerto? —Por el tono de voz de él supo que algo no andaba bien—. ¿Qué fue lo que pasó?

—Estaba estrangulado a su lado, Clara, eso fue lo que pasó.



CAPÍTULO 32

El día que Clara fue atacada nadie se enteró hasta la mañana siguiente, cuando Dadá apareció en el pueblo con las manos y la ropa sucias de sangre, gritando a quien quisiera oírlo que había matado a un hombre. De inmediato fue llevado ante el comisario y demás autoridades, entre quienes se contaba el cura párroco y vecinos importantes.

El muchacho tenía el rostro desencajado por el miedo y sus manos ensangrentadas temblaban como hojas al viento.

—¿Dónde está ese hombre, Dadá? —le preguntaron, y él los guio.

La comitiva comenzó su camino hacia la costa, rumbo al almacén de ramos generales de los Storm, y se fueron sumando curiosos, aburridos y alguna que otra dama cuyo marido no había vuelto a la casa la noche anterior.

Subieron y bajaron lomadas hasta que dejaron atrás el poblado. De vez en cuando tenían que detenerse porque ni el comisario ni el cura estaban en estado y eso generaba en Dadá mayor excitación y nervios.

—¿Estás seguro, Dadá? —Y el muchacho afirmaba con tal convicción que siguieron andando.

Cuando el caserío ya había perdido las formas exactas bajaron a la playa, que en ese tramo era corta y rocosa. La marea estaba alta y todos temieron que fuera una trampa del muchacho que más de una vez se divertía haciendo bromas pesadas.

—¡Allí! —gritó Dadá, y señaló un bulto alejado sobre la arena.

La comitiva apuró sus pasos, las damas protestaron por tener que hundir sus zapatos en la arena húmeda, aunque no desistieron de la búsqueda de algún marido ausente. Mientras algunas rezaban para que esa silueta que se iba perfilando a medida que se

acercaban no fuera su esposo, otras rogaban lo contrario; solo la muerte podía liberarlas de ese mal.

El primero en llegar fue Roger, el ayudante del jefe de policía, hombre joven y en forma que se agachó junto al cuerpo y revisó sus signos vitales, aunque a todas luces estuviera muerto.

El resto llegó enseguida y rodeó al cadáver. Las mujeres suspiraron y se persignaron, agradeciendo unas y maldiciendo por lo bajo otras. El cura hizo la señal de la cruz por encima del sujeto que ya descansaba, aunque no se sabía si era en paz, y dejó el lugar al comisario y al resto de las autoridades.

—¿Alguien lo conoce? —preguntó el ayudante, y todos negaron.

—Hay que llevarlo —ordenó el comisario. Se miraron, pasándose la responsabilidad—. Roger —ordenó a su ayudante—, ve a buscar una carreta.

El cadáver presentaba varios magullones y una herida en la cabeza con un corte profundo, pero no tanto como para matarlo. A un costado estaba la piedra con la que lo habían golpeado, la mancha oscura en su superficie así lo decía.

Mientras esperaban la carreta las mujeres se reunieron a cuchichear y los hombres a deliberar. Dadá gimoteaba alrededor del cuerpo.

—Hay que llamar al doctor, para que diga de qué murió —dijo el comisario, y mirando a Dadá añadió—: Calla, Dadá, que ya está muerto y ni siquiera lo conocías.

—No importa… nadie debe morir…

—Ven, querido —le dijo una de las mujeres, y le ofreció un dulce.

Cuando llegó Roger con la carreta subieron el cuerpo, el comisario y el cura, y Roger tuvo que volverse a pie junto con las damas y el resto de los curiosos.

—Dime, Dadá, ¿cómo es que tú encontraste el cuerpo? —le preguntó Roger.

—Vengo por aquí todos los días —explicó—, allí hay una cueva, vive mi padre, y a veces voy a visitarlo.

—Entiendo. —Roger cerró el diálogo, no tenía ganas de que el loquito del pueblo le contara esas historias que inventaba, cada vez más inverosímiles.

Una vez en la comisaría, el gentío había aumentado, no solo

estaban los curiosos del inicio sino nuevos, a los que se había sumado el periodista, Iván Palmer.

Cuando Fausto llegó se asombró de ver tal cantidad de gente, era como si todo el pueblo estuviera allí. Un mal presagio le cerró la garganta. Los murmullos hablaban de un asesino serial, hacía poco menos de una semana que había aparecido el cuerpo de Hernando Encinas.

Se hizo paso a los empujones y pudo ingresar en la comisaría.

—Pase, doctor —le dijo Roger—, tenemos otro cadáver.

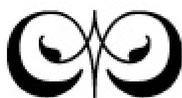
El cuerpo estaba sobre la misma mesa donde había revisado al marido de Clara, pero en este caso había signos de violencia. El golpe en la cabeza y los moretones indicaban pelea. Observó la herida.

—Dadá vino con la noticia, gritando que él lo había matado —le dijo el comisario.

—Ese muchacho solo se busca problemas… Si no lo conociéramos… —acotó el cura.

Fausto siguió examinando el cuerpo en busca de otros signos y cuando abrió su camisa vio arañazos y rasguños en el pecho del hombre; eran de mujer. Siguió buscando y llegó al cuello. Antes de analizar nada supo lo que iba a encontrar, toda su piel se lo decía. Las mismas marcas que el cadáver de Encinas, los mismos puntos rojos. Estrangulamiento.

Hasta ese momento nadie había prestado atención que el cadáver tenía la botonera del pantalón desabrochada. Fausto meneó la cabeza y observó las manos del sujeto. Tenía los puños crispados y por entre los dedos escapaba un manojo de pelo color castaño. Con esfuerzo logró abrirle los dedos y algo cayó al suelo. Era un broche en forma de libélula.



CAPÍTULO 33

El hallazgo del broche con forma de libélula llegó hasta el almacén de ramos generales donde Clara se hospedaba y fue la misma señora Storm quien se apersonó en la comisaría para identificarlo. Sabía a quién pertenecía, y no era casual la desaparición de su dueña, que había abandonado el cuarto sin avisarle y sin siquiera desocupar la pieza. Nunca le había gustado esa mujer, con tantos aires de marquesa y poco sentimiento, que no había tenido reparo en deshacerse de su anillo de bodas con el cadáver de su esposo todavía tibio.

Después de confirmar que el broche pertenecía a Clara Torres de Encinas, la señora Storm quiso saber quién era el muerto. Porque no creía que fuera casualidad que también faltara de su pensión uno de sus huéspedes, un marinero de uno de los barcos que estaba en reparación en el puerto y que había sido visto por última vez la noche anterior en el bar de su propiedad.

El hombre, a quien le gustaban mucho las mujeres, solía dejar jugosas propinas a las chicas que se ganaban la vida de noche, pero siempre las trataba como un perfecto caballero, según sus propias palabras. Que sí, le gustaba beber también, pero tenía conducta y nunca se pasaba de la raya. La víspera había estado bebiendo hasta las once, aproximadamente, y luego se había ido a su cuarto con una de las chicas. ¿Con cuál? Lucy, o Mandy, no recordaba bien, porque ambas eran sus preferidas.

—¿Usted los vio?

—Sí, claro, siempre controlo. —No dijo que ella cobraba un porcentaje de lo que el cliente pagaba a las señoritas, pero todo el pueblo lo sabía.

—¿Y cómo sabe que su cliente no estaba en la habitación?

—Porque a las nueve es la limpieza de los cuartos masculinos, y

ellos lo saben. Y él siempre aparecía para desayunar a eso de las siete treinta, es un hombre de mar, duerme poco.

Hasta el momento no se había reportado la desaparición de nadie y luego de deliberar las autoridades decidieron que la mujer le echara un vistazo al cuerpo. Quizás era quien ella sospechaba y al menos sabrían de quién se trataba.

Le advirtieron que no era un espectáculo agradable lo que iba a ver, pero la señora Storm estaba acostumbrada a todo y no se iba a asustar por un muerto.

—Me asustan más los vivos —dijo.

La hicieron pasar a la sala donde el cuerpo ya empezaba a oler mal. La mujer se acercó sin melindres y miró la cara del muerto.

—Es él —dijo—, es mi huésped.

Después de las formalidades quedó dilucidada la identidad del muerto, y con ello también sellada la suerte de Clara. ¿Qué hacía el broche de la viuda en manos del difunto? ¿Por qué su cuerpo estaba arañado y lastimado? Y para peor, había muerto de la misma manera que Hernando Encinas. Víctima convertida en victimario, enseguida comenzó a correr el rumor de que Clara había estrangulado al marinero. Y con él un sinfín de confabulaciones que llegaron incluso hasta el crucero hundido que empezó a llamarse el barco maldito.

A Fausto el chisme lo encontró en la prisión y no lo tomó por sorpresa. No porque creyera que Clara fuera la asesina, sino porque él mismo, sin saber a quién pertenecía el broche, había pensado en ella al ver los cabellos que el finado tenía entre los dedos; una percepción muy fuerte adquirida en los últimos años. Además, había atendido a Clara esa misma madrugada, sabía que alguien la había atacado, y ahí estaba el responsable.

A veces pensaba que su vida junto a los yámanas y las experiencias compartidas con ellos le había abierto un sexto sentido, o agudizado los que ya tenía. De la abuela aprendió otras formas de curar enfermedades, aunque nunca quiso saber cómo causarlas, algo que la abuela sí sabía. Más de una vez la había sorprendido hablando con la nada, o al menos eso era lo que él creía. Después supo que la abuela era chamán y podía percibir espíritus que nadie más veía, incluso podía matarlos con sus cantos si ellos amenazaban a alguien de la familia. La abuela le contó que

había chamanes buenos y chamanes malos, pero que la voluntad de todos ellos estaba limitada a la voluntad final de Watauineiwa.

Mucho había aprendido de ella y le hubiera gustado que se quedara más tiempo, pero luego de la muerte de Natapai la anciana se había ido apagando como esos fuegos que nadie alimenta, hasta un día desaparecer.

Ella siempre le decía que él tendría que haber sido chamán, que seguramente estaba destinado a serlo, pero que había nacido en la cultura equivocada y que todavía le faltaba mucho para trascender.

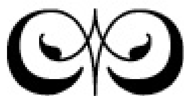
—Ya no me queda tiempo para entrenarte —le dijo una tarde, mientras se ponía el sol—. Si tienes suerte te elegirá el lakuma —agregó.

Fausto no entendió a qué se refería sino mucho después, cuando le contó esa conversación a Warhu y este le explicó que el lakuma era un pescado largo que agarraba a las canoas y barcos para hundirlos y convertir al hombre en un hechicero.

Terminó el turno en la prisión donde la noticia también había circulado y llegado a los oídos de Mateo Alcántara, quien tembló de emoción al escuchar del broche. Sabía de qué broche se trataba, él mismo se lo había regalado a Catalina cuando supo que estaba embarazada, porque ella siempre hablaba de las libélulas iridiscentes que anunciaban su llegada. Y aunque él no entendía de qué libélulas le hablaba, porque jamás había visto una, le parecía muy poética la manera que su enamorada tenía para describir su llegada y había encargado el diseño a un orfebre amigo. No pudo mandarla a hacer en oro porque no tenía el dinero, pero la plata le pareció bien. De inmediato, Mateo pidió ver al doctor, pero le informaron que este ya se había retirado.

Fausto corrió a la comisaría a corroborar lo que las hablillas decían y allí se enteró que sí, que era cierto, que todo indicaba que Clara Torres de Encinas y el muerto habían estado juntos la noche anterior. Él tenía su broche entre los dedos, sus arañazos en la piel y un mechón de pelo fácil de identificar. Además del antecedente de la muerte de Hernando Encinas de la misma manera y la repentina desaparición de Clara de la pensión. Todas las señales la marcaban como la asesina. Y aunque él bien sabía que muchas veces estar en el sitio equivocado a la hora de la desgracia no significaba culpabilidad, también sabía que era muy difícil comprobarlo. Y

cuando una sociedad en donde no existían más crímenes que los cometidos por los presos del presidio se veía asolada por dos asesinatos con el mismo sello, cuando solo había quedado un elemento extranjero en el pueblo, todos los ojos apuntaban a ese elemento, que en este caso era nada menos que Clara Torres de Encinas.



CAPÍTULO 34

Buenos Aires, 1904

Mateo estaba prófugo, la policía lo andaba buscando, a él y a otros tantos que habían participado de la huelga. Su nombre ya empezaba a sonar y era difícil permanecer en el anonimato.

Catalina esperaba ansiosa el regreso de Felipe, hacía dos meses que había partido y lo extrañaba. Pero más que eso necesitaba que volviera de manera urgente. Tenían que hacer el amor, y no porque lo deseara sino porque había descubierto que estaba embarazada. Si Felipe no llegaba pronto la encontraría con un embarazo avanzado. No habría justificación posible.

Lloró al enterarse de la noticia, ella quería un hijo, sí, pero de su marido, del hombre que había elegido para formar una familia y no de aquel que había llenado el vacío y aliviado la soledad del que espera.

Había hecho todo mal. Dos hombres la amaban y ella los había traicionado a ambos; a uno por el engaño y al otro por la ilusión, porque desde el primer beso Catalina supo que las libélulas que rodeaban a Mateo jamás las sentiría dentro de su estómago, donde ahora nadaba un pececito cuyos genes eran Alcántara.

Las descomposturas de los primeros días la sumieron en el peor de los humores, se lo pasaba vomitando, mareada y sin fuerzas para nada. Por eso cuando las libélulas empezaron a golpear los vidrios de su ventana con sus alitas iridiscentes lo primero que sintió fue rabia y con sus escasas energías intentó espantarlas a escobazos, sin ser capaz de advertir que al amor no lo asustan ni los gritos ni los golpes.

Detrás de las libélulas apareció Mateo, oculto debajo de un sombrero y una barba de abuelo. A través de las cortinas al

principio Catalina no lo reconoció y él tuvo que insistir.

Le abrió de mala gana y le dijo que se fuera, sin siquiera brindarle un saludo. Él no alcanzó a decirle nada porque sin aviso ella le vomitó los pies y corrió para adentro. Mateo la siguió y le sostuvo la cabeza mientras ella largaba aguas y amarguras en el inodoro.

Cuando se compuso, pálida y con la boca asqueada, se sentó en una silla de la cocina y agachó la cabeza.

—Estoy embarazada —le dijo.

La noticia que para ella era como una sentencia de muerte para él fue una de vida. Como un chico se arrodilló a sus pies y le tomó las manos. Le juró que por ella y ese bebé que estaba en camino él era capaz de abandonar su lucha si es que era lo que ella quería, que se dedicaría de lleno a la familia, a esa familia que habían iniciado y que latía en su vientre.

Pero, así como le había vomitado los pies Catalina le vomitó su resquemor a la cara, que no era hacia él sino hacia ella misma y que todavía no podía ni quería reconocer.

—Yo te amo, Catalina, y quiero a este hijo.

—No, este hijo es mío, y no quiero que nos veamos nunca más.

No hubo manera de convencerla. Por más promesas que le hizo, Catalina se mantuvo en sus trece. Desarmado, Mateo se fue. Y como ella no podía echar su matrimonio por la borda, lo único que se le ocurrió para salir del embrollo en que se había metido fue empezar a rezar.

Cayó en un delirio místico y religiosidad tales que iba a misa mañana, tarde y noche. Los días pasaban y Felipe no llegaba, entonces empezó a pensar en otras soluciones. Para ello recurrió a su amiga Rosaura, que seguía en contacto con el grupo de mujeres feministas; ella había tenido que alejarse, no podía andar de mítines si se lo pasaba vomitando.

Cuando Rosaura la fue a visitar y vio el estado en que se hallaba creyó que su amiga había enloquecido. Arrasó la mesada de velas y figuritas de santos y ventiló la casa que olía a iglesia.

—¿De cuánto estás?

—No lo sé.

Era tal su desesperación que Catalina no había querido ir al médico. ¿Cómo se iba al obstetra sin un marido?

—Te haré ver por Julieta —le dijo Rosaura—, ella sabrá qué hacer.

Y Julieta Lanteri, acostumbrada a ese tipo de situaciones la tranquilizó diciéndole que su hijo siempre podía nacer prematuro. Le dio algunas recomendaciones para aliviar las náuseas y la mandó a tranquilizarse diciéndole que si no lo hacía pondría en peligro la salud del bebé.

Ese mismo atardecer volvieron las libélulas y detrás Mateo. En sus ojos brillaba la ilusión de un hijo y en sus manos una cajita de nácar con un broche.

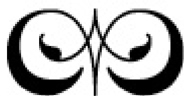
—Tú siempre dices que me anuncian las libélulas —le dijo—. Aquí tienes una para que nunca me olvides. —Le entregó el regalo y se fue al sentir otra vez su rechazo.

Quizá fue por su fe o quizá fue por hartazgo de Dios, porque ni bien Mateo se fue Catalina volvió a llenar la casa de santos y velas, hasta que un día Felipe regresó al hogar. Lo hizo anunciando su llegada con bombos y platillos, estaba contento porque había vendido todo y más y había ganado unas comisiones inesperadas. Era tal la felicidad que traía que ni siquiera notó la palidez de su mujer ni el miedo que se leía en su mirada de ojos agrandados. La abrazó con alegría y la hizo girar en medio de la cocina. Ella tuvo que reprimir el vómito y tragarse las aguas amargas, no podía anunciarle el embarazo todavía, pero sí aprovechar el ánimo festivo de Felipe. Sin ganas y llena de culpas lo arrastró hasta la cama y empezó a besarlo como una loca. Asombrado de su actitud, Felipe pensó que tendría que salir de viaje más seguido si cada recibimiento sería así. Como todo varón, ni siquiera se dio cuenta de que su mujer tenía los puños apretados y le negaba la boca mientras él, agitado, entraba en ella.

Cuando todo terminó y la misión estuvo cumplida, Catalina se relajó y empezó a llorar. Su ánimo estaba así, cambiante como el clima. Felipe la abrazó y le dijo que nunca más la dejaría tanto tiempo sola, que si bien ese viaje había rendido sus frutos no era la vida que él quería, que la había extrañado horrores y que ya tenía en mente un nuevo negocio que los llenaría de dinero sin que él tuviera que salir de la ciudad.

Catalina le dijo que sí a todo, era tanta su culpa que si él le hubiera dicho que quería ser modisto ella lo hubiera apoyado.

Después disfrutaron de una comida suculenta, porque el marido había vuelto flaco y demacrado, y se metieron de nuevo en la cama para dormir abrazados la primera de muchas noches juntos.



CAPÍTULO 35

Ushuaia, 1930

La noticia de otro hombre estrangulado preocupó a Clara. Ella no había matado a su atacante. ¿O sí? Lo último que recordaba era que lo había golpeado con una piedra, después, todo era olvido. Por más que intentó revivir la secuencia no lograba llegar más allá de ese recuerdo. El doctor Rivera le había dicho que Warhu la había encontrado casi muerta en la orilla. ¿Y si él había matado a su atacante? Ese hombre tenía aspecto de fiero y apostaba lo que no tenía que era medio indio. La piel morena, los cabellos color azabache y su modo de vida, alejado del resto del pueblo en una choza de forma extraña la llevaban a esa hipótesis. De no ser por sus ojos color del mar en tormenta juraría que se trataba de un aborigen.

Fausto se había ido sin responder a sus preguntas, pidiéndole que confiara en Warhu y lo obedeciera. No le había gustado esa parte, pero de momento no podía hacer nada, ¡si ni siquiera podía bajar del catre sin ayuda! Le dolía todo el cuerpo de la cintura para arriba y por más que ese hombre la alimentaba como si fuera un bebé, sentía debilidad porque todavía no había podido comer nada sólido. Tenía que fortalecerse, era esencial para ella no depender de nadie, y en especial para ir al baño. Una necesidad tan básica que ahora tenía que compartir con alguien, un horror.

Oyó ruidos en la otra habitación y alertó el oído. Quizás era la anciana, ¿qué misterio escondía esa mujer? Llamó, pero nadie respondió. Cerró los ojos.

Cuando despertó, los sonidos detrás de la cortina de pieles eran contundentes, había alguien. Volvió a llamar y enseguida apareció Warhu.

—¿Cómo se siente? —Se aproximó al catre y sin disimulo le estudió el rostro.

Clara se preguntó qué tan mal se vería, porque sin esperar respuesta él fue hacia un estante y tomó una vasija. Le quitó la tela que cubría el borde y metió los dedos. Con delicadeza se inclinó y empezó a pasarle el ungüento por la cara: mejillas, frente y cerca de la boca.

—Es para que no le queden marcas —dijo.

—¿Tiene un espejo? —No bien lo dijo se arrepintió, no era momento de ser vanidosa.

—No suelo mirarme.

—Warhu, quiero saber sobre la anciana. Usted dijo que…

—Ya sé lo que dije.

—Necesito una mujer para que me ayude… ya sabe.

Él pareció fastidiado. Guardó la vasija en el estante y añadió leña al fuego que siempre tenía encendido. Ella continuaba esperando una respuesta.

—¿Quiere ir al baño? —Ella asintió—. Clara, la anciana está muerta, no va a venir.

—¡Oh! Pero si estaba bien ayer…

—Usted no entiende. —La miró desde su altura—. Mi bisabuela murió hace más de cinco años.

—Pero… ¡yo la vi! ¡Sentí sus manos!

—Lo habrá soñado. —Con rudeza quitó las pieles que la cubrían. Por fortuna Fausto le había puesto una falda y una blusa, no deseaba que él viera otra vez su cuerpo desnudo.

—¿Qué hace? —Sin responder la cargó en brazos cuidando de no zamarrearla demasiado y salió de la habitación—. ¿Qué hace? ¡No me meta de nuevo al canal, por favor! —gritó.

Salió de la choza y caminó hacia los fondos. Clara divisó una construcción pequeña aledaña a la construcción principal, hecha con troncos y pajas. Con el pie Warhu abrió la puerta y ella divisó una especie de baño, muy rústico, por cierto, pero era mejor a que la metiera en el agua helada.

—¿Podrá permanecer de pie?

—Tengo que poder.

La deslizó hacia el suelo y recién en ese momento advirtió que estaba descalza. La debilidad y el dolor amenazaron con voltearla,

pero él la sostuvo.

—Respire hondo. Ahora deberá sentarse.

—Déjeme sola, por favor.

—Estaré afuera. —Salió y cerró la puerta.

Como pudo Clara se levantó la falda y se sentó. Nunca había vivido algo tan humillante como eso. Cuando finalizó se levantó tomándose de los troncos. Había una gran vasija con agua y pudo asearse, aunque no de la manera que le hubiera gustado.

—¿Está bien? —escuchó la voz de Warhu.

—Sí.

Abrió la puerta, endeble, pálida y con la cara llena de moretones. Su aspecto no debía ser bueno porque los rasgos del hombre mutaron y alcanzó a sostenerla antes de que se desmayara.

Despertó de nuevo en el catre. Sintió unas manos en los pies, ásperas y firmes, no eran las de la anciana. ¿Sería otro muerto? Abrió los ojos y lo vio a Warhu, al pie del lecho, limpiándola. Experimentó ternura. Ese hombre que ella consideraba un salvaje se preocupaba de que tuviera los pies limpios.

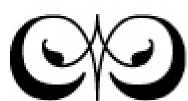
—Gracias —murmuró.

Cuando terminó la cubrió con la piel.

—Tengo que irme —le dijo—. Volveré para darle de comer. No se levante.

Otra vez la imposición, no le gustaba que le hablara así, mas no tenía remedio, dependía de él.

Miró el techo de troncos y pajas y se perdió en sus pensamientos, olvidando el cuerpo dolorido y el rostro magullado. Nada había salido como había esperado. Una luna de miel que la había dejado viuda y un padre con el cual casi no había podido hablar. Para peor, las sospechas de que era una asesina. Doblemente asesina. Lloró y se maldijo por haber tomado tan malas decisiones. Debería haberse quedado en Buenos Aires, intentar un acercamiento con Felipe, buscar la intermediación de su hermano y volver a su casa. Sus sueños de peluquería y salón de belleza ni siquiera habían arrancado y el respaldo que buscó en Hernando se había desplomado con su muerte. Lloró por él también, era un buen hombre y la había amado. Y ella le había pagado mal.



CAPÍTULO 36

La cena de Fausto en casa de Ramiro Vidal fue sabrosa en todo sentido. Las centollas estaban exquisitas, acompañadas con una crema gratinada que incluso le dieron ganas de pasar la lengua por el plato, porque le dio vergüenza repetir cuando le ofrecieron. El vino blanco estaba helado, la charla tranquila y sin preguntas incómodas, todo conspiraba para que fuera una noche perfecta. Si tenía suerte Isabel se quedaría esta vez hasta los postres y se cuidó bien de no decir nada que la pusiera de mal humor, porque había advertido que las mujeres son como las mareas.

Durante la comida y por más que la dueña de casa quiso evitar la cuestión de los asesinatos, porque consideraba de mal gusto y además perjudicaba la buena digestión, no hubo otro tema de conversación que ese. Fue la misma Isabel la que quiso saber por qué esa mujer, la viuda, estaba siempre en medio de todo.

—¿Es verdad que tiene ojos de bruja? —preguntó, y Fausto evitó la carcajada, porque él no le había visto a Clara esos famosos ojos de bruja que la comidilla local le había endilgado.

—Que yo sepa, es una persona normal —respondió mirándola fijo a los ojos y pensando que ella sí tenía ojos de hechicera, de un azul tan profundo que si no tomaba sus recaudos podía caerse en ellos.

—Me gustaría conocerla —dijo.

—No me parece bien —intervino la madre—, tú eres una chica decente y esa mujer…

—Esa mujer es una víctima, disculpe que la interrumpa —dijo Fausto—, creemos que fue atacada por un hombre. —Y les contó del broche encontrado en la mano del marinero y de la desaparición de Clara.

Y sin que nadie le preguntara y sin saber por qué, empezó a

contarles de su amiga, la doctora Julieta Lanteri, la que había empapelado la ciudad de Buenos Aires en su lucha por los derechos de las mujeres, la que se subía a un banquito para arengar con sus discursos en las plazas y que había organizado el primer Congreso Femenino Internacional en el año del centenario.

—Ella fue la primera mujer en votar, en noviembre de 1911, y en 1919 lanzó su candidatura como diputada.

—No sabía que las mujeres podíamos ser electas —dijo la dueña de casa—, la mujer debe estar en la casa, cumpliendo con su deber —enfatizó.

—Si la escuchara mi amiga no estaría tan de acuerdo —añadió Fausto a quien el vino y el calor del hogar habían relajado un poco —. Ella es médica y creo que luchará por los derechos de las mujeres hasta el día de su muerte. —No sabía cuánta razón tenía, Julieta moriría atropellada en circunstancias dudosas dos años después, por un hombre ligado a un grupo de extrema derecha de la Legión Cívica.

A la dueña de casa no le interesó esa historia y Fausto juzgó que era mejor dejar esa cuestión, pero vio que en los ojos de Isabel se encendía la luz de la curiosidad, y supo que allí tendría un tema para hablar con ella.

A la hora de los postres Isabel seguía sentada a la mesa, ningún dolor de cabeza la apartó de allí. Fausto se hubiera quedado un buen rato más, las luces tenues, el calor de hogar, la charla amena y las miradas sostenidas lo animaban, pero al día siguiente tanto él como su amigo debían madrugar y pensó que era prudente irse, no había que abusar de la hospitalidad de sus anfitriones.

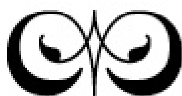
Se puso de pie y anunció que se iba.

—Acompaña al doctor a la puerta —pidió la madre, e Isabel fue, obediente.

En el umbral, el viento frío de la noche barrió las vergüenzas y fue ella quien le pidió volver a verse.

—Me gustaría conocer la historia de su amiga la doctora.

Y fijaron la cita.



CAPÍTULO 37

En el pueblo se tejían cientos de historias en torno a los dos hombres que habían aparecido estrangulados. Y todas terminaban en Clara Torres de Encinas. Que había matado a su marido porque tenía un amante, que el amante se había enojado porque le había descubierto un romance con un preso, que el preso la había mandado a matar porque tenía que ver con su pasado y que la venganza había salido mal y así varias combinaciones más en las que la joven viuda siempre llevaba las de perder.

Iván, el periodista de *El Fueguino*, había empezado a escribir una columna de cuentos policiales inspirados en las andanzas de la viuda, y sus historias ayudaban a aumentar el imaginario popular.

Fausto era el único que estaba convencido de que Clara no había matado a nadie, aunque ella había estado en las escenas del hecho en un caso y en el otro estaba vinculada a la víctima por el matrimonio. Pero todos los indicios la señalaban a ella, y el broche hallado en la mano del muerto no hacía sino afirmar las sospechas.

Las autoridades locales se preguntaban dónde estaba la viuda y si bien no habían ordenado su búsqueda la misma era inminente. Fue así que el doctor Rivera decidió adelantarse y confiar en el buen tino del jefe de policía, a quien le conocía de sobra los pliegues como para saber de qué manera tenerlo, si bien no dominado, neutralizado al menos un tiempo.

Por eso fue a verlo y se encerró con él a solas en su despacho. Le confió que él sabía dónde estaba la viuda, que había sido brutalmente golpeada por el muerto y que había sobrevivido gracias a que alguien la había encontrado.

—Me imagino que ese "alguien" es su protegido —dijo el jefe de policía.

—Se imagina bien. Warhu la encontró en la playa, casi muerta.

—El recuerdo del estado de Clara le hizo hervir la sangre—. Esa mujer no pudo haber matado a nadie, y menos con sus manos. —Inclinó el cuerpo hacia adelante—. Ese sujeto intentó violarla. —Ante la mirada interrogativa del policía añadió—: No, no lo hizo, seguramente ella se defendió con la piedra que había junto al cuerpo. Tuvo suerte.

—¿Y Warhu?

Fausto se puso de pie de un salto y apoyó las manos sobre el escritorio antes de vociferar:

—¡Usted bien sabe que ese muchacho es incapaz de matar a alguien! El sujeto ya estaba muerto cuando él llegó.

—Tranquilícese, doctor, no estoy acusándolo. Pero convengamos en que debió avisar.

—Encuentre al culpable y deje en paz a mi familia. —Giró para salir.

—No se vaya, doctor —intentó el jefe de policía con tono sereno—. Quiero hablar con la señora de Encinas, cuando se reponga, claro está.

Fausto salió y se topó con Roger, quien al ver su gesto disgustado lo interceptó.

—¿Pasa algo?

—Pasa, que tu jefe cree que Clara Torres mató a ese hombre.

—Todos los indicios llevan a esa hipótesis —Roger encendió un cigarro—, aunque yo no creo que haya sido ella. Pero si la mujer no aparece es porque algo oculta.

Fausto lo tomó del brazo y lo alejó de la comisaría.

—Clara fue atacada, la encontró Warhu casi muerta en la playa.

—¿Cómo está? —Había preocupación tanto en el tono como en la mirada.

—Recuperándose, con costillas fisuradas y varios golpes.

Le contó la historia que Roger asimiló de inmediato.

—Es muy extraño, nunca antes tuvimos un asesinato así, mejor dicho, dos.

—Hay que encontrar al verdadero asesino, Roger, que está entre nosotros.

El rumor de que Clara había sido atacada también empezó a rodar por la ciudad y se metió en las casas. Había quienes eran partidarios de la primera hipótesis y nada los convencería de que

ella era inocente, pero estaban los que participaban de la segunda opción, quizá más preocupante: la de un asesino suelto en el pueblo.

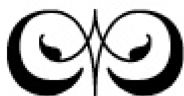
Y en ese cruce de elucubraciones y teorías la población se dividió también en sus actitudes. Las familias donde había hijas mujeres aumentaron las medidas de seguridad e incluso hubo algunas, más extremistas, que prohibieron que las muchachas salieran a la calle. “Será hasta que caiga el asesino”, decían, sin saber que este estaba más cerca de lo que todos suponían.

Las puertas empezaron a cerrarse con trabas y todos se convirtieron en sospechosos. Las autoridades no sabían qué hacer, tampoco querían ese pánico en el pueblo, y echaron a rodar rumores alentadores que cayeron en saco roto.

—Busquen testigos —ordenó el jefe de policía—. Quiero que venga a declarar quien dijo que vio a la señora Torres de Encinas discutir con su marido la noche en que este murió.

Y para ello, hubo que desenredar el ovillo del rumor y llegar hasta quien había lanzado la voz. Así dieron con Pedro Zenón, un empleado del aserradero de Lapataia, ubicado a unos veinticinco kilómetros del pueblo, que había viajado hasta la ciudad para aprovisionarse de algunas cosas que le faltaban. Se le había hecho tarde y se había quedado en el bar bebiendo con algunos conocidos de cuando vivía en el pueblo. No había tomado demasiado, solo había sido un trago entre anécdotas y risas, para luego salir a la noche rumbo al barco de un amigo, quien le había prestado alojamiento para que viajara al día siguiente. Declaró que cuando iba para los muelles vio una pareja debajo de la farola. Las figuras estaban muy juntas, parecían abrazados, y concluyó que sería alguna de las chicas que vivían de la venta de su cariño a los hombres que andaban de paso. ¿Qué pareja decente andaba así a esas horas? No pudo escuchar lo que decían hasta que oyó que ella levantaba la voz, muy típico de esas mujeres. A medida que se acercaba advirtió que no eran gente del pueblo, lo supo por las ropas de ciudad. Con curiosidad rayando en el descaro los miró de frente, la mujer creyó ver en él una mirada reprobatoria y le dijo algo, no pudo recordar qué, pero algo así como que se metiera en sus cosas, pero con otras palabras más delicadas, propias de una dama como ella, porque cuando la vio a la cara supo que era esa

mujer de la cual todo el pueblo hablaba: la del naufragio, la que se había quedado luego de la partida del *Monte Sarmiento* para ver al hombre del presidio.



CAPÍTULO 38

Buenos Aires, 1904

A los pocos días de regresar de su largo viaje Felipe empezó a reunirse con un hombre que había conocido en el tren de regreso y que según él sería su socio en su nuevo emprendimiento.

Catalina no quiso preguntar demasiado de qué se trataba, lo único que le reiteraba a su marido era que ya que había ganado dinero con las ventas de los sombreros, que guardara algo, por las dudas, nunca se sabía qué podía ocurrir. No estaba lista para decirle lo del embarazo todavía, aunque sabía que no tenía demasiado tiempo porque sus formas ya empezaban a redondearse. Las descomposturas se habían ido, pero habían sido reemplazadas por un enorme cansancio. Tenía ganas de acostarse a todas horas y dormir, solo dormir. Debía disimular por las noches, cuando Felipe le contaba sus proyectos que esta vez tenían que ver con telas y botones. Le costaba fingir interés cuando lo único que quería era irse a la cama.

Hasta que supo que estaba acorralada. Una noche en que Felipe quiso hacer el amor se sorprendió de hallar dos pechos mucho más llenos que lo habitual, parecían dos pomelos apuntando al techo.

—¡Pero, mujer! —le dijo—. ¿Qué te pasó? —La observó con ojos de codicia y se enterró entre sus carnes mullidas.

Ella se conmovió ante su cara de niño con juguete nuevo y entre beso y beso se dejó llevar hacia el placer, logrando desplazar la culpa a un lado. Disfrutó de hacer el amor con su marido y se sintió feliz. Todo podía ser como antes del viaje.

A los pocos días le anunció que tenía una falta y asistió, emocionada, a la transformación de Felipe, a quien se le llenaron los ojos de lágrimas y la mirada de luces.

La abrazó y besó con ternura y empezó a hacer planes a futuro respecto de ese hijo que cambiaría sus vidas para siempre.

—Si es varón se llamará Felipe, como yo —dijo.

—No, se llamará Andrés, porque cada uno tiene que tener su propio nombre.

La panza salió de golpe, pero Felipe no hizo preguntas, para él todos los bebés nacían de una panza sin importar el tiempo que llevaban dentro.

La acompañó a la primera consulta con un médico que eligió Catalina; no estaba preparada para sostener la mentira a Felipe delante de Julieta, ella conocía la historia, pero no quería que le conociera la cara a su esposo. Había hecho todo mal, pero de ahora en adelante nunca más un error.

El negocio de las telas marchaba bien y Felipe compró una cuna hermosa para el bebé, blanca, con los barrotes trabajados, y le dio a Catalina el dinero suficiente para que eligiera un ajuar bien bonito para ese primer hijo tan esperado.

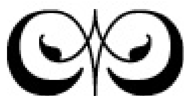
El embarazo avanzaba, ya se habían ido las descomposturas, el sueño y las demás molestias propias del estado, y más allá de algún que otro dolor de cintura o varices, Catalina se sentía dichosa.

No era de interiorizarse en las noticias, pero cada vez que Felipe traía el diario le daba una ojeada, buscando, quizás, encontrar algo sobre la FOA, porque ese año transitaba el camino de las huelgas. Los reclamos obreros iban en escalada, desde los frigoríficos, mataderos hasta la huelga general anunciada para los primeros días de diciembre. Las luchas no solo eran en la ciudad, se habían trasladado también a los peones de campo.

Además, ese era un año electoral y el 12 de octubre asumió la fórmula Manuel Quintana-José Figueroa Alcorta, anunciando el flamante presidente en el discurso de asunción que había que encarar la cuestión social, corregir el déficit fiscal y reglamentar el trabajo, para lo cual envió al Congreso un proyecto de Ley Nacional del Trabajo que convertía en delito la acción colectiva contra la patronal. Eso solo sirvió para echar más leña al fuego.

El bebé empezó a moverse y a patear, quizá demasiado, y Catalina lo asoció a su padre biológico y a sus reclamos obreros. No podía evitar tener ese tipo de pensamientos y a medida que sacaba hojas en el almanaque empezó a temer que su hijo tuviera los ojos

verdes aguados.



CAPÍTULO 39

Ushuaia, 1930

Pasaron varios días hasta que Clara pudo ponerse de pie, durante los cuales la rutina se repitió. Warhu dándole de comer, Warhu llevándola al baño, Fausto revisándola y apretándole las vendas que envolvían su torso… y así día tras día, Clara perdió la noción del tiempo y se acostumbró a esa sensación de infinito. Hasta que una mañana intentó sentarse sin ayuda y lo logró.

Estaba sola, se guiaba por los sonidos y el único que se escuchaba era el rumor del agua y el crepitar del fuego, siempre encendido. ¿No estaban en verano todavía? ¿Por qué siempre hacía frío allí?

Bajó los pies con cuidado, primero uno, luego el otro. Sintió en sus plantas la humedad del suelo incluso a través de la piel que había al lado de la cama. Respiró hondo y se incorporó. Un leve mareo estuvo a punto de devolverla al lecho, pero se dijo que tenía que resistir. Estaba descalza, no halló sus zapatos, pero sí una especie de botitas hechas de piel, parecían de su tamaño y metió los pies en ellas.

Tuvo frío y tomó una de las mantas que la habían cubierto, eligió una tejida, más liviana que las pieles. Se envolvió con ella. Volvió a inspirar profundo, aguardó un rato y dio un paso. Se sintió segura y dio otro, así hasta que llegó a la puerta de piel. La descorrió y atravesó. Se encontró en la otra estancia que había divisado las veces que había ido al baño, claramente era la cocina. La mesa con una sola silla le confirmó que su anfitrión era una persona solitaria, a excepción del doctor Rivera nadie lo había visitado.

Recorrió todo con paso lento pero firme. Debía ser mediodía,

Warhu le había dado el desayuno bien temprano y luego se había ido, seguramente volvería pronto para alimentarla, nunca la dejaba muchas horas sola y sin comer. ¿Estaría trabajando? ¿De qué vivía ese hombre?

Abrió la puerta que daba al exterior y se asomó. Se maravilló con el paisaje: a pocos metros estaba el canal de un azul profundo brillante. Quería ir hacia allí, era atrayente, poderoso, magnético. Para llegar tenía que atravesar un trecho de verde y luego una superficie rocosa que terminaba en una playa de piedras. Se prometió que iría no bien se sintiera fuerte. Lo había visto las veces anteriores, pero no había podido detenerse en el disfrute de la observación. A la derecha, las rocas crecían en intensidad formando una bahía que se iba cerrando y terminaba en una cadena de montañas de nieves eternas; a la izquierda y a la distancia estaba el pueblo.

En el cielo celeste límpido brillaba un sol de febrero tímido. Dio un paso para salir cuando la vio: la perra-loba estaba frente a ella y le mostraba los colmillos. ¿Cómo era que se llamaba?

—Vamos, perrita, déjame salir —le dijo con poca confianza. “Lo único que me falta es que me muerda un perro”, pensó—. ¿Kenya? ¿Kina? —intentó varios nombres sin resultado, la perra continuaba impidiéndole el paso cual centinela entrenado—. ¡Maldita! —le gritó y volvió a ingresar a la vivienda.

El sonido del galope la llevó a la ventana. El caballo se detuvo y Warhu desmontó. Acarició a la perra-loba y entró en la casa.

—Veo que se encuentra mejor —le dijo al verla de pie en medio de la cocina.

—Ese animal suyo no me dejó salir.

—Tampoco dejará que nadie entre. —Warhu se acercó a la cocina y dejó sobre la mesada de madera el paquete que había traído.

—¿Lo dice por el estrangulador? —Clara sintió escalofríos de solo pensar que alguien podría atacarla de nuevo.

—Aquí estará a salvo. —Le dio la espalda y lo vio manipular algo. Se acercó para ver qué hacía. Él destripaba un conejo o algo similar.

—Tengo que salir de aquí. ¿O estoy prisionera?

—Está aquí por su seguridad. Puede irse cuando quiera.

—Necesito mis cosas. —Caminó hacia la habitación, pero se detuvo cuando él añadió:

—¿Tiene a dónde ir?

Clara giró, él la miraba con el cuchillo ensangrentado en la mano. De no haberla cuidado durante todo ese tiempo hubiera sentido miedo; ese hombre era imponente.

—Puede quedarse aquí el tiempo que haga falta —dijo para evitarle la humillación—. No me verá en todo el día ahora que está bien —agregó.

—Gracias.

—¿Quiere salir? —Ella asintió—. Vaya —la animó él.

—El perro…

—Kira, se llama Kira. —Ella dudó—. Vamos, la acompañaré.

Warhu salió, la perra-loba estaba echada a un costado de la puerta y ni siquiera levantó las orejas. Clara se asomó detrás de él.

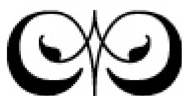
—Vaya —repitió.

La muchacha pasó delante del animal y fue hacia el baño. Le costó hacer todo sin ayuda, el dolor todavía le impedía moverse con libertad. Cuando fue a higienizarse un detalle captó su atención: de un gancho colgaba un pedacito de espejo. Sonrió, su anfitrión había pensado en ella. Lo tomó y se miró el rostro. Tuvo que contener el sollozo: la imagen que estaba del otro lado no era ella. Tenía cicatrices en los pómulos, un ojo morado todavía y la nariz hinchada y algo torcida.

"Es un mal sueño, es un mal sueño", se dijo.

—¿Está bien? —La voz de Warhu le indicó que todo era real, que tenía la cara desfigurada y que ya nunca volvería a ser la misma. Recordó lo que le había dicho a Fausto, ¿a ella también Dios la había marcado por algo?—. ¿Está bien? —repitió él—. Voy a entrar.

Warhu abrió la puerta. Al verla llorando frente al pedazo de espejo se arrepintió de habérselo conseguido. No supo qué hacer, no tenía palabras bonitas para decirle. Solo atinó a tomarla entre sus brazos y sacarla de allí.



CAPÍTULO 40

Después de comer el exquisito guiso de liebre Clara se sintió mejor. Almorzaron en silencio, ella sentada en la silla, él sobre un tronco que cortó para la ocasión.

—Fausto vendrá a la tarde —le dijo cuando terminaron—. Use todo lo que le haga falta, volveré cuando sea noche.

—Gracias, Warhu, es usted muy amable conmigo.

—No se aleje de la casa.

—¡Dudo de que pueda salir siquiera! —dijo.

—Kira no le hará nada, solo llámela por su nombre. —Tomó algunas cosas y caminó hacia la puerta—. Ella la cuidará.

Al quedar sola Clara recorrió el lugar. Solo eran esos dos cuartos: la cocina y el dormitorio. Volvió a él y se cambió la ropa. Se sentía más fuerte. Miró los estantes de Warhu con más detenimiento y revisó sus libros, en su mayoría eran de expediciones y cartas de navegación. Su ropa y sus mantas, en gran parte de pieles, estaban acomodadas en otro estante. Se preguntó dónde dormiría ahora que ella ocupaba su cama.

En la cocina encontró más estantes que, además de los pocos utensilios de cocina guardaban yuyos, semillas y más mantas; dedujo que dormiría en el suelo y se sintió culpable.

"Bueno, Kira, voy a salir", se dijo para darse ánimos. Abrió la puerta y se asomó. La perra-loba la miró, esta vez sin dientes a la vista.

—Hola, Kira —dijo con la voz más alegre que pudo. Dio un paso, luego otro, otro más y ya estuvo afuera—. ¿Me acompañas a dar un paseo? —Como si entendiera la perra-loba se levantó y fue tras ella.

Caminó en dirección al canal y aspiró profundo. Había cambiado desde el mediodía, el oleaje dejaba su rastro de espuma blanca. Se

maravilló con el paisaje, nunca había visto algo igual, Buenos Aires se le hacía tan lejana y gris. Tenía que terminar de hablar con su padre y volver. Empezar de nuevo su vida de viuda. ¿Y Hernando? Sintió culpa. Si ella no se hubiera quedado nada de eso habría ocurrido. Pensó en esa noche… no debería haber acudido a esa cita. ¿Por qué Hernando no había subido al barco? Recordó la discusión, él no entendía sus razones. Y ese hombre, ese hombre que los había visto, la había visto a ella.

El aullido de Kira la asustó y miró en dirección a donde la perra-loba miraba. Alguien se acercaba.

Con pasos apurados regresó a la vivienda, tenía miedo, había un asesino suelto en el pueblo.

El punto en el camino se fue agrandando hasta que se perfiló el doctor Rivera.

Más tranquila, Clara lo aguardó delante de la casa.

—Warhu me dijo que estaba de pie, en buena hora, Clara.

—Gracias. ¿Podré quitarme ya el vendaje?

—La revisaré y veremos.

En el interior de la vivienda ella no supo qué hacer.

—Le ofrecería algo, pero no sé qué tiene el dueño de casa…

—Venga, le mostraré. —Y le indicó con paciencia qué contenía cada uno de los recipientes. También le enseñó a usar la cocina a leña y él mismo preparó un té de hierbas.

Después palpó su torso y concluyó que sus fracturas habían soldado bien. Le quitó las vendas que la envolvían.

—Deberá cuidarse de todos modos.

—¿Hubo novedades sobre el estrangulador?

—El jefe de policía quiere hablar con usted, Clara.

—Yo no soy sospechosa, ¿o sí?

Con paciencia, Fausto le contó que habían encontrado el broche con forma de libélula en la mano de su atacante, y también que un testigo había declarado haberla visto con su marido la noche de su muerte.

—Yo no maté a mi esposo —reiteró.

—Lo sé, yo lo sé, y la entiendo más que nadie. —Ella indagó con su mirada, pero él no volvió sobre ese tema—. Es sospechosa, Clara, por eso tendrá que quedarse en el pueblo hasta tanto se resuelva su situación.

— Pero ¿qué debo hacer para que me crean?

—Debemos encontrar al verdadero culpable. —La historia se repetía en la mente de Fausto—. Tiene suerte, usted no irá a prisión.

Clara se desplomó sobre la silla.

—¿Y qué se supone que voy a hacer? ¿Cómo sigue mi vida ahora?

—Puede quedarse aquí, estará segura con Warhu. O puede volver al pueblo y buscar dónde alojarse.

—Fausto, la dueña de la primera pensión donde estuve me echó y fui a parar a lo de los Storm.

—Ese no es sitio para usted.

—No encontré otro, nadie quiso darme alojamiento.

—Ya le dije, aquí estará bien. Warhu es como un hijo para mí, él la cuidará.

—Cuénteme de él —pidió.

Y Fausto le contó, y mientras lo hacía, se le llenaron los ojos de luces al evocar a Natapai. Ante su relato, Clara también se enamoró de ella sin conocerla. Sintió el amor que Fausto tenía por Warhu, a quien pudo ver de niño acarreando agua, recolectando frutos y procurando que el fuego siempre estuviera encendido. Lo imaginó en su ceremonia del Chiejaus, y lo admiró por salvar a su madre y su abuela del fuego, arriesgando su vida y quedando marcado para siempre.

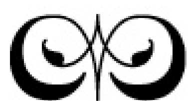
—Warhu aprendió a nadar casi antes que a caminar —le contó—, en contra de toda tradición, porque las que aprendían a hacerlo eran las mujeres, no los hombres.

—¿Y eso por qué?

—Costumbres… solo las niñas aprendían a nadar. Pero su madre quiso que él supiera defenderse en las aguas y se ayudaba para ello con la leyenda del lobo.

Clara recordó la vez que Dadá había huido de él al grito de “el lobo” y quiso saber. Y Fausto le relató la historia. ¡Cuánta magia escondía ese lugar! Sintió escalofríos al evocar a la anciana, ella la había visto.

En un rincón, Catalina sonreía, deseaba que algún día también la pudiera ver a ella, que nunca había dejado de cuidarla.



CAPÍTULO 41

Buenos Aires, 1905

El bebé se anunció temprano y sacó a Catalina y Felipe de la cama: había roto bolsa y se despertaron mojados. Felipe preguntó si no era pronto, los cálculos que había hecho anunciaban el nacimiento para dentro de dos meses. Catalina, que se partía de dolor, le explicó que los bebés nacían cuando querían, que a veces la oscuridad del vientre les era insoportable y que salían al mundo a reclamar luz y sonidos. Lo embarulló con tantos datos y palabras entre quejido y quejido que el marido olvidó la cuenta de las lunas y se apuró en buscar a la partera que les había recomendado el médico que la atendía.

Catalina se había alejado de Julieta Lanteri y las demás, temía que el nombre de Mateo Alcántara se filtrara y su aventura quedara al descubierto. Con Rosaura se veía muy poco y también prefería alejarse, mientras menos gente hubiera a su alrededor menos riesgo corría.

La partera llegó enseguida y se puso a trabajar. Pidió a Felipe que le calentara agua y trapos limpios y que se quedara puertas afuera; un hombre en esa situación solo servía para molestar.

Felipe escuchó los gritos de su mujer que se mezclaban con las órdenes de la partera que parecía un sargento de caballería. Nervioso, caminaba de un extremo al otro del pasillo, esperando que alguien fuera a contarle por qué tardaban tanto y por qué su esposa sufría.

La espera fue tan larga que el piso se hundió en el lugar que él caminaba y tiempo después hubo que rellenarlo con material para que los niños no cayeran en la zanja.

Cuando finalmente la puerta se abrió la partera salió con un

bulto llorón entre los brazos, envuelto en una sábana blanca.

—Es una niña —le dijo, y se la entregó.

Felipe se quedó mirando ese pedacito de carne morada que se agitaba entre sus manos, sin saber qué hacer.

—Póngasela en el pecho a la madre —le ordenó la mujer, y él obedeció, emocionado y sin habla.

Colocó a la beba en el regazo de Catalina, cuyo rostro estaba empapado en sudor, pero con una sonrisa plena de felicidad. Enseguida se prendió del pecho y Catalina agradeció al cielo que hubiera nacido sana. Le había pedido a la partera que le contara todos los dedos y verificara que no tenía nada extraño; por momentos era tanta la culpa que sentía por haber engañado al marido que temía que Dios la castigara. Así como había rezado para que Felipe llegara, había rezado y prendido velas para que el bebé fuera sano. Estaba encadenada a la oración para siempre.

Cuando la criatura se llenó, Catalina hizo lo que le había dicho la partera antes de irse y la puso sobre su hombro para que eructara. Después se la dio a su marido, ella estaba muy cansada y necesitaba dormir.

—Habrá que ponerle un nombre —dijo él, pero Catalina ya estaba dormida.

Padre e hija se quedaron custodiando el sueño de la parturienta, porque la criatura se quedó despierta y con los ojos fijos en ese hombre que la sostenía. Felipe se sintió extraño, ¿desde cuándo los bebés tenían esa mirada tan penetrante?

La tarde transcurrió entre llantos y teta y la noche encontró a la familia agotada.

—Esta niña no duerme —le dijo Felipe a su esposa—, y tiene unos ojos enormes. ¿A quién habrán salido así de grises?

—Todos los bebés tienen ojos claros al nacer —dijo Catalina, que había averiguado sobre eso—, verás que con el tiempo le cambian.

—Espero que no, así son muy bonitos —dijo él.

Esa noche cenaron lo que preparó Felipe, que no era experto en la cocina, pero no tuvo opción porque el parto se había adelantado y Catalina no había tenido tiempo de organizar nada.

Una vez en la cama, extenuados ambos, hablaron del nombre. Era difícil ponerse de acuerdo, él quería que se llamara como su

madre muerta, Catalina se negaba argumentando que no era buena idea bautizar a la niña con el nombre de un difunto conocido. Y así recorrieron todo tipo de nombres, sin coincidir en la elección, hasta que ella se quedó dormida y la niña siguió llamándose niña.

Al día siguiente Felipe le dijo que le buscaría alguien para que la ayudara, él tenía que salir a trabajar y Catalina tendría que recuperarse de la sangre que había perdido.

—No hará falta, me arreglaré.

Él insistió y como tampoco se pusieron de acuerdo se fue sin decidir nada.

No bien la puerta se cerró detrás de Felipe la visitaron las libélulas. Catalina sintió miedo. No quería que nada fuera a desbaratar su mundo. Cerró puertas y ventanas, corrió cortinas y fingió que la casa estaba vacía. Al mediodía él apareció y fue tan insistente que tuvo que dejarlo entrar, porque Mateo le aseguró que si no le permitía ver a su hijo se quedaría en la puerta hasta la eternidad.

—Solo quiero verlo una vez, luego me iré para siempre.

—Es una niña —le dijo, y asistió a la sonrisa que le llenó la cara y le nubló los ojos.

Conmovida, Catalina lo dejó pasar a la habitación donde aquella vez le había curado las heridas. Mateo se aproximó a la cuna donde la recién nacida dormía y sin pedir permiso la tomó en sus brazos. La apretó contra su pecho y le besó la cabecita. Le dijo que era hermosa y preguntó cómo se llamaba. Y Catalina, que aún no le había puesto nombre, le dio el privilegio de que lo eligiera. Y él lo hizo.

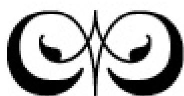
Antes de irse Mateo le reiteró su amor y le pidió que se fuera con él, pero ella se negó.

—Vete, y no vuelvas.

—Querré saber de mi hija.

—Te escribiré.

Y así acordaron de qué manera se contactarían, solo para que él tuviera noticias de la niña que acababa de nombrar.



CAPÍTULO 42

Ushuaia, 1930

Mateo Alcántara pidió ver al doctor Rivera, y Ramón Cortés, en ese entonces director del penal, le concedió el deseo, aunque no estuviera enfermo.

Mateo era un preso político, había llegado hacía unos años y no había dado problemas, más allá de haber trabado amistad con Simón Radowitzky, detenido por matar al jefe de policía Ramón Falcón, quien a su vez había reprimido brutalmente a los obreros convocados por la FORA el primero de mayo de 1909. A Mateo y Simón los unían sus raíces y sus ideas, la fecha que conmemoraba el Día del Trabajador los hermanaba. Más de una vez Mateo había asistido al 155 luego de sus palizas y torturas.

Fue conducido a la enfermería donde el doctor estaba atendiendo a uno de los presos. Cuando concluyó fue hacia él.

—¿Se siente bien?

—No he venido por mí, sino por la señora Torres de Encina.

—Ella está bien, recuperada.

—Me gustaría verla, tengo que hablar con ella.

—Y ella quiere hablar con usted —le dijo Fausto—. Aunque todavía no es conveniente que venga al pueblo.

—¿Corre peligro?

—Hay un asesino suelto, Alcántara. —Fausto sabía que ese hombre estaba encerrado por motivos políticos, no era un preso común. Pensó en Radowitzky y tantos otros en igual situación y recordó sus propios días de encierro.

—Ella debería volver a Buenos Aires, ¿usted podrá convencerla de eso?

—Entiendo que se preocupe por su hija. —Al mirarlo a los ojos

vio que los de Alcántara brillaban—. Por lo poco que la conozco puedo decirle que ella es algo terca. Y no creo que se vaya hasta que se descubra quién es el asesino de su marido. Además, la policía tampoco la dejará irse.

—No sé qué relación tiene usted con ella, doctor, pero le pido que la cuide.

—Y eso estoy haciendo. No se preocupe, ella estará bien.

—Gracias, doctor.

Mateo emprendió el regreso hacia su sector, Fausto lo detuvo:

—¿Puedo hacerle una pregunta? —El detenido asintió—. ¿Qué pasó entre ustedes para que ella viniera hasta aquí a conocerlo?

—Esa, doctor, es una larga historia. —Entornó los ojos—. Algún día ella se la contará, cuando la sepa.

Sus palabras lo dejaron más intrigado aún. Nunca entendió por qué Clara Torres de Encinas había llegado hasta el fin del mundo para conocer a su padre.

Al salir del presidio a media tarde Fausto caminó hacia el centro. Había quedado con Roger en uno de los bares, quería colaborar en la investigación sobre el estrangulador y saber si había algún avance.

Con Roger estaba Iván Palmer. Pidió algo para beber y escuchó lo que los jóvenes tenían de nuevo, lo cual no era mucho.

—Pedro Zenón está seguro de que era la señora Torres la que estaba esa noche con el marido —dijo Roger.

—Quizá deberíamos revisar el caso, debe haber algo que se nos escapa —dijo Iván.

—¿Jugando al policía? —bromeó Roger.

—O al escritor —dijo el periodista—. Si yo fuera investigador pensaría qué tuvieron en común los dos homicidios, además de la dama en cuestión.

—¿Y eso sería…?

—Supongamos una discusión —propuso Iván—. En el caso dos, por llamarlo de alguna manera. La señora Torres estaba siendo atacada por el marinero. ¿Me siguen? —Los otros lo miraron y asintieron—. En el caso del marido, Zenón dijo que ellos hablaban fuerte, que ella había levantado el tono. Quizás estaban discutiendo.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—Que tal vez, el asesino solo intervino para proteger a la señora

Torres de alguien que la estaba maltratando.

Los dos hombres se quedaron callados ante esa posibilidad. Al cabo de un rato Roger dijo:

—Tiene sentido.

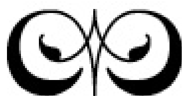
—Quizá Warhu… —Iván nunca había simpatizado con el protegido de Fausto.

—¡No te atrevas a insinuar algo así!

—Tranquilo, doc —suavizó Roger—, Warhu no es sospechoso. —Se puso de pie y pagó los tragos—. Hablaré con el jefe, le contaré la idea y veremos cómo seguir.

Fausto también se levantó. La reunión había terminado y cada cual siguió por su lado.

Roger caminó hacia la comisaría, una idea giraba en su mente; Fausto fue a prepararse para su cita.



CAPÍTULO 43

Isabel lo esperaba en su casa, como Dios manda, nada de salir a escondidas de los padres, por más que la mujer ya tenía treinta años y había perdido la inocencia temprano en brazos de un viajante que había pasado por el pueblo y se había llevado algo más que sus ilusiones.

En esos tiempos ella era demasiado joven e inexperta y creyó en el amor que le juró ese hombre de cabellos claros y ojos de color café que le recitó poemas mientras despeinaba sus cabellos y metía manos debajo de la blusa.

El canal fue testigo de esa pasión desenfrenada que ella confundió con amor y que él sabía que era una mera calentura más, de las tantas que había tenido a lo largo de toda la Patagonia.

Cuando él se fue, con la promesa de volver que les hacía a todas, ella se quedó esperándolo con el corazón a flor de piel y los suspiros en la boca. Cada vez que llegaba un nuevo barco iba corriendo al muelle y cual Penélope aguardaba, sentada sobre las rocas, porque, aunque la vez anterior él había venido por tierra sin haber logrado explicarle cómo había atravesado las aguas, ella suponía que la próxima lo haría por mar, como lo hacía todo el mundo.

Pero pasaron los meses, incluso los años, y él no volvió. Y a ella se le secó el amor y se le agrietó el corazón. Y si bien hubo varios muchachos a lo largo del tiempo que quisieron salir con ella, porque en la isla si algo faltaba eran mujeres, ella se negó con todos.

Sus padres nunca se enteraron de la historia sin final feliz y le ofrecieron incluso meterla a monja, quizá su vocación estaba con Dios, pero ella rechazó de plano tal idea, si ni siquiera iba a misas cómo se iba a meter de pingüino. Porque, por muy herida que ella estuviera, la ironía y el humor no la abandonaron; su orgullo

impedía que la vieran vencida.

Con el tiempo tanto Ramiro como su esposa se cansaron de indagar qué le pasaba que no quería salir con los muchachos y se resignaron a que terminara solterona.

—Al menos tendremos quién nos cuide en la vejez —decía la madre.

De vez en cuando insistían con algún candidato que creían potable, más por costumbre que por verdadero interés, pero ella rechazaba, como correspondía, y así seguía el juego.

Hasta que llegó Fausto y sus relatos sobre su amiga del continente que luchaba por los derechos de las mujeres y ella pareció interesada, y si la cosa venía por ahí, había que dejarla.

—No sabía a dónde llevarla —le dijo Fausto cuando estuvieron en la calle, uno frente al otro—, y elegí el Universal, escuché decir que allí sirven buena comida.

—Lo importante para mí no es la comida, sino la conversación.

—Estoy de acuerdo.

Le ofreció el brazo y ella lo tomó. Caminaron, primero en silencio, porque en contra de lo que ella acababa de decir, ambos se quedaron mudos.

Pese al frío de la noche Fausto empezó a sudar, se sentía como un adolescente, incapaz de decir algo inteligente. Ella parecía flotar a su lado, no la notó incómoda.

Cuando al fin llegaron al hotel donde de favor le habían reservado una mesa, porque no ofrecía servicios de restaurante excepto para los que allí se alojaban, ocuparon una junto a la ventana y eligieron el menú, que se reducía a dos platos. Ushuaia no se caracterizaba por su oferta gastronómica, el turismo recién se iniciaba y con lo del naufragio era poco probable que continuara, además los turistas tenían todo lo que necesitaban en el crucero y solo bajaban a tierra para conocer algunos íconos de la ciudad, entre ellos, el presidio.

La comida resultó un fiasco y fue gracias al buen vino que ambos lograron aflojar la lengua, para terminar riéndose de cualquier tontería y criticar la dureza de la carne, las verduras mal cocidas y el postre sin sabor.

—La próxima vez le cocinaré algo en mi casa. —Ella levantó la vista y se puso seria—. Perdón, no quise ofenderla —dijo enseguida

—. Eso si usted quiere volver a salir conmigo.

—La próxima vez podemos cocinar juntos, en su casa, y me muestra esas revistas que le manda su amiga.

La noche fría los ayudó para volver hombro con hombro, incluso él se atrevió a pasar la mano por su cintura.

En el umbral de su casa Fausto estuvo a punto de darle un beso, pero algo en su mirada lo detuvo.

—Hasta otro día —le dijo. Y ella sonrió complacida.



CAPÍTULO 44

La noche devoró al día y Clara sintió miedo. Estaba sola en esa casa alejada de la civilización y los ruidos que durante la jornada le parecían normales, cuando la luz se fue se agigantaron y se volvieron amenazantes.

Catalina flotaba a su alrededor sumando esfuerzos para ser vista; solo había logrado separarse del piso y levitar.

Se encerró en la choza y encendió las lámparas como le había visto hacer a Warhu. Añadió leña al fuego porque el frío se sentía más adentro que afuera. Quiso hacer entrar a la perra-loba, que la había seguido todo el día como un perrito faldero, pero Kira se negó y se quedó sentada en la puerta, fiel centinela.

Buscó algo para comer y solo encontró semillas y plantas secas, del guiso no había quedado nada. Era bastante inútil en la cocina y con eso que había no supo qué hacer. Se dijo que tendría que aprender, no podía depender del dueño de casa para comer.

Se dirigió al dormitorio y buscó entre los libros que había visto. Uno le llamó la atención. Se llamaba *La fronda aristocrática*, de Alberto Edwards. ¿Qué hacía eso en el estante de Warhu? Era un ensayo sobre la historia de Chile en el siglo XIX publicado en 1928 y se preguntó cómo había llegado a sus manos.

Fue hasta la cocina y se sentó a hojearlo, aunque en las primeras páginas perdió el interés y lo devolvió a su sitio. Nada de lo que Warhu tenía captó su atención, aunque sí se preguntó si él leía esos libros.

Su estómago reclamó alimento, debía ser tarde. Buscó una vasija y puso un poco de agua de la que Warhu tenía reservada. La colocó sobre la cocina a leña y metió en ella unas semillas parecidas a las lentejas. Se preguntaba qué sabor tendría eso y si se ablandaría, y por las dudas le agregó algunas hierbas. Miró la mezcla hervir un

buen rato, revolviendo cada tanto y cuando consideró que ya estaba sacó el recipiente del fuego.

Estaba tan concentrada en su tarea que no escuchó la llegada de Warhu, y cuando la puerta se abrió pegó un salto que casi le hizo tirar la mezcla caliente.

—¡Por Dios, casi me mata de un susto! —le dijo.

Él la observó desde la puerta, olió el aire y su rostro se transformó en una mueca interrogativa. En dos pasos se acercó y miró lo que había dentro de la vasija.

—¿Qué es eso?

—¿Comida?

Ambos miraron la mezcla de un color indefinido y consistencia aguada.

—¿Lo probó? —Ella negó con la cabeza—. No pretenderá que lo haga yo.

Clara introdujo la cuchara y se metió un bocado en la boca. Lo tragó por orgullo, pero de no estar él presente lo hubiera escupido.

—Le falta sal… —dijo no muy convencida.

Warhu largó una carcajada, era la primera vez que lo veía reír y aunque su sonrisa le sentaba bien, se sintió humillada. Él lo advirtió.

—Lo siento, no quise ser descortés, Clara —le gustó cómo sonaba su nombre en sus labios—, pero a eso le falta mucho más que sal. ¿Su madre no le enseñó a cocinar?

—¿Y usted no tiene cosas normales en su cocina? —Lo enfrentó —. ¿Qué son todos esos yuyos y semillas? ¿No tiene arroz o arvejas?

Warhu volvió a reír.

—No suelo tener visitas, Clara, y yo sé para qué es cada cosa. —Hizo a un lado la vasija y abrió el envoltorio que había traído. De él sacó un pedazo de jamón, queso y pan—. Ya le enseñaré, ahora comamos esto.

Ofendida y con hambre lo ayudó a cortar el pan mientras él lo hacía con el resto.

Sentados frente a frente comieron en silencio.

—Iré al pueblo mañana —dijo ella, y se sorprendió ante su silencio.

El jamón estaba exquisito, también el queso; Clara se preguntó de qué trabajaría ese hombre porque siempre tenía comida, pero

carecía de horarios definidos.

Recogieron todo, era hora de dormir. Antes de irse al cuarto, Clara se volvió hacia él.

—Lamento que tenga que dormir en el suelo, me iré no bien encuentre alojamiento.

—No se preocupe por eso, Clara, puede quedarse aquí cuanto sea necesario.

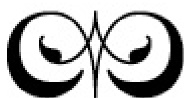
Ella lo vio extender las pieles en el piso y agregar más leña a la cocina. Sintió remordimiento por cómo lo había tratado.

—¿Me enseñará a cocinar con… esas cosas?

—Si de verdad quiere hacerlo, le enseñaré.

—Sí, quiero aprender.

Cuando se acostó, tardó en dormirse, le dolía el cuerpo todavía y no lograba encontrar la posición en la cama. Además, tenía tantas cosas que solucionar. Cerró los ojos y trató de llamar al sueño. De afuera llegaba el sonido del agua y algún que otro grito de un ave. Los ruidos de la noche eran extraños. El olor a cera quemada le hizo abrir los ojos, era el olor con el que identificaba a Catalina, pero allí no había velas encendidas. Sintió tristeza por todo lo perdido y por la muerte de Hernando. Entredormida, sintió unas manos que acariciaban su pelo y su rostro, parecían las de su madre. Sonrió, cuánto le hubiera gustado tenerla cerca. Catalina dejó caer una lágrima.



CAPÍTULO 45

*D*espertó entumecida, había dormido apoyada sobre el costado que menos le dolía, pero se había acalambrado el resto por estar en la misma posición. Respiró profundo antes de salir de la cama. Se cambió la ropa y dedujo que Warhu había entrado porque sobre el fuego había un leño entero. Salió, estaba sola. Encima de la cocina a leña había una vasija con lo que supuso era su desayuno y la tomó. Se sentía sucia, necesitaba un baño, su pelo era una maraña enredada. Recordó la imagen que había visto en el trozo de espejo y quiso llorar. Debería parecer un monstruo.

Oyó ruidos afuera, espió por la ventana y vio el caballo, señal de que Warhu estaba allí. Tomó una manta para cubrirse y salió. Había sol, pero el aire era fresco, la cercanía del mar y la ubicación en el mapa hacía que el verano fuera como un otoño de Buenos Aires, o más frío, quizá.

Kira levantó las orejas, la miró y volvió a apoyar la cabeza en el suelo. Siguió el sonido que venía del fondo y encontró a su anfitrión. Estaba agachado y con el torso desnudo. Sus ojos fueron a la cicatriz de su abdomen que se extendía casi hasta el pecho y se perdieron en sus músculos. Nunca había visto un cuerpo así.

Él levantó la mirada por todo saludo y siguió concentrado en lo que estaba haciendo. En el suelo había un soporte hecho de palos atados en forma de rectángulo.

—Buen día —dijo Clara—. ¿Qué está haciendo?

—Buen día. Una cama.

—¡Oh, lo siento… me iré no bien pueda!

—No quiero que se vaya, Clara. —Se levantó y se secó la frente sudada con el dorso de la mano—. Aquí estará segura, al menos hasta que se defina la situación.

—¿Usted cree que corro peligro?

—Todavía hay un asesino suelto.

Clara continuó su camino hasta el baño y advirtió que el espejo ya no estaba, quizás era mejor así.

Cuando salió volvió hacia donde estaba él.

—Warhu, necesito bañarme. Usted… ¿cómo hace?

El hombre interrumpió de nuevo su tarea.

—Me meto al canal.

—¡Pero está helado! Además… es salado. —Pensó en su cabello.

—Terminaré esto y le calentaré agua.

—Yo puedo hacerlo, solo deme un recipiente grande.

Warhu suspiró y dejó lo que estaba haciendo. Una mujer en la casa podía ser muy molesta. Pensó en su madre, ella también se bañaba en el canal.

Pasó delante de ella y buscó una enorme vasija que Clara no podría haber levantado. Con ella en brazos caminó hasta la orilla y Clara le fue detrás.

—¿No hay agua dulce?

—Esa es para tomar. —Sin más palabras se internó en las aguas hasta la cintura y salió con la vasija llena. Fue hasta la casa y la puso al fuego—. Avíseme cuando esté caliente así se la bajo. —Y volvió a su tarea.

Clara esperó de pie frente a la cocina. ¡Cuánto extrañaba su vida en Buenos Aires! Su vida antes de que Felipe la echara de la casa. Luego había sido un peregrinar por iglesias y sitios abandonados hasta que Hernando fue a su rescate. Mejor olvidar todo eso que parecía tan lejano. Sentía culpa por no poder llorar a su esposo. Lo había querido, sí, como un buen amigo, pero no podía llorarlo. Solo la pérdida de su madre y su ausencia empañaban sus ojos.

Sin que lo llamara Warhu apareció y le llevó la gran tinaja a la habitación. Tomó un recipiente de uno de sus estantes y vertió unas gotas en el caldero. Clara no quiso preguntar.

—Use lo que necesite —le ofreció, señalando los tablones.

Al escucharlo salir Clara se quitó la ropa y tomó un trapo para limpiarse. Tuvo la intención de meterse en la vasija, pero desistió. El pelo le llevó un buen rato, estaba muy enredado y perdió algunos mechones al tratar de peinarlo. Cuando finalizó se sintió mejor. Sentir la ropa limpia sobre su cuerpo fue un alivio.

En la cocina, encima de la mesa, encontró algo parecido a un

peine. Sonrió, Warhu pensaba en todo, aunque fuera parco y de pocas palabras. Lo examinó, dedujo que eran dientes de algún animal enganchados con tientos; mejor no preguntar. Se acomodó los mechones y los envolvió en un pedazo de tela un rato más.

Al ingresar, Warhu apenas la miró y fue directo a la habitación para sacar la vasija y vaciarla afuera. Volvió a entrar, cargaba la cama hecha con troncos, varas y tientos, y la dejó en un rincón.

Clara miraba todo con ojos de asombro sin atinar a decir nada.

—Tengo que ir al pueblo —anunció él—. La llevaré si quiere.

—Gracias.



CAPÍTULO 46

Ushuaia, 1915

La casa al pie de la colina amaneció silenciosa. Al fin el suplicio se había acabado. El aire era liviano y suave, no había rastros de lo ocurrido la noche anterior.

La madre había ordenado todo. Después, le había pedido a su hijo que cavara un hoyo profundo, donde enterró sus ropas y los restos de los objetos rotos, no tanto para ocultar las cosas, que podría haber quemado, sino para que se sacara los nervios.

La víspera, un viento de locos había envuelto a la vivienda y había sacado lo peor de cada uno de sus habitantes. Y ella estaba cansada de ser siempre la bolsa de trapos donde el marido descargaba su frustración y los golpes. Golpes de puño sobre sus costillas, sus piernas, sus brazos. Cuando él llegaba borracho del bar el hijo corría a esconderse en el gallinero y ella se hacía un bollito esperando la furia. Si tenía suerte él en vez de golpearla la violaba y el dolor se concentraba en una sola parte de su cuerpo. Pero, a veces, era tanta su borrachera que el miembro no le respondía y el enojo crecía al punto de querer descargarlo todo sobre ella.

La mujer había intentado defenderse otras veces, pero era peor, entonces intentaba dejar el cuerpo flojo para que los puños no encontraran resistencia y el después fuera menos doloroso.

Sus gritos se escuchaban encima de las montañas y espantaban a las aves y a los espíritus. El hijo también se hacía un bollito y se tapaba las orejas.

Pero esa noche fue diferente. La madre no gritaba, aullaba. El muchacho se levantó de su escondite y tomó la pala, la misma con la que su padre lo hacía trabajar en el huerto. Nunca quedaba conforme y le hacía repetir los surcos, bajo insultos y amenazas.

Solo una vez le había levantado la mano a él y el resultado había sido tal que nunca más lo había tocado. Pero con su mujer era diferente, ella era más fuerte y aprendió dónde darle sin causar daño.

Provisto de su arma el chico espantó a los espíritus que lo amenazaban y a las gallinas que parecían haber enloquecido y caminó hacia la casa. En el camino fue tomando coraje y cuando abrió la puerta una fuerza colosal se había apoderado de su cuerpo torpe.

Siguió los aullidos y entró en la habitación. Su padre estaba con los pantalones a la rodilla, encima de su madre, tratando de que su miembro muerto respondiera. Era tal su frustración que en cada embestida inútil le daba un golpe.

La mujer tenía los ojos abiertos por el espanto, sangraba por la boca y las piernas. Vio a su hijo y su mirada se transformó, temía por él. En esa mirada ambos se entendieron y el chico supo qué hacer. Levantó la pala y con todas sus fuerzas golpeó la cabeza del hombre. Una, dos, tres, hasta que él cayó.

Con los ojos enrojecidos el hijo montó sobre su cuerpo inerte y lo tomó del cuello con ambas manos. Apretó con sus dedos la nuez hasta que un ruido seco lo asustó. Elevó la mirada hacia su madre, que se había sentado y lloraba en silencio. Volvió a aplastar el cuello de su padre hasta que se sintió agotado. Después lo soltó y se acurrucó junto a ella. Se abrazaron. Ella le acarició la cabeza y le dijo que todo estaría bien.

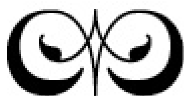
—Nunca más nos hará daño.

La noche ocultó las figuras que arrastraron el cuerpo hasta la carretilla. Endebles y ya sin fuerzas, la empujaron hacia el norte, les costó llegar hasta la orilla, en la zona de los acantilados. La luna llena guiaba sus pasos.

Fue la madre la que eligió el lugar. Miró hacia abajo, el canal a lo lejos era una boca negra, hambrienta en su rugir de olas. Volcó la carretilla y el cuerpo cayó al pasto. Se hizo la señal de la cruz antes de empujarlo barranco abajo. El hijo miraba con ojos asustados.

Al día siguiente el cadáver apareció en la orilla y nadie dudó de que se había caído del acantilado cuando volvía a la casa. Su fama de borracho había anunciado su muerte mucho antes de que ocurriera.

La paz volvió a la familia, pero ya nada sería como antes.



CAPÍTULO 47

Ushuaia, 1930

El caballo avanzaba al paso. A Warhu le gustaba galopar, pero con Clara convaleciente sentada en la grupa no podía.

La había tenido que ayudar a subir, era la primera vez que la joven montaba a caballo. Una vez arriba supo que ella se sentía insegura, lo pudo percibir a través de su respiración y el leve palpitar de su cuerpo.

—No tema, iremos despacio —le había dicho.

No bien hicieron unos metros Clara se relajó y empezó a disfrutar del paisaje, desde la altura todo se veía diferente, incluso pudo ver la playa cuando pasaron cerca de un acantilado.

La perra-loba los acompañó un tramo y luego volvió para la casa.

Dejaron atrás la soledad de los campos y empezaron a verse las primeras viviendas, separadas unas de otras, pero uniformadas por la misma calidad de construcción de madera y techo de zinc, tan distintas de la choza de troncos de Warhu.

A medida que se acercaban al pueblo desde la altura del caballo Clara pudo ver la planificación paralela al agua. Tenía apenas tres cuadras de ancho por diez de largo, sobre cuyo final estaba el cementerio. Concluyó que había sido un trazado inteligente porque si bien los terrenos en esa zona eran planos, la franja era estrecha y la subida al cerro era bastante abrupta como para trazar otra forma que no fuera la longitudinal. El puerto, la calle Maipú, costanera frente a la bahía por donde corría el tren de los presos y el presidio terminaban de cerrar el cuadro.

Warhu avanzó recto por la costanera y no faltaron los curiosos que se asomaron para verlos. Las mujeres, trapo en mano,

empezaron a cuchichear y el viento arrastró algunas voces que parecían decir “lobo” y “asesina”. Clara apretó los puños y el hombre sintió la tensión en su espalda.

—No se deje intimidar —le aconsejó—. La dejaré aquí.

La ayudó a desmontar.

—¿Sabe cómo volver a la casa? —Ella asintió—. Volveré tarde.

Al quedar sola, Clara respiró hondo y avanzó. Sabía que tenía que enfrentar los rumores y qué mejor que dejarse ver. Lo primero que hizo fue ir a la iglesia, quizás el padre Eustaquio le recomendara otro lugar donde alojarse, no quería seguir dependiendo de Warhu por más que él le había ofrecido quedarse. Pero el cura solo le dio consejos y oraciones y en contra de lo esperado le recomendó que se quedara donde estaba, que los tiempos estaban violentos y que en el pueblo corrían demasiados rumores.

Molesta, caminó hacia la prisión, quizá Fausto pudiera ayudarla. De camino se encontró con el periodista, la única persona que la trató con amabilidad, porque a medida que atravesaba la calle San Martín había recibido miradas reprobatorias y algún que otro insulto.

Aceptó la invitación que él le hizo y lo siguió hasta una fonda ubicada en una esquina. No bien ingresaron todas las cabezas giraron para verlos y se elevó un cierto murmullo. Iván eligió una mesa alejada y ordenó las bebidas. Ya era la hora del almuerzo y pidió algo para comer.

—No tengo dinero para pagar —dijo Clara.

—Es una invitación.

Una mujer que estaba en una mesa cercana se levantó y se dirigió a ella:

—¿Cómo se atreve a venir aquí con otro hombre ahora? ¿No le da vergüenza haber matado a su marido, coquetear con un preso y vivir con el hijo del lobo? ¡Y ahora esto! ¡Desvergonzada!

—¡Pídale disculpas! —exigió Iván.

Con lentitud Clara se puso de pie, olvidó sus dolores y de un manotazo le dio vuelta la cara.

—¡Asesina! ¡Asesina! —gritó la mujer mientras se alejaba tomándose la mejilla.

Todos los ojos estaban puestos en Clara, que seguía de pie con

mirada de loca.

—¿Alguien tiene algo más para decir?

Los murmullos disminuyeron y cada cual volvió a lo suyo.

—Clara, lamento lo ocurrido, quizá no fue buena idea invitarla.

—No se preocupe, dudo de que alguien más me diga algo a la cara.

El hombre posó en ella sus ojos azules con admiración. El mozo se acercó con la comida, que disfrutaron casi en silencio. Cuando terminaron, Iván arremetió:

—Clara, me gustaría saber qué pasó esa noche. —Ella se puso en alerta—. La noche en que murió su marido. Sé que usted dijo que no lo había visto y que no sabía que estaba en la ciudad en su primera declaración. Pero hay un testigo…

—Lo sé —interrumpió ella—. ¿Usted por qué quiere saber?

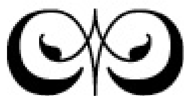
—Le voy a ser sincero. —Se inclinó hacia adelante—. Primero, porque soy periodista y quiero tener la primicia. Segundo, porque quiero ayudarla. Usted me gusta, Clara.

Esa declaración la sorprendió y su rostro manifestó cierta incomodidad.

—Perdone, tengo el defecto de la sinceridad.

—Eso no es un defecto —dijo sin pensar—, pero no estoy aquí buscando romance, señor Palmer, sino la verdad. Quiero saber quién mató a mi marido.

—Tengo una hipótesis. —Y le contó lo mismo que había hablado con Roger y Fausto. Cuando finalizó, ella quedó pensativa—. Sé que no confía en mí, pero sería inteligente de su parte contar toda la verdad a las autoridades. Si el motivo es el que yo creo, quizá podemos tenderle una trampa al asesino.



CAPÍTULO 48

Clara no quedó muy persuadida de lo conversado con Palmer, y si bien él había intentado convencerla no le había contado nada. Prefirió meditar antes de actuar de manera impulsiva, como era su costumbre. Quizá, si su proceder hubiera sido otro, toda su vida sería distinta. Se imaginó en Buenos Aires, enfrentando a Felipe y exigiéndole un lugar en la casa y en su corazón, de algo tendrían que haber servido más de veinte años de vida en común. ¿Tanto importaba la sangre? Después de todo ella lo quería, era su padre por más que en el último tiempo, producto del orgullo herido, hubiera empezado a llamarlo por su nombre de pila. Seguramente él también había actuado de manera irreflexiva y de no ser así hubieran tenido una segunda oportunidad.

Sentada frente al canal volvió sobre los últimos meses y se dijo que no, que Felipe estaba muy enojado, que ni siquiera la intermediación de Javier había podido vencer su resistencia. De nada valía engañarse.

¿Y Javier? ¿Habría recibido su carta? ¿Por qué no iba en su auxilio? Le hubiera gustado contar con una buena amiga en Buenos Aires, pero las que había dejado solo eran compañeras del curso de peluquería, que allí, en esa ciudad hostil, no le servían para nada.

Caminó hacia el presidio, de momento Fausto era lo más cercano a una persona de confianza, necesitaba su opinión, y quizá podía ver a su verdadero padre.

La suerte no la acompañó, no le permitieron pasar más allá de la guardia, y tuvo que esperar a que el doctor finalizara su turno.

Él no se sorprendió al verla e incluso le sonrió. Le preguntó cómo había llegado hasta allí y le recomendó cuidarse, no era bueno que anduviera tanto después de la paliza recibida.

—Me siento bien, Fausto, necesito resolver todo esto. —Y ahí

nomás, sin preámbulo, le contó la verdad, esa verdad que la comprometía aún más en el asesinato de su marido y que ya había salido a la luz de boca de un testigo.

Su búsqueda de consejo fue bien recibida y Fausto le sugirió contar lo ocurrido al jefe de policía. No se podía tapar el sol con un dedo y era mejor que afrontara los hechos. Se ofreció a acompañarla, y si era necesario, él mismo le buscaría un abogado.

Los ojos de miel se abrieron con desmesura.

—¿Un abogado? —repitió.

—Solo si hace falta. —La tomó del brazo y volvieron hacia el pueblo, por más que él tenía ganas de regresar a su casa y el cóndor sobrevolara en círculos. Poncho iba detrás y de vez en cuando se entretenía persiguiendo a algún pájaro o asustando a algún gato.

Durante el trayecto Fausto le contó un poco más sobre el pueblo con ambiciones de ciudad y ella reconoció que en la visita guiada que habían hecho con el crucero apenas les habían hablado de la historia. Le habló de la idea inicial de la colonia penal para poblar el sur y la vida y crecimiento del pueblo en torno al presidio. A Clara le costó entender cómo una sociedad podía desarrollarse y crecer a la sombra de un establecimiento carcelario, no era una idea fácil de aceptar. Sin embargo, así había sido. El presidio había sido el motor de cambio y modernización, de allí salía la mano de obra para todo lo que hubiera que construir y a su vez generaba puestos de trabajo para los demás sectores.

—La sociedad de este pueblo sufrió muchas transformaciones —informó Fausto—, presos, empleados del penal, expresidiarios que se quedaron aquí y formaron sus familias, y los aborígenes. Los primeros presos fueron reincidentes que vinieron de manera voluntaria para trabajar en la construcción del penal. Deambulaban por aquí con poca guardia y fueron bien recibidos por la pequeña sociedad local. También vinieron mujeres, algunas se casaron con presidiarios, otras con hombres libres.

—No entiendo entonces por qué son tan prejuiciosos y me tratan tan mal —dijo Clara—, después de todo aquí debe haber más delincuentes que en cualquier otro lado.

—¿Sabe quién fue una de las que vino en esa camada? —Ella lo indagó con la mirada—. La señora Storm.

—No me sorprende —respondió Clara.

Llegaron a la comisaría y Fausto se hizo anunciar. Roger salió de inmediato a su encuentro y los hizo pasar a una salita, el jefe no estaba y él tomaría la declaración. Colocó las hojas en la máquina de escribir y se dispuso a escuchar. Y Clara habló.

Dijo que el día del asesinato ella estaba en la pensión, dispuesta a dormir, ya era tarde, cuando sintió los golpes en su puerta. Era su anfitriona, quien con mirada reprobatoria le dijo que había alguien que tenía que darle un mensaje en persona. Después de vestirse, dado que ya estaba en la cama, apareció en el *hall* de entrada y encontró a Dadá. El muchacho le entregó un sobre manoseado y abierto y Clara dedujo que había estado husmeando de qué se trataba, pero que no se había preocupado porque era Dadá, a quien todo el pueblo conocía, a él y a sus limitaciones. Como el muchacho no se iba volvió a la habitación para buscar unas monedas y lograr que se fuera contento.

La nota decía que la esperaba en el puerto, cerca de los muelles, que tenía información sobre su padre. Eso la había alterado, nadie además de Hernando sabía sobre el tema, y Hernando se había ido. Pensó en el médico, allí presente, pero en ese momento él no tenía idea de que el preso que ella quería ver era su progenitor, por lo cual el mensaje debía provenir de alguien que estuviera al tanto de la verdad.

La cita era a las doce de la noche, y por más que era muy tarde ella estaba dispuesta a ir, incluso si eso le valía una discusión con su casera.

Tiesa en la cama, había aguardado hasta la medianoche para salir de la pensión sin ser vista. Envuelta en una capa abrigada, porque hacía mucho frío a esas horas, había caminado por la calle San Martín en dirección al puerto. Tenía miedo, claro que sí, pero la ansiedad por conocer su historia la alentaba a seguir.

Al llegar a la costanera se había asustado, la oscuridad alternaba con luces tenues de algunas farolas y el aire frío parecía dibujar siluetas fantasmales sobre las aguas umbrías. Sintió, asimismo, un aliento helado soplándole la nuca y no hubo abrigo que le sacara el estremecimiento.

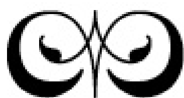
Pensó en volver cuando una mano tiró de ella y la envolvió en un abrazo. Quiso defenderse y cuando el rostro se acercó para besarla descubrió que era Hernando. Envalentonada al notar que

estaba ebrio se separó de él y le dio una bofetada. Le preguntó qué hacía allí, ella lo había visto subir al *Monte Sarmiento* que se había llevado a los náufragos, pero él reía como un tonto y solo intentaba besarla. Entre forcejeos y balbuceos creyó entender que se había quedado escondido en un barco abandonado en el puerto, que no podía vivir sin ella y que estaba dispuesto a ayudarla en su búsqueda. Lamentaba haberla dejado sola y por eso se había bajado del crucero no bien había subido.

Contó que ella se conmovió y que estaba dispuesta a recomponer la relación, pero que él se había puesto violento al intentar besarla y algo más que no quiso contar, que la había zamarreado y se habían gritado. En ese momento pasó un hombre, los vio y cruzó la mirada con la de ella.

Finalmente había tenido que darle un empujón para que Hernando no le rompiera el vestido y se fue corriendo a refugiarse en la pensión, con la idea de hablar con él al día siguiente, cuando estuviera sobrio.

—El resto, ya lo saben.



CAPÍTULO 49

Cuando salieron de la comisaría ya era tarde. Fausto se ofreció a llevarla hasta la casa y pidió prestado un sulky a Roger.

Hicieron el viaje en silencio, ella con dudas sobre lo que vendría, y él pensando en la hipótesis que había esgrimido Palmer. Ahora que conocía parte de la verdad sobre lo ocurrido esa noche se convencía de que podía estar en lo cierto. En ambos casos alguien había atacado a Clara, aunque su marido no hubiera llegado a mayores y el motivo había sido su estado de ebriedad.

¿Podrían pensar en un justiciero? ¿Alguien que vagaba por las noches buscando salvar a mujeres desamparadas? Tampoco esa hipótesis cuadraba demasiado, porque en el segundo asesinato no se había preocupado por ayudar a Clara y la había dejado allí, más muerta que viva, a merced de la crecida de las aguas.

Algo no encajaba y Fausto se dispuso a encontrar la respuesta a tantas preguntas.

Al aproximarse a la choza de Warhu lo primero que vieron en el camino fue a Kira, sentada sobre sus cuartos, aguardando.

Una vez que el sulky se detuvo delante de la casa y Clara descendió, Fausto se despidió de ella.

La joven ingresó y encendió las lámparas. El fuego se había apagado. Tomó los leños que Warhu tenía en un rincón y repitió lo que le había visto hacer para encenderlo. Una, dos, tres veces, sin resultado. Hacía frío en el interior. "Esto no me puede ganar", se dijo. Y volvió a la hoguera e insistió hasta encender el fuego.

Revisó lo que había en la cocina, Warhu había llevado más provisiones y se preguntó cuándo lo había hecho. Puso su mejor empeño en acordarse cuando su madre cocinaba, ella también podía hacerlo.

Se enfrascó en la cocina y perdió la noción del tiempo. Mientras

cortaba las verduras y los trozos de carne recordó cosas de su infancia. Una vez habían tenido un perro, no era ni parecido a la perra-loba que custodiaba la puerta, era un animal flaco y desteñido que un día se había aparecido en la vereda y ella había insistido en dejarlo entrar. Tanto había pedido por él que Felipe la había consentido. Al mirarlo, su madre dijo que tenía cara de desgracia, y así lo llamaron. Y el nombre, como un presagio, determinó su final. Una mañana cuando salieron a hacer las compras con el perro pegado a sus faldas, algo lo distrajo y se lanzó a la calle en el exacto momento en que un carro pasaba a toda velocidad, acabando con su vida.

Se preguntó si los nombres predestinaban a las personas también, y en el suyo y su significado; ella no siempre se había mostrado transparente. El pensamiento la llevó a Warhu, ¿qué querría decir su nombre?

Revolvió la vasija donde se cocinaba algo parecido a un guiso, lo probó y le pareció desabrido. Buscó entre las cosas que tenía su anfitrión y agregó un polvito y unas hierbas. “Ojalá que esto le dé buen sabor”, pidió.

Cuando dio por finalizada la cocción de todo lo que había puesto, volvió a probar y sonrió, satisfecha. Alejó la vasija de las llamas, no quería que se quemara, y se sentó a esperar. “Parezco una esposa”, se dijo.

El ruido de los cascos y el silencio de la perra-loba le indicaron que Warhu había llegado. La puerta se abrió y lo vio oler el aire. Curioso se acercó a la cocina.

—¿Usted lo hizo?

—¿Ve a alguien más?

—Estoy sorprendido, no puedo negarlo. —Ante su cara amenazante agregó—: Lo siento, no quise ofenderla, le agradezco que haya cocinado.

Él mismo sirvió la comida y se sentaron frente a frente. Al primer bocado le dio su aprobación. Continuaron la cena en silencio.

Cuando ella se disponía a ir al cuarto le dijo:

—Hizo bien en contar su historia, Clara.

¿Cómo se había enterado? No quiso preguntar, quizás había hablado con el doctor Rivera.

—Ahora que está bien, me ausentaré unos días.

— ¿A dónde irá? —La pregunta se le disparó sin pensar, pero a él pareció no molestarle.

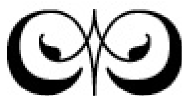
—Tengo que prepararme para el invierno.

No le contó que iría de cacería, que se internaría en el bosque para esperar a sus presas y que luego cruzaría el canal para vender sus pieles al otro lado, conservando la carne que previamente salaba y secaba. No consideró necesario que ella tuviera esa información.

—Kira la cuidará, también Fausto.

Ni él percibió el destello especial en los ojos de ella, ni ella advirtió la duda en la mirada clara de Warhu.

Con un leve gesto se despidieron y ella le deseó buen viaje.



CAPÍTULO 50

La segunda cita con Isabel fue más distendida. Fausto puso en orden su modesta casa y la limpió a fondo, nunca había advertido cuánta mugre podía albergar una vivienda habitada por un hombre solo. Él no estaba en casi todo el día, pero cuando se puso a revolver y sacudir, a abrir y ventilar, se dio cuenta de que era un chiquero.

Dejó que el viento barriera el olor a encierro y juntó unas flores silvestres que metió en uno de los vasos de los tres que tenía.

Ella le había dicho que cocinarían juntos, pero él prefería sorprenderla y acudió a una de las recetas infalibles de la abuela de Natapai, que solía aprovechar como condimento muchas de las hierbas que se podían encontrar alrededor de la casa.

Compró un vino, el mismo que ella había elogiado la noche de la cena en el hotel, además de unos chocolates a modo de postre.

Cuando ella llegó, porque se había negado a que fuera a buscarla, incluso a costa de tener que discutir con su madre que no quería que anduviera sola con un asesino suelto, traía entre sus manos una bandeja cubierta por una servilleta blanca.

—Traje el postre —dijo como saludo.

—Espero que no sea lo único que podamos comer —dijo él, y ella rio.

Mientras Fausto terminaba de cocinar ella observó la casa, que era apenas un cuadrado donde estaba la mesa, la cama, un sillón donde a veces se quedaba dormido y la biblioteca.

—Creí que un médico ganaba mejor. —Y él no supo a qué se refería—. Lo digo por esto —y abrió los brazos para señalar el entorno—. No se ofenda, Fausto.

—Tiene razón. —Se acercó a ella con el trapo de cocina en la mano—. Gano más que para esto, Isabel, pero yo no lo necesito. —

Ella supo que allí faltaba información, pero no se animó a seguir preguntando—. Siéntese, que la comida está lista.

Isabel elogió su plato y él se hizo el misterioso cuando quiso conocer el secreto de esa receta. Bebieron el vino que calentó sus bocas y de la mesa pasaron al sillón, porque era más cómodo para ver las revistas que Julieta le mandaba desde Buenos Aires, que entre artículos de ciencia y medicina tenía publicidades de cosas que a ella jamás se le habrían ocurrido.

—¿Una faja ortopédica dedicada a la doctora Lanteri? —Isabel levantó una hoja suelta donde se leía el anuncio.

Y Fausto le contó que su amiga había sido ridiculizada por la prensa, por sus luchas, por sus candidaturas a diputada y por sus formas de llamar la atención.

—Una vez Julieta dijo que el corsé y la faja matan tantas mujeres como la tuberculosis, y que los desmayos atribuidos a la fragilidad femenina son producto de la falta de aire.

—¡Cuánto me gustaría conocerla!

Fausto le contó que en 1919 la habían votado mil setecientos treinta hombres, y aunque no había ganado ni de cerca, Julieta fue feliz.

—Mire, esta es una de las tarjetas personales que ella enviaba para pedir que la votaran.

Isabel miró la esquela donde una letra femenina decía: "*Julieta Lanteri Renshaw saluda a Ud. fraternalmente y le pide su voto. Marzo 10 de 1919*", y una foto de una mujer de cara redonda vestida de blanco.

—¿Renshaw? ¿Está casada? ¿Qué hombre tiene las agallas para estar con una mujer así?

—Uno que las tuvo durante poco tiempo… —dijo Fausto con pena—, ahora está separada.

Fausto le vio los ojos soñadores y supo que de estar en Buenos Aires Isabel se hubiera sumado a la lucha de Julieta.

Cuando se acabaron las revistas y las postales, ninguno encontró más excusas para continuar juntos esa noche.

Isabel se puso de pie.

—Gracias, fue una velada interesante —dijo ella.

Él se acercó, con cautela, y al ver que ella no retrocedía la tomó por la nuca. La besó con suavidad y ella respondió con pericia. Se

abrazaron y se buscaron las pieles, pero cuando la mano de él quiso levantarle la falda ella se tensó y cortó el momento.

—Perdón, no quise…

—Sí, quisiste —replicó Isabel para su sorpresa—. No soy virgen, Fausto, pero no será hoy, tengo el período.

Fausto quedó tan aturdido ante sus palabras que no supo cómo la acompañó hasta su casa ni de qué hablaron durante el camino. Ella advirtió su desconcierto y antes de entrar le dijo:

—Creí que eras un hombre moderno. —Y le cerró en la cara. Después se apoyó contra la puerta y empezó a reír.



CAPÍTULO 51

Buenos Aires, 1909

El matrimonio andaba a los tumbos y lo único que alegraba el hogar era la risa de los niños. Clara y Javier eran dos muñecos que se tambaleaban y corrían uno detrás del otro, ajenos a las preocupaciones de los mayores.

Felipe seguía saltando de negocio en negocio sin encontrar alguno que le durara y llevara mucho dinero a su familia. No era codicia la que alumbraba sus pasos, como interpretaba su mujer, el marido solo quería sacarle esa tristeza que leía en los ojos de su esposa, esa angustia que había empezado hacía unos años, coincidente, quizá, con el embarazo de Clara, que no había elegido buen momento para aparecer, porque Catalina seguía llorando a escondidas eso que se le había perdido y que había sumido al matrimonio en la peor de las crisis. En vez de afrontar el vendaval como hubiera hecho cualquier hombre, él eligió seguir buscando un horizonte que, en el fondo, sabía no solucionaría las cosas en su casa. La falta de comunicación llevó a creer a la mujer que su marido ansiaba solo fortuna cuando lo que ella necesitaba era un esposo y padre presente en lugar de un mercachifle, que cambiaba el rumbo como una veleta cada vez que alguien le proponía un emprendimiento.

Catalina atribuía todo lo ocurrido a su pecado, y si bien, luego de la noticia, Mateo y sus libélulas desaparecieron, ella nunca más pudo ser feliz. Se había armado un pequeño altar en un rincón de la cocina en donde acumulaba santos y velas y ahí se refugiaba cuando el peso de su carga era tal que la doblaba en dos. La casa siempre olía a velas. Blancas, siempre eran blancas, y Clara empezó a identificar a su madre por el olor a cera. Mientras otras mamás

olían a flores y a agua de Colonia, Catalina olía a cera quemada. Cuando jugaban en el patio al gallito ciego Clara la encontraba siguiendo ese olor, el de su madre.

Una vez, cuando fue más grande, le preguntó por qué tenía ese altar en la casa. La respuesta de Catalina fue que por qué no tenerlo. A su padre parecía no importarle ni las velas ni los santos, ni la ausencia de su esposa, aunque estuviera de cuerpo presente.

En busca de horizontes, Felipe empezó a viajar, como en los primeros tiempos, y la madre quedó sola con los pequeños, haciendo malabares con el poco dinero que él le hacía llegar, siempre por intermedio de nuevos amigos o socios a los que Catalina nunca les abrió la puerta más que para recibir el sobre.

Rosaura, su amiga de otros tiempos, intentó varias veces acercarse a ella, pero Catalina la rechazó una y otra vez; no quería tener cerca a quien conocía su peor secreto. El pasado estaba muerto y enterrado, y así debía quedar.

Cuando iba por la calle, con ambos niños metidos juntos en un carrito, porque sola no podía controlarlos si caminaban, su inconsciente lograba que sus ojos buscaran esa figura que la había amado. Se detenía en cada jardín donde observaba un leve movimiento, con la esperanza de que alguna libélula guiara sus pasos, pero siempre eran abejas o moscardones. No amaba a Mateo, de eso estaba segura, pero era el mejor remedio para su soledad, para esa ausencia de marido que había sentido desde los primeros tiempos. Felipe la quería, pero su afán de vida mejor y vestidos costosos que a ella no le interesaban, lo habían alejado tanto que ya ni siquiera recordaba la última vez que habían sentido amor el uno por el otro.

La iglesia se tornó lugar habitual para esa familia de tres, el altar de la casa le quedaba chico a Catalina, y pasaban horas oyendo misas y cánticos sentados en el banco del templo.

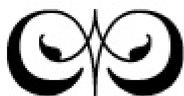
Cuando fueron más grandes y pudieron quedarse solos, Catalina los dejaba en la casa sin importarle que al regresar tuviera que ordenar de nuevo alacenas y roperos.

Las ausencias de madre ya no eran solo de espíritu, comenzaron a ser físicas. Catalina se iba a la mañana y a veces no volvía hasta la tarde. Los niños, con hambre, se las ingeniaban para comer cualquier cosa que encontraran en la casa, hasta que un día se

descompusieron por comer harina y arroz crudos y Catalina tuvo que llevarlos a ver a un médico.

Desde esa vez, empezó a dejarles comida preparada, para que ellos no tuvieran que andar como crías salvajes en busca de alimento. Nadie sabía a dónde iba ni por qué regresaba con los ojos rojos y la nariz congestionada. Era tal la tristeza que transmitía que lo único que atinaban sus hijos era abrazarla y decirle palabras bonitas.

Durante algunos años esa fue su rutina, que solo interrumpía cuando volvía Felipe a la casa y todo parecía una fiesta. Catalina revivía y se esmeraba en atenderlo y cocinarle sus platos preferidos, todo con tal de que él se quedara más tiempo. Lograba con eso retenerlo unas semanas hasta que Felipe encontraba otro negocio maravilloso y partía de nuevo.



CAPÍTULO 52

Ushuaia, 1930

En su primer día sola Clara empezó la mañana alimentando el fuego y revisando qué había para comer. Warhu se había ocupado de dejarla provista de carne seca y salada, algunas legumbres y semillas. Le había dado algo de vergüenza preguntarle para qué servía cada cosa, se suponía que una mujer debería saber, pero ella no había tenido el ejemplo de una madre dedicada a la cocina, excepto las pocas veces que se esmeraba para Felipe.

Después de desayunar se abrigó y salió. Quería ir al cementerio, algo que había evitado y que la culpa la obligaba a enfrentar.

No le gustaban los rituales de la muerte y esta la rondaba como mosca. Solo una vez había visitado un sepulcro, la llevó su madre, no supo quién era el muerto, pero la había visto llorar hasta deshacerse en lágrimas. Estaban las dos solas, Catalina no le dio ninguna explicación y ella no preguntó. Cuando veía a su madre en ese estado prefería no emitir sonido. No le gustó el cementerio, le pareció húmedo, gris y fantasmal, y decidió que ella no cumpliría esa costumbre de visitar tumbas y llorar frente a la piedra. Nada de lo que hiciera podía llegarle a quien ya no sentía la vida.

Pese a todo lo que una vez había dicho esa mañana decidió visitar la tumba de Hernando, abandonado al sur del continente, muerto por su culpa.

Se abrigó y caminó hacia el pueblo. Como de costumbre, Kira la acompañó un trecho y luego volvió a la casa.

A la izquierda, las montañas de nieves eternas, a la derecha, el canal azul y calmo. Era un sitio bellísimo para vivir, aunque hacía demasiado frío para su gusto. “Esta gente no tiene veranos”, pensó.

Tenía que resolver el tema del dinero y se preguntó si alguien le

prestaría un teléfono para llamar a Javier. No se animaba a telefonear a la familia de Hernando, ni siquiera había sido ella quien les había dado la noticia de la muerte; había sido cobarde.

Pensó en el pobre capitán Dreyer, única víctima fatal del hundimiento del crucero. Por lo que había escuchado, el hombre había dejado una esposa y dos hijas. Hacía apenas un mes del naufragio y a ella le parecía una eternidad.

Se había oficiado una solemne misa junto al canal, por la salvación del alma del capitán, y todo el pueblo asistió; miles de concurrentes, entre llantos anónimos que cada uno derramó por sus propios muertos. Terminado el evangelio se habló del sacrificio y el heroísmo de quienes habían realizado el salvataje de los pasajeros. "Volverás con tu escudo o sobre él", murmuró alguien.

Luego de la misa, tomó la palabra uno de los náufragos, quien habló con elocuencia de sentimiento, emoción y profundos conceptos, refiriéndose a la vida de ese soldado de una guerra y ahora dignísimo ciudadano que había salvado la vida de tantos, por lo que "Dios del perdón y del amor" lo recibiría en su seno.

La canción del mar silenció el final del oficio religioso, homenaje que se repitió luego en el camino de regreso a Buenos Aires a bordo del *Monte Sarmiento*.

Fue muchos años después que un buzo alemán, Heinz Steffens, durante tareas de reflotamiento del *Monte Cervantes*, descubrió los restos del capitán con evidentes signos de suicidio. El dato sería sepultado durante décadas en las aguas frías del Canal Onashaga (Beagle), hasta su revelación por el fotógrafo submarino Héctor Elías Monsalve en una conferencia en agosto de 2010.

El cementerio estaba vacío y por las pocas flores que había supo que nadie lo visitaba. Caminó entre las tumbas con la extraña sensación de no estar sola. Sintió un escalofrío en la espalda y tuvo que girar varias veces para cerciorarse. Nada. No había nada.

Encontró la sepultura de Hernando y se extrañó de encontrar sobre ella una vela blanca. Estaba encendida y a la mitad. ¿Quién la habría dejado? Recordó a su madre y sus velas y creyó sentir el mismo olor de la infancia, ese que la identificaba.

De pie frente a la tumba le pidió perdón. Perdón por no haberlo querido bien y por arrastrarlo a aquella aventura con ese trágico final. Se permitió llorar. Percibió una presencia detrás de ella y giró

con violencia. Estaba sola.

Se fue de allí con la sensación de que algo o alguien la había estado espiando. No sintió miedo, pero sí extrañeza. Mejor buscar compañía, aunque más no fuera para recibir su rechazo.

Entró al pueblo y caminó hacia la comisaría. Roger la atendió y accedió a prestarle el teléfono. Rogó para que fuera su hermano quien respondiera, no estaba preparada para enfrentarse a Felipe. Pero ni Javier ni nadie respondió el llamado.

Roger la dejó partir, de nada valía comentarle sus sospechas ni el plan loco que se le había ocurrido junto con Iván Palmer.

Mientras avanzaba por la calle San Martín, otra vez tuvo la sensación de ojos que la espiaban detrás de las ventanas. El olor a vela quemada la acompañaba y creyó sentir la presencia de su madre, esa madre extraña que le había tocado y que pese a todos sus errores le había hecho creer en su fortaleza y en sus poderes de bruja. Sonrió, apenas, y dejó que el aire frío secara sus lágrimas.

En una esquina la interceptó Dadá, quien quiso venderle unos caracoles. Lo alejó diciéndole que no tenía dinero y él le preguntó por el broche. Se detuvo en seco. ¿Cómo sabía él del broche?

—Todos saben del broche —le dijo el muchacho—. Todo asesino deja una ofrenda a su muerto.

—¡Vete! ¡Vete o te convertiré en foca! —le gritó para asustarlo. Pero el muchacho continuó burlándose y saltando a su alrededor como perrito faldero, hasta que apareció Iván y lo alejó de su lado.

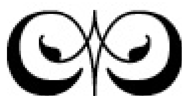
—Es inofensivo, pero suele ser molesto. —Sin permiso la tomó del brazo y ella lo dejó hacer. Eran pocas las personas de ese pueblo que la trataban bien, y Palmer era una de ellas.

La llevó al bar de la vez anterior y las miradas reprobatorias fueron más disimuladas. El hombre pidió algo para comer y sacó su libreta.

—Quiero escribir su historia —le dijo.

—No hay nada interesante que contar —fue su respuesta.

—Inventemos algo juntos. —Y sus ojos azules insinuaron otra cosa.



CAPÍTULO 53

*M*ientras Warhu se internaba en los bosques de lengas, colihues y canelos, atravesaba arroyos, lagos y montañas detrás de las presas que serían su sustento, Clara volvió al presidio. No tenía autorización, pero confiaba en que Fausto le conseguiría la entrevista con su padre.

Otra vez frente a la guardia, de nada le sirvió rogar, sin permiso previo nadie podía entrar. Hacía frío y el vigía tuvo el detalle de hacerla pasar a un pasillo que estaba tan helado como afuera, para que esperara al doctor Rivera.

Fausto acudió no bien pudo, ese era un día complejo, tres internos presentaban síntomas de intoxicación y había que estabilizarlos para luego encontrar la causa.

Al ver a la muchacha con esos aires de suficiencia que no coincidían con su realidad, experimentó sentimientos encontrados. Le hacía acordar a Gianna, su primer gran amor, impulsiva e inmadura, aunque Clara parecía más decidida y con más armas. Clara no tenía entorno alguno que se ocupara de ella, estaba a la merced de la buena voluntad de Warhu, que había tomado la responsabilidad de cuidarla, y la suya propia. Y ahora, el buen gesto de Mateo Alcántara.

Se preguntó qué pasaba con su familia, nadie había llamado ni acudido en su auxilio, ni siquiera al saber que su marido había muerto. Era todo muy extraño, pero él no era quien para entrometerse.

—Debería volver a la casa —le dijo luego de los saludos—. Se acerca tormenta.

—¿Cómo lo sabe?

—Basta observar la naturaleza.

Clara dirigió sus ojos al cielo, pero no notó nada extraño, para

ella era un día común, frío como todos los de Ushuaia. Pensó que la percepción del médico estaba errada.

Caminaron juntos rumbo al centro, a él nadie lo esperaba en la casa y se había acostumbrado a comer algo en alguna fonda. Antes de despedirse, Fausto sacó un sobre del bolsillo y se lo entregó. Le explicó que era de Mateo. Ella lo miró con ojos de intriga antes de abrirlo. Dentro había unos billetes, no era mucho, pero para quien no tiene nada era suficiente.

—Los presos trabajan y perciben un peculio que pueden usar para comprar yerba u otros vicios —le contó Fausto—. Algunos prefieren que se lo depositen en una cuenta como fondo de libre disposición.

Clara dudó en aceptarlo, pero en su situación decidió echar mano al dinero, en todo caso cuando Javier apareciera con algo se lo devolvería.

—Dele las gracias a… —No supo cómo llamarlo, tanto había querido conocerlo y no se animaba a nombrarlo "padre".

—Se las daré. Y ahora vuelva a la casa.

Clara emprendió el camino de regreso, no vio que desde las dunas alguien la observaba.

Kira la encontró a unos cuantos metros de la casa y Clara se preguntó si estaría en peligro. Apuró los pasos y recién estuvo tranquila cuando se encerró en la choza. Encendió las lámparas y el fuego y puso la tranca en la puerta. Al rato, como había presagiado Fausto, se descargó la tormenta. "Vaya que salió observador el doctor… y yo que según mi madre soy algo bruja no advertí nada", pensó.

El viento parecía aullar y la lluvia era un golpeteo constante sobre el techo. Espió por la ventana y vio el canal embravecido. Pensó en Warhu, ¿estaría bajo cobijo?

Sin más que hacer, se puso a revolver entre los libros, eligió uno y se sentó cerca del fuego a leer. Era tan aburrido que se adormeció y se despertó cuando se le cayó de las manos. Mejor dormir. Ordenó todo, se envolvió en las pieles de la cama de Warhu y se acostó.

Al día siguiente la tormenta había amainado, las aguas estaban revueltas y picadas de olas blancas. Un poco de mugre en el exterior, ramas cortadas y hojas. Recogió todo e hizo una hoguera, ahora que había aprendido le gustaba hacerlo.

El sol estaba algo más cálido que los días anteriores, ventiló todo y sacó mantas y pieles.

Se alertó cuando Kira se puso de pie y levantó las orejas. Miró hacia el camino, una figura se acercaba.

Palmer no se animó a ingresar al perímetro de la casa, la presencia amenazante de la perra-loba lo frenó. Y como Clara tampoco sabía de qué manera reaccionaría el animal, decidió ir a su encuentro.

El periodista insistió en escribir su historia, tenía en mente una novela que enlazara el hundimiento del *Monte Cervantes* con los asesinatos, y quería que ella le sirviera de fuente, y si se animaba, de protagonista.

A Clara la idea le pareció tan disparatada que empezó a reír, sin advertir que el hombre tenía los ojos azules clavados en sus labios. A él no le importaban sus cicatrices ni que la nariz le hubiese quedado un poquito corrida de su eje, tampoco miraba sus cabellos mal peinados con un peine hecho con huesos de ballena.

—No se ría, Clara, haríamos una hermosa historia.

Y acto seguido le contó que había llegado a la ciudad un periodista de Buenos Aires, enviado por el diario *Crítica* a raíz del hundimiento del crucero, que incluso había estado en la cárcel entrevistando a Radowitzky.

—No deje que me gane de mano —insistió, sin saber que, sin que nadie lo supiera, ya había perdido.

—No sé qué puedo contarle que usted no sepa —se conmovió ella.

—Déjeme pasar para que tome mis notas, yo la guiaré.

Y Clara, al ver ese brillo especial en sus ojos azules, decidió intentar. Nada tenía para hacer y la charla espantaría su aburrimiento.

Kira siguió a la visita de cerca, pero al ver que Clara estaba tranquila lo dejó avanzar.

Ingresaron en la casa y se sentaron uno a cada lado de la mesa. Iván sacó su cuaderno de notas y empezó a preguntar.



CAPÍTULO 54

Buenos Aires, 1912

Los chicos estaban en la escuela cuando se apareció la primera libélula. Felipe había salido de viaje, a vender enciclopedias y diccionarios, y ella había quedado sola. Ese negocio parecía funcionar mejor que cualquier otro anterior, pero lo mantenía alejado de la casa más de lo deseable para ella, aunque ya estaba acostumbrada a la falta de marido. Con todo el trabajo que requerían los chicos, incluso a veces se alegraba de que hubiera una persona menos que atender.

Una tarde se había cruzado con Rosaura, ella iba del brazo de un hombre, se saludaron apenas y cada cual siguió su camino. Le hubiera gustado continuar la amistad con ella, pero ella sabía de su secreto y eso era muy peligroso. El secreto, cuando deja de serlo, abre la puerta y vuela a cualquier oído. Y si bien habían pasado algunos años, Catalina no vivía tranquila. El temor a que su desliz quedara expuesto era más fuerte que toda promesa.

Por eso cuando apareció la libélula sintió que su corazón se detenía. Fue hasta el altar donde siempre ardían las velas y sumó una nueva plegaria. Pero las libélulas se habían multiplicado y empezaron a golpear los vidrios de las ventanas hasta que una encontró una hendija por donde colarse y las otras la siguieron.

Tuvo que abrir para que salieran y en el porche encontró a Mateo. Estaba más apuesto que antes, con una barba prolija y la mirada de agua. Le sonrió y a ella le temblaron las piernas.

Se acercó cuando pudo reponerse y le pidió que se fuera. Él solo quería saber cómo estaba, cómo estaban ella y sus hijos, y le preguntó si lo extrañaba. A Catalina se la aguaron los ojos.

—Vete —le pidió.

—Vente conmigo —suplicó él.

Y como siempre, ella se negó.

Mateo le tomó las manos y se las besó. Después giró, se calzó el sombrero, y se perdió entre las libélulas.

Al ingresar, Catalina encontró todas las velas apagadas y supo que ese amor había muerto. Ya no había fruto, ya no había llama. No había nada.

Cuando buscó a los chicos en la escuela los abrazó como hacía rato no hacía. Javier la apartó, no deseaba esas demostraciones delante de sus compañeros. Clara, por el contrario, se aferró a ella y a su olor a vela quemada. La escuchó susurrar un nombre, no supo de quién era.

—Mami, ¿estás bien?

—Claro, mi pequeña, claro.

Esa semana Catalina estuvo más pendiente de sus hijos, incluso se sentó en el suelo a jugar con ellos. Javier no percibió el cambio, pero la pequeña Clara intuyó la tristeza de su madre y se preocupó por brindarle cariño extra.

Al cabo de unos días todo volvió a ser igual, madre ausente y perdida en sus pensamientos y padre de viaje. Los niños se las ingeniaban para no aburrirse y cuando peleaban era tanta la indiferencia de Catalina que aprendieron a resolver sus disputas solos.

Cuando llegó Felipe luego de más de un mes de trotamundos, cargado de regalos y con dinero en el bolsillo, propuso a su madre hacer un viaje. Catalina se entusiasmó, nada la alegraba más que poder disfrutar de su marido. Y así partieron en el tren rumbo a Córdoba, donde pasaron unos días maravillosos al borde de un río y con un fondo de montañas.

Ese fue el único viaje que hicieron en familia y que los niños recordarían por siempre.

Al llegar, en el buzón había una carta para Catalina. Felipe la encontró y se la entregó a su esposa.

Cuando Catalina leyó el remitente empezó a temblar, sabía que no era de Rosaura. La guardó en un bolsillo para leerla cuando las manos estuvieran firmes y pudiera hallar un momento a solas. Y el momento llegó con la noche, cuando todos se acostaron.

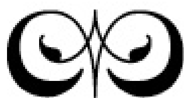
Encerrada en el baño leyó las palabras de Mateo, se despedía

para siempre. Estaba dispuesto a continuar su lucha por los derechos de los más débiles, su vida ahora estaría dedicada a ello. Había estado dispuesto a abandonar todo por ella, por ella y la niña, pero no había podido ser. “Lo que mal comienza mal acaba”, le había dicho Catalina una vez, y tenía razón. Su amor se había malogrado y había sido vencido sin que se lo hubiera podido arrancar a la muerte. No quería otras mujeres, la quería a ella, a ella y a su hija. Pero eso ya era imposible. Se despedía sin rencor y le deseaba una buena vida.

Con la carta apretada contra su pecho Catalina lloró su amargura. No podía ser feliz, ya no. Ni el marido a quien amaba ni sus hijos podrían borrar su tristeza y su culpa.

Metió la misiva en el sobre y decidió guardarla. Era la única carta que tenía de él, lo único que le quedaba; el sobre con el remitente de Rosaura era un buen escondite, nadie la leería.

La guardó debajo de la almohada y recién al día siguiente, cuando Felipe se fue, la metió en la caja donde tenía las cartas de su familia, recuerdos y algunos retratos. Pensó que allí estaría segura.



CAPÍTULO 55

Ushuaia, 1930

Warhu estaba en el bosque, se había llevado la lanza y también una de sus escopetas, que usaba indistintamente según la presa a cazar. No quería perder las habilidades que había aprendido de niño con la gente de su pueblo, por eso de vez en cuando recurría incluso al arpón. Reconocía que era más simple cazar de un disparo que asestar un lanzazo, así como enganchar un pez con un aparejo en vez de andar arponeando, pero no quería desterrar del todo sus conocimientos, sentía que era una traición a su pueblo. Bastante ya con haber ido al colegio de los blancos, a instancias de Fausto, y de haberse integrado en su sociedad a través de distintas tareas que había realizado siendo adolescente. Había trabajado en el aserradero y en el puerto, moldeando tanto su cuerpo como su carácter. Sabía lo que era cumplir un horario y recibir órdenes, mas prefería su libertad, y por eso había vuelto a sus costumbres: pescar y cazar su propio alimento y comerciar pieles al otro lado del canal. Con eso le bastaba.

Hacía varios días que había salido de cacería y ya tenía cuatro guanacos y tres zorros. Había despostado las carnes, las pieles las trataría una vez que llegara a la choza. Podía quedarse unos días más, pero lo preocupaba la mujer que había dejado en su casa. Sabía que Fausto se ocuparía de ella, pero algo lo impulsaba a regresar.

Disfrutaba alejarse de la comodidad del hogar y vivir a pleno la naturaleza. En medio del bosque, solo, volvía a sus raíces y pensaba en sus ancestros. No había conocido a su padre, bien sabía él que no era el hijo del lobo, aunque la leyenda había circulado tanto entre su gente que todos lo habían aceptado como tal. Sonrió. Hijo de un

lobo.

Estaba al tanto de que su padre había sido un hombre blanco, una vez su madre se había dignado a responder sus preguntas y le había confesado su origen.

—No debes decir nada.

Él había seguido preguntando, pero ella no había dicho nada más. No había nada, ningún rastro ni recuerdo que saciara sus dudas, ni siquiera su nombre.

Su bisabuela tampoco soltó prenda las veces que le preguntó y continuó refugiándose en la leyenda del lobo.

Conocía que no había nacido allí sino en la isla de Gable, y que había viajado mucho amarrado a la espalda de su madre, recorriendo cerros para hacer campamento y comer unos pájaros que volaban sobre el agua y contestaban desde sus nidos cuando les silbaban.

Sentado sobre las rocas al borde de la laguna, asaba una nutria que había cazado esa mañana. El crepitar del fuego lo hizo viajar hacia el pasado. Se vio junto a su madre y su bisabuela, los tres en la canoa, con el fuego siempre encendido sobre arena y champas. Se trasladaban a menudo en busca de alimento. Una vez habían encontrado una ballena, era blanca, mucho mejor que las negras, y con más aceite. Hallar una ballena era una fiesta, y cuando alguien encontraba una se ocupaba de avisar el resto de la tribu.

Las otras canoas habían llegado con las familias y todos festejaron. Los mayores dijeron que la había asesinado un cachalote y ya los pájaros la estaban picoteando, pero todavía no olía mal.

Entre todos separaron la carne de la grasa y ahí nomás prendieron el fuego, sobre las piedras. Hacía mucho frío y los pies descalzos sobre la escarcha se le congelaron a Warhu, pero la delicia de esa comida caliente calmó los males. Esa vez se habían quedado allí varios días, para luego volver a recorrer la zona, armando y desarmando campamento.

Así fueron sus primeros años, hasta que se instalaron en las cercanías del pueblo de Ushuaia y conocieron a Fausto. El sentimiento que había crecido entre ellos había logrado que la familia se instalara allí, en el mismo sitio donde vivía él ahora, pero con una construcción más precaria.

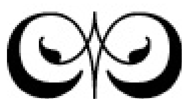
Algunas familias yaganes estaban cerca y se reunían para las

celebraciones y ceremonias; nunca dejaron de cumplir sus rituales.

Cuando falleció Natapai y él quedó con la abuela, empezó a construir la casa. Lo que había visto de la vida de los blancos le parecía más confortable para una persona mayor, y él se quedaría más tranquilo si la anciana estaba a buen resguardo cuando él se fuera a cazar. Pero cuando la choza estuvo terminada la abuela nunca la quiso habitar, y continuó hasta el fin de sus días durmiendo en su tienda y siguiendo sus costumbres. Y él la acompañó hasta su último aliento.

Recién cuando se quedó solo mudó sus escasas pertenencias a la cabaña y aceptó la ayuda de Fausto para trabajar en el aserradero, cosa que hizo durante un tiempo. Estuvo unos meses y luego se empleó en el puerto. Lo trataban bien y él se adaptó enseguida, pero no era lo que quería. Prefería la libertad. Por eso volvió a la cacería y a la pesca. Amaba los ríos, los valles, las montañas y el mar. Era hombre de mar, llevaba su sabor en la piel. Cuando consideraba que su recolección era suficiente, montaba la canoa y remaba por el canal rumbo a Chile, donde tenía sus compradores. Luego regresaba a la soledad de la cabaña.

Terminó de comer y apagó el fuego. Era hora de volver.



CAPÍTULO 56

La visita de Iván la animó. El periodista se había quedado toda la tarde, habían compartido un té de hierbas mientras él bosquejaba su trabajo y le contaba su plan.

Con él se fue la luz del día y Clara encendió las lámparas y avivó el fuego. Curiosa, revisó las cosas que había en la gran habitación. Un baúl de madera debajo de la cama era lo más intrigante, y se dispuso a ver qué contenía. Le costó trabajo moverlo, era pesado. Lo abrió y la recibió el olor a encierro y humedad. Había pieles y adornos. Los tomó, eran de mujer, o eso creyó. Collares de caracoles, diademas de plumas, pulseras de cuero y tobilleras de huesos. También encontró unos cestos que le parecieron bellísimos, de distintos tamaños, y puntas de arpones. Sabía que se trataba de eso porque lo había visto a Warhu afilar algunas antes de partir. Cuando ella le preguntó qué era él le dijo que las usaba para cazar lobos marinos. En uno de los pocos momentos que Warhu había dicho más de dos oraciones seguidas, le explicó que tallaba las puntas de huesos que luego unía por medio de tientos de cuero a astiles de madera. Puntas desprendibles, había dicho. Debajo de unas pieles encontró una máscara de cuero pintado. La tomó sin saber que era una máscara ceremonial, recuerdo del rito Kina de Warhu, del cual solo podían participar los varones que habían pasado al menos dos chiejaus y en la cual eran sometidos a pruebas de control del cuerpo y procesos de instrucción en trabajos manuales, construcción de armas y técnicas de caza. Clara la hizo girar entre sus manos y hasta la olió. Una última piel guardaba algo al final del baúl. La descorrió y vio un arma. No sabía mucho de armas, pero dedujo que era un rifle, o una escopeta, no sabía cuál era la diferencia.

Después de revisar la totalidad del contenido con ojos curiosos,

se disponía a guardar todo cuando un ruido proveniente del exterior la alertó. Se puso de pie y avanzó hacia la puerta para verificar que la tranca estuviera en su sitio. Luego miró por la ventana, la oscuridad era total.

Volvió al dormitorio con la intención de dejar todo como estaba, sabía que había invadido la privacidad de su anfitrión y sintió remordimientos.

El aullido de Kira la inquietó, con ella se sentía segura, pero ese aullido largo y lastimero era diferente de todos los que le había escuchado.

De nuevo en la cocina, sus ojos desde la ventana veían negrura, el canal a lo lejos era una boca tenebrosa, la luz de la luna apenas alumbraba. Sintió un estremecimiento y giró con velocidad cuando creyó que alguien estaba detrás de ella. No había nadie. No había nada.

Meditó que no era buena idea estar en esa casa sola, lejos de la civilización, con un asesino suelto en el pueblo.

Otro ruido, ahora proveniente de la habitación la paralizó un instante. Tomó el puñal que había usado para cortar la carne y avanzó con él hacia la oscuridad del cuarto, apenas alumbrado por la pequeña fogata. No había nada, excepto uno de los libros que había caído del estante. Suspiró y se agachó para recoger todo lo que había sacado del baúl y volverlo a su sitio.

Un nuevo aullido de Kira seguido de un quejido la asustó. Golpes en la puerta, golpes fuertes. No iba a abrir, tampoco se animaba a preguntar. Más golpes, la madera oscilaba en sus goznes.

Sin pensar tomó el arma, nunca había usado una y quizás era el momento. No sabía si estaba cargada ni la fuerza que le requeriría usarla. Kira gemía, no tenía dudas de que estaba herida. Los golpes ahora rodeaban la choza como si se hubieran multiplicado.

Buscó un hueco entre los troncos y sacó el caño por él. Apretó el gatillo. La fuerza del arma la echó hacia atrás y quedó sentada en el suelo, temblando. Los golpes cesaron. Se levantó y espió por la ventana. Alcanzó a ver a lo lejos una figura que se perdía en dirección al pueblo.

Puñal en mano abrió la puerta, a cuyos pies Kira gemía. Tenía sangre en la cabeza y a su lado estaba el palo que el agresor había usado con ella. Se agachó y la acarició. La ayudó a ponerse de pie y

la hizo entrar en la casa. Era evidente que los golpes se habían repartido por todo su cuerpo. Le extrañó que no hubiera atacado al agresor y la duda se abrió camino en su mente hasta deducir que lo conocía.

Se preparó algo para comer y compartió su cena con Kira, que la miraba con los ojos claros y mansos. De vez en cuando gemía y ella se compadeció de su dolor.

Cuando fue al cuarto, Kira la siguió y se echó a sus pies. Sabía que le costaría dormir esa noche, quien fuera que había ido con la intención de atacarla podía volver. La presencia del arma a los pies de la cama le daba cierta tranquilidad, pero no la suficiente como para conciliar el sueño profundo.

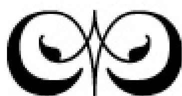
Durmió de a ratos y solo cayó en el sopor cuando las primeras luces del día se filtraban por la abertura entre los troncos.

Despertó sobresaltada a causa de los fuertes golpes en la puerta. Kira no estaba a su lado y sintió miedo. Bajó del lecho y tomó el arma, dispuesta a disparar otra vez si era necesario.

Avanzó hacia la cocina y vio a Kira moviendo la cola.

—¡Clara, ábrame! —La voz de Warhu era una mezcla de enojo y preocupación.

A toda velocidad dejó el arma sobre la mesa y quitó la tranca. No lo dejó ni entrar, se arrojó de lleno en sus brazos.



CAPÍTULO 57

*N*o solo los detenidos en el penal tenían síntomas de intoxicación, ahora la peste se había extendido hacia celadores, guardiacárceles e incluso funcionarios. Fausto no daba abasto para atender a unos y a otros, incluso él sentía un malestar que lo doblaba en dos, pero a diferencia de los demás, no podía vomitar y expulsar aquello que les estaba haciendo daño.

Uno a uno fueron cayendo bajo las garras invisibles del mal estomacal y el presidio se convirtió en un hospital de fantasmas errantes, flacos y mansos; todos quedaron igualados.

Falto de medicinas, Fausto recurrió a los remedios naturales que había aprendido a preparar con la abuela de Natapai, pero nada parecía ser suficiente para espantar ese mal.

Incluso el tren de los presos dejó de salir, no había quien lo condujera y menos brazos fuertes para cortar la leña en el bosque.

Ramiro Vidal también cayó bajo las zarpas ponzoñosas que se habían apoderado del penal y un día Fausto se dio cuenta de que era el único que todavía estaba de pie.

No quería abandonar el presidio y dejarlo a la buena de Dios, pero necesitaba un descanso de cama —venía dormitando en la camilla o en una silla—, de modo que tomó coraje y rogó para que ninguno de los confinados se recuperara lo suficiente como para escapar o cometer algún desmán y se fue.

El camino de regreso se le hizo difícil, se sentía sin fuerzas y la pierna coja parecía que le pesaba toneladas. Llegó y se tiró en la cama, durmiéndose de inmediato.

Tuvo sueños extraños, sentía calor y frío, hasta que los sueños se transformaron en pesadillas y volvió a aquellos días de presidio en los cuales él era uno de los hombres con grilletes. Se le mezclaron nombres y fechas, y lo vio al Negro Palacios arrastrando cadáveres

sin ojos de los fugitivos que habían osado escapar. Su mente se perdía en ese pasado del cual él había sido protagonista y testigo de las más terribles barbaridades.

Despertó gritando, sudado al punto de tener que cambiarse la ropa. Unos golpes a la puerta lo llevaron a abrirla y se encontró frente a él a un hada madrina vestida de celeste que lo miraba con ojos dulces y lo arrastró de nuevo hasta el lecho. Con sus manos tibias le limpió la frente y la aplicó paños fríos hasta que dejó de temblar y la mirada dejó de ser vidriosa.

—Isabel… —logró balbucear, y ella le acarició la mejilla.

Volvió a sumergirse en los sueños espeluznantes que no lo dejaban escapar, no supo cuántas horas pasaron hasta que despertó lúcido. Estaba solo.

Se levantó, caminó unos pasos buscando el rastro de Isabel, quizá no había sido real y su imaginación le había tendido una trampa, pero la casa más ordenada y una fuente con comida fresca y sana le dieron la respuesta.

Se sentía un poco mejor y comió algo para aumentar sus fuerzas, debía volver al presidio.

En la puerta, Poncho lamía un plato que jamás había visto; Isabel también había pensado en él, sonrió. Esa mujer poco a poco empezaba a ocupar más espacios, esperaba que fuera bueno. “La tercera es la vencida”, pensó.

Aspiró el aire limpio y miró hacia el cielo, estaba despejado y el cóndor parecía suspendido en el firmamento.

Tenía que volver al presidio, no sabía con qué se encontraría allí. Caminó con Poncho como compañía y cuando llegó al penal el perro se volvió.

Desde afuera todo parecía normal, no había señales de incendios ni desmanes. Entró con cautela, la Rotonda estaba desierta. Se asomó a los pabellones, vacíos también. Avanzó sin hacer ruido, por las dudas de que alguien estuviera agazapado y lo atacara, aunque él era una persona apreciada por la población carcelaria porque era el único que les brindaba bienestar cuando estaban mal. A medida que transitaba el largo pasillo miraba a uno y a otro lado, todos estaban en sus celdas, echados sobre sus camastros, ni siquiera se quejaban.

Recorrió todo el presidio y el panorama era el mismo, como si

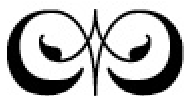
una maldición se hubiera posado sobre el edificio. No había mucho que hacer, excepto esperar y continuar administrándoles los brebajes que algunos se negaban a tomar.

Pasó el resto del día examinando a uno y a otro, y se sorprendió al ver que el único que no había caído enfermo era el 155. Le extrañó que no hubiera intentado escapar, no sería la primera vez, y como Radowitzky era un hombre sincero, decidió preguntarle:

—Pronto me darán el indulto, doctor, ¿para qué arruinar las cosas?

—Tiene usted razón, Simón, para qué. —Lo palmeó en el hombro y agregó—: ¿Puede usted ayudarme, entonces, a administrar este tónico al resto de los presidiarios?

Y Radowitzky asintió.



CAPÍTULO 58

Buenos Aires, 1925

Los hijos ya estaban grandes y Catalina peleaba sus batallas sola. Mientras Clara saltaba de curso en curso sin hallar nada que la entusiasmara y Javier iba tras los pasos de Felipe en cuanto negocio apareciera, ella masticaba soledad.

En esos tiempos su marido vendía forrajes y cereales y a menudo andaba de pueblo en pueblo, con Javier a la rastra.

Las mujeres quedaban solas en la casa y recibían dinero todas las semanas. Fue uno de los trabajos que más le duró a su marido y el que más le redituó, aunque seguía sin advertir que su esposa se consumía de tristeza y hastío. Se amaban, el amor nunca faltó entre ellos, mas la falta de comunicación sincera, la culpa y el miedo lo dejaron rodar sin un verdadero fin en común que sumió a la mujer en la indiferencia y hermetismo mientras que el esposo la llenaba de telas y joyas cuando las vacas eran gordas, para luego venderlas cuando un nuevo emprendimiento fracasaba.

Clara ya había pasado la adolescencia y era una muchacha curiosa e inquieta. En ese tiempo tenía muchas amigas y ninguna, porque se aburría pronto de ellas, de su pasividad y comodidad en el seno del hogar. Tenía grandes sueños que no concretaba y en ese punto Catalina pensaba que se parecía a su padre, con la única diferencia que Clara no buscaba dinero sino satisfacción. Todavía no había descubierto ese algo que le sacaría el ímpetu de saltar de proyecto en proyecto y su madre temía que fuera tan infeliz como ella, porque que un hombre tuviera esos aires era una cosa, pero para una mujer era diferente. ¿Qué esposo la aguantaría así? Ella, que amaba a Felipe, hacía un gran esfuerzo para combatir la ausencia y la soledad cuando él partía tras un nuevo sueño, y hacía

tremendos esfuerzos para que el amor no se le adelgazara y estuviera robusto cuando él regresara. A veces se escudaba en la culpa por lo que había dejado enterrado en el pasado, pero bien sabía ella que se lo tenía merecido, así lo había querido Dios, ese había sido su castigo por cometer adulterio. El altar de velas y santos seguía incólume y ya nadie se quejaba del olor a iglesia y a cera derretida.

Catalina podía pasar horas frente al variopinto santuario al cual había ido sumando figuras de la cultura popular, transformándolo en un cambalache colorido y extraño. Junto a la Virgen María podía verse al Gauchito Gil, una pata de conejo y una herradura, también tenía una Virgen negra y angelitos, incluso había conseguido un San La Muerte que Felipe había descubierto una tarde. No le hizo gracia esa figura de yeso pintada de negro con una enorme guadaña en la mano y la tomó del cuello para meterla en la basura que sacó de inmediato a la calle. Grande fue su sorpresa cuando a la mañana siguiente se encontró con la estatuilla del santo de la muerte al pie de la cama, que lo miraba con la guadaña en alto. Dedujo que había sido una broma de su esposa, que a veces tenía algún arranque de humor, pero por las dudas la volvió al altar y nunca más tocó nada.

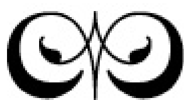
De vez en cuando, cuando estaba sola, Catalina se encerraba en su cuarto y sacaba la caja. Esa caja que escondía sus secretos y sus dolores. Una batita blanca, un mechoncito de pelo, una cintita de color rosa y la carta. La carta escondida en un sobre que se había vuelto amarillento y cuyas letras se habían ido borroneando con el paso del tiempo. Allí estaba su pecado. Leía las letras escritas por Mateo y no podía impedir las lágrimas. ¿Qué sería de él? ¿Estaría salvando al mundo? Más de una vez se había asomado al zaguán al ver volar entre los rosales de la entrada algún insecto que en la distancia se asemejaba a una libélula. Pero siempre se equivocaba: eran abejas o simples moscas de verano. Las libélulas nunca más la visitaron y ella se fue replegando hacia adentro cada día más.

Al fondo de la caja estaba el broche que él le había regalado, era una réplica perfecta de las libélulas que lo perseguían y anticipaban su presencia. Nunca lo había usado. Solo lo tomaba entre las manos y lo atesoraba. Le hubiera gustado amarlo, pero su sentir no pasaba del cariño y la atracción. Mateo había sido quien había llenado su soledad y la había hecho vibrar entre las sábanas encendiendo un

fuego que Felipe solo entibiaba. Y llegado a ese punto se preguntaba si era real su amor al marido o si era una trampa que ella misma se ponía para no ser feliz.

Había conocido a Felipe muy joven, en el barrio, y se había encaprichado con él al punto de aparecérsele en todos lados, hasta que él terminó viéndola y la invitó a salir. Era tal la fascinación de ambos que el noviazgo había sido corto y de un día para el otro estaban frente al altar prometiéndose amor y fidelidad hasta que la muerte los separara. Pero la vida en común no fue lo que ella soñaba, el marido cariñoso y divertido que se comiera el mundo era apenas un muchacho con sueños de grandeza y fortuna cuya mirada estaba puesta en el más allá y con poco ojo para esa joven esposa que lo aguardaba con la carne trémula y los labios ardientes. Mientras ella lo esperaba con ricas comidas en la mesa para disfrutar del postre en la cama, él hacía proyectos y sacaba cuentas, encontraba negocios y socios para cualquier cosa; la comida y la mujer se enfriaban y después de un beso tibio se dormían espalda con espalda. Y de allí a los brazos de Mateo solo hizo falta un empujón que la hizo rodar cuesta abajo irremediablemente. El embarazo y la niña terminaron de hundirla. La culpa era demasiado grande para poder ser feliz.

Catalina crio a sus hijos como pudo, por momentos parecía estar entre ellos, pero si uno la miraba con detenimiento advertía que su mirada estaba lejos y que su imagen era solo una cáscara vacía.



CAPÍTULO 59

Ushuaia, 1930

Los brazos de Clara se apretaban con tal fuerza a la cintura de Warhu que el hombre le respondió el abrazo. Calor, estremecimientos, vibraciones a lo largo de los cuerpos. Magnetismo. Hasta que él la separó sin soltarla y la miró a los ojos, estaba asustada.

—¿Qué pasó, Clara? —Sus ojos de lince recorrieron el lugar de una barrida y se detuvieron en la mesa donde yacía el arma y en Kira dentro de la casa. La soltó y fue hacia ella, supo que algo no andaba bien al descubrir la sangre seca en su cabeza. Tomó el arma y olió el caño—. ¿Disparó?

Ella asintió y se restregó las manos.

—Lamento haber revisado sus cosas…

—Dígame qué pasó. —Agachado frente a Kira, la inspeccionaba. Al ver que estaba bien volvió hacia la mujer y se plantó frente a ella.

—Alguien vino anoche, quería entrar, y lastimó a Kira. Tuve que disparar.

—¿Lo hirió?

Ella se encogió de hombros y Warhu salió. Clara lo siguió y lo vio buscar algún rastro de sangre, pero la que había era de Kira. El hombre rastrilló la zona alrededor de la casa y fue trazando círculos en su examinación, sin descubrir nada.

—No vuelva a dejarme sola, por favor. —Su mirada logró conmoverlo.

—Tengo que viajar a Chile, Clara.

—¡Lléveme con usted! No quiero quedarme sola aquí…

Warhu sabía que eso sería una locura, ella no estaba preparada

para semejante travesía.

—La llevaré con Fausto —decidió. Creyó ver un destello de desilusión en sus ojos, era mejor así—. Más tarde iremos al pueblo y denunciaremos lo que pasó. —Ella asintió.

El día era hermoso, un cielo azul despejado se reflejaba en las aguas calmas del canal. Caminó hasta la orilla, Kira fue tras ella. Se sentó sobre los guijarros y dejó que el suave viento le despeinara los cabellos.

En la cabaña, Warhu ordenó lo que había traído, organizó la carne y preparó los pedazos.

Luego salió para ocuparse de las pieles para su curtido. Las extendió en el suelo y con un puñal empezó a desollarlas aprovechando que Clara se había alejado, quizá se impresionara con sus técnicas que seguramente consideraría salvajes. Kira fue la primera en volver y se sentó a su lado. La presencia de Clara se dibujó en forma de sombra detrás de él.

—¿Eso es lo que llevará a Chile? —Él asintió en silencio.

La escuchó mover un pequeño tronco y sentarse a mirar. Cuando Warhu finalizó de desollar, estaqueó las pieles bien estiradas y se dispuso a prepararlas para el curtido. Afiló los instrumentos para luego descartar los bordes irregulares y formar tiras de cuero y tientos que servirían para nudos o costuras. Era todo un trabajo artesanal que había aprendido de las mujeres, dado que los hombres eran los encargados de la caza, cuereado y trozado mientras que las mujeres eran quienes se ocupaban del curtido, raspado, sobado, costura y pintura en caso de ser necesario. Mas él estaba solo, no creía que a Clara la interesara aprender nada de eso, por eso se sorprendió cuando ella empezó a formular preguntas y a él no lo quedó más opción que contestarlas. Le explicó que las pieles debían ser tratadas antes de ser vendidas y luego poder obtener cueros. Que podía ser cuero sin pelo, para lo cual la piel se debía untar con cenizas, del lado de la carne, y enrollarla con el pelo hacia afuera.

—Luego se deja junto al fogón a fuego fuerte durante dos o tres días.

—¿Usted hará eso?

—No, yo las vendo con pelo, son más abrigadas así.

Le contó sobre distintas técnicas de curtido y raspado que culminaba en el sobado para que fuera más flexible, que podía

realizarse a mano o con sobadores de piedra. A ella todo eso le pareció fascinante y él lo vio en el brillo de su mirada.

—Me gustaría aprender —dijo.

—La próxima, este pedido tiene que llegar pronto. —Hablar de proximidad de algo a ambos les pareció extraño, ella no se quedaría allí eternamente, era seguro que el invierno la encontraría al reparo de su familia en su ciudad.

—¿Los suyos se hacían así la ropa? —Se atrevió a preguntar.

Y Warhu le contó sobre las prendas, recipientes e incluso muebles que se elaboraban en su aldea a partir de las pieles cosidas con tendones de guanaco o atadas con tientos de cuero. Como ella estaba entusiasmada le explicó que también se pintaban y decoraban las producciones, para lo cual se usaban arcillas que obtenían de fuentes naturales como el carbón, la leña o incluso con grasas derretidas mezcladas con pigmentos de las plantas.

El sol en lo alto del cielo hizo crujir los estómagos, se miraron y se sonrieron.

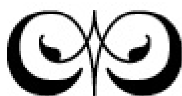
—Traje carne fresca —dijo él.

—Hay comida de anoche —replicó ella.

Warhu se incorporó y ella admiró su cuerpo sudado. Se quitó la camisa, la arrojó al suelo y caminó descalzo hacia la costa. Clara también se puso de pie y lo siguió con la mirada. Lo vio atravesar los guijarros, quitarse los pantalones y meterse al agua. Pensó que ese hombre estaba loco, el agua era helada y el sol apenas entibiaba. Kira había ido detrás de él y estaba sentada sobre sus cuartos, observando. Ambas lo contemplaban. El hombre nadó un rato y después salió. En la orilla se sacudió los cabellos negros y jugó con la perra-loba que quería atrapar las gotas que de ellos se desprendían.

Como si fuera lo más natural del mundo Warhu recogió su prenda y volvió. Pasó al lado de Clara, quien agradeció que ese hombre usara calzones, e ingresó en la casa.

Ella esperó un rato antes de entrar. Él la esperaba con la comida en la mesa.



CAPÍTULO 60

Por la tarde Warhu la ayudó a subir al caballo y fueron hacia el pueblo. No era hombre de visitar a las autoridades, pero en vista de lo ocurrido la noche anterior no quiso dejar a Clara sola en la casa ni paseando por el pueblo. Él se iría y era necesario que todos estuvieran al tanto sobre la amenaza que había recibido.

Al ingresar al caserío las miradas de reproche fueron menos, porque muchas de las mujeres, asustadas por el asesino que andaba suelto, ni siquiera se asomaban a las veredas y encomendaban todo al marido o a los hijos varones.

En la comisaría los recibió Roger, quien saludó a Warhu con simpatía, no así Iván, que también estaba allí y a quien no le gustaba el indio, como solía llamarlo.

Anunciado el motivo de la visita el jefe de policía hizo ingresar a Clara a un despacho, mientras Warhu esperaba afuera. Y como los machos siempre suelen medir sus fuerzas por la hembra, el periodista quiso marcar su influencia sobre ella y dejó entrever que había estado en la casa, con ella, durante su ausencia. No explicó los motivos ni habló de su investigación, pero elogió la decoración interior dando detalles para aseverar que sí había estado. Ante sus dichos Warhu permaneció imperturbable, no era de los que buscaba pelea ni medía sus aptitudes de hombre, aunque por dentro un volcán empezaba a latir.

Dentro del despacho cerrado Clara contó los pormenores de la noche anterior y del disparo que había hecho al aire, que no sabía si había dado en el blanco, por lo cual el jefe de policía puso en marcha un operativo para detener a cualquier persona que presentara una herida de escopeta o mordida, por si acaso la perra-loba había intervenido o de lo que fuera con tal que sangrara y así poder atrapar al asesino.

Después, aprovechando su presencia, la puso al tanto de la teoría de Iván que Roger le había transmitido, que ella ya conocía.

—Atraparemos a quien mató a su marido —le dijo—, estamos ideando un plan. —No le contó que para ello utilizarían un señuelo, una mujer en apuros atacada por un falso violador. Ya habían hablado con una prostituta que a cambio de unos pesos había aceptado fingir el ataque.

—Espero que así sea.

Al salir del despacho Clara no vio a Warhu, pero sí a Iván, quien se le acercó sonriente y con señal de triunfo.

—Clara —dijo y le tomó las manos—, me enteré de lo ocurrido, no es seguro que se quede en esa casucha alejada de todo.

A Clara no le gustaron ni el modo ni las palabras elegidas; retiró las manos y lo dejó continuar.

—Ese hombre no es buena compañía para usted, es un salvaje. —Eso le gustó menos, pero no dijo nada, deseaba saber hasta dónde quería llegar el periodista—. Le ofrezco mi casa, allí estará segura, y estaría en la ciudad, cerca de todo. —Se acercó un poco más a ella —. Cerca de mí.

La puerta se abrió y Warhu ingresó para buscarla. Al verlo ella se separó:

—Le agradezco, señor Palmer, pero estoy bien donde estoy. —Lo dijo alto, para que Warhu también lo escuchara.

Caminó hacia la salida y alcanzó a oír que Iván le decía:

—La espero mañana a la tarde para continuar lo que empezamos. —Ella no respondió y salió detrás de Warhu, quien no le dirigió ni una palabra ni una mirada.

En un silencio enorme avanzaron hasta el caballo y él la ayudó a montar, pero esta vez Warhu montó detrás de ella y pasó sus brazos alrededor de su cintura. Clara sintió que un fuego quemaba su espalda y un aliento tibio acariciaba su cuello; la cercanía de ese hombre la ponía nerviosa como nunca antes hombre alguno. Desde la puerta de la comisaría, Iván lo maldijo.

Llegaron al presidio y Warhu entró en la guardia; ella quedó a la espera, ante el evidente malhumor de su compañero prefirió no insistir para ingresar.

La espera fue corta, al rato Fausto y Warhu estaban frente a ella. El médico se veía demacrado y pálido, y había perdido algunos

kilos, cosa extraña para el escaso tiempo en que no lo había visto. Ojeras como la noche sombreaban sus ojos y un pañuelo cubría su boca.

Explicó a Clara que el penal había sufrido una epidemia de vómitos y descomposturas, seguramente algún producto en mal estado había afectado a la población carcelaria y había llegado hasta él. No sabía si era contagioso y demandaba sus esfuerzos a tiempo completo.

—Debe descansar —le dijo ella—, no lo veo bien.

—Estaré bien.

—¿Mi padre?

—Se repondrá, es un hombre fuerte.

En esas condiciones Clara no podía quedarse a su cuidado y entre ambos hombres decidieron su destino mientras Warhu viajaba a Chile.

Se despidieron con la promesa de que cuando todo aquello finalizara ella podría visitar a Mateo Alcántara.

Durante el camino de regreso Warhu se detuvo en un almacén de ramos generales a comprar provisiones. Miró los pies de Clara, aún usaba esas botitas de piel que habían sido de su madre. La muchacha no se había quejado y pese a ese enojo infundado que le había quitado la paz creyó conveniente comprarle unos zapatos, no quería llevarla a la casa del juez en ese estado.

Sin explicaciones la condujo hasta lo del zapatero y ante la mirada asombrada de Clara pidió calzado para ella. El hombre la hizo sentar y examinó sus pies, revolvió entre los estantes y encontró los adecuados, que le calzaron al igual que Cenicienta.

Cuando Clara hizo ademán de pagar con el dinero que le había hecho llegar su padre, Warhu se adelantó y entregó los billetes al zapatero, quien fue testigo de la discusión de esa extraña pareja, más que discusión, protestas y argumentos por parte de la muchacha, hasta que Warhu se cansó y la sacó del taller para acabar con la escena vergonzosa.

—¡Puedo pagarme un par de zapatos! —dijo una vez en la calle.

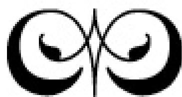
—Lo sé, Clara, pero yo quise regalárselos —explicó él con parsimonia; era mejor ser inteligente con ella que dejarse arrastrar por sus pasiones. Y ante esas simples palabras ella depuso su actitud, mas no le agradeció.

De nuevo sobre el caballo, sintió su espalda ancha protegiéndola del viento, había refrescado y ella no había llevado abrigo. Él sintió su estremecimiento y con un solo movimiento la envolvió con una manta que llevaba a la grupa, luego la aproximó más a su cuerpo caliente.

Clara cerró los ojos y se dejó mecer por el vaivén, se sentía cómoda allí. El silbato del tren fantasma interrumpió el idilio, iba sin presos, volvía del monte con una carga invisible.

La muchacha imaginó las veces que su padre habría estado en él, no supo que Mateo siempre había trabajado en los talleres; la prohibición de salir había sido su castigo por ayudar a Radowitzky luego de sus palizas.

Kira los recibió como siempre en cercanías de la casa. Warhu la ayudó a desmontar y una vez dentro le dio la noticia. Y allí empezó la discusión.



CAPÍTULO 61

Buenos Aires, 1928

Mateo Alcántara también estaba en el lugar y momento equivocados. Después de haber viajado por distintas ciudades del país arengando trabajadores y creando líderes, volvió a Buenos Aires a reunirse con la gente de su partido. Radowitzky estaba preso en Ushuaia, sufría torturas y se le negaban los derechos mínimos que tenía cualquier detenido común.

La prensa ideológica se había hecho cargo de investigar y habían viajado a la Siberia blanca algunos periodistas que desde los diarios *La Protesta* y *Crítica* pusieron en conocimiento de la gente las condiciones de detención y castigo del famoso anarquista.

Desde Buenos Aires empezaron a pergeñarse planes para su fuga que siempre terminaban en fracaso. Incluso se habló de una célula terrorista que operaba para tal fin. Hasta que se ideó lo de la bomba.

Ya en 1926 el director de la prisión, Juan José Piccini, había presentado una denuncia ante el juez territorial por el hallazgo de un elemento explosivo dentro de una encomienda dirigida a su nombre. Los diarios capitalinos se habían abocado al tema y la relacionaron con un intento de fuga de Radowitzky, pero no pudo probarse la supuesta relación con la célula terrorista y todo quedó en el olvido.

Después, le tocó a Mateo Alcántara pagar por la bomba remitida en 1928, que también iba dirigida al director del penal por medio de una encomienda.

El paquete despertó la desconfianza del funcionario y ordenó su traslado a un lugar apartado. Allí se le disparó para ver si había algún riesgo y ante la sorpresa de todos el artefacto detonó. Tal fue

la magnitud que en la orilla quedaron atontados peces y aves y se llegó a la conclusión de que hubiese destruido todo el penal. El estruendo se escuchó desde dos leguas de distancia y durante un tiempo la población sintió un zumbido en la cabeza que les impidió entenderse y los niños estuvieron un buen tiempo recogiendo en las playas fragmentos de tuercas, balines y otros desperdicios de la malograda bomba.

Con la encomienda venía una nota que decía: “*Por intermedio del Dr. Vecchiarelli se le envía un cajón conteniendo aceite Raggio superior, aceitunas verdes, quesos y otras cosas; se servirá Ud. verificar muy bien su contenido y acusar recibo dando su conformidad. Firmado por Raggio Hnos*”.. En el lugar correspondiente, una firma ilegible y un sello ovalado que decía “Artículos La Confianza”.

La investigación llegó hasta Buenos Aires y la prensa reveló la intervención de agentes marítimos en el trámite, porque el envío contaba con la documentación de aduana completa.

El diario *La Nación* se hizo cargo de comunicar los avances de las pesquisas e instaló el tema en la sociedad argentina; la localidad fueguina fue protagonista durante un tiempo de las tapas de los diarios, y en esa intención de esclarecer los atentados terroristas se llegó hasta un local anarquista donde solían reunirse sus adeptos, siendo uno de los detenidos Mateo Alcántara, quien no había tenido participación alguna en el envío de la bomba, pero estaba allí en el momento del allanamiento.

De nada valieron sus defensas, y entre palo y grito fue alojado en un calabozo en el cual fue retenido unas semanas, a pan y agua, mientras se preparaba su traslado a la cárcel del fin del mundo.

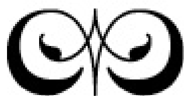
El rumor de su detención corrió por los ríos subterráneos de adeptos y no tanto, y llegó hasta Rosaura, quien, conmovida, quiso avisar a Catalina. Hacía años que no se veían, ambas estaban abocadas a sus esposos e hijos y alejadas de la poca vida política que habían tenido, una por vocación y la otra por inercia.

Rosaura se presentó en la casa de Catalina una tarde primaveral y encontró a su antigua amiga muy cambiada. Ahora trabajaba en una mercería y se vestía como nunca antes lo había hecho. Pese a su disfraz ella pudo ver que solo era una cáscara vacía, su espíritu hacía rato que la había abandonado y ni siquiera pestañeó cuando

le dijo que traía noticias de Mateo.

—No sé quién es ese hombre —le dijo.

Y Rosaura se fue sin contarle lo que había ido a decirle.



CAPÍTULO 62

Ushuaia, 1930

—*N*o me quedaré en casa de nadie —dijo Clara, los brazos en jarra y la mirada fija en los ojos verde-azules.

—Tampoco se quedará sola aquí.

Warhu le dio la espalda y se dispuso a cocinar. No quería discutir con ella y anticipaba que esa mujer no le haría las cosas fáciles. Con Fausto habían coincidido en que no podía quedarse sola y la opción de alojarla en la casa del juez de paz era la más conveniente. Allí estaría cuidada y acompañada. La señora de Rodríguez era una mujer amable y alejada de las comidillas locales, y tenía una hija de la edad de Clara que le serviría de compañía.

—No conozco a esa gente —continuó Clara—, déjeme quedarme aquí.

—Eso está fuera de discusión. —Siguió trozando la carne y las verduras que metería en la olla.

—¡No es mi dueño para que me dé órdenes! —Se envalentonó y se plantó a su lado, obligándolo a mirarla.

—Pero está a mi cargo ahora.

Y en un intento desesperado ella dijo:

—Lléveme con usted entonces.

Él dejó el cuchillo y lanzó una carcajada; para Clara fue como una bofetada.

—No sabe lo que dice. —Y volvió a la carne y a las verduras.

La escuchó protestar y maldecir mientras ingresaba a la habitación. Ruidos de objetos arrastrados y cosas al caer, hasta que ella apareció en el umbral cargando sus pocas pertenencias. La vio dirigirse hacia la puerta, tenía que detenerla.

En dos zancadas le impidió la salida.

—¿A dónde cree que va?

Como toda mujer, Clara había presentido la puja entre los machos y decidió utilizarla a su favor:

—A lo de Iván. —Lo dijo sonriendo con los ojos y con tono desafiante, y él cayó en la trampa.

—Ese tipo lo único que quiere es ponerla en horizontal —dijo entre dientes—. No se irá con él. —Triunfal, la muchacha fingió mansedumbre.

—Lléveme con usted entonces —repitió, dócil como un corderito. La miel de sus ojos parecía líquida y su sonrisa de niña buena fue la perdición del hombre.

—Es un viaje duro, Clara, no son vacaciones.

—Póngame a prueba.

—Vaya, guarde todo eso —resopló—. Partiremos al amanecer.

—No se arrepentirá. —Pero él ya estaba arrepentido, esa mujer había desequilibrado su mundo.

Cenaron en silencio, cada uno metido en sus pensamientos, él rogando para que ella no fuera un estorbo y ella imaginando la aventura que la esperaba en Chile, a donde, por cierto, no sabía cómo llegarían. Se imaginó cabalgando con él a la espalda, sintiendo sus brazos alrededor de su cintura y su pecho firme sosteniéndola. No supo si el calor que la invadía era a causa del guiso o de sus pensamientos. Soñó con praderas verdes y montañas con su blanco ajuar envolviendo el paisaje.

Juntos levantaron la mesa y lo vio preparar su cama, que durante el día levantaba y colocaba contra uno de los laterales.

—¿Cuánto durará el viaje? —quiso saber antes de irse a dormir; tampoco quería ausentarse demasiado, esperaba noticias de su hermano, quería ver a su padre y que se descubriera al asesino. Cayó en la cuenta de que tenía mucho que hacer todavía en ese pueblo y la pregunta que venía evitando se dibujó en su mente: ¿cuándo volvería a Buenos Aires?

—No más de uno o dos días. —Warhu apagó la lámpara y se quitó la camisa—. Vaya, duérmase de una vez.

Antes de ofenderse Clara se puso en su lugar, había invadido su casa, ocupado su cama e interferido en su trabajo con esa locura de viajar con él, no podía culparlo de su mal humor.

—Hasta mañana —le dijo, y él respondió con un murmullo.

Clara durmió a los saltos, se despertaba a cada crujir de las maderas y con el susurro del viento. Tenía miedo de que él se fuera sin ella; no se daba cuenta de que Warhu no la dejaría a merced de un asesino.

Al alba lo escuchó trajinar en la cocina y se levantó. Apareció con ojos de sueño y gesto cansado y él supo que arrancarían mal.

—Le dije que durmiera —fue su saludo, y le sirvió el desayuno.

Warhu revisó todos los utensilios que llevaría, las pieles ya las había enrollado y sujetado la tarde anterior.

Cuando tuvo todo listo la miró de arriba abajo, estudiando si le faltaba algo. Al detenerse en sus zapatos recién comprados hizo un gesto de desaprobación y fue directo a un baúl que había en un rincón de la cocina. Extrajo de él unas botas de cuero y piel y se las ofreció. Ella vaciló, pero al ver la rotundidad de su mirada se sentó y se las calzó. Le quedaban algo grandes y Warhu solucionó el problema con unas medias de lana.

Salieron, el sol apenas alumbraba sobre las aguas del canal, cuyo color era rojizo. El cielo era una paleta de colores cambiantes a cada segundo.

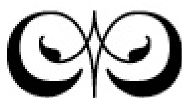
Clara miró a su alrededor, era bellísimo. Se extrañó de no ver el caballo, seguramente Warhu lo llamaría y él vendría al galope.

Por eso, cuando lo vio tumbar la canoa y meter todas las cosas en ella la duda se abrió camino.

—¿No iremos a caballo? —preguntó.

Él lanzó esa carcajada que a ella irritaba y la miró divertido antes de decir:

—¿A caballo, a Chile?



CAPÍTULO 63

Un nuevo buque ingresó en el puerto de Ushuaia en el momento exacto en que la canoa de Warhu se echaba a navegar por el Canal Beagle.

El barco traía periodistas, comerciantes y entre el pasaje viajaba el padre de Hernando Torres, con toda la intención de llevarse el cuerpo de su hijo. Su madre no había querido embarcarse en semejante aventura y menos para tal empresa. Para ella ya no habría consuelo, con cuerpo o sin cuerpo.

Junto a él desembarcó también Javier, quien traía dinero y noticias de Felipe.

Fueron recibidos por las autoridades locales y hospedados en la casa del juez de paz, cuya familia ya se había hecho a la idea de alojar visitas y aguardaba la llegada de Clara.

El pueblo entero salió a las calles olvidando la amenaza del estrangulador y los rumores empezaron a rodar otra vez. Y la historia se deformó tanto que a los oídos de suegro y hermano llegó la historia de la viuda asesina que vivía con un lobo salvaje en una choza al sur del pueblo, luego de andar en amoríos con un oficial del crucero para terminar después enredándose con un presidiario.

Javier no creyó todos esos inventos, conocía a su hermana lo suficiente para no caer en aquella trampa de hablillas malintencionadas. No fue el caso del doliente suegro que creyó todo eso y más; él nunca había visto con buenos ojos ese matrimonio tirado de los pelos y cuyo fuego se alimentaba solo por la atracción que Hernando tenía por esa mujer.

Y cuando el jefe de policía les contó de los asesinatos y en la calle no se hacía otra cosa que hablar de la muerte del gringo a manos de su esposa, el señor Torres empezó a peregrinar por despachos y oficinas, amenazando incluso llegar hasta la

gobernación si no le permitían llevarse el cadáver de su hijo.

A Javier los rumores lo condujeron hasta el presidio, donde fue recibido por un doctor Rivera casi transparente a causa de los vómitos, quien le dio información más creíble sobre su hermana.

Le contó todo lo que había ocurrido desde la llegada del *Monte Cervantes* y a Javier se le acomodaron un poco las fichas de ese intrincado rompecabezas.

—¿Dónde está Clara? —quiso saber Javier, y Fausto no supo qué responderle.

Con las escasas fuerzas que conservaba en su cuerpo después de días y días de vómitos, pidió prestado un sulky en la prisión y lo llevó hasta la casa de Warhu, donde esperaba encontrar a la muchacha.

Al llegar vio todo cerrado y supo que allí no había nadie. La ausencia de la canoa en el lugar de siempre, y la de Kira, que cuando Warhu viajaba se iba a los montes, le indicaron que este había partido hacia Chile. Se preguntó dónde estaría Clara y la sospecha se abrió camino con la claridad de un amanecer.

A su lado, Javier lo seguía como perro sabueso y miraba todo con ojos alucinados y sin emitir palabra. El lugar era hermoso y entendió por qué su hermana continuaba en el fin del mundo.

Fausto caminó hacia la orilla y en la arena distinguió los dos pares de pisadas que se hundían en dirección al agua. Dos pares de huellas bien definidas le indicaron que Clara se había ido con Warhu a Chile.

No podía culparlo, él mismo había sido presa del encandilamiento de una mujer muchos años atrás, tantos que le parecía que Gianna había pertenecido a otra vida y a otra dimensión.

Miró a Javier, expectante frente a él, y supo que lo que le diría no haría más que aumentar las murmuraciones sobre su hermana, que dejarían su imagen por el piso.

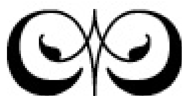
El muchacho recibió la noticia con entereza, pese a todo, confiaba en ella y su buen juicio, no era quién para condenarla. Si Clara se había ido, sus razones tendría.

Volvieron al pueblo y acomodaron la información para que fuera menos comprometedora para la mujer, pero el hecho era el mismo por más que las palabras se dijeran de derecho o de revés y Clara

otra vez estuvo en boca de todos.

El señor Torres logró en dos días lo que nadie hubiera logrado en años, pasados los cuales se subió al primer barco que salió rumbo a Chile y que luego lo llevaría a Buenos Aires; cualquier cosa antes que quedarse en ese pueblo infame donde solo se hablaba del asesinato del gringo, y el gringo era su hijo, que viajaba en un ataúd recién desenterrado, en violación a todas las normas y disposiciones locales y provinciales. Pero como siempre ocurre, donde manda el dinero los ojos son ciegos y las bocas mudas, y aquí nadie vio ni escuchó nada.

Javier se quedó en la ciudad, él quería ver a su hermana, y aprovechó su estadía en la casa del juez de paz para hacer migas con su hija, una muchacha simple, cuya aburrida vida pueblerina amenazaba con ahogarla.



CAPÍTULO 64

No bien Clara vio que Warhu enfilaba con la canoa hacia la playa se evaporaron sus sueños de cabalgata. No le gustaba quedar a merced de las aguas del canal en esa construcción angosta y larga, todavía tenía muy presente el naufragio del buque *Monte Cervantes*, pero ella había insistido en ir y ahora no podía echarse atrás.

Warhu la hizo subir y él empujó la embarcación hacia donde había un poco más de profundidad. Una vez acomodados ambos y repartido el peso, el hombre empezó a remar. Ella quería hacer miles de preguntas, desde cuánto demorarían en llegar hasta dónde se alojarían, pero su compañero tenía el entrecejo fruncido y estaba concentrado en que la canoa avanzara; mejor no molestar, no fuera a ser que él se arrepintiera y la arrojara al agua.

Clara se dedicó a contemplar el paisaje, la vista de la isla y el pueblo desde el canal era bellísima y le daba otra perspectiva de las cosas. Reconoció también la pequeñez del hombre en medio de esa inmensidad que podía ser traicionera si quien conducía no era un experto, como había pasado con el crucero que había encallado entre las rocas.

A medida que se alejaban del caserío al vaivén del agua el miedo inicial cedió y dio paso a la serenidad. Junto a ese hombre se sentía segura, él remaba con maestría y la canoa avanzaba rápido, incluso sorteaba las corrientes como si fuera un pez. De reojo observó sus músculos en tensión, ella tenía frío y él se había quitado la chaqueta y solo lo cubría una fina camisa que dejaba ver su cuerpo hercúleo.

Una bandada de aves los sobrevoló y ella sonrió. Y como si la naturaleza se hubiera puesto de acuerdo para brindarle un

espectáculo, una familia de lobos marinos empezó a nadar al lado de la canoa, acompañando el viaje.

—¿Son peligrosos? —preguntó al verlos tan cerca.

—Son de mi familia —respondió él, burlón y de mejor humor al ver que ella no molestaba.

—Muy gracioso.

Continuaron navegando por el canal y cuando llegaron a la altura de una isla él le dijo que había nacido allí. Era la isla Gable, enorme y maravillosa, hogar de los yámanas. Clara no pudo evitar preguntar y él le contó un poco de la historia del lugar, de la expedición de Fitz Roy y del misionero Thomas Bridges, quien había creado la Estancia Harberton. La isla Gable estaba acompañada de una veintena de islas e islotes menores, una de las cuales se llamaba Warú, donde él había nacido.

En una zona en que pudo acercar la canoa a la orilla Warhu le mostró las pingüineras y la hizo sonreír cuando vio el caminar gracioso de los pingüinos. Le habló de sus costumbres, sus nidos y de la fidelidad. Le contó que cuando el macho elige una hembra es para toda la vida, y ella pensó en lo diferente que eran los humanos, y en ella misma, que se había casado con Hernando sin estar enamorada de él. Warhu le contó también cómo el pingüino cortejaba a la hembra.

—Busca una piedra perfecta y cuando la encuentra se inclina y la coloca frente a ella. Si ella la toma es que acepta la propuesta.

A Clara eso tan simple le pareció maravilloso, los hombres eran mucho más complicados y las mujeres más pretenciosas. Él le habló de los cantos que incluían el cortejo, una especie de rebuzno agudo que ambos compartían, inflando el pecho y sacudiendo las cabezas.

—Muchos la llaman la canción del corazón.

El sol ascendió en el cielo, pero no logró calentar el aire, en medio del agua la muchacha sufría mucho más el frío y recapacitó que pese a la belleza del paisaje y la mágica experiencia quizá no había sido una buena idea ese viaje; añoró la fogata en el interior de la choza y el calor de ese refugio al cual se estaba acostumbrando.

Al cabo de unas horas Clara advirtió que Warhu enfilaba hacia una orilla y ante su pregunta él le dijo que ya estaban en suelo chileno.

Cuando tocaron tierra Warhu escondió la canoa entre unos árboles y cargó el atado de pieles a su espalda; le dijo que de ahí en más caminarían.

Ella tenía hambre, sed y ganas de ir al baño, pero supuso que el sitio de destino estaría cerca y no quiso importunar. La caminata parecía interminable y Clara tuvo que interrumpirla para internarse entre los arbustos. Warhu aprovechó para descansar su espalda; luego emprendieron la marcha otra vez.

—Vamos, pregunte —le dijo al fin, presintiendo que ella tenía muchos interrogantes atragantados en la garganta. Y Clara preguntó.

Él le explicó que el comercio de pieles se había iniciado muchos años atrás, con Luis Piedra Buena del lado argentino y José Nogueira del lado chileno. Al principio era un trueque entre los aborígenes y los blancos, luego aparecieron cazadores que se fueron apropiando del negocio, desplazando a los aborígenes a quienes emborrachaban para robarles lo producido de su cacería.

—¡Qué injusto!

Le contó también sobre las plumas de avestruz, las pieles de lobo marino, guanaco y nutrias y las capas y prendas que podían elaborarse con ellas.

—Las pieles siempre fueron un material valioso de exportación —le explicó, y ella admiró que él supiera tanto; se sintió ignorante —. Hace ya varios años que se envían a Europa en barcos de importantes compañías navieras. Van apiladas en barriles, unas sobre otras, cubiertas con capas de sal.

—Todo esto es un mundo nuevo —dijo más para sí que para él, pero Warhu la escuchó y sonrió; le faltaba todavía mucho por descubrir.

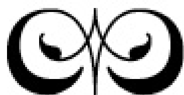
Después de más de una hora de caminata llegaron a la civilización, que no era más que un pequeño poblado parecido a Ushuaia, también cerca del agua.

Warhu se dirigió hacia una de las construcciones, era un galpón alargado donde varios hombres trajinaban con bultos. Él ingresó y se perdió entre ellos, Clara aprovechó para sentarse sobre un tronco y descansar.

Cuando él regresó ella vio que solo tenía un pequeño atado de pieles, las más pequeñas.

—¿Ya terminó? ¿Podemos comer algo?

Por toda respuesta él la guio hasta una fonda. La mujer que atendía parecía conocerlo porque se dirigió a él con familiaridad y le preguntó si quería lo de siempre. Warhu asintió y le pidió que trajera porción doble.



CAPÍTULO 65

Fausto todavía seguía luchando contra ese enemigo invisible que había atacado al presidio y enfermado a gran parte de la población carcelaria. Él mismo no lograba sobreponerse y cuando parecía que mejoraba volvían los síntomas y los vómitos. El director y el alcaide estaban en cama y sus puestos habían sido ocupados de hecho por dos celadores que se habían recuperado, quienes, entusiasmados con el poder echaban mano del castigo incluso sin que hiciera falta, porque los presos estaban tan maltrechos que no había espacio para la desobediencia.

Fausto ansiaba que Ramiro Vidal se recuperara pronto y volviera para poner orden, al ser uno de los celadores de más antigüedad los otros lo respetaban. Decidió que cuando lograra salir del presidio le haría una visita, y de paso, veía a Isabel, en quien pensaba más de lo que deseaba.

El tren que solía partir todas las mañanas al Monte Susana se vio tan diezmado que parecía un tren fantasma cuyos pasajeros transparentes corrían riesgo de volarse ante la menor ventisca.

El resto del pueblo estaba en perfectas condiciones, parecía que el virus se había apoderado del presidio.

El comisario y Roger evaluaban la hipótesis presentada por Iván y cada día se convencían más de que tenían que tender una trampa al asesino. Por muchas sospechas que recayeran sobre Clara todos sabían que esa mujer, por muy mal carácter que tuviera y amoríos alimentara, no podría haber ahorcado a dos hombres de complexión fuerte como eran Hernando y el marinero.

Sentados frente a frente en el escritorio pergeñaban la manera de atraer al asesino. Ya tenían a la mujer que simularía estar en apuros para que el justiciero la salvara, les faltaba el victimario y armar la escena.

Roger decía que el escenario tenía que ser similar a los anteriores, cerca de la costa y en un lugar despejado.

El jefe de policía propuso vestir a la prostituta como una dama respetable, no fuera a ser que el asesino la reconociera y por su condición de tal no le importara salvarla.

Entre uno y otro no lograban ponerse de acuerdo en el libreto de la escena a actuar y decidieron llamar al periodista, quién mejor que él, que escribía cuentos policiales, para idear la trama.

Y como si fueran el director y los actores de una obra de teatro, entre los tres se sentaron a escribir un cuento de dramas y miedo que luego tendrían que personificar y que pondría a la mujer en apuros para que el justiciero-asesino fuera en su auxilio y ordenara las cosas.

Se entusiasmaron tanto que olvidaron sus verdaderas funciones y acudieron a las mujeres de su familia para que les prestaran ropas y sombreros y así personificar a la damisela. Le tocó a Iván disfrazarse de mujer y a Roger ser su victimario. El jefe de policía sería el asesino que ahorcaría al atacante de la pobre víctima.

La comisaría se transformó en un teatro sin espectadores, escenario sin telón y aplausos sin público. A sus representantes les gustó tanto la historia que se habían inventado que ya estaban planeando actuarla en la próxima quermese del club e Iván soñaba con escribir la obra de teatro completa.

Al cabo de esa tarde en la cual cada uno a su manera alejó sus demonios y dejó salir al niño que tenía dentro, ya tenían el circo armado y esperaban poder actuar la función.

A cambio de unas monedas Dadá les sirvió de mandadero en el ir y venir con sombreros y vestidos, y como no le contaron nada el muchacho supuso que era una sorpresa para alguna celebración del pueblo. Incapaz de mantener la boca cerrada se ocupó de gritar a los cuatro vientos que, entre el jefe de policía, su ayudante y el periodista estaban ensayando para una obra de teatro, y que Iván haría de mujer.

El rumor alivió un poco la tensión del pueblo, que ante el temor del asesino del gringo y los vómitos y cagaderas del presidio vivía puertas adentro y sin el menor contacto posible entre unos y otros.

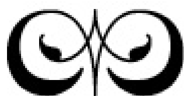
Al enterarse el jefe de policía de que todo había sido en vano, puso el grito en el cielo e hizo traer a Dadá. El muchacho, asustado,

prometió que haría lo que le pidieran con tal de subsanar su error. Entonces entre el jefe de policía, Roger e Iván inventaron una historia que desmentía en su totalidad la anterior. Y el pueblo, que ya no sabía qué versión creer, conociendo a Dadá y sus limitaciones, olvidó todo y volvió a encerrarse en las casas hasta que pudieran atrapar al asesino.

Javier, más allá de lo pintoresco que todo eso le resultaba, quiso saber la verdad y se plantó frente al jefe de policía para exigirle una respuesta. Y este no tuvo más remedio que satisfacer sus inquietudes, asegurándole que no bien pasaran unos días y el rumor cayera indudablemente en el olvido, arrancarían con el plan.

—Quiero llevarme a mi hermana —dijo cuando le contaron los pormenores.

—Cuando detengamos al asesino ella podrá irse —le prometió.



CAPÍTULO 66

Cuando Fausto logró salir del presidio fue directamente a casa de Ramiro Vidal, que continuaba esclavo del baño.

Su esposa lo recibió preocupada, temía que su marido se fuera por el retrete, y le pidió que le diera cualquier cosa fuerte que acabara con sus vómitos. Mas Fausto no tenía otra cosa que sus brebajes de hierbas ancestrales, con eso había logrado sacar adelante a algunos de los presos, pero también sabía que con otros no había funcionado.

Revisó a su amigo, tenía el hígado inflamado, y le recetó otro tipo de té y dieta.

—Pero si hace tres días que no come —se quejó la esposa.

—Solo líquido —recomendó Fausto.

Al quedar a solas con su amigo el enfermo le pidió:

—Prométeme que si me muero las vas a cuidar.

—No te vas a morir, pero las cuidaré igual.

Cuando salió del cuarto se encontró con Isabel, que lo estaba esperando.

—Isabel, qué gusto verla. Gracias por ir a cuidarme.

—No podía perder la oportunidad de ver otra vez esas revistas tan interesantes que tiene, doctor.

Lo guio hasta la puerta, no quería hablar con él dentro de la casa. Una vez fuera se sentaron sobre un banquito de madera que miraba hacia las montañas.

—¿Es grave lo que tiene mi padre?

—Nada que una buena dieta y descanso no puedan curar —dijo Fausto, aunque no estaba del todo seguro.

—¿Y tú cómo te sientes?

—Mejor, aunque cansado.

—Deberías descansar más, estás demacrado.

En un impulso Fausto le tomó la mano.

—Gracias por preocuparte por mí.

—Eres uno de los pocos solteros interesantes que hay en este pueblo —dijo ella, y eso lo hizo sonreír.

—¿No crees que soy viejo para ti? Más que soltero me siento solterón.

—¿Qué queda entonces para mí?

Él indagó en su mirada, pero no vio señales de pesar.

—Cuando toda esta peste pase quisiera invitarte a un día de pícnic, hay un sitio muy lindo cerca de la laguna.

—¿Me llevarás a la laguna verde?

—Sí, me gustaría que fuéramos juntos. ¿Te animarás a montar? Puedo pedir un caballo prestado.

—Nada me gustaría más. Cuando era pequeña papá me llevaba al campo de un amigo, había un petiso que me prestaban —le contó —, yo creía que era mío y cada vez que nos íbamos me lo quería llevar.

—Mi relación con los animales no fue tan cercana, de donde yo vengo… —al decirlo los ojos se le apagaron un poco e interrumpió la frase.

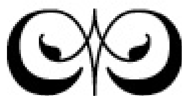
—¿Algún día me contarás de dónde vienes?

—Algún día… —Se levantó—. Tengo que irme ahora.

De pie frente a frente Fausto la tomó por la nuca y se acercó a su boca. Fue un beso suave que prometía muchos más. Cuando la soltó, le acarició la cara.

—Hasta pronto.

El camino de regreso se le hizo más liviano, ni siquiera sentía la cojera de su pierna. Viajaba con una esperanza.



CAPÍTULO 67

Después de almorzar a Clara le dio un poco de sueño, la comida había sido suculenta. Se sentía cansada de solo pensar que tenía que andar de nuevo hasta la canoa y hacer todo el camino de regreso por el agua.

Warhu se levantó y fue hasta la barra. Le pidió algunas cosas a la mujer, que desde la distancia Clara no pudo distinguir, las guardó en su morral y pagó.

—Vamos —le dijo. Recogió el atado de las pieles chiquitas y salieron.

El sentido de orientación le dijo a Clara que iban en la dirección equivocada, la canoa no estaba por allí. Dudó en hacérselo notar, él seguramente había hecho ese viaje cientos de veces, mejor esperar.

Caminó junto a Warhu unos cuantos metros, la comida iba cediendo espacio y se sintió mejor. Se detuvieron ante una vivienda adornada con troncos y tientos de cuero frente a la cual había un enorme perro gris. Al reconocer a Warhu el animal se le acercó y se restregó contra sus piernas. Ella se tensó y recordó la primera vez que había visto a Kira, pero el animal apenas la olió y fue a sentarse otra vez delante de la puerta.

Warhu golpeó. Al cabo de unos segundos apareció un hombre, era tan viejo como el mundo, pero conservaba una gran cantidad de pelo que llevaba atado en la nuca. Clara había quedado unos pasos más atrás y no escuchó lo que decían, pero vio que Warhu regresaba hacia ella con gesto de disconformidad.

—Tendremos que quedarnos hasta mañana —le informó y deshizo el camino que los había llevado hasta allí.

En silencio atravesaron el caserío y lo dejaron atrás.

—¿A dónde vamos?

—A buscar un sitio para dormir.

—¿Hay hoteles en el bosque? —preguntó con ingenuidad, y él largó una de esas carcajadas que a ella empezaban a molestarle—. ¿Dije algo gracioso? —Se detuvo en seco y lo miró con furia.

—Clara, aquí no hay hoteles. —Extendió el brazo y señaló el pueblo que estaba a sus espaldas—. Apenas alguna habitación en un ramos generales.

—¡Tengo dinero! —Sacó de un bolsillo los billetes que le había enviado su padre—. Yo lo pagaré.

—No se trata de dinero. —Le dio la espalda y siguió andando en dirección al bosque. Al ver que ella no lo seguía añadió—: No sea caprichosa, fue usted la que quiso venir en vez de quedarse en casa del juez.

Ella bufó y recapacitó que no podía quedarse allí sola. Enojada, fue tras él.

Caminaron en silencio a través de los árboles y en el trayecto a Clara se le fue pasando el mal humor; era todo tan bello que se dejó llevar por el sonido de los pájaros, el rumor de un curso de agua y el crujir de los árboles.

Llegaron a donde estaba la canoa y él sacó unas pieles que estaban en la base y que Clara no había advertido. Lo vio tomar un hacha que llevaba entre sus cosas y cortar ramas largas.

Las copas de los árboles sumían al sitio en penumbras, unas nubes habían tapado el sol y la humedad del agua se sentía cerca. Hacía frío.

—¿Puedo ayudar en algo? —ofreció.

—¿Se anima a encender una fogata? —Ya había encendido otros fuegos, pero en su presencia era todo un desafío. Recordó lo que le había visto hacer adentro, no podía ser tan difícil lograrlo afuera.

Reunió troncos secos y cortezas y fue armando la pira. Cuando logró encenderla, plena de orgullo, giró y descubrió que con los palos y pieles Warhu había armado una especie de tienda triangular. ¿Acaso pensaba que ella dormiría ahí? De solo imaginarlo sintió miedo. De seguro habría animales sueltos y estaba a la intemperie. Además, esa tienda era demasiado pequeña.

—¿Eso…? —No supo cómo continuar.

—Sí, dormiremos ahí. —Fue su respuesta, y se alejó hacia la orilla, que estaba a unos cien metros, donde lo vio refrescarse.

Clara se sentó frente a la fogata y acercó las manos y los pies.

Quizás hubiera sido mejor quedarse en la casa del juez de paz.

Cuando él regresó terminó de acomodar la tienda y metió en ella su morral y más pieles. Después se sentó frente a Clara y extendió la mano.

—Tome, lo compré para usted, pensé que le gustaría comer un postre.

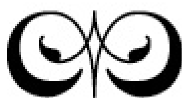
La joven tendió la suya y tomó lo que él le ofrecía. Abrió el envoltorio, era una barra de chocolate. El detalle del hombre dio paso a un sentimiento y le sonrió. Amaba el chocolate. Estuvo a punto de llevárselo a la boca, lo miró. Él estaba expectante, como un niño en busca de aprobación. Clara partió la barra a la mitad y le ofreció un trozo que él se metió completo a la boca.

—Gracias, me gusta mucho el chocolate.

Disfrutaron del sabor al calor de las llamas, que los fueron envolviendo, y el silencio, que a veces suele ser incómodo, fue un remanso para ambos. Después vino la conversación y se abrió el camino de las confesiones por parte de ella. Una simple pregunta de él abrió el caudal de sus pesares, y le contó sobre el hombre que la había criado y a quien ella quería como a un padre, y de ese padre nuevo que estaba encerrado en el presidio y con el cual apenas había podido hablar.

Él también le habló de su infancia y del padre ausente, del sustituto que había hallado en Fausto, de su madre y su amor secreto y de esa abuela, medio chamán, medio bruja, que aparecía cuando alguien la necesitaba.

La tarde cayó y la luz dio paso a la noche, ellos seguían allí, contemplando el fuego.



CAPÍTULO 68

Buenos Aires, 1928

Por más que Catalina no quiso pensar en eso que había ido a decirle Rosaura, la duda quedó dando vueltas por su cabeza. Si antes estaba ausente, a partir de esa visita se perdió más en sí misma y en ese mundo al cual nadie podía ingresar.

En esos tiempos Felipe se había puesto de socio con un gallego que lo había entusiasmado con la venta de jamones que un paisano amigo les traía desde un campo cercano. Ese nuevo negocio lo obligaba a viajar con frecuencia, lo cual para él ya era una forma de vida. Al costado de la cama siempre había una valija armada y a veces Felipe se iba sin siquiera avisar que se demoraría uno o dos días; la ausencia de la maleta era suficiente.

Los hijos, ya grandes, no les prestaban demasiada atención a los padres; Javier seguía los pasos de Felipe buscando negocios que lo volverían millonario y Clara había descubierto la vocación por los peinados e intentaba, sin lograrlo, ingresar a trabajar como ayudante de peluquera.

Una mañana Catalina salió al porche y encontró un montón de libélulas muertas entre sus plantas. No eran las iridiscentes de siempre, sino oscuras y ordinarias, pero ella lo interpretó como una señal de mal presagio. Las recogió una por una, como quien recoge el cuerpo de un familiar herido de muerte y con cuidado las metió en una caja. Las cubrió con un papel de seda iridiscente y las llevó hasta su altar. Encendió velas y elevó una plegaria a los santos.

Con el correr de los días, la caja de las libélulas se llenó de tierra y un día captó la atención de Javier, a quien se le ocurrió curiosear de qué se trataba. La abrió, pensando que debajo de ese papel tan bonito habría algo importante, pero al descubrir que se trataba de

un montón de bichos muertos la soltó de inmediato y los cadáveres de las libélulas quedaron desparramados por el piso.

Con prisa, antes de que volviera su madre y viera el desastre, las juntó con la pala y las tiró a la basura. Colocó el papel como estaba y devolvió la caja a su altar.

Cuando Catalina regresó notó que la caja se había desplazado de su sitio habitual y tuvo un mal presentimiento. Con cuidado, tomó el cofre que contenía lo que para ella era un mensaje divino sobre el destino final de Mateo Alcántara y lo abrió. Al quitar el papel de seda y ver que las libélulas habían desaparecido, sus ojos se llenaron de agua y dejó caer las lágrimas. Mateo había subido al cielo y ya podría descansar en paz. Seguramente estaban juntos y eso la reconfortó.

Algunas velas estaban apagadas y ella se ocupó de encenderlas a todas. Después se arrodilló frente a su altar y empezó a rezar por el descanso de esas almas inocentes que no habían podido ser.

Así la encontró Clara cuando regresó de una de sus frustradas entrevistas. Por más que le preguntó por qué lloraba, no logró sacarla de ese estado. Catalina se mecía y sus lágrimas habían formado un río que se deslizaba, manso, hacia la rejilla de la cocina. Sus labios temblaban y la plegaria ininteligible se perdía en los ruidos cotidianos que venían de la calle.

Parecía atornillada al suelo y a Clara le costó sacarla de allí. Al ver que la fuerza no le serviría de nada, la hija recurrió a la dulzura, y entre palabras susurradas y caricias tibias logró que Catalina se pusiera de pie.

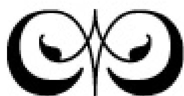
Atravesaron el río de lágrimas que empezaba a tornarse correntoso y lograron llegar al cuarto. Clara la ayudó a acostarse y le preparó un té de hierbas para que se relajara.

—La caja —pidió Catalina.

Clara fue hasta el altar donde hacía pocas semanas había una caja llenándose de polvo y cenizas y la abrió, curiosa. No había nada. Solo un fino papel de seda de colores iridiscentes que nunca antes había visto. Con ella en las manos volvió al cuarto y la puso en el regazo de su madre. Catalina la apretó, cerró los ojos y se durmió.

En esos tiempos empezó la decadencia de Catalina, cada día más ausente, cada día más lejana. Y fue tiempo después que pasó lo de

la caja destripada.



CAPÍTULO 69

Ushuaia, 1930

Ya era noche, noche cerrada y sin luna. El bosque era una boca negra donde ni los fantasmas se atrevían. El rumor del agua a unos metros era manso cuando Warhu fue hasta la orilla, se quitó la ropa y se metió a nadar. Mitad hombre, mitad lobo de mar. Clara se quedó junto a la fogata abrazada de pieles.

—No entiendo cómo no tiene frío —le dijo cuando él regresó, húmedo todavía, apenas cubierto con el pantalón y la camisa.

Y él le contó que sus ancestros vivían casi desnudos, y que para paliar el frío se untaban el cuerpo con aceite y grasa de los animales, a veces cubrían sus hombros con piel de foca o de nutria. También le explicó que se habían enfermado cuando el hombre blanco les inculcó la costumbre de vestirse. La ropa generaba humedad y así aparecieron las primeras enfermedades.

Estaban uno a cada lado del fuego, mientras él preparaba algo para comer. Clara no quiso preguntar qué clase de carne era la que estaba asando, pero cuando la tuvo en la boca le supo sabrosa.

El frío había aumentado, incluso estando casi encima de las llamas lo sentía en los huesos. Warhu le había explicado que tenían que quedarse esa noche porque uno de sus compradores, que venía del norte de Chile, se había retrasado. Esperaba poder dormir, la oscuridad del bosque y el chillido de animales desconocidos la asustaba, además del hielo que sentía en todo su cuerpo.

Finalizada la comida y con una pericia asombrosa Warhu trasladó el fuego a la entrada de la pequeña tienda que había armado al reparo de los árboles. Clara lo observó sin comprender cómo había hecho para que no se le desarmara. Lo vio agregar más leña y extender las pieles en lo que sería su cuarto. ¿Él dormiría ahí

también?

Sus miradas se cruzaron y ella supo que tendrían que compartir ese improvisado lecho. Pensó en la proximidad de su cuerpo que imaginó tibio, quizá le sería útil.

Clara se acercó y no supo qué hacer, él distendió el momento ofreciéndole elegir el lado que prefería de la tienda.

Cuando se acostó sintió que el suelo era duro, las pieles no lograban separarla mucho de él. Tomó una de las mantas cuyo olor salvaje ya se le había vuelto familiar y se cubrió con ella. Era pesada pero no alcanzó para entibiar su cuerpo.

Warhu se tumbó a su lado, murmuró un "hasta mañana" y le dio la espalda.

Clara cerró los ojos. El grito de un ave nocturna la tomó desprevenida y su cuerpo reaccionó con un respingo, su pecho estaba agitado. Maldijo la hora en que había decidido embarcarse en esa aventura y el arrepentimiento de sus decisiones se abrió camino en ella.

El frío la hacía tiritar incluso con la fogata encendida a pocos metros. Tenía los pies helados y el aire atravesaba las gruesas pieles que la cubrían. A escasos centímetros Warhu parecía dormir. Ella daba vueltas y más vueltas sin entrar en calor. A su incomodidad se sumaban los ruidos de la noche, que la asustaban pese a que él le había dicho que estaban seguros allí.

Un movimiento a su espalda la hizo sobresaltar, era Warhu, quien como un gato silencioso se había acercado. Sintió las pieles levantarse y su cuerpo detrás de ella.

—¿Qué hace? —Su voz era duda, ganas y ansiedad.

—La daré calor, así se queda quieta y me deja dormir.

Y él cumplió, incluso sin tocarla, su humanidad era fuego líquido. Clara sintió la presencia de su cuerpo a un suspiro del suyo y fue suficiente para que ella entrara en calor. Se durmió enseguida, serena y sabiéndose cuidada.

Y así como la Tierra gira alrededor del Sol, los cuerpos fueron girando hacia un lado y hacia el otro, hasta terminar ella durmiendo sobre el pecho de él. Brazos entrelazados y manos quietas al principio, con vida propia después. Se buscaron, tímidas, reconociendo la superficie tibia y palpitante del otro. Subían, bajaban, se detenían. La ropa se interponía y los ojos se abrieron

buscando el permiso. Las miradas se encontraron en las llamas y ardían más que estas. Una boca se lanzó sobre la otra y hurgó en ella hasta lograr el gemido. Se desprendieron ataduras, botones y prejuicios y se besaron la piel y el alma. El frío se fue y todo era fuego.

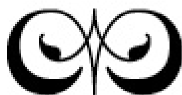
Warhu entró en ella y la llevó a navegar mares y canales, la hizo cabalgar por praderas llenas de flores y alcanzar la cima de la montaña más alta, donde nunca antes había llegado. Los seres del bosque huyeron ante sus alaridos, más animales que los de las bestias mismas. Después, volvieron a besarse y se dejaron dormir uno en brazos del otro.

El amanecer los encontró enlazados, ya no había frío ni soledades. Lo primero que vio Clara al abrir los ojos fue la mirada verde azulada que iluminaba la tienda y el más allá. Ninguno supo qué hacer y él tomó la iniciativa de besarla. Más fuego líquido, más caricias, ausencia de palabras.

Después, hambrientos, bebieron el desayuno y levantaron el campamento. Caminaron hacia el poblado donde el comprador de pieles aguardaba a Warhu y concretaron la operación.

Durante todo ese tiempo Clara iba ausente, ingrávida, como si algo nuevo se hubiera apoderado de su ser. Pensó en Catalina y se sintió un poco ella.

Al finalizar su transacción Warhu indicó que era hora de volver, livianos de carga y extraños, subieron a la canoa y emprendieron el regreso en silencio.



CAPÍTULO 70

De nuevo en la cabaña ninguno de los dos supo qué hacer con el otro. No era la primera vez que Warhu estaba con una mujer, pero nunca en su casa, y la presencia de Clara, que parecía flotar como un globo sin rumbo, lo perturbaba.

—Iré a la ciudad —dijo ella.

—Te llevaré —dijo él.

La ayudó a montar y el tocarse fue quemarse. Aturdida, ella apoyó la cabeza en la espalda de él, él le acarició las manos que se aferraban a su cintura. Ganas, deseo, locura.

La dejó en el presidio y le dijo que la esperaría en el pueblo. Se fue al galope con la intención de que el viento despejara sus dudas.

Clara se hizo anunciar y pidió ver al doctor Rivera. Esta vez él la recibió, ni el director ni el alcaide se habían recuperado del virus y pudo disponer la visita.

Un Fausto demacrado y pálido la hizo entrar en el despacho del director. Le contó que los presos se iban recuperando poco a poco y al querer saber ella de Mateo le dijo que él ya estaba bien.

—Quiero verlo.

La condujo hacia la misma salita de la vez anterior y se sentó a esperar. Cuando el celador hizo ingresar a Mateo Alcántara ella supo que saldría de allí con una mala noticia. No pudo discernir de dónde le venía esa certeza, pero estaba allí, firme, anticipando un final que no era el esperado.

Desde un rincón, Catalina los miraba. No había podido acompañar a su hija a través del canal, su cuerpo de fantasma no había alcanzado a subir a la canoa, pero sabía lo que había ocurrido en Chile. Se dijo que como alma en pena no tenía demasiados poderes ni influencias y que Clara cometía, sino los mismos errores que ella, algunos similares.

Cuando Mateo se sentó, a una señal de Fausto el celador los dejó solos. A ella le dio pena ver a ese hombre con grilletes en pies y manos. Su mirada límpida carecía de maldad.

—He venido a que me cuente mi historia —le dijo, y sus ojos le imploraron la verdad, esa verdad que le habían ocultado y que ella sentía próxima.

—No conozco tu historia, Clara.

—¿Por qué lo niega? Sé que usted tuvo un romance con mi madre. —No le gustó cómo sonó aquello, parecía algo sucio y ella creía que se habían amado; quería ser fruto de un amor.

—Amé a tu madre, que es distinto —puntualizó él. Echó el cuerpo hacia atrás sin dejar de mirarla—. Eres su fiel reflejo.

—Quiero saber qué pasó. —Clara se tomó la cabeza con las manos y por un segundo dejó ver su debilidad—. Rosaura me dijo que usted es mi padre. ¡Y quien yo creí mi padre de toda la vida me echó de mi casa y me rechazó!

—Cálmate, Clara. —Conmovido, le tendió las manos por sobre la mesa y ella las tomó—. Me hubiera hecho feliz que fueras mi hija, al menos hoy te tendría a ti. —Hizo una pausa, sus ojos verdes se estrellaron—. Mi hija murió.

Clara retiró sus manos y dio un respingo en la silla.

—¡No me niegue!

—Clara, no entiendes… esa niña murió, apenas vivió unos meses. —Sus ojos se habían dulcificado en el recuerdo—. Solo la vi una vez, y le puse el nombre. Se llamaba Amelia, como mi madre.

En el rincón, Catalina lloraba, y un delgado río de agua se fue deslizando por el piso y salió hacia el pasillo.

Clara se desarmó. A su mente llegaron imágenes sepultadas en el sitio de los olvidos y que ahora se hacían presentes. Las visitas al cementerio, a esa tumba cuyo nombre le era indiferente y que ahora reconocía como el de su hermana muerta. El altar de velas, la ausencia de espíritu de su madre y esa caja con recuerdos de batitas y pelos de bebé. Todo encajaba.

—¿Por qué? —decía y lloraba.

Mateo se puso de pie y rodeó la mesa con pasos cortitos. Le acarició la cabeza y ella se dejó acariciar.

—Lo siento, Clara, ha sido todo una gran confusión.

—¿Entonces…? —No pudo terminar, de nada valía mezclar a

ese hombre que no era nada suyo en una historia familiar ajena. Se secó las lágrimas y se levantó—. Lo siento, Mateo, lamento haberle hecho rememorar viejas angustias.

—Me gustó conocerte, Clara, nunca nadie en años ha viajado hasta aquí para verme; no deja de ser un halago.

La muchacha dio unos pasos para salir y a mitad de camino cambió de idea. Volvió a sentarse frente a él y le pidió que le contara todo.

Y Mateo lo hizo. Le habló de la juventud de su madre y su aburrimiento mientras Felipe viajaba, le contó de sus propios ideales y su lucha por los más débiles. El amor se transmitía en cada una de sus palabras, y también el miedo y el desamor de Catalina. Le contó del embarazo y de cómo su madre no había querido irse con él.

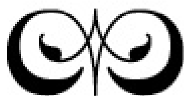
—Ella siempre amó a tu padre.

Le habló de las libélulas y del nacimiento de la niña, a quien él había puesto el nombre la única vez que la había visto. Y le contó de su muerte a los pocos meses de nacida, muerte de cuna.

—Catalina siempre lo atribuyó al pecado y nunca dejó de culparse por eso. Nunca más quiso saber de mí.

Clara recordó la carta, esa carta que ella no había podido ver y que Felipe había agitado frente a los ojos de Catalina preguntándole si era ella. Ella. Por esa carta Felipe había descubierto la traición y pensaba que la hija ilegítima era Clara, por eso la había echado.

Aturdida, se despidió de Mateo y salió de la sala algo mareada. Al verla, Fausto le dio cobijo en sus brazos y la observó llorar. Cuando logró que se calmara, le contó que su hermano estaba en la ciudad.



CAPÍTULO 71

*D*espués de realizar algunas compras Warhu ingresó al bar de siempre. Se acodó en la barra y pidió un café bien cargado. Tenía hambre, pero aguardaría a Clara. ¿Qué hacer con ella? Pensó en los pingüinos y en la piedra. ¿Qué clase de ave sería ella? Intuía que de las que levantaban vuelo pronto.

La puerta se abrió e ingresó el periodista, quien, al verlo, fue a su lado. Sin saludar siquiera, se puso a ojear el cuaderno que llevaba y a tomar notas.

—¿Cómo va la historia? —quiso saber el cantinero.

—Excelente —dijo con altanería—. Cuando me reúna con Clara podré abrazar los últimos detalles.

La familiaridad y las palabras usadas con intención no parecieron hacer mella en Warhu.

Y mientras los hombres en el bar se disputaban silenciosamente la hembra, Clara corría en dirección a la casa del juez de paz donde estaba Javier. Detrás iba el fantasma de Catalina, cada vez más cansado y lloroso, quien no entendía a esa hija movediza que le había tocado.

Al encontrarse los hermanos se abrazaron y el llanto otra vez se hizo presente. Se alejaron de esa casa habitada por extraños y caminaron hacia la costa. Se sentaron frente al agua mansa del canal y se contaron las novedades. Ella le habló del naufragio y de la muerte de Hernando, él del arrepentimiento del padre que había quedado en Buenos Aires y de la decepción de su suegro al escuchar todas las historias que se tejían en torno a ella.

Al ver las marcas en su rostro, Javier empezó a preguntar. Y Clara, que se había olvidado de ellas en brazos de Warhu, volvió a las dudas sobre su imagen.

Le habló del hombre que la había atacado y que luego había

aparecido muerto, le contó de una india fantasma que la había cuidado durante su convalecencia y del médico que la había ayudado. Quién sabe por qué omitió mencionar a Warhu.

—¿Por qué viniste a este lugar, Clara?

Y presa de angustias y dudas le contó de Mateo. A medida que le relataba el romance de su madre con él, los ojos de Javier se abrían con desmesura y formulaba preguntas atropelladas e incluso incoherentes.

Ambos recordaron la caja destripada y los secretos que ella ocultaba. Hablaron y hablaron durante horas sin pensar en el tiempo ni en el hambre que hizo aullar a sus tripas.

Cuando el cielo se cubrió de nubes y la lluvia empezó a caer sobre ellos, emprendieron la retirada y se metieron en el primer bar que hallaron.

Entraron de la mano, mojados y conmovidos, y la mirada de hielo de Warhu, que ya se había cansado de esperarla y había almorzado rumiando enojo, los golpeó en pleno rostro. Clara respondió a su mirada y le sonrió, indiferente a sus dudas al verla tan cariñosa con otro hombre.

—Ven —dijo a Javier—, quiero presentarte a alguien. —Y se plantó frente a Warhu, a quien la comida se le revolvió en el estómago y le dijo—: Este es Javier, mi hermano.

El gesto de Warhu se distendió, pero no le salió la sonrisa, apenas le tendió la mano para saludarlo sin dejar de estudiarle el rostro, tan distinto del de Clara.

Advirtió que ella había llorado y quiso abrazarla, estaba mojada y seguro con frío. Reprimió el abrazo y se quitó la chaqueta que colocó sobre sus hombros. Clara le acarició la mano y el calor volvió a su cuerpo.

—Comamos algo —dijo Javier, a quien no hizo falta explicarle quién era el mestizo, los rumores eran más que elocuentes—, vamos a una mesa.

Warhu los acompañó, pero no se sentó, ya era hora de volver a casa. Sabía que Clara se alejaría de él ahora que tenía compañía, seguramente se alojaría donde estaba su hermano. Mejor separarse de ella antes de que lo lastimara.

Se despidió y a través de la ventana Clara lo vio caminar debajo de la lluvia.

—Es un tipo extraño —dijo Javier.

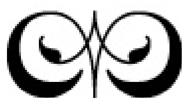
—Es quien me salvó la vida —resumió ella.

La sobremesa se hizo larga y la charla de hermanos se extendió más allá de la tarde. Cuando salieron, la tormenta había escampado y caminaron sin rumbo hasta que llegaron al límite del caserío.

—Debo volver a casa —dijo ella, y sonó tan natural que tuvo miedo.

—Quédate conmigo en casa del juez —pidió Javier.

—No puedo. —Y lo dejó allí, en medio de la nada mientras ella avanzaba a ese destino que la asustaba y a la vez atraía como un imán.



CAPÍTULO 72

Kira la recibió a mitad de camino moviendo la cola. Clara le acarició la cabeza y continuó su marcha. Cuando divisó la choza de Warhu sintió alivio, había llegado a donde quería estar.

El caballo pastaba en los terrenos aledaños, señal de que él estaba allí.

Hizo los últimos metros casi a las corridas y entró en la casa como un vendaval. Él estaba atareado en la cocina, sumergido en sus tempestades, y lo tomó tan de sorpresa que giró con violencia, cuchillo en mano. Al verla depuso su actitud defensiva y se acercó.

Mudos frente a frente, las ganas vencieron a las dudas y se lanzaron uno en brazos del otro. Él le acarició la cara, ella cerró los ojos y su boca se abrió como esas flores rojas que adornaban la vera de los caminos.

Saciada la sed, Warhu la apretó fuerte contra su cuerpo.

—Creí que no vendrías.

—¿A dónde más iba a ir?

Warhu la tomó en brazos y la llevó hasta la cama. Quería hacerle el amor, pero la tristeza que la habitaba en medio de la algarabía fue una barrera para él.

—Puedes contarme —le dijo.

Y ella le habló de su padre, del verdadero, y de ese otro hombre que había amado a su madre y de quien ella se había creído fruto. Le contó de su hermana muerta y de esa tumba que había visitado sin saber a quién pertenecía, de ese nombre silenciado durante tantos años como si la niña no hubiera existido; del pecado de su madre que pesaba tanto o más que sus culpas.

A medida que hablaba sus ojos como nubes previas a la lluvia se inflamaron de agua que él contuvo con su boca, besándole las mejillas, acariciándole las manos, mostrándole una ternura que

nadie hubiera imaginado en un hombre como él.

—Al menos conoces tu origen —dijo, y ella pensó en él, huérfano de padre, hijo del lobo.

—Hice todo mal. —Compartió con él sus reproches, el haber sido egoísta solo por conocer al hombre del presidio, sin pensar en el daño que había causado, siendo la peor de las víctimas su marido muerto—. Vine hasta el fin del mundo por una quimera —dijo más para sí que para él. Y para él fue como una puñalada, porque supo que ella se iría.

Y dispuesto a disfrutarla todo lo que le fuera posible, le ahogó las palabras con un beso. Ella se dejó amar y al calor de la fogata que siempre estaba encendida se quitaron las ropas y se acariciaron las pieles hasta meterse uno dentro del otro.

Se apretaron tanto al final del amor que parecían un solo cuerpo donde únicamente los matices de sus pieles los diferenciaban.

Todo lo que vino después lo hicieron en la cama, que se llenó de migas y de risas y los cobijó durante toda la noche.

Por la mañana, enredados todavía y no a causa del frío, Warhu le contó lo que había hablado con Roger en su paso por el pueblo el día anterior. Le expuso el plan del señuelo y vio la transformación en el rostro de Clara, que pasó de la paz al temor.

—No temas, le dejé bien en claro a Roger que tú no quedarás expuesta de ninguna manera. —Le contó los pormenores de la maniobra, que involucraban a una prostituta, lo cual a Clara no le cayó muy bien.

Después él abandonó la cama y preparó el desayuno. Clara pensó que ni en los primeros días de casada su marido la había atendido así, y sintió remordimientos por la comparación. Warhu, de quien había pensado al principio que era un bruto, se había mostrado como un par, compañero y atento.

—Iré al pueblo —dijo ella una vez finalizado todo—. Tengo que ver a mi hermano y asegurarme de que van a atrapar al asesino. Necesito terminar con todo esto. —Y él escuchó esas palabras que anticipaban la despedida; sabía que ella se iría.

—Te alcanzaré.

Montaron y se dirigieron hacia el poblado donde los ojos y los murmullos habían vuelto; ya habían pasado unos días sin noticias del asesino y la gente se había relajado.

El caballo pasó por todo el largo de la calle costera antes de dirigirse hacia la casa del juez de paz, donde Warhu ayudó a Clara a bajar. Las ganas de besarla como si fuera una novia fueron sofrenadas, no quería exponerla; ella, por el contrario, se puso en puntas de pie y lo besó en la boca, indiferente a las miradas de los demás que ambos sentían como aguijones en todo el cuerpo.

Se despidieron y ella llamó a la puerta. La dueña de casa fingió sorpresa y la hizo pasar. Charla, tés, preguntas sociales y alguna de las que incomodan, que Clara sorteó con cintura.

Al quedar sola con su hermano ella quiso saber de su padre. El día anterior Javier le había contado que Felipe estaba arrepentido, pero la conversación había girado más en torno a ella que a él. Y Javier le contó. Le dijo que más allá de que fuera su hija o no, porque el hombre seguía con dudas, no debería haberla echado de la casa y de la familia de esa manera, que sabía que ella no tenía la culpa de nada y que quería que volviera.

—¿Volverás, Clara? El viejo te necesita, está muy venido abajo.

Y ella, que tenía las emociones a flor de piel y estaba huérfana de padre y madre, le prometió que sí.

—Pero primero quiero que encuentren al asesino de Hernando.

—Me quedaré contigo.

Javier intentó convencerla de que se instalara en el pueblo, en la casa del juez había lugar de sobra, no estaba bien visto que conviviera con ese hombre, pero a ella no le importaron ni sus excusas ni sus consejos, lo hecho, hecho estaba y ella ya había dormido con él como mujer.

—Cuanto antes volvamos a casa será mejor —dijo él—, Buenos Aires es grande y cuando regreses nadie recordará este episodio. —Javier no sabía cuánto se equivocaba; el señor Encinas padre se había encargado de dejarla en el barro de las mujeres de mala vida, no sería una viuda respetada a su regreso.



CAPÍTULO 73

Buenos Aires, 1905

Amelia había cumplido los tres meses, era hermosa y vivaz. Tenía la piel blanca y los ojos del color de las uvas, iguales a los de Mateo. Felipe no se cansaba de repetir la misma pregunta, "¿De quién habrá heredado ese color?", y Catalina le hablaba de un bisabuelo que ni siquiera existía y que ella se había inventado para tapar su desliz y acallar sus dudas.

Felipe adoraba a Amelia y no se cansaba de hablar de su hija tanto a vecinos como a los socios que entraban y salían de su vida casi en simultáneo. A falta de familia cercana, cualquiera que quisiera oír era bienvenido para él.

Como la niña había nacido en verano, aprovechaba las tardes cálidas para dar una vuelta a la manzana con ella en brazos cual si fuera un trofeo.

Durante esos paseos Catalina aprovechaba para descansar, el parto y el amamantamiento la habían dejado en los huesos y se sentía sin fuerzas, que solo reponía cuando se sentaba frente al altar y elevaba sus plegarias, que giraban en torno al perdón de su pecado y el alivio de su culpa.

Hasta que aquello que tanto había temido se presentó en la casa. Por su mente desfilaban siempre las mismas palabras: pecado, concupiscencia, purgatorio… Y de tanto llamar a las cosas, las cosas ocurrieron.

La parca se presentó en forma de ahogo que asaltó la cuna la madrugada del primero de mayo. No la escucharon, era sigilosa y estaba acostumbrada a robar en la casa de los vivos. La dama de la muerte se llevó el alma de la pequeña y dejó en su lugar una cascarita vacía.

A Catalina le extrañó dormir de corrido, pero era tal su cansancio que pasó de largo la hora de la teta. Fue Felipe quien la descubrió esa mañana del Día del Trabajador.

Lo que vino después fue un espanto. La fecha elegida por la muerte no era casual, y Catalina supo que era el castigo a su pecado.

La casa se hundió en un hoyo que se tragaba las cosas, hasta que quedó vacía, habitada solo por dos personas que casi no se reconocían ni ellas mismas.

Catalina había vendido todo lo que le recordara a Amelia y Felipe, que había bajado los brazos y clausurado cuanto proyecto tenía, se entregó a la vagancia.

Cuando no les quedó nada siquiera para comer y sus huesos sin músculos les impidieron levantarse de la cama, Catalina, que en esos tiempos había dejado de rezar, volvió a arremeter contra los santos, lo único que no había desaparecido, junto con una caja donde había unos pocos recuerdos de la niña, con el ciclón que había arrasado con la vivienda.

Sus plegarias fueron escuchadas porque empezaron a desfilar por la casa vecinos y amigos que nunca antes habían conocido, que les llevaron comida y esperanzas.

—Necesitan un nuevo hijo —dijo alguien, y Felipe se lo tomó tan en serio que no hubo noche en que no amara a su mujer, que indiferente a todo, se dejó poseer.

De a poco fueron apareciendo muebles y ya no tuvieron que yacer en el suelo, la comida fue rellenando músculos y tendones y cuando Catalina supo que estaba embarazada de nuevo quiso creer que Dios la había perdonado.

Su idea se vio reforzada cuando el nuevo bebé ni se sentía, no había descomposturas, ni cansancio, solo un vientre que crecía y pechos que se llenaban.

Próxima a dar a luz, Catalina recordó a quien había desterrado al olvido, le debía la fatal noticia. Tenía una dirección de Mateo, él le había pedido que le escribiera y le contara cosas sobre Amelia, pero ella no lo había hecho nunca, negándole su derecho de padre. Y así como le había negado el derecho a la vida de su hija, no podía negarle el derecho de conocer su muerte.

Cuando Felipe salió en busca de nuevos sueños, le escribió la

única carta que le escribiría durante toda su vida, una carta cargada de dolor y un atisbo de recriminaciones. Le pidió que nunca más contactara con ella, que ella también había muerto ese primero de mayo. Y Mateo cumplió, al menos por unos años, durante los cuales mantuvo encendida una mínima llama de esperanza; si Catalina decidía volver él la estaría esperando con los brazos abiertos.

Esperó durante seis largos años y Catalina no apareció. Con el amor licuado ante la indiferencia, Mateo decidió cerrar ese capítulo y le escribió la carta. La maldita carta que acabó en una caja destripada.



CAPÍTULO 74

Ushuaia, 1930

Javier acompañó a su hermana a la comisaría, Clara quería conocer cuál era su situación. Catalina iba detrás de sus hijos, feliz de verlos juntos, todo lo feliz que puede ser un fantasma. Ya había desistido de sus intentos de llegar a su hija, estaba visto que todavía le faltaba experiencia para hacerse oír o notar; se conformaba con saber que estaban a salvo y que Felipe la quería de vuelta en la casa.

El jefe de policía no estaba, como suele ocurrir con los jefes, y Roger les informó al detalle el plan elaborado para atrapar al asesino, eso si la hipótesis del periodista era acertada.

Javier preguntó si su hermana podía regresar a Buenos Aires, ya nada tenía que hacer allí. Y Roger, creyendo liberarla, cuando le dijo que sí no hizo más que encerrarla en la peor de las decisiones.

Salieron de la comisaría, él eufórico y haciendo planes, ella cabizbaja y con ojos de dudas.

—Nos espera una nueva vida en Buenos Aires, hermanita —le dijo Javier, y la abrazó al verla temblar—. Tenemos suerte, ese barco que ves ahí —y señaló hacia la bahía—, partirá mañana. Iré a ver si consigo pasajes. —Y sin darle tiempo a replicar la dejó a merced de sus deliberaciones y salió rápidamente hacia el muelle en busca de los tiquetes.

Clara se envolvió con los brazos y las lágrimas heladas quemaron sus dudas. Se sentó a esperarlo. Al rato, Javier regresó blandiendo dos billetes de embarque.

—Nos vamos a casa. —No fue capaz de advertir su desazón ni la tristeza de sus ojos.

—Tengo que despedirme de alguien —le dijo, y caminó,

apurada, con destino al presidio. Javier hizo ademán de acompañarla, pero ella no se lo permitió y se alejó de él.

Tras sus pasos quedó un camino de lágrimas que formaron un arroyo salado en el cual iban saltando los peces del desconsuelo. Tenía que volver a Buenos Aires, pero algo muy fuerte la retenía allí.

Al ver su rostro de desolación Fausto la recibió en un abrazo. Después de todo, esa chica tenía sentimientos, aunque no los dejara ver muy a menudo.

La hizo pasar a una oficina y la escuchó hablar; no hubo necesidad de hacer preguntas, ella se abrió como un libro y se dejó leer.

Luego le permitió despedirse de Mateo Alcántara, ese padre que había surgido de las confusiones, y los dos se sintieron un poco padre, un poco hija en el abrazo limitado por los grilletes.

—Me hubiera gustado tener una hija como tú —le dijo—, que viniera a buscarme al fin del mundo.

Cuando Clara salió al exterior le pareció que el cielo estaba negro y que caería sobre su cabeza. Caminó recto rumbo a la casa que sentía refugio. En el camino se cruzó con Dadá y él le preguntó si era cierto que se iría en el próximo barco. Cuando ella le confirmó la noticia el muchacho se puso a llorar como un crío.

—No me dejes tú también —le dijo, y Clara, conmovida, se dejó abrazar.

Siguió avanzando, sola, pensando cómo le diría a Warhu que se iba. Al llegar a la casa y ver su rostro, supo que la noticia había arribado antes que ella.

Warhu no hizo preguntas y la besó. Esa falta de palabras y reproches le dio fuerzas para preparar lo poco que tenía que llevarse.

Mudos cenaron y mudos se fueron a la cama, donde Warhu la amó hasta el amanecer, quería que se llevara todo de él. Las lágrimas de Clara formaron ríos que embarraron el suelo de tierra de la cabaña y por la mañana él tuvo que llevarla en brazos para que no se ensuciara los únicos zapatos que tenía.

De pie frente a frente delante de la casa, la fortaleza hecha de arena se le desmoronó y él le pidió que se quedara.

—No pertenezco a este lugar —le dijo ella.

—Yo te pertenezco, Clara —respondió él, y de su bolsillo sacó una piedra con forma de corazón—. Es tuyo.

Clara se desarmó en sus brazos y recordó lo que él le había contado sobre los pingüinos.

—Ven conmigo a Buenos Aires —dijo en un intento disparatado de no perderlo.

—Este es mi lugar.

Un último beso selló la despedida.



CAPÍTULO 75

Buenos Aires, 1930

El viaje de regreso había sido interminable para Clara. El peso de la culpa, la duda y la desolación la fueron sumiendo en tardes de cama en su camarote y noches de ojos abiertos en las cuales creía ver la figura de su madre al pie de su lecho.

Javier estaba a sus anchas disfrutando del crucero y sus beneficios, había abonado una buena suma para conseguir los billetes y no iba a dejar servicio sin usar.

Si advertía la tristeza de su hermana se hacía el tonto, ya se le iba a pasar, como a él se le pasaría el entusiasmo que había sentido por la hija del juez de paz, a quien le había robado unos besos y alguna que otra caricia. Pero todo eso había quedado en el pasado, en ese fin del mundo en el que casi se pierde su hermana. Mejor era volver a Buenos Aires y ser una viuda respetada.

Cuando llegaron nadie fue a recibirlos porque a nadie habían avisado. Clara prefirió ir a su casa de soltera, tenía que ver a su padre, su verdadero padre, y explicarle que ella era su hija y toda la historia de Amelia. ¿Cuánto sabría Felipe? ¿Cuánto tendría que callar?

Al abrir la puerta los recuerdos la asaltaron y vio de nuevo la caja destripada y a su madre rezando en el altar de los santos, que ya no estaba. Felipe había barrido con todo lo que le recordara a su mujer, incluso había sacado los retratos y podado los rosales a donde iban a suicidarse unos bichos negros cada primero de mayo.

Al ver a sus hijos de nuevo en casa, Felipe dejó lo que estaba haciendo y salió a su encuentro. Abrió los brazos para que se refugiaran en ellos, pero fue Clara la única que acudió; Javier ya tendría tiempo.

Se sentaron en los nuevos sillones que adornaban el *living* y el padre le pidió perdón. Con la cabeza gacha y los ojos velados por la vergüenza esgrimió las razones de sus dudas.

—En esa carta ese hombre hablaba de su hija —le dijo—, y yo creí que eras tú.

—Padre, yo soy tu hija —aseguró Clara—, fui a ver a ese hombre —no quiso nombrarlo para ahorrarle el disgusto—, él mismo me dijo que su niña se llamaba Amelia.

Felipe se largó a llorar espantando a la turbación; cuando se tranquilizó le contó que luego de la muerte de la bebé Catalina había estado muy extraña, se ausentaba durante horas y él sospechó que tenía un amante. Nunca se le ocurrió pensar que ella visitaba iglesias y tumbas, buscando sosegar su corazón culpable ante el pecado cometido. Por eso, al encontrar la carta en la caja destripada, había pensado que la hija a la que se refería ese hombre era Clara.

—Ya nada de eso importa, papá, estoy aquí.

Se abrazaron y se pusieron al día con las novedades. Felipe quiso saber sobre la muerte de Hernando y por qué su consuegro había vuelto tan enojado como para insultarlo y gritarle a la cara que su hija era una puta.

La tarde se hizo noche y la cena, que preparó Javier, encontró a Clara sin desempacar siquiera.

Al acostarse en su cama de soltera y cerrar los ojos sintió la ausencia de los brazos cálidos de Warhu y se echó a llorar. La piedra con forma de corazón debajo de su almohada no alcanzaba.

Al día siguiente no supo cómo arrancar, parecía que su antigua vida había sido hacía siglos. Debería ir a visitar a sus suegros al menos para darles el pésame, aunque no tenía ni las ganas ni el coraje. Se sobrepuso al miedo, se vistió de entereza y con la frente lo más alto que pudo se dirigió hacia allí.

Al verla en la puerta su suegra se negó a dejarla entrar y le gritó un montón de verdades, como cualquier madre hubiera hecho. Al sentir el griterío, su suegro hizo su aparición de bigotes recortados y panza revientabotones y tomándola del brazo la hizo bajar las escaleras de la entrada casi de dos en dos.

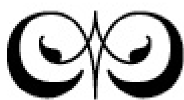
—No queremos verte por aquí nunca más —apuntó con dedo amenazante—. Mañana enviaré tus cosas a la casa de tu padre.

Si Clara tenía alguna intención de vivir como una viuda respetable y en la propiedad de Hernando, su esperanza se acababa de estrellar contra la realidad de su vergüenza.

Estaba sola. Las presencias masculinas en su casa no llenaban su soledad y en pocos días pasó a ser el ama de casa que les estaba faltando.

No tenía amigas, las pocas compañeras del curso de peluquería se habían enterado de sus aventuras en el fin del mundo y no querían tener trato con ella. La consideraban una mala influencia que ensuciaba su imagen.

Sola, irremediablemente sola.



CAPÍTULO 76

Ushuaia, 1930

Con la partida del crucero que se llevó a los hermanos Torres la vida retomó su ritmo habitual. De un día para el otro todos olvidaron los asesinatos y las muchachas salieron de nuevo a la calle. El virus que había tenido al presidio sumido en vómitos y diarreas desapareció igual de rápido como había llegado y el director y el alcaide pudieron regresar a sus puestos de trabajo.

El Club Sportivo Ushuaia volvió a cobrar vida y comenzaron las rifas y quermeses que tanta falta hacían en una sociedad encadenada a la vida del penal.

Los más jóvenes volvieron a sus actividades en la Compañía de Boy Scouts que había formado en 1926 el director de la escuela y comenzaron las clases de tenis en el recientemente inaugurado Club de Tenis Infantil Fueguino.

Iván continuó escribiendo sus cuentos policiales que poco a poco fueron cambiando de estilo para terminar contando pasiones contrariadas y ausencias insalvables; ya no había muertes en sus relatos sino suspiros desfallecientes de amores inconclusos, lo cual aumentó el número de lectores, porque las mujeres se lanzaron de lleno en busca de esas aventuras románticas donde nunca había un final feliz.

Warhu sacó de la casa todo lo que le recordara a Clara, tapió ventanas y puerta y se internó en el bosque para cambiar la piel. Se aproximaba el invierno y él necesitaba proveerse de alimentos y mercancías para comerciar del otro lado del canal. No soportaba dormir en la cama que había compartido con ella y ausentarse un tiempo era lo mejor que podía hacer.

Kira esta vez siguió sus pasos, presentía que su amo necesitaba

compañía, y qué mejor que su presencia silenciosa.

Fausto recuperó la carne y los músculos que había perdido durante sus descomposturas y se dedicó a contestar las cartas atrasadas a su amiga Julieta, que continuaba con sus luchas feministas y había dilapidado casi todos sus bienes en campañas políticas, que tenían como eje perfeccionar la democracia argentina con la incorporación de las mujeres.

“¿Sabes cómo me llaman ahora?”, le decía en una de sus misivas, “Miss Constancia”. Julieta se había presentado en las elecciones de marzo como candidata a diputada, aunque su partido ni siquiera figuró en el recuento de porcentajes obtenidos.

Sentado a la luz de las llamas, Fausto le escribía a su amiga noticias atrasadas. Cuando finalizó, le dolían los ojos, era ya noche cerrada y él no tenía sueño. No había podido impedir que Warhu se fuera a lamer las heridas al bosque, porque, aunque el muchacho nada le había contado, conocía suficiente sobre las penas del amor. Él más que nadie las había sufrido y sus heridas ya habían cicatrizado, pero no deseaba que el hombre a quien quería como si fuera un hijo tuviera que atravesar ese sendero de espinos.

Él mismo tenía ante sí un camino que transitar. La irrupción de Isabel en su vida se presentaba como un porvenir que lo atraía, pese a que también lo llenaba de dudas. Ya había fracasado dos veces, primero con Gianna, una mujer casada, y luego con Natapai, a quien se había llevado la muerte. Recordó la promesa que se había hecho de no volver a entregar su corazón.

Se acostó cuando la espalda le pidió reposo y decidió apostar una vez más. Tenía pendiente una salida con Isabel y cumpliría esa promesa.

En el pueblo, Roger y el jefe de policía habían ultimado todos los detalles para la trampa al asesino del gringo. Al anochecer del día siguiente, en la calle paralela a la bahía, una muchacha sería el señuelo.

Amaneció despejado y nada hacía pensar en una tragedia. Los pocos que conocían del plan transitaron el día fingiendo una normalidad que no sentían, nerviosos y midiendo cada una de sus acciones, con temor a que algo saliera mal.

A la hora indicada, la muchacha vestida de señorita decente se paseó del brazo de un supuesto novio vestido con ropas de

caballero, novio que no era otro que el segundo del jefe de policía a quien habían sobornado con el estímulo de unos pesos extras a fin de mes, porque el muchacho tenía más miedo que la prostituta actriz.

Se pasearon del brazo de aquí para allá hasta que se detuvieron en el mismo sitio donde Clara Torres de Encinas había discutido con su marido la noche fatídica de su muerte. Un intento de beso por parte de él, un cachetazo por parte de ella y una falsa discusión que se escuchó en los bares que todavía estaban abiertos y alcanzó los muelles.

La discusión fue *in crescendo* y los actores se compenetraron tanto que el supuesto novio golpeó a la chica, y esta, que estaba acostumbrada a que la maltrataran sus clientes, no se quedó atrás y lo dobló de un rodillazo en esa zona que a los hombres les hace ver las estrellas.

La pelea fue tan real que la pareja terminó revolcándose en el suelo y los agentes de policía que estaban agazapados esperando al asesino tuvieron que ir a separarlos.

Del asesino, ni noticias.



CAPÍTULO 77

Al día siguiente todo el mundo hablaba del romance de la prostituta y el segundo del jefe de policía, lo que trajo al muchacho una tremenda pelea con su novia verdadera, a quien hubo de convencer sobre la actuación a fuerza de chocolates y disculpas del mismísimo secretario de la gobernación.

Fausto planificó su salida con Isabel y cuando llegó el domingo de la cita la pasó a buscar bien temprano, para aprovechar el día. Fue en un caballo que le prestó uno de los guardiacárceles, que se cobró el favor con una botella de un buen whisky.

Isabel lo esperaba con una canasta y provisiones para el almuerzo y una sonrisa. La ayudó a montar y se alejaron del pueblo al paso. El día soleado y el aire no tan frío acompañaron el viaje de pocos kilómetros hasta la laguna. En el camino se deleitaron con el paisaje de montaña y la diversidad de colores; el cóndor los siguió durante todo el trayecto.

—Es muy bello todo —dijo Isabel cuando dejaron atrás el camino de montaña e ingresaron en el bosque de lengas y turbales —. Nunca había estado aquí.

—Yo tampoco —confesó Fausto—, siempre me mantuve cerca del pueblo.

—¿Corremos riesgo de perdernos? —preguntó Isabel, y en su voz había una nota de aventura.

—Podríamos… ¿quieres? —sugirió él, y ella rio. Con su carcajada volaron pájaros de diversas especies y el cóndor quedó oculto tras las copas de los árboles.

Continuaron el resto del viaje observando la naturaleza, la gran variedad de flora y la escasa fauna que se animaba a acercarse.

La laguna no fue visible sino hasta el último trecho, porque se encuentra detrás de una elevación de la superficie, y su

descubrimiento fue una sorpresa para ambos, que quedaron mudos de asombro: era bellísima, de un verde esmeralda que impactaba la vista. Estaba rodeada por un glaciar, ninguno sabía su nombre, y ambos se rieron de la mutua ignorancia; había también otro cordón montañoso.

—Nos falta un poco de geografía —dijo ella.

Eligieron el sitio a la orilla de la laguna, la playa era pedregosa y estaba desierta. Desmontaron y Fausto desplegó la manta que había llevado. Sentados codo a codo se dejaron envolver por la magia del lugar, al principio en silencio. Después, ella quiso saber sobre su vida y su paso por el presidio.

—¿Tienes miedo, acaso? —quiso saber él.

—No estaría aquí.

Y Fausto le contó todo. Y así supo Isabel por qué él vivía como vivía, en una choza de pocas comodidades y con escasos recursos, porque todo lo que ganaba en el penal él se lo enviaba a una hermana que vivía en Buenos Aires. Le contó de su infancia en el barrio pobre, de su padre y hermanos de la mala vida, de la madre que lo había echado por sentirlo diferente y de esa hermana menor que él adoraba y a quien había logrado rescatar de las garras de la miseria.

—Ella es feliz ahora, tiene un marido y está embarazada. —No le contó que había perdido dos embarazos cuando era una jovencita, producto de violaciones y abortos clandestinos, no era necesario mirar tan atrás, mejor ver los últimos años.

—Eres un gran hombre, Fausto —le dijo Isabel, y le acarició la mejilla.

Una caricia llevó a la otra y el almuerzo pasó a ser merienda. Recostados sobre la manta al borde de la laguna color esmeralda, iniciaron el camino del amor, primero lento, casi pidiendo permiso. Luego, cuando las pieles descubrieron que se pertenecían, ya no hubo reparos.



CAPÍTULO 78

Buenos Aires, mediados de 1930

Clara había retomado su curso de peluquería, le faltaban apenas unas clases para terminar lo que había interrumpido a causa de la boda; quería obtener el diploma habilitante.

Su sueño del salón de belleza se había diluido en su tristeza y fue gracias a las palabras que una vez le había dicho su madre que se decidió a terminar. “Es bueno que una mujer tenga sus propios recursos”.

La habían contactado de la compañía Delfino y le habían pagado una suma de dinero en compensación por las pérdidas del viaje en el *Monte Cervantes*. Clara pensó que había perdido mucho más que ropa y accesorios, la vida de Hernando había quedado en Ushuaia, y aunque no había sido consecuencia directa del naufragio él no había regresado. Sentía pena por él y también por su familia, si se ponía en su lugar, ella también se odiaría.

En la casa la relación había mejorado de manera ostensible, Felipe se mostraba como el padre que nunca había sido y no cesaba de hacerle regalos cuando alguno de sus negocios salía bien, sin advertir que a Clara no le interesaban ni los vestidos ni los sombreros que se iban acumulando en su cuarto sin que ella los sacara siquiera de sus cajas.

—Padre, no me compres nada más —le dijo un día que él llegó con unas botas preciosas por las cuales cualquier muchacha suspiraría—, lo que quiero no se puede comprar. —Y como la mayoría de los hombres, Felipe no entendió a qué se refería, y empezó a preguntar a cuanta clienta visitaba, en ese momento vendía medias de seda— qué era aquello que querían las mujeres y que no se podía comprar.

El padre recordó aquella vez, cuando Clara era chiquita y había perdido uno de sus dientes de leche. En un descuido se le había caído por el desagüe de la cocina mientras se lo mostraba a su madre diciéndole que estaba bien blanquito para el ratón Pérez. Ante la pérdida de su tesoro la pequeña se había puesto a llorar, y Felipe, angustiado por su tristeza, había ido en busca de un pico y una pala y empezado a romper el piso de la cocina para llegar a la desembocadura y así recuperar la pieza. Catalina no logró detenerlo y fue testigo del desastre. La serpiente de tierra que nació debajo de la pileta continuó arrastrándose hasta el patio, porque el diente había viajado rápido a través de los canales. Pero en el patio la miniatura de nácar se perdió entre las raíces de los rosales, y cuando Felipe quiso arremeter contra ellos Catalina se puso firme, le quitó el pico y la pala y lo amenazó:

—Tendrás que pasar sobre mi cadáver antes de seguir rompiendo la casa.

Para conformar a la niña, que se había quedado llorando en la habitación, Felipe buscó y buscó hasta dar con una piedrita blanca que en nada se parecía al diente perdido, pero que Clara atesoró entre sus manos y puso debajo de su almohada a la espera del ratón Pérez.

Y ahora, recordando esa anécdota, no entendía cómo Clara rechazaba sus regalos y buscaba algo que la acercara a esa felicidad que las mujeres parecían no alcanzar nunca.

Javier estaba poco en la casa, inútil para los negocios, finalmente se había resignado a un trabajo remunerado, aunque no le gustaba cumplir horario ni trabajar para un jefe.

Cuando por la noche se reunían los tres alrededor de la mesa para compartir lo que Clara había cocinado, que se limitaba a un corto menú que se repetía semanalmente, era Felipe el único que conversaba sobre las medias que había vendido y los encargos que le habían hecho, sin advertir que su hija estaba ausente, perdida en ese fin del mundo que parecía haberla atrapado, y su hijo infeliz por ese trabajo de ocho horas que según él lo esclavizaba.

Hasta que un domingo triste y gris como son los domingos de invierno, el padre no aguantó más ver a Clara con esa cara de insatisfacción y esos ojos apagados, y le preguntó qué era aquello que necesitaba y que no se podía comprar con dinero, que él estaba

dispuesto a encontrárselo y traérselo si con eso lograba hacerla feliz.

Y Clara, conmovida ante la preocupación de ese hombre que había pasado toda su vida viajando para procurar una mejor vida a su mujer, sin comprenderla, se echó a llorar como cuando era una niña y se dejó mecer entre sus brazos.

Cuando el llanto cesó y pudo poner en palabras aquello que la estaba ahogando, su padre abrió los ojos sorprendido, la miró de arriba abajo y le prometió que en una semana ella sería feliz.

Y Felipe cumplió, pero antes se aseguró de que Clara tuviera las herramientas que necesitaba para poder salir adelante, no era cuestión de embarcarse y luego quedar a la deriva. Por primera vez en su vida le dijo las mismas palabras que su madre, en verdad otras pero que implicaban lo mismo: una mujer tiene que tener su independencia, y Clara se asombró de que su padre fuera tan moderno.

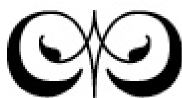
A Javier todo aquello le pareció una locura, pero ante la posibilidad de abandonar su vida de esclavo, como él la llamaba, quiso participar de la empresa de su hermana.

—No podemos dejar solo a papá —le dijo ella.

—Pues que venga también.

Pero Felipe se negó, el tiempo de nuevos negocios para él había terminado. Tenía sus clientes, sus medias de seda y una tumba que visitar, porque a fuerza de revisar su pasado se descubría culpable de no haber hecho feliz a Catalina, y finalmente la había perdonado.

El gran día llegó y Clara recibió una enorme caja con tijeras, peines, pinzas, cepillos, delantales, toallas, brochas, navajas y quita pelos. Era hora de empezar de nuevo. Ordenó todo y entre sus cosas cargó una piedra con forma de corazón.



CAPÍTULO 79

Ushuaia, mediados de 1930

Habían pasado ya varios meses desde que Warhu había partido de cacería y no conseguía olvidar a Clara. Por mucho que quisiera arrancarla de su mente, su rostro se le aparecía incluso en sueños que parecían tan reales que despertaba sudando y abrazando el aire.

Cuando vendió todas las pieles y más, no quiso volver a la casa; se fue para Chile, a donde todavía quedaban algunos de los suyos en los alrededores de Puerto Williams. Allí fue acogido por una familia que lo integró de inmediato a sus actividades y lo trató como si fuera uno más.

Warhu agradecía la hospitalidad pescando y cazando para ellos, además de compartir sus saberes con los más pequeños de la casa.

Al calor de las fogatas durante las noches escuchó las leyendas que hacía años no escuchaba y disfrutó al ver las caritas sorprendidas de los niños. Si al menos le hubiera hecho un hijo, pensó, y su mirada se volvió noche al recordar a Clara.

En una de las excursiones al río, a través de las aguas transparentes vio algo que brillaba en el fondo, parecía un sol pequeñito. Metió la mano y recogió un sinfín de piedras. Cuando la superficie se quedó quieta volvió a mirar, el sol de agua había desaparecido. Se sentó sobre una roca y esparció lo que había rescatado de las profundidades, y allí, entre aquellos guijarros encontró una pepita de oro. De sobra conocía la historia de los buscadores de ese metal al que le atribuían tanto valor. Aventureros solitarios solían pasarse meses en las ensenadas y bahías buscando oro. Construían un precario refugio y se entregaban a la tarea de pescar pepitas, contando para ello con escasos recursos: paila, vasija grande de metal, tubito donde almacenar las laminillas y revólver

por las dudas. Y él, sin buscarlo, acaba de encontrar una pepita del tamaño de un poroto. Pensó en devolverla al río, lo que él necesitaba no se compraba con dinero, sin embargo, la guardó en un bolsillo para regalársela a su anfitrión.

El invierno se aproximaba duro, se anticipaban grandes nevadas que taparían caminos y congelarían canales. Warhu se quedó en Chile, al amparo del calor de una familia que él no tenía. Participó de las celebraciones rituales y en una de las fiestas de la tribu le presentaron una mujer para que tomara como esposa. Era una muchacha agraciada y dócil, demasiado quizá, y él no pudo evitar compararla con Clara, que era pura tormenta. Avergonzado por no aceptarla, decidió dejar la aldea para continuar vagando por el bosque, con Kira como única compañera.

Se armó una choza en medio del monte y se quedó allí, como ermitaño, comiendo de la caza diaria y pensando en su futuro. Sabía que lo que estaba haciendo no era de hombre maduro, en algún momento tendría que volver y enfrentarse a la soledad de su cabaña y la ausencia de esa mujer que había llegado para desbaratarlo todo.

El invierno cada vez más cerca agudizaba el frío que sentía en el alma. Debía estar preparado, y salió de cacería para poder abastecerse mientras duraran las heladas. Estuvo durante casi una semana persiguiendo animales o sueños, figuras fantasmales que se dibujaban entre los árboles flacos y largos y tomaban la forma de la mujer que él quería, para desaparecer cuando él llegaba a tocarla. No logró alcanzarla nunca, pero al menos no pasaría hambre.

Las grandes heladas de ese agosto impiadoso lo sepultaron debajo de la choza de troncos cruzados cubiertos con pieles, y supo que no podría salir de allí hasta la llegada de los soles de primavera. Tenía leña suficiente como para calentarse y comida para dos. Para beber derretía la nieve que se filtraba por los huecos de la choza, y se preparaba caldos y tés de hierbas.

Kira parecía un felpudo a su lado y dormitaba casi todo el día, al igual que él, que se lo pasaba tumbado para no gastar energía. A menudo le hablaba a la perra-loba para no perder la costumbre de su voz y sentirse así menos solo.

Convencido de que esa no era la vida que quería para sí, se prometió que no bien pudiera viajar, volvería a su casa y

enfrentaría a sus fantasmas.



CAPÍTULO 80

*D*espués del almuerzo en la laguna, que apenas habían probado, Fausto e Isabel no perdían ocasión para verse. Ella no ocultaba sus sentimientos por él y en una de sus conversaciones luego de hacer el amor le dijo que lo amaba. Fausto se había puesto tenso, era una palabra que él consideraba grande y no sabía si estaba a la altura de esos sentimientos. Él había amado tanto antes que temía que su reserva se hubiera acabado y que el cariño que sentía hacia Isabel fuera poco comparado con lo que ella le ofrecía.

Se sentía dentro de una encrucijada, porque además estaba su amigo de por medio, no podía defraudarlo, ¡se había acostado con su hija! Pero a ella parecía no importarle el hecho, "no soy una niña", solía decirle.

Cuando Ramiro lo invitó a cenar por segunda vez creyó que querían ponerle el lazo al cuello, y buscó excusas para no ir; no estaba preparado para dar el paso. Y empezó a evitar a la muchacha.

Al tercer rechazo, Isabel, que ni siquiera había participado de las invitaciones a cenar y que se había enterado al escuchar una conversación de sus padres, lo fue a ver al presidio, cosa que nunca había hecho.

Acorralado entre una pared y la muchacha tuvo que aguantar su filípica, que "tú quién te crees que soy, yo no estoy en oferta de saldo, y si mis padres te invitan a cenar es porque ellos así lo quieren, yo no tuve nada que ver en eso, y si te piensas que porque nos acostamos un par de veces tienes que hacer el novio o casarte conmigo estás muy equivocado, porque yo no nací para esposa y menos de un cobarde".

Dicho todo eso con llamas en los ojos y ácido en la lengua, Isabel giró y se fue con la cabeza bien alta rumbo al pueblo.

Fausto quedó desarmado y lleno de dudas, porque veía alejarse la última posibilidad de ser feliz al lado de una mujer.

Los días que siguieron fueron grises para él, aunque el sol brillaba en el cielo fueguino. El cóndor parecía estar siempre encima de su cabeza y giraba en círculos, al igual que sus dudas.

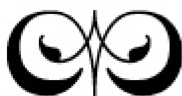
Durante las horas de trabajo evitaba cruzarse con Ramiro Vidal, y mientras más se le escapaba más se lo encontraba en los pasillos y en los sectores comunes. Hasta que una mañana el propio Vidal le preguntó si lo estaba evitando, y Fausto no supo qué responder.

—Escucha, hijo —le dijo Vidal—, lo que haya pasado entre mi hija y tú me tiene sin cuidado, no te avergüences de que ella te haya rechazado, las mujeres son así, cambiantes.

Fausto quedó de una pieza, ¿ella lo había rechazado? Seguramente había sido la excusa que les había puesto a sus padres. Fuera como fuera, se sintió aliviado.

Volvió a sus rutinas, del trabajo a la casa y de la casa al trabajo, tranquilo de no tener que ponerle excusas a nadie. Extrañaba la compañía, y ansiaba el regreso de Warhu con quien hacía mucho no hablaba. ¿Cómo estaría él?

Pero con el correr de los días, la vuelta a la tan ansiada rutina no le trajo felicidad, ni siquiera paz, y cayó en la nostalgia de los que pierden las cosas sin siquiera haberlas tenido.



CAPÍTULO 81

Ushuaia, 1930

La mañana que Simón Radowitzky recibió la visita del periodista de *Crítica*, que había llegado desde Buenos Aires para cubrir la noticia del naufragio, supo que su destino podía cambiar.

Lo recibió con el casquete entre las manos y su traje de cebra azul y amarillo. La cabeza erguida, la cara de rasgos firmes con pobladas cejas, el pelo corto y negro matizado con algunas canas y una frente amplia de grandes entradas. A su lado estaba su compañero de los últimos tiempos, Mateo Alcántara.

—Eduardo Barbero Sarzabal —dijo el periodista. El 155 le tendió la mano y respondió:

—Me es muy grato poder hablar por su intermedio a los camaradas que se interesan por mí.

Y le contó que se encontraba relativamente bien, que tenía un poco de anemia a pesar de que hacía un año no le infringían más penas, eso gracias a la huelga de hambre que habían realizado en noviembre por la actuación inhumana del inspector Sampedro, al que finalmente habían suspendido.

A las preguntas del periodista sobre el estado general de la cárcel, fue Mateo quien respondió, y le contó que a algunos enfermos no se les daban las medicinas que necesitaban, que el médico ni siquiera tenía un hospital y atendía en la enfermería, que la biblioteca era pésima y que los castigos físicos eran casi costumbre. Recordó un sinfín de anécdotas que Simón le había relatado durante las charlas que habían mantenido, anécdotas que mostraban la crueldad de los encargados de cuidarlos. Una vez el 155 le había dicho: “mandaron tapar mi ventana y pusieron una chapa con trescientos agujeritos, no entra luz ni aire; vivo en la

noche eterna”. Y eso no era todo, además de los castigos físicos le prohibían bajar a la estufa, le negaban los libros y hasta le habían cambiado la cucheta porque la había pintado de rojo. “Pero me burlé de él, ahora he puesto en la ventana una cortina roja; el mantel de la mesa también es rojo, la repisa igual; en fin, casi toda mi celda está adornada con ese color… le voy a hacer reventar de rabia”.

Antes de despedirse, Radowitzky le pidió al periodista que llevara un mensaje a la familia proletaria: “Compañeros trabajadores, aprovecho la gentileza del representante de *Crítica* para enviarles un fraternal saludo desde este lejano lugar donde la fatalidad se ensaña con las víctimas de la sociedad actual”.

Aquello que venía denunciando, entre otros, Marcial Belascoain Sayós desde 1918 en “*El Presidio de Ushuaia, Impresiones de un Observador*” finalmente tenía eco.

El naufragio del crucero había atraído a la prensa capitalina, que se lanzó a los mares para arribar al pequeño poblado abrazado por las montañas y contenido por las aguas del Canal Beagle. Durante años se había cuestionado el sistema carcelario argentino y en especial el implementado en Ushuaia, donde los encargados de velar por la seguridad de los presos hacían uso y abuso de su poder. Se habían denunciado malos tratos y torturas, además de calabozos de apenas ochenta centímetros, mala alimentación, falta de calefacción y abandono de enfermos.

Se los explotaba adentro, y también afuera, porque muchas veces los llevaban para hacer trabajos en casas particulares que no les eran remunerados.

La condena del detenido continuaba cuando lograba su libertad, porque seguía encadenado a un sistema perverso de explotación y dominio. Al salir de nuevo a la vida, con apenas centavos en los bolsillos, debían comprar en uno de los negocios que estaba en connivencia con el presidio. Si no lograban un trabajo no podían regresar a sus ciudades de origen porque carecían de dinero para embarcarse, y quedaban flotando en medio de esa sociedad que a menudo los repelía. Solo algunos conseguían reinsertarse, el resto se dedicaba al alcohol y a la vagancia.

Esa entrevista protagonizada por Simón Radowitzky y Mateo Alcántara aceleró la campaña que se llevaba adelante para obtener

el indulto. Las organizaciones anarquistas de los Estados Unidos habían logrado ubicar a los padres de Simón, que vivían allí, quienes escribieron una carta al presidente Irigoyen: "*Antes de morir queremos ver a nuestro hijo en libertad*". Y la libertad llegó un 13 de abril de 1930, cuando el Presidente firmó el indulto que incluía a 110 presos, entre ellos, Simón y Mateo Alcántara.

El día que se abrieron las celdas y se soltaron los grilletes, los hombres fueron recibidos por un grupo de personas que simpatizaban con Simón y que querían conocerlo.

A Mateo el alma se le encogió y no supo qué hacer. Simón debía irse del país y se embarcó en el primer buque que partió para Uruguay, y él se quedó allí, esperando quien sabe qué cosa, buscando encontrar el eje y la brújula para seguir adelante.

Fausto, conmovido por la historia de ese hombre que había conocido de a pedazos, por lo que él mismo le había ido contando y por los retazos que le había relatado Clara, le ofreció alojamiento en su casa, al menos hasta que supiera qué hacer, pero Mateo lo rechazó y se instaló en un cuarto a compartir en lo de los Storm. Había ahorrado cada uno de los centavos que había ganado en el presidio y aunque le había dado dinero a Clara todavía le quedaba algo; estaba dispuesto a empezar de cero.

La sensatez le decía que lo mejor sería irse de ese fin del mundo y volver a Buenos Aires, donde podría perderse en las multitudes y no tener el estigma de la cárcel, pero algo, no podía definir qué, le decía que tenía que quedarse allí, y eso decidió.



CAPÍTULO 82

Ushuaia, septiembre de 1930

El viaje de regreso se le hizo largo a Clara, estaba ansiosa por llegar al fin del mundo, donde empezaba el suyo. La primavera había quedado en Buenos Aires y el pueblo sobre la bahía la recibió con el frío al que tendrían que acostumbrarse nuevamente sus huesos.

A su lado, Javier miraba todo como si fuera la primera vez, todavía lo impactaba el bello paisaje en tres tonos de colores.

Cuando bajaron del buque y caminaron por el muelle hacia el pueblo, de la nada apareció Dadá y se abrazó a ella que, desprevenida, no atinó a repelerlo.

—Ya está bien, Dadá —le dijo, y se separó de él.

—Sabía que volverías —respondió el muchacho, y sus ojos se nublaron y se perdieron en algún lejano recuerdo.

—Toma, ayúdanos con el equipaje —interrumpió Javier.

Los tres caminaron hacia un hotelito recientemente inaugurado al final de la calle San Martín, que los hermanos habían reservado desde Buenos Aires. A su paso por la arteria principal sentían los ojos de los mirones a través de las ventanas de cortinas corridas que se movían solas como si fantasmas las habitaran. Clara sabía que su llegada daría qué hablar, pero esta vez se sentía fuerte. Había vuelto a buscar una respuesta y a hallar su lugar en el mundo.

Una vez instalados Clara desoyó los consejos de su hermano de descansar un rato y la muchacha salió en busca del sitio que sirviera a sus intenciones. Recorrió la calle San Martín de arriba abajo y luego peinó todas las que le eran perpendiculares hasta encontrar un pequeño local desocupado que pedía a gritos su pronta apertura. Al lado había una casa cuyo frente seguía la misma línea de

construcción y dedujo que pertenecían al mismo dueño. No dudó en llamar a la puerta.

Un hombre de ojos cansados y voz sin vida le preguntó qué quería. Y ella le contó. Le dijo que venía de lejos cargando un sueño antiguo, que tenía dinero y quería alquilarle el lugar. El sujeto se rascó la cabeza de tres pelos grises y le dijo que mientras que fuera un sueño decente hiciera lo que quisiera. Fijaron el precio y le dio la llave.

Cuando regresó al hotel ya era pasado mediodía, tenía hambre y se dedicó a satisfacer su apetito en soledad; Javier se había esfumado. Clara comió apurada y la comida le sentó como piedra. Dejó el postre a la mitad, tenía una visita que hacer.

El rumor de su presencia en la ciudad había viajado rápido y cuando salió de nuevo a la calle se encontró con Iván, que la miró con ojos hambrientos.

—¡Bienvenida! —Hizo ademán de abrazarla, pero ella marcó distancia y le tendió la mano—. Sabía que volvería, Clara.

—¿Cómo marchan sus historias? —quiso saber ella.

—Algo sosas —sonrió—, pero estoy seguro de que ahora que mi musa inspiradora regresó van a mejorar.

—Tengo prisa, Iván. —Empezó a caminar hacia la costa y él la siguió. Clara se detuvo—. No quiero ser descortés, Iván, pero tengo algo que hacer. Sola.

Él levantó las manos en señal de rendición y retrocedió.

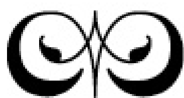
—Ya sabe dónde encontrarme.

Clara enfiló en dirección al sur, al principio iba lento, recordando todo lo que se había enterado sobre los vanos intentos de hallar al asesino de Hernando. La calle hablaba, pero a medida que se alejaba del poblado y el paisaje se tornaba tan deshabitado como su corazón, empezó a correr.

Hizo los últimos metros casi a la carrera, perdió el lazo de su cabello y llegó agitada. Se detuvo en seco cuando se chocó con la casa de ojos cerrados y boca apagada. El yuyal a su alrededor, la ausencia de Kira y todo el abandono en general le gritaron la verdad: Warhu no estaba y hacía tiempo que había partido.

La abrazó con un paseo y tocó las paredes de tronco. Apoyó la frente en la puerta y cerró los ojos. En el bolsillo tenía la piedra con forma de corazón que no abandonaba nunca, la acarició.

Caminó hacia la orilla y se sentó sobre los guijarros a mirar las aguas del canal. Quizá si hacía fuerza con su pensamiento podía ver aparecer la canoa que lo traería de vuelta; los supuestos ojos de bruja que le atribuía su madre tenían que servir para algo. Lo intentó, más para sonreír ante lo ridículo de la idea que por convencimiento, pero las olas solo trajeron espuma y una rama seca.



CAPÍTULO 83

*H*acía una semana que Clara se había instalado en Ushuaia y ni noticias de Warhu. Ocupada en armar su salón de peluquería, tenía la esperanza de poder inaugurarlo el día de la primavera. Su padre le había dado una buena cantidad de dinero para que arrancara y se mantuviera unos meses, además tenía la indemnización de la compañía naviera; con eso podrían subsistir un tiempo, al menos hasta que generara clientela.

Javier trabajaba en un bar, lo cual le permitía cierta libertad durante el día y estaba en contacto permanente con la gente, que era lo que a él le gustaba.

Clara había visitado a Fausto en el presidio y se habían puesto al tanto de las novedades de ambos y del pueblo también. Así se había enterado de la liberación de Mateo, a quien le había tomado cariño pese a no tener lazo sanguíneo alguno, apenas enlazados por el amor hacia Catalina.

—Está trabajando en Lapataia —le dijo Fausto—, a unos kilómetros de aquí.

—¿Podré verlo alguna vez?

—Le avisaré cuando ande por acá, suele venir cada tanto —le aseguró Fausto—, se pondrá contento de verla.

Después Clara le había preguntado por Warhu y Fausto le dijo que hacía varios meses que se había ido, los mismos que ella había pasado en Buenos Aires. Ella quiso saber si era normal que se ausentara durante tanto tiempo, y él no quiso alarmarla, porque era la primera vez que Warhu no daba señales de vida en meses.

—¿Dónde puedo encontrarlo? —preguntó Clara, en su cara y sus ojos destellaban puras luces brillantes de ilusión.

—Ni se le ocurra… —dijo Fausto, y no hizo falta que aclarara.

Esa noche al acostarse Clara soñó con él. Lo imaginó en medio

de un bosque helado, un gigante vestido de pieles junto a su perra-loba. En su sueño, él tenía una fogata encendida y frotaba una piedra con forma de corazón. Se despertó agitada, el pecho palpitante, y buscó la piedra que siempre colocaba debajo de la almohada. No estaba. Encendió la lámpara y buscó en el piso, incluso se arrodilló para ver si se había caído debajo de la cama. Tenía la certeza de que la había visto antes de dormir, pero la piedra no volvió a aparecer y ella lo interpretó como una mala señal.

Se levantó con los ojos achicados por el llanto de esa noche aciaga y le costó reconocerse en el espejo. Trató de acomodarse y parecer agraciada, la dueña de un salón de belleza no podía verse así. Aplicó un poco de maquillaje a sus párpados y rubor en sus mejillas y salió rumbo al local para darle los últimos detalles; la inauguración se acercaba y ella tenía un plan.

Esa semana se realizaba el baile de primavera en el Club Sportivo Ushuaia, donde también funcionarían la quermese y el bufet, y se harían rifas. Ella se había encargado de hablar con los miembros de la comisión del club para ofrecer peinados y cortes en calidad de premios, con el fin de promocionar su peluquería. Al principio se negaron, más por prejuicio por sus antecedentes que por la calidad de lo que ella ofrecía, porque Clara sabía que los premios que formaban parte de las rifas eran un cambalache, que iban desde cosas nuevas, productos de granja, servicios de cualquier cosa y hasta objetos usados.

Pero Clara se había puesto firme y había logrado que aceptaran sus bonos: dos cortes femeninos y dos peinados. La muchacha sabía que por mucho prejuicio que hubiera en las mujeres locales, si algo era gratis, allá irían.

Y llegó el día de la fiesta y los hermanos se vistieron para la ocasión, porque eran conscientes de que todos los ojos estarían puestos en ellos, o más bien en ella.

—Quédate a mi lado —le pidió Clara antes de entrar—, no quiero que el periodista me ronde toda la noche. —Pero su pedido fue en vano, porque Iván la estaba esperando en la puerta del hotel cuando salieron para el club y no tuvo más remedio que aceptar hacer el camino junto a él.

Con dos hombres, uno a cada lado, Clara ingresó al salón donde

se realizaba la fiesta de la primavera.

No bien ingresaron, Javier vio tantas cosas curiosas, tantos puestos y al objeto de su deseo, que olvidó la promesa de permanecer junto a su hermana y se fue detrás de la falda que lo tenía encandilado, que no era otra que la hija del juez de paz.

Para fortuna de Clara, Iván fue requerido por los miembros de la comisión del club, que pretendían que escribiera una nota para el diario, y ella pudo quedarse sola, aunque no por mucho tiempo. Dadá se plantó a su lado y le ofreció una limonada. Para no ser descortés con el muchacho la aceptó, y ante su insistencia le prometió que más tarde bailaría con él; solo así logró que se alejara un rato.

La sorprendió la presencia del doctor en ese festejo, no lo hacía hombre de bailes, pero aprovechó para acercarse a él y preguntarle si sabía algo de Warhu; la respuesta fue negativa.

Observó que el médico estaba inquieto, sus ojos buscaban algo en el atiborrado salón.

—¿Se le perdió alguien? —dijo ella, intentando poner una nota de color. Fausto la miró y sonrió.

—Así es… me parece que he perdido a alguien. —Clara siguió la línea de su mirada y llegó a una muchacha que bailaba en brazos de un hombre joven y musculoso, seguramente un pescador.

—Somos dos —murmuró Clara.

Al quedar de nuevo sola, buscó un rincón, no tenía ganas de socializar, aunque reconocía que le convenía. Bebió un sorbo de limonada, se armó de una sonrisa falsa e imprimió a sus ojos una mirada bondadosa antes de acercarse a un grupo de mujeres entre las que se contaba la señora Escobar y la esposa del juez de paz.

Al principio las damas se hicieron las tontas y no le dieron cabida, hasta que ella se inventó que el mes anterior había visitado Buenos Aries el Duque de Windsor —que fue el primero que se le vino a la mente por haber estado unos años antes— junto a su duquesa, que se había atendido en la peluquería donde ella trabajaba y había admirado su trabajo en un inglés atravesado que tuvieron que traducirle porque ella no entendía ese idioma. Un coro de exclamaciones donde abundaban los *ah, oh*, la rodeó y Clara se vio en un círculo de preguntas e intrigas que tuvo que responder haciendo uso de su imaginación, pero con la certeza de que entre

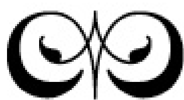
esa mentira y las rifas de la quermese su salón se llenaría en los próximos días.

Cuando logró escapar del avispero y buscaba la soledad de un trago, cayó en las garras de Iván, que había estado observándola desde lejos con la baba entre los dientes.

—Veo que no ha bailado en toda la noche —le dijo.

—No vine a bailar, de hecho, estoy buscando a mi hermano para volver al hotel.

—Su hermano está entretenido. —Y le hizo un gesto hacia la pista, donde Javier bailaba en brazos de la hija del juez de paz—. Concédame esta pieza —insistió, y ella se dejó llevar.



CAPÍTULO 84

*T*odos los vieron bailar. Aunque Clara no se había mostrado muy entusiasmada, se había dejado tomar de la cintura y se había movido junto a él. Después habían compartido una bebida, apoyados sobre el marco de una de las ventanas del club.

Iván le contó sobre sus cuentos y ella se conmovió por ese hombre que no sabía qué hacer para captar su atención, que había matado a sus historias policiales para dar nacimiento a otras románticas y empalagosas.

Cuando los pies cansados le anunciaron que era hora de irse, la muchacha buscó a Javier, pero este ya no estaba; tampoco la hija del juez de paz. Ni siquiera el doctor andaba por allí para que le sirviera de excusa y así evitar la presencia de Iván que seguramente querría acompañarla; no deseaba alimentar falsas esperanzas en él.

Dispuesta a irse sola, tomó su bolsito y en un descuido de Iván, que estaba hablando con uno de los miembros de la comisión, enfiló hacia la puerta.

—¿A dónde cree que va, jovencita? —El periodista la tomó del brazo, que ella sacudió con incomodidad para soltarse—. Lo siento. Déjeme acompañarla, no es hora para que vuelva sola.

—Creí que ya no había riesgos —dijo Clara.

—Nunca se sabe, Clara, no hemos atrapado al asesino. —Si bien él no formaba parte de la policía, se había hecho eco de la responsabilidad—. La dejaré en la puerta del hotel.

Todos los vieron salir y las lenguas de las mujeres volvieron a afilarse y a sacarse chispas entre ellas.

La pareja caminó unos metros por la calle del club, ajena a la figura que los seguía, oculta entre las sombras.

Tomaron la calle de la costa, porque había una luna llena preciosa que magnificaba el canal e Iván quiso mostrársela. Había

refrescado y ella tembló. Él, caballero, se quitó el saco y se lo puso sobre los hombros.

—Ya que no me permite abrazarla… —Y empezó a recitarle poemas que tenían como personajes a la luna y el mar. Y Clara, cuyo corazón palpitaba por otro a quien creía hundido en las aguas profundas del canal a raíz de la desaparición de la piedra con forma de corazón, empezó a sollozar.

El poeta creyó que estaba conmovida por sus versos y aprovechó su sensibilidad para abrazarla. Clara se dejó, necesitaba consuelo, pero cuando la boca cobró vida y se deslizó sobre la piel de su cuello, ella pegó un salto e intentó alejarse. Sin embargo, los brazos de un hombre ardiente son fuertes sogas en un cuerpo frágil, y el periodista apretó el abrazo. Clara lo pateó y le negó la boca que profirió un grito.

En el forcejeo ninguno vio la sombra que crecía y tapaba la luna, hasta que la tuvieron encima. Hombre contra hombre, Clara se sintió liberada. Atónita, no podía creer lo que estaba viendo. Su salvador apretaba el cuello de Iván y su rostro se distorsionaba, los ojos se le agrandaban y los colores mutaban. Supo que si no hacía algo iba a matarlo, al igual que imaginaba había hecho con Hernando, y luego con el marinero.

—¡No! ¡Déjalo! —gritó, y se montó sobre su espalda de titán en vanos intentos de separarlo de Iván—. ¡Déjalo, déjalo! —gritaba sin ser escuchada. No podía creer que fuera él.

El periodista ya casi no se movía, sus piernas habían dejado de agitarse, así como sus manos, que habían caído inertes al costado del cuerpo.

Clara buscó algo para detener al atacante y halló un fierro; no dudó en golpear la cabeza del asesino. Tuvo que repetir el golpe, porque él era fuerte y estaba fuera de sí, hasta que lo vio caer.

Se arrodilló junto a ellos y tocó el cuello de Iván, todavía respiraba. Intentó despertarlo y cuando lo logró se abrazó a él. Después lo ayudó a levantarse.

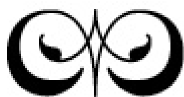
—¿Está bien?

Aturdido, Iván miró el cuerpo que estaba desparramado en el suelo, iluminado por la luna.

—¿Él? —Ambos se agacharon y tocaron su cabeza: sangraba—. Hay que buscar al doctor.

El pueblo despertó temprano ese día de inicios de primavera, la noticia del hallazgo del asesino del gringo los sacó de la cama antes de que cantara el primer gallo. Se ataron cabos, se recordaron leyendas y todo cobró sentido.

Al día siguiente Clara visitó a Iván en su casa, después de todo, el hombre solo había querido besarla y ella se sentía culpable de haber provocado el ataque, porque no había dudas de que en los dos asesinatos y en el último intento, ella había sido la pieza clave. Y ya sabía el porqué.



CAPÍTULO 85

Warhu llegó a Ushuaia el día de la primavera y de inmediato supo que Clara estaba allí. No necesitó ir al pueblo, le bastó con hallar la piedra con forma de corazón en la puerta de su casa. Se agachó y la tomó entre las manos, era pequeña en comparación con ellas, pero enorme en su significado. Ella había vuelto. Y lo había buscado.

Acomodó sus cosas y se hizo algo para comer. Estaba hambriento, se le habían acabado las provisiones justo antes de decidir el regreso y no había querido detenerse a cazar, ansiaba llegar y ahora entendía el porqué. La travesía a través del canal había acrecentado su apetito y juzgó que unos minutos más no cambiarían nada.

Después se aseó, hacía días que no tomaba un baño, y quería estar presentable al momento de verla. Cuando estuvo listo, silbó a su caballo que voló a través de los bosques y apareció ante su puerta, fiel compañero. Montó y se dirigió hacia el pueblo.

No le hizo falta andar demasiado para recibir noticias, en el bar le contaron que la muchacha había llegado hacia unas semanas junto a su hermano, que se hospedaban en el nuevo hotel y que ella había puesto un salón de corte y peinados en un local pequeño al que no acudía nadie. Al escuchar la novedad sonrió, era buena señal, ella pensaba quedarse. Acarició la piedra que tenía en el bolsillo y continuó escuchando.

—La chica tiene agallas, estuvo repartiendo papelitos con ofertas de cortes e incluso servicios de barbería. ¡El barbero está enojado! Dice que vino para sacarle su clientela.

Warhu rio, podía imaginarla.

—Pero parece que la suerte no la acompaña, porque las damas pasan, miran de reojo y siguen de largo.

—Dices que vino con el hermano.

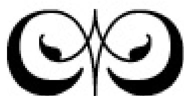
—Así es… trabaja en el bar del gallego, pero me parece que ese muchacho todavía no sabe lo que quiere.

Habían corrido rumores sobre Javier también, que lo habían relacionado con el “loco Midd” a raíz de un nuevo emprendimiento que este tenía en mente. El del hielo había fracasado al fallecer Hernando, porque Middletown tenía muchas ideas, pero poco respaldo económico.

—Hoy es el baile de primavera en el Sportivo —le dijo el cantinero, aunque sabía que Warhu no era partidario de las reuniones sociales, y menos aún de los bailes.

Y le contó también que Clara Torres viuda de Encinas había vuelto locos a los miembros de la comisión para que le permitieron participar con premios para el sorteo de las rifas, lo cual volvió a hacerlo sonreír.

Cuando salió de allí, Warhu caminó hasta el hotel, quería ver a Clara y saber si había vuelto por él, porque él la necesitaba, pero cuando llegó vio que el periodista estaba allí y tuvo un mal presentimiento. Se sentó en uno de los portales vecinos desde donde podía observar sin ser visto y aguardó a que ella saliera. Lo hizo acompañada del hermano, pero él solo tuvo ojos para ella. Estaba igual y distinta a la vez y supo que la quería para él. Creyó advertir un gesto de disconformidad al ver al periodista, o quizá fue solo su deseo de que así fuera. Asistió al momento en que ella aceptó los brazos que los dos hombres le ofrecían y la observó caminar hacia el club. Apretó la piedra que tenía en el bolsillo, no era momento para que él apareciera; tenía que irse de ahí.



CAPÍTULO 86

Ushuaia, 1915

Nadie sale inmune luego de matar a su padre, y el niño, que ya tenía sus problemas a causa de los golpes recibidos, empezó a sufrir pesadillas donde el terror aparecía en forma de manos que golpeaban a su madre. La madre intentaba calmarlo diciéndole que el padre ya no volvería a molestarlos, incluso lo llevaba al cementerio para que viera su tumba, esa tumba donde nunca había una flor ni se derramaría una lágrima y a la que él empezó a custodiar con ojo vigilante a medida que fue creciendo.

Con el correr de los meses la vida en la casa fue retomando el rumbo antiguo, el de los primeros años luego del nacimiento de ese niño al que los padres amaban con locura. Había sido tanto el amor, que el padre se había obsesionado con él, con que fuera el mejor en todo, el más inteligente, y tanto lo exigía que cuando las cosas no salían como él quería le daba un castigo, pequeño al principio, físico después. Y el castigo fue creciendo a medida que el jovencito sumaba años, hasta que un día, cuando tenía alrededor de ocho, ante un trabajo de carpintería que salió mal, el padre lo golpeó con tal fuerza que la cabeza se estrelló contra uno de los troncos que utilizaban en el galpón de cortes. Dalmacio nunca volvió a ser el que era y quedó estancado en una edad de la infancia que ni siquiera llegaba a la que tenía antes del accidente.

La madre jamás le perdonó al marido la brutalidad con que quería educarlo y él, que jamás se lo perdonó a sí mismo, empezó a descargar su culpa y frustración con ella.

Y así pasaron los años hasta la noche del infortunio, en que Dalmacio, siempre niño, aunque ya tenía la edad de un adolescente, mató a su padre a golpes de pala y apretón de dedos sobre su

cuello, porque ya no soportaba que aporreara a su madre.

Después vinieron las pesadillas, los llantos hasta la hora de la madrugada en que salía el sol, y la noche se transformó en una tortura para los dos integrantes de esa familia. Dalmacio tenía miedo y la madre agotamiento, tanto que se fue apagando como una velita sin mecha hasta que un día se murió. Y como Dalmacio no podía vivir solo, apareció una abuela que no sabía que tenía y se mudó a vivir con él.

Al principio el muchacho la rechazó, pero ella se lo fue ganando con tortas caseras, cuentos a la hora de dormir y canciones de cuna que le quitaron las pesadillas, aunque nunca le trajeron el sueño. Dalmacio dormía apenas dos o tres horas cuando salía el sol, luego permanecía todo el tiempo despierto y empezó a decir que él era como un búho y que podía ver en la oscuridad. Por eso nadie se sorprendía si lo hallaban vagando por las noches a la vera del camino o por la senda costera que conduce hacia los acantilados del norte, porque él decía que en una de las cuevas vivía su padre y él iba a visitarlo.

El pueblo se acostumbró a su presencia en las calles y como todos conocían su historia, al menos la parte que podía contarse, todos procuraban darle pequeños encargos que le retribuían con monedas, que él le entregaba al cura a cambio de un poco de vino de misa.

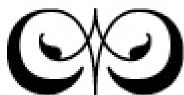
Cuando el *Monte Cervantes* llegó a Ushuaia y vomitó a los turistas en el pueblo, con ellos llegó también Clara, con esa apariencia tan parecida a la de su madre muerta, y él se obsesionó con ella. Para no asustarla, porque conocía sus limitaciones, buscaba coincidir con la muchacha de manera casual, aunque la vigilaba todo el tiempo. Así había presenciado la discusión con el gringo, él no quería que le pasara lo mismo que a su madre a manos de su padre, y había intervenido.

Luego, cuando Clara se hospedó en lo de Storm supo que nada bueno podía salir de allí, y se encargó de custodiar su sueño, aunque la noche del ataque se había quedado dormido oculto en un galpón, y solo se despertó con los alaridos de la muchacha que le llegaron en alas de los vientos. Y así fue como corrió veloz hacia la costa, siguiendo el rastro de su dolor, y dio con el marinero.

Después, él mismo había confesado el crimen, pero nadie le

había creído dados sus antecedentes.

Nunca nadie sospechó de él hasta que Clara lo detuvo de un fierrazo antes de que matara al periodista. Fue después, cuando alguien señaló el parecido de Clara Torres con la madre de Dadá, que se ataron cabos y se entendió todo.



CAPÍTULO 87

A Warhu la noticia le llegó a través de la abuela, que se le apareció en los sueños y le contó todo lo que había ocurrido. Se despertó agitado y le costó hacer a un lado la imagen de Clara en brazos de Iván.

Saltó de la cama que le quedaba grande sin ella y montó el caballo sin siquiera desayunar. Cabalgó rumbo al pueblo e irrumpió en el hotel como un matón, exigiendo ver a Clara; no le gustó enterarse que ella había ido a ver al periodista.

La piedra entre sus dedos se hizo polvo que esparció en el aire helado de esa mañana. Montó de nuevo y volvió a su casa. Ella ya había elegido y él no tenía nada que hacer allí.

Hacha en mano se dispuso a cortar leña y así liberar su frustración y también su ira. Nunca debería haber puesto los ojos y menos el corazón en una mujer como ella, cambiante como las olas al influjo de las mareas.

En la ciudad, nadie sabía qué hacer con Dadá, cuya cabeza había recibido unos cuantos puntos, aunque la mente no se le había aclarado. Alguien había insinuado que quizás el golpe le hubiera acomodado las ideas, pero cuando despertó todos vieron que era el mismo.

En los ojos del muchacho había temor, aunque no se animaba a preguntar. Lo habían encadenado a la cama, un grillete ataba su muñeca que iba unida a una cadena que se sujetaba a una de las patas.

Fausto estaba a su lado y frente a él el jefe de policía y el secretario del gobernador. La cosa venía grave.

—¿Mi abuela? —dijo al fin.

—Ella está bien.

—¿Le han dicho?

Después de todo, Dadá era consciente de lo que había hecho, a su espalda cargaba dos crímenes y un intento.

—Ella estará bien.

No podían mandarlo al presidio, no resistiría, menos en ese año de tiempos violentos bajo la nueva dirección. Habían hecho la denuncia y faltaba la decisión sobre su destino. No había demasiados estudios en esa época sobre las enfermedades mentales y Fausto lo relacionó enseguida con Santos Godino, el asesino de niños conocido como "el petiso orejudo". Con él no había valido ni siquiera la operación de las orejas, en la cual él mismo había participado en los vanos intentos de sacarle la maldad del cuerpo. No quería que Dadá terminara en el presidio, pero al parecer ese sería su final.

Cuando Fausto salió de donde lo tenían detenido miró el cielo, el cóndor estaba allí, dando vueltas en círculos y supo que tenía que tomar una decisión.

La víspera había logrado hablar con Isabel, apenas un momento, porque ella estaba muy entretenida, primero bailando en brazos de un pescador y luego en una ronda de mujeres que cuchicheaban sobre el salón de peinados que había puesto la viuda del gringo y al que todas querían ir, pero no se animaban.

—Yo iré —la escuchó decir Fausto cuando se acercó con la intención de apartarla del grupo.

—Si tú te animas… —dijo la esposa de uno de los miembros de la comisión—, luego nos cuentas.

Fausto interrumpió la charla y le pidió que bailara con él; no se le ocurrió otra excusa.

—¿Usted puede bailar, doctor? —preguntó ella volviendo a la formalidad y mirando hacia su pierna coja.

"Es brava", pensó él, pero no permitió que el pensamiento se trasladara a su expresión.

—Tomemos una copa entonces —dijo.

Isabel se excusó con las damas y se plantó frente a él.

—¿Qué se le ofrece, doctor?

—¿Vas a seguir tratándome con tanta frialdad? ¿Es que acaso ya no me quieres?

—Pobre Fausto —respondió ella, y le acarició la mejilla donde una barba de días adornaba su rostro—, está perdido. —Su mirada

de diversión trocó por una más seria—. Yo te quiero, pero me parece que tú no sabes lo que quieres, y yo estoy grande para perder el tiempo.

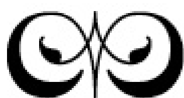
—¿Qué es lo que quieres? ¿Quieres casarte?

—No tan rápido, doctor… —Y giró, dejándolo solo cerca de la puerta de salida del club.

El resto de la noche, ella estuvo bailando con uno y con otro, había muchos hombres solos en la ciudad, y Fausto supo que si no tomaba una decisión pronto la perdería para siempre.

Después había ocurrido todo lo de Dadá y su mente se había dispersado, jamás hubiera creído que el asesino estuviera tan cerca.

El cóndor voló en dirección al sur y supo que tenía que seguirlo. Warhu había vuelto.



CAPÍTULO 88

Con los asesinatos resueltos y Dadá en el presidio, a donde finalmente fue a parar, la vida del pueblo retomó el antiguo rumbo.

La presencia de Clara ya había dejado de ser novedad y ahora el chismorreo local estaba dedicado a un nuevo visitante: un actor con ganas de ser mujer que planeaba abrir un teatro. Él fue uno de los primeros clientes de “Catalina”, el salón de Clara, quien lo recibió contenta y asombrada ante ese personaje tan extraño como entrañable. Se llamaba Laurence Valdéz, aunque Clara sospechó que su nombre real era Lorenzo, pero él insistía en que algún día el mundo lo conocería como Lorena Valdéz.

—Verás, querida, llegará un momento en que cada uno podrá elegir quién es en realidad, y yo seré la gran Lorena Valdéz, actriz y cantante.

Tenía una melena larga y cuidada y le pidió a Clara que la peinara según los últimos gritos de la moda europea, que él traía en dibujos recortados de revistas extranjeras.

Para Clara fue todo un desafío dejarlo conforme, pero cuando finalizó él estaba tan feliz que la besó en ambas mejillas.

—Este salón dará que hablar, querida.

Cuando quedó sola Clara pensó que tanto ella como su salón habían dado mucho que hablar ya, y se sentó a esperar que alguna clienta se animara a entrar.

Pasaron las horas y nadie se asomaba, hasta que el carillón que había colgado en la puerta sonó y la sacó de sus tristes pensamientos. Frente a ella había una muchacha, no sabía su nombre, pero la había visto en la fiesta del club hablando con Fausto.

—Hola, soy Isabel —se presentó la recién llegada— y quiero que me haga un bonito peinado.

Clara puso manos a la obra y surgió la charla. Así se enteró de que era hija de uno de los celadores del presidio y terminaron hablando de Fausto. Clara intuyó que había algo más entre ellos que un simple conocimiento en razón del trabajo de su padre, pero no quiso indagar.

Entre peines, cepillos y pinzas Clara fue desgranando su historia, en contra de todo lo que había aprendido en el curso, donde les habían inculcado que no debían relacionarse con los clientes más allá de lo profesional. Pero la paz que transmitía Isabel unida a su soledad hicieron que su lengua se soltase y le terminó contando que estaba enamorada de un hombre que había desaparecido, al igual que la piedra que le había regalado.

No hizo falta ahondar mucho para que Isabel supiera de quién se trataba.

—¿Estás hablando del hijo del lobo? —preguntó, y Clara sonrió con pesar; estaba visto que, para todos, Warhu nunca dejaría de ser un hombre nacido de una leyenda. Asintió—. Volverá, no te preocupes, un hombre como él no te dejaría de querer así como así.

Cuando Clara finalizó el peinado Isabel quedó más que conforme, y habían charlado tanto que ambas pensaron que podrían ser amigas.

—Prometo recomendar tu trabajo, Clara —le dijo Isabel al despedirse.

Clara se quedó un rato más y a la hora del cierre se encontró con una visita inesperada: Mateo Alcántara. Le costó reconocerlo con su ropa de civil, el cabello engominado y una expresión nueva en la mirada. Entendía por qué su madre se había dejado llevar por él, era un hombre muy atractivo.

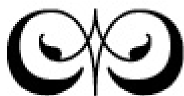
—¡Mateo! Qué sorpresa.

—Me gusta el nombre —dijo él como respuesta, mirando hacia las letras pintadas que anunciaban el nombre del salón.

—Creo que mi madre estaría contenta si lo viera. —Mateo asintió y le dijo que se había enterado de su regreso y que había venido desde Lapataia para conocer su local. Le contó que allí tenía un trabajo que le permitía vivir con dignidad, y que ahora le habían ofrecido un puesto en una estancia, que pensaba aceptar porque era una propuesta interesante.

Caminaron hasta el hotel donde ella se hospedaba y Clara lo

invitó a tomar algo, pero él dijo que prefería volver, así no llegaba de noche. Al momento de la despedida, en un impulso, se abrazaron; los dos pensaron en Catalina.



CAPÍTULO 89

*D*espués de abandonar el salón de peluquería Isabel se paseó por el pueblo y entró en cada uno de los negocios que encontró abiertos. Quería que todos admiraran el trabajo que había hecho Clara, no por vanidosa, sino para ayudarla a conseguir clientela. Por eso había acudido a peinarse, ¿qué otro motivo la habría impulsado? Ella no tenía una vida social activa y con un simple moño en la cabeza era suficiente, pero no le había gustado escuchar todos esos comentarios insidiosos el día de la fiesta en el club, una mujer no debía hablar mal de otra. Eso la había llevado a gastarse unas monedas con tal de generar al menos curiosidad en las damas del pueblo.

A cada una que le preguntaba ella respondía que en "Catalina, Salón de Peinados", la habían atendido de maravillas e incluso le habían servido un exquisito té. Y para agrandar la cuestión, contó también sobre el famoso director de teatro —famoso en un futuro— Laurence Valdéz, que se había atendido allí recientemente.

Y como la curiosidad es patrimonio del mundo femenino, el murmullo empezó a correr y a meterse por debajo de las puertas de las casas habitadas por damas aburridas a quienes la primavera alteraba la sangre en busca de gozo.

Al día siguiente frente al local de Clara se armaría una fila que giraría en la esquina y daría varias vueltas más, hasta perderse en la senda que sube a la montaña.

Con la misión cumplida, Isabel volvió a su casa, contenta con su obra de caridad. Allí la aguardaba Fausto, sentado a la mesa familiar frente a una tardía merienda que se había enfriado esperándola.

Después de los saludos, como por arte de magia, los padres se esfumaron y ellos quedaron solos.

—Bonito peinado —dijo él—, supongo que fue Clara. —Ella asintió—. Demos un paseo —propuso, y se pusieron de pie.

Caminaron hacia el agua, todavía había luz, los días empezaban a alargarse y el aire, aunque frío, anticipaba calidez.

Llegaron a la costa y se sentaron frente al canal. Fausto sabía que tenía que hablar, pero las palabras se le habían perdido en un laberinto de frases y todo lo que había pensado decir desapareció. Se sintió torpe y adolescente. Y como él siempre decía "mejor hechos que palabras", giró hacia ella y la besó. Ella se dejó besar, hacía rato que lo esperaba.

Después rieron y ella se burló de él.

—Hombre grande…

—A tu lado me siento un crío.

De la mano, emprendieron el camino de regreso y al fin Fausto pudo decirle todo lo que había ensayado. Ella aceptó.

En lo alto del cielo, el viejo cóndor que lo había acompañado desde su llegada a Ushuaia dio tres círculos encima de sus cabezas y se perdió en las alturas con rumbo a las montañas. Nunca más volvió a verlo.



CAPÍTULO 90

*E*ra un nuevo día en la peluquería, la clientela no aumentaba, pero se repetía con frecuencia. Luego del peinado de Isabel las mujeres desfilaban por allí y todas querían un tocado nuevo, distinto y novedoso que ella se empeñaba en satisfacer.

A la hora del cierre en la puerta se encontró con Kira. La perra-loba estaba sentada sobre sus cuartos y la esperaba. Clara se agachó y se aferró a su cuello peludo, sintió su calor y su alegría. Si Kira estaba allí era porque Warhu había vuelto y no estaba hundido en las aguas del canal, como ella había supuesto ante su larga ausencia.

Miró a su alrededor con ojos húmedos, pero él no estaba.

—Dime dónde está…

Se incorporó y Kira la imitó. Juntas corrieron hacia el sur. Clara olvidó que Javier la esperaba para ir a cenar a la casa del juez de paz, a donde ambos habían sido invitados porque su hermano cortejaba a la hija.

A medida que se aproximaba y acortaba distancia divisó la choza y el caballo, el corazón quería salírsele del pecho. En el camino perdió las hebillas que sujetaban su pelo, pero recuperó la esperanza.

La puerta estaba abierta y entró de sopetón, iba con tanto ímpetu que casi se chocó la mesa.

Warhu estaba en el cuarto cuando escuchó el alboroto y salió con gesto fiero. Al verla, su rostro pasó por todas las emociones, pero ella no le dio tiempo a hablar porque se le arrojó al cuerpo y se colgó de su cuello.

—¡Estás vivo! ¡Estás vivo! —repetía sin dejar de palparlo y abrazarlo.

Warhu suspiró y se aflojó. La apretó contra él. Era tanta la

necesidad que tenían el uno del otro que la alzó en brazos y la llevó hasta la cama. Ya habría tiempo para las palabras.

Después de amarse con desesperación hasta que las pieles se sosegaron, ella se acurrucó contra su pecho y cerró los ojos.

—Te extrañé tanto… creí que…

Él se incorporó para mirarla a la cara.

—¿Qué creíste?

—La piedra… la piedra que yo tenía siempre conmigo desapareció, y yo creí que tu amor por mí había muerto. Luego creí que tú…

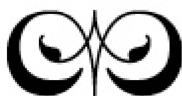
—Mi amor no es tan débil, Clara. —Warhu la soltó y se sentó—. Te vi con él. —Ella también se incorporó, no entendió la frase—. Con el periodista.

Le contó que había ido a buscarla y la vio salir con él del brazo, luego se había enterado de la fiesta y todo lo que había pasado después.

—Volví por ti, Warhu, yo te pertenezco.

La tarde se hizo noche y ellos continuaron amándose y poniéndose al día. Ella le contó que había resuelto las cosas con su padre y de su salón de peinados. Él le dijo que ya sabía todo eso y que le haría un baño como la gente si ella aceptaba ir a vivir con él.

Clara lo abrazó y su sonrisa fue respuesta suficiente.



Gracias

A mis primeros lectores, mi hijo León Manavella y mi amiga Gladis Díaz, que siempre están dispuestos a leer mis manuscritos, a aportar ideas y a corregir con objetividad.

A mi editora, María Fernanda Mainelli, por estar atenta a cada palabra, a cada frase, y por trabajar codo a codo en esta obra.

A mi agente, Bárbara Graham, de la agencia literaria Schavelzon Graham.

A todos los grupos de lectura, bibliotecarias, docentes, que llevan mis novelas a las reuniones, a los encuentros y también a las aulas. A los periodistas, que siempre acompañan con sus entrevistas y difusión de mis letras.

A mis ahijadas, las Lectoras Marplatenses, que son parte de este sueño que ya lleva más de una década.

A Glenda Vieites por su apoyo incondicional para que mi obra siga creciendo, por su cariño y la calidad de su trabajo.

A todo el equipo de Penguin Random House, por ocuparse de que el libro sea perfecto, desde su diseño interior, tapa, solapas, prensa, difusión, etc. A Paula Etchegoyen, Vero Barrueco, Daniela Morel, Mariana Creo, Valeria Fernández Naya, Lucrecia Rampoldi, Raquel Cané y tantas personas más que seguramente estoy olvidando.

A Jorgelina Comello, que se preocupa y ocupa de que mis libros estén en *stock* y bien exhibidos en todas las librerías de su zona.

Y a mis queridos lectores, gracias, gracias, gracias. Sin ustedes, este sueño no sería tan bello.



GABRIELA EXILART (Mar del Plata, Argentina, 1970) se dedica, además de a la escritura, a la abogacía, la docencia universitaria y la coordinación de talleres de escritura.

En su producción Exilart abarca diferentes momentos de la historia de Argentina, haciendo también hincapié en temáticas como el medioambiente, cuestiones de género y discriminación racial.

Exilart debutó como novelista en 2012 con *Tormentas del pasado*, obra de gran éxito y que por su rigurosa investigación histórica obtuvo la Declaración de Interés Legislativo por el Senado de la provincia de Buenos Aires.

Desde entonces ha publicado otros títulos como *Pinceladas de azabache, Renacer de los escombros, Con el corazón al sur, Napalpí. Atrapada en el viento, El susurro de las mujeres, En la arena de Gijón* y *Secretos al alba*. Participó en la antología *Ay, amor*, que enamoró a los lectores.

En noviembre de 2018 recibió el Premio Alfonsina en la categoría de Creación Literaria, otorgado por la Secretaría de Cultura del Municipio de General Pueyrredón. En marzo de 2019 el Honorable Concejo Deliberante del Partido de General Pueyrredón declaró de

su interés la destacada trayectoria de la escritora. En mayo de 2019, la embajada de Universum Academia Suiza le otorgó el Premio Universum Donna, segunda edición, declarado de Interés Cultural por el Consulado de Italia en Mar del Plata y por la Secretaría de Cultura de General Pueyrredón. Sus obras abarcan diferentes períodos de la historia de nuestro país y se interesan por los problemas ambientales, de género y de discriminación racial, viajando del pasado al presente con magnífica fluidez.